DIRTY WORKS

WHISKY

Bruce Holbert



Traducción Javier Lucini

DIRTY WORKS

WHISKY

Bruce Holbert



Traducción Javier Lucini

BRUCE HOLBERT (1959) nació en Ephrata, Washington, y se crio a la sombra de la presa Grand Coulee, la mayor estructura de hormigón del país, a tiro de piedra de las montañas Okanogan. Vivió en veintitrés localidades distintas antes de cumplir los seis años. Su padre trabajaba en la construcción y plantaban la caravana allí donde el trabajo los llevara. Desierto, bosques y montañas. Comían de lo que cazaban y pescaban. Su bisabuelo, Arthur Strahl, fue explorador indio y uno de los primeros colonos de «la gran colada de lava» de la meseta del río Columbia, «un territorio que parece devastado por gigantes». Arthur mató al marido de su hija en el curso de una discusión sobre la propiedad y acabaría muriendo en prisión, sin volver a tener contacto con la familia. Holbert se inspiraría en él para concebir al protagonista de su primera novela, Lonesome Animals (2012). En la segunda, The Hour of Lead (2015), seguiría ahondando en el mito del Oeste, con el que siempre ha mantenido una relación de amor-odio. Él mismo llegaría a conocer «la hora del plomo». Con veintidós años mató accidentalmente de un tiro a su mejor amigo cuando iban en un Vega rojo camino de la Carrera Suicida del Omak Stampede, el rodeo anual que se celebra durante la primera quincena de agosto al oeste del Sam Hill Memorial Bridge: vaqueros y miembros de las Tribus Confederadas de la Reserva Colville remedando las legendarias pruebas de resistencia de los viejos guerreros indios. Holbert creció cercado por ese mito. Un mito sin centro moral que desconfía de las palabras y el intelecto para dar pábulo a la violencia como única forma de expresión personal, garantía de matrimonios rotos, prisión y aislamiento devastador, sin apaños hollywoodienses. Rebeldes, de S. E. Hinton, fue el libro que lo hizo creer religiosamente en el poder de las historias. Luego vendrían Alguien voló sobre el nido del cuco y Catch 22. Suscribe las palabras de John Steinbeck: «Somos animales solitarios, nos pasamos toda la vida tratando de paliar la soledad. Y uno de nuestros métodos más antiguos es contar historias». Actualmente reside en Nine Mile Falls, en el condado de Spokane, con su mujer, tres hijos, un perro, tres gatos y dos parejas de águilas calvas. Su único lujo es el bourbon. No concibe mejor manera de pasar la tarde que sentarse en el porche trasero y ver a las águilas pescar en el río.

WHISKY

Bruce Holbert

Traducción de Javier Lucini

DIRTY WORKS

— Est. 2014 —

Título original:

Whiskey

MCD / Farrar, Straus and Giroux, 2018

Primera edición Dirty Works: octubre 2023

Asturias, 33 - 08012 Barcelona

www.dirtyworkseditorial.com

Traducción: Javier Lucini

Diseño de cubierta: Nacho Reig

Ilustración: © Antonio Jesús Moreno «El Ciento»

Maquetación: Marga Suárez

Correcciones: Fernando Peña Merino

ISBN: 978-84-19288-38-7

Depósito legal: B 16598-2023

Impreso en España:

Imprenta Kadmos. P. I. El Tormes

Río Ubierna, 12 – 37003 Salamanca

Para Holly, Natalie, Luke y Jackson

«Era lo último que iba quedando de un pasado cuyo aniquilamiento no se consumaba, porque seguía aniquilándose indefinidamente, consumiéndose dentro de sí mismo, acabándose a cada minuto pero sin acabar de acabarse jamás.»

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Cien años de soledad

Contenido

6 ÉXODO

LAMENTACIONES

GÉNESIS

7 ÉXODO

LAMENTACIONES

8 ÉXODO

LAMENTACIONES

9 ÉXODO

LAMENTACIONES

10 ÉXODO

LAMENTACIONES

11 ÉXODO

LAMENTACIONES

12 ÉXODO

LAMENTACIONES

1

ÉXODO

Agosto 1991

Esta vez, Claire no se largó de buenas a primeras, sino al cabo de una minuciosa serie de detalles cotidianos destinada a demostrarle su afecto —notas en la fiambrera, postres de fruta predilectos, películas en vídeo sobre mafiosos, baños de espuma, un crucero en ferri a Alaska y un televisor del tamaño de Rhode Island—, atenciones que a Andre le conmovieron en lo más hondo, aunque no pudiera sustraerse al auténtico motivo de su esplendidez. Ella podía pasarse toda la mañana argumentando que a su corazón le bastaba con su presencia para seguir latiendo, pero la necesidad imperiosa de remarcarlo no hacía más que probar lo contrario. No hubo una gota que colmara el vaso, ni palabras subidas de tono, ni portazos, ni platos rotos, ni jarrones, nada del habitual teatro que suele asociarse a la disolución de un matrimonio. Al contrario, la oscuridad se fue adueñando del hogar hasta que ya ninguno fue capaz de alumbrarlo, ni aunando fuerzas ni por separado. Un fin de semana que él tenía programado salir de pesca, ella, con su beneplácito, metió en cajas su ropa y sus libros, le ordenó los papeles en un maletín y agregó una selección de fotografías. Luego, vinieron dos chavales del instituto en una pick-up, cargaron con todo y se lo llevaron al apartamento que había alquilado la semana anterior. Claire les dio diez dólares a cada uno.

A partir de entonces, Andre empezó a reunirse todas las noches en la taberna con su hermano, Smoker. Bebían cerveza —Andre había vuelto a dejar el whisky— y cenaban a expensas de Smoker, que ahora llevaba la cuenta al día, una costumbre de cuño reciente.

Su última noche en la taberna comenzó como otra cualquiera: Andre entró en el local, Eddie «el Loco» despegó los ojos de la novela que estaba leyendo y estampó un par de hamburguesas contra la plancha, una para Andre y otra para su perrita, Desdémona, una basset mestiza con patas no más altas que una lata de cerveza, y un torso tubular, alargado y rechoncho, que serpenteó al colarse con torpeza entre sus piernas antes de que se cerrase la puerta. La cabeza, en cambio, la tenía cuadrada, como un labrador.

La grasa chisporroteó y el olor de la carne a la parrilla hizo que Andre rememorase su infancia; no sentía ningún apego por sus años mozos, pero extrañaba las comidas. Eddie rescató la hamburguesa con una espátula, la posó sobre un bollo y sacó de un táper tomates, lechuga y pepinillos rebanados. Con un sacabolas de helado, plantó una ración de ensalada de patata en un plato al que, seguidamente, incorporó la hamburguesa. Como la perra solo se comía el pan y la carne, y desdeñaba los aderezos y las patatas fritas, Eddie le añadía siempre las sobras de los fideos con pollo del almuerzo, la especialidad de la casa, y así nadie se quedaba con hambre.

Para entonces, el vocerío de la clientela ya sobrepasaba al volumen del televisor y los viejos habían rendido sus reservados a los jugadores de billar. La gramola estaba bien cebada de monedas, lo que significaba que Andre tendría que soportar estruendo metalero y temas pop que sonaban a música de anuncio antes de que la máquina seleccionara su canción de Merle Haggard. Picoteó de su plato y echó miradas al espejo mientras los habituales de la noche se arremolinaban en torno a la mesa de billar o se apiñaban ante las dos máquinas de videojuegos. Podía haberle dicho a Eddie que se lo pusiera para llevar y escuchar en casa sus cintas, pero solo y sin whisky las canciones acabarían estofándole las entrañas.

Desdémona, debajo del taburete, se puso morada y, cuando dejó el plato limpio, se dedicó a importunar a Andre hasta que depuso las sobras de la hamburguesa.

—Puta comunista —la reprendió Eddie.

La perra retrocedió hasta la puerta y Eddie la echó a la calle. En menos de un minuto, Darrell Reynolds, uno de los dos abogados que ejercían en el valle, dejó que la perra volviera a colarse. Reynolds

giró la cabeza para hacer un barrido del local, un gesto que parecía ensayado, luego pidió una cerveza. Eddie llenó un vaso y se lo dejó sobre la barra. Reynolds eligió el taburete bajo el que se había acurrucado Desdémona, al lado de Andre.

—¿Es suyo el perro? —preguntó.

Andre sacudió la cabeza. El hombre vestía un pantalón gris planchado con pulcritud, un polo azul y mocasines de cuero con calcetines color vino.

—Parece amigable.

—Cualquier cosa lo es si le das de comer.

Reynolds se rio y se puso a inspeccionar una mella de la barra de madera.

—Soy Darrell Reynolds —dijo. Se había dejado bigote para no desentonar, pero se lo recortaba con excesivo esmero.

—He visto su anuncio en el periódico —dijo Andre.

—Me he estado ocupando de los asuntos de su mujer.

Andre señaló la barra y luego alzó dos dedos.

Eddie parpadeó.

—¿Estás seguro?

—Cien por cien —dijo Andre.

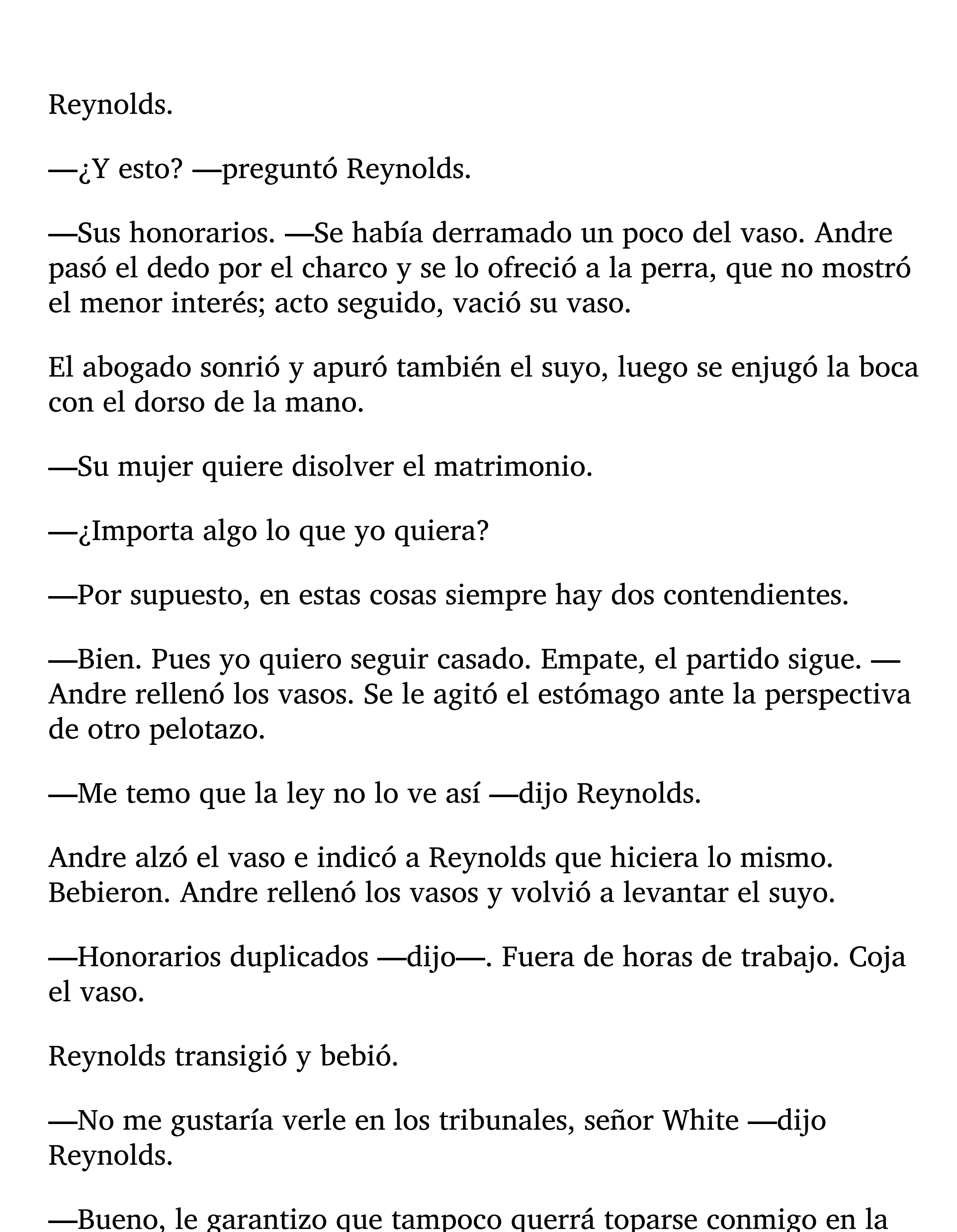
Eddie sacó de debajo del mostrador un par de vasitos medidores y el whisky.

—Oh, no —dijo Reynolds.

—¿Trabaja gratis, señor Reynolds?

—Tengo mis honorarios —dijo Reynolds.

Andre sirvió whisky en los vasos de chupito y empujó uno hacia



Reynolds.

—¿Y esto? —preguntó Reynolds.

—Sus honorarios. —Se había derramado un poco del vaso. Andre pasó el dedo por el charco y se lo ofreció a la perra, que no mostró el menor interés; acto seguido, vació su vaso.

El abogado sonrió y apuró también el suyo, luego se enjugó la boca con el dorso de la mano.

—Su mujer quiere disolver el matrimonio.

—¿Importa algo lo que yo quiera?

—Por supuesto, en estas cosas siempre hay dos contendientes.

—Bien. Pues yo quiero seguir casado. Empate, el partido sigue. —Andre rellenó los vasos. Se le agitó el estómago ante la perspectiva de otro pelotazo.

—Me temo que la ley no lo ve así —dijo Reynolds.

Andre alzó el vaso e indicó a Reynolds que hiciera lo mismo. Bebieron. Andre rellenó los vasos y volvió a levantar el suyo.

—Honorarios duplicados —dijo—. Fuera de horas de trabajo. Coja el vaso.

Reynolds transigió y bebió.

—No me gustaría verle en los tribunales, señor White —dijo Reynolds.

—Bueno, le garantizo que tampoco querrá toparse conmigo en la calle.

Eddie le lanzó a Andre una mirada admonitoria. Andre lo ignoró. Reynolds abrió la cremallera de su cartera de cuero de vaca y dejó cuidadosamente un sobre azul encima de la barra.

—Puede firmar estos papeles y evitar ir a juicio, o puede ir

buscándose un abogado.

Andre sirvió otros dos chupitos.

—Pues mire, lo contrato a usted —dijo—. Beba. Es una orden.

—A mí no puede contratarme. Ya lo ha hecho su mujer.

—Yo le pagaré más.

—No funciona así.

—¿Y entonces cómo cojones funciona?

Reynolds golpeteó el sobre con el dedo índice.

—Usted firma estos papeles. Así es como funciona. Se ahorra un dinero. Se divorcia.

Se excusó para ir al servicio.

Andre cogió unas cerillas del cesto de mimbre que estaba entre el salero y el pimentero, y puso el sobre en su plato. Prendió una cerilla y admiró las llamas. Cuando volvió Reynolds no quedaban más que cenizas. Juntó las manos a la altura del pecho para manifestar su infinita paciencia.

—Redactar esos papeles cuesta un dinero —dijo—. Los tribunales tienen que tramitarlos.

—Pues me temo que mi mujer va a tener que pagar por segunda vez.

—No lo entiende. Una vez tramitados, son propiedad del tribunal. Yo se los he entregado a usted. Ahora son responsabilidad suya. Será usted el que tenga que pagar la nueva citación.

—¿Nueva qué?

—Los documentos.

—Yo no veo ningún documento.

Reynolds se atusó el bigote con el pulgar y el índice.

—Hay testigos. Darán testimonio de lo ocurrido. Usted —le dijo a Eddie.

—Aquí no hacemos eso, señor. —Eddie abrió el grifo del fregadero.

—Con una orden de comparecencia, ya lo creo que lo hará. En caso contrario, no dudaré en acusarlo de perjurio o desacato.

Eddie retiró un plato del agua jabonosa y lo enjuagó, luego pasó al siguiente.

—Usted pensó que lo tenía todo bien atado al entrar aquí, ¿verdad?

Reynolds volcó toda su atención sobre Andre.

—Iré a entregarle la citación al trabajo, delante de sus alumnos.

—Estamos en verano —dijo Andre.

El abogado respiró hondo.

—Ya voy entendiendo por qué ella lo quiere largar.

—Pues ya somos dos —dijo Andre—. Solo que me niego.

—Es mi trabajo —dijo Reynolds—. Nada personal.

—No me doy por ofendido. ¿Subimos un poquito los honorarios?

—Mi mujer me corta los huevos.

—Entonces lo mejor será que los doblemos.

Eddie dejó la vajilla y se puso a hojear el listín telefónico que estaba clavado a la pared. Tecleó unos números.

—Señora Reynolds —dijo Eddie—. Le habla Eddie, de la taberna. Sí, Eddie «el Loco», aunque ya lo de loco se me ha ido quitando. Su marido, que desea que la informe de que está con un cliente.

Reynolds suplicó que le pasara el teléfono. Andre lo mandó callar.

—No, para nada lo estoy encubriendo —dijo Eddie—. Es un buen hombre, eso salta a la vista. Lo que pasa es que está con un pieza que bebe como una esponja y están resolviendo no sé qué vainas, así que le está siguiendo el ritmo, para allanar un poco el terreno. Lo mejor sería que viniese a buscarlo cuando haya acabado. Mientras yo esté a cargo de esta taberna, no permitiré que arresten a un hombre cultivado por ebriedad. —Eddie hizo una pausa para escuchar—. No, señora. De haber mujeres, ¿cómo iba a pedirle su marido que viniera a por él? Lo habríamos acompañado cualquiera de nosotros. Es la costumbre. Gracias, señora. La llamaré en cuanto esté listo.

Reynolds silbó.

—Él tampoco cuesta cien dólares la hora —le dijo Andre.

Cuando llegó Smoker y se sentó al otro lado del picapleitos, la botella ya casi era historia. Eddie le sacó una cerveza. Smoker señaló con la barbilla la botella de whisky y Andre se la deslizó a su hermano por delante del abogado. Smoker izó la botella y le dio un buen tiento.

Los hermanos eran como la cara y la cruz de la misma moneda. Andre tenía problemas para mirar a la gente a los ojos. Cuando entraba en algún sitio, su mirada vagaba por la estancia con inquietud, calibrando a todos los presentes. Echaba los hombros hacia delante como si esperase recibir un puñetazo, una posibilidad de lo más remota, dada su reputación. Se cortaba el pelo negro casi al cero para solapar un remolino contumaz. De adolescente había padecido acné. Aún se lavaba la cara tres veces al día, pero la piel grasa le brillaba al menor atisbo de luz. La frente abultada le ensombrecía los ojos y la nariz, aguileña y torcida. Tenía buena dentadura; aun así, raramente sonreía; unas veces parecía pensativo, otras colérico. Vivir solo le había dotado de una especie de intuición femenina. Algunas veces le resultaba útil. Otras, apenas tenía efecto.

Smoker lucía el mismo cabello oscuro, pero sin remolino. Le colgaba casi hasta los hombros. Según le diera la luz, parecía púrpura. Sus facciones eran más pronunciadas que las de Andre, y tenía un semblante afable. Era tan alto como su hermano, pero

mantenía los hombros más rectos. Aunque Andre llegó a ser un jugador de baloncesto bastante competente en el instituto, el que parecía un atleta era Smoker. Caminaba como si la mitad de sus miembros fuesen de aire, y cuando decidía saltar daba la impresión de que podía decidir cuándo aterrizar.

—¿Has visto a la inútil de mi mujer? —preguntó Smoker.

—No desde la última vez que preguntaste —respondió Andre.

—Pregúntele a Eddie —sugirió el abogado.

Smoker enarcó una ceja.

—¿Y este a Eddie de qué lo conoce?

Eddie levantó el vaso de Smoker para pasar un trapo por la barra.

—Todo pecador acaba dando tarde o temprano con el Señor.

—¿Y bien, Edward?

—Llevo sin verla desde el Día de la Bandera —dijo Eddie.

—Andará por ahí despendolada, como si lo viera —dijo Andre. Extendió el brazo por delante del abogado y confiscó el whisky.

—Aún no he acabado con eso —se quejó Smoker.

Andre hizo una pausa antes de hablar.

—¿No te has parado a pensar por qué estoy emborrachándome con un abogado?

Smoker miró las patatas fritas con kétchup y la hoja de lechuga ennegrecida por las cenizas de la carta. No respondió. Se quedaron escuchando el zumbido eléctrico del anuncio de cerveza.

—¿Quién está cuidando a Bird? —preguntó Andre. La hija de doce años de Smoker se llamaba Raven, pero Smoker la llamaba simplemente Bird[1].

—Se la llevó Dede.

—Te lo tenías muy calladito.

Smoker se encogió de hombros.

—Me he enterado esta misma tarde. Pensaba que Vera se hacía cargo de ella.

Andre miró fijamente a Smoker.

—¿Dónde has mirado?

—Donde el motero ese con el que estuvo conviviendo, y en casa de Vera, como ya he dicho.

—¿Y no la han visto?

—O se están haciendo los longuis.

—¿Ha desaparecido una cría? —preguntó Reynolds.

—De sopetón, joder —dijo Smoker.

—Si puedo ayudar en algo…

Smoker apretó los labios.

—No estaría mal tener a un miembro del Colegio de Abogados de nuestro lado. Podríamos volver con él y hacer que Vera y el motero ese, Bump o como se llame, desembuchen.

Smoker le gorroneó un cigarrillo a Eddie, lo encendió y se lo encajó a Reynolds entre los dedos.

—Así parecerás más chungo.

Enganchó el brazo del abogado y lo condujo hacia la puerta. Andre los siguió. Una vez fuera, Andre hizo un alto en su camioneta para hacerse con una pistola calibre 38. Smoker desenfundó una Luger de cañón corto en la cabina de su pick-up y le lanzó a Reynolds la escopeta calibre 12 que llevaba en el bastidor de la ventanilla trasera.

—No aprietes el gatillo —dijo Andre.

—Pero si lo haces, procura que sea de cerca —añadió Smoker.

El abogado se subió a la caja de la pick-up y se apoyó en la cavidad de la rueda. Andre lo acompañó.

La primera parada fue en casa de la hermana de la chica de Smoker. Vera tenía de fornida lo que Dede de flaca. Parecía un jamón con patas. Dos veces había mandado ya a su marido a urgencias. Al final él se resarció arrancándole media cabellera con una ahoyadora para postes, puso rumbo a la trena del condado, en Ephrata, y aguardó en la puerta a que llegara el carcelero del turno de mañana. Pero Vera no quiso presentar cargos y desde entonces vivían armoniosamente.

Smoker aporreó la puerta y Vera acudió a abrir.

—Deberías estar más pendiente de ellas si quieres formar una familia, Smoker. —Vera alzó la voz lo suficiente como para que los vecinos se asomaran a las ventanas.

—Se ha llevado a la niña.

—La pequeña es tan suya como tuya.

—Y si fueras el Altísimo, Vera, ¿quién querrías que cuidara de ella?

—Ninguno de los dos.

Apartó a Smoker y se dirigió a la pick-up. Asestó una mirada asesina a Andre y luego perforó con los ojos a Reynolds. El abogado abrió y cerró el cañón basculante de la escopeta.

—Con eso no me vas a asustar —dijo Vera.

—No era mi intención —dijo el abogado.

—Me alegro, porque estoy segura de que las amenazas con armas de fuego no deben estar muy bien vistas en el Colegio de Abogados.

Se dio la vuelta y volvió con Smoker.

—No sé dónde está —dijo—. Si lo supiera iría yo misma a buscarla.

—Si la ves, eso es lo que me gustaría que hicieras —dijo Smoker.

—Lo haría por el bien de la niña —dijo Vera.

—Me la suda el porqué.

Smoker regresó a la pick-up.

Vera alzó la voz:

—¿Has ido alguna vez a la casa de nuestra madre?

—¿Allí arriba, en Metaline?

—Estamos en pleno verano —dijo Vera—. Todavía se puede ir por carretera.

Había sido el hogar de los padres de Dede. En los viejos tiempos, el padre transportaba troncos durante los meses cálidos y, en invierno, trabajaba en la mesa de clasificación del aserradero; la madre cocinaba en el colegio. Hacía ya tiempo que ambos habían muerto; legaron la casa a sus hijos: Dede, Vera y un hermano que servía en una torre petrolera de Louisiana y no se hablaba con ellas, ni siquiera les dirigió la palabra en los funerales.

Smoker volvió a ponerse al volante y salieron marcha atrás del camino de entrada.

—¿Crees que a los moteros les resbala todo por lo duros que son? —le preguntó a Andre.

—La cuestión no es la dureza. Es la estupidez —dijo Andre.

—Esperemos que el tal Bump tenga mucho de lo segundo y poco de lo primero —respondió Smoker.

—Podrían acercarme a mi casa —gritó Reynolds desde atrás.

Smoker abrió la ventanilla corredera.

—Aún no.

En el parque de caravanas, la luz del porche del motero estaba

encendida. Smoker se apeó de la cabina y aporreó la puerta. Bump Rasker abrió.

Smoker le plantó el cañón en la frente.

—No la he visto, me cago en la puta.

Andre pescó el bidón de gasolina de detrás del asiento y se puso a empapar el zócalo de la casa prefabricada. Smoker le lanzó un librillo de cerillas.

—¡Llamaré a la policía! —exclamó el motero.

—Nos hemos traído un abogado. —Smoker apuntó a Reynolds con la linterna—. Así que me temo que vamos a hacer lo que nos plazca.

Bump se acercó a la caja de la pick-up.

—¿Eres un picapleitos de verdad?

Reynolds asintió.

El motero se rascó la perilla.

—¿Tengo que cantar?

Bajo la luz de la farola, Reynolds destacaba blanco y beatífico.

—Me parece que sería lo más prudente —dijo el abogado.

—¿No me quemaréis?

—No si tus respuestas me complacen —dijo Smoker.

—La última vez que las vi, tanto a Dede como a la niña, fue lo menos hace tres semanas. Estaban con Harold «el Predicador» y el yonqui de su hijo.

—Me suena ese Harold —dijo Andre.

—Yo no los conocía de nada hasta que llamaron a mi puerta.

Andre prendió una cerilla que arrojó una luz acuosa sobre la hierba

y los arbustos.

—Me parece que eso está muy lejos de haber satisfecho mi pregunta.

—Dame un minuto, joder —dijo Bump—. Estaban buscando a Peg.

—Peg está muerta.

—Eso les dije. Pero se quedaron aquí. Tenían farlopa y pasta, así que no me opuse.

—¿Entonces cómo damos con ellos? —preguntó Smoker.

Bump se encogió de hombros.

—Ni zorra. Al chaval se le acabó la farlopa y se gastó toda la pasta, pero dijo que tenía más. Harold se pasaba todo el día leyendo la Biblia y viendo las noticias por la tele. Se bebía un par de birras, pero ni era un manirroto ni probaba la coca. Dede decidió acompañar al hijo y se llevó a la niña. A mí no me invitaron.

—No me estás contando nada útil —dijo Smoker.

Bump miró a Reynolds.

—En Spokane. Una paralela a la avenida Wellesley. Heroy, creo. El número veintialgo.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Dede me dijo que le enviase el dinero del paro.

—¿Crees que lo ha cantado todo? —le preguntó Smoker a Reynolds.

Reynolds dijo que parecía estar diciendo la verdad.

Andre apagó la cerilla y se metió las demás en el bolsillo.

Volvieron a la taberna y Eddie telefoneó a la mujer de Reynolds.

La mujer de Reynolds llegó vestida de blanco, lo que remarcaba la oscuridad de su bronceado. Un efecto del que era plenamente consciente. El pelo lo llevaba corto, práctico. Apenas se lo arreglaba, quizá porque no hacía falta. Reynolds le besó la mano, como un marino tras una estancia prolongada en el mar. Ella se rio. Hay hombres que pueden vivir cien años sin llegar a oír jamás un sonido tan cautivante.

Smoker y Andre contemplaron sus luces traseras perdiéndose en la lejanía. Había una franja de hierba entre el bordillo y la acera. Andre se dirigió allí y se sentó. El frescor de la tierra se arremolinó a su alrededor como agua. Quería desplomarse y dormir. Smoker le dio una patada fuerte en la espinilla. Andre rodó, pero Smoker volvió a patearlo, luego agarró a Desdémona y se la tiró encima. La perra se puso a ladrar y le hizo sangre con las pezuñas a través de la camisa. Smoker retrocedió, pero Andre lo agarró del hombro y lo inmovilizó contra el pavimento.

Smoker lo atravesó con la mirada. Andre le hundió el puño en la tripa.

—¿A que duele? —preguntó Andre.

—No tanto como tú quisieras.

Andre se levantó y le encajó un patadón entre los hombros.

Smoker gruñó.

—¿Me acompañas a dar una vuelta? —preguntó.

—¿Qué cojones? ¿Por qué no?—respondió Andre.

Smoker condujo hacia la calle principal de Grand Coulee. La población era una mescolanza de indios de las tribus confederadas de la reserva Colville, obreros de la construcción que se dejaban la piel en la presa y lugareños en paro o beneficiarios de una pensión por invalidez. Las ciudades del valle perdían un crío en la carretera cada dos años por conducción temeraria y exceso de alcohol. El instituto ya había bautizado todas sus instalaciones deportivas en su

memoria, y tras el último funeral tuvieron que recurrir al aparcamiento de los alumnos.

Cruzaron el kilómetro y medio del tramo iluminado de la presa y, al rato, enfilaron una carretera de la que no se acordaba casi nadie. La camioneta serpenteó junto a un muro de escollera formado por rocas más grandes que el propio vehículo. Andre se sintió como un niño en un sueño de dinosaurios. Más adelante, pasaron junto a un cementerio en el que yacían las bobinas de cable de tres metros de diámetro abandonadas por el contratista, plumas de grúa retorcidas y oxidadas, y una pala cargadora desguazada y sin neumáticos, con el emblema de la Agencia[2] apenas visible en la puerta. Otros cien metros y quince años de árboles de Navidad amontonados contra un antiguo muro de contención, las agujas aún engalanadas de espumillón.

Smoker se metió por un sendero ancho hasta llegar al parque acuático abandonado. El gobierno había dejado que se deteriorase tras la tercera central eléctrica. Las torres de alta tensión, ennegrecidas por el agua, retenían la barrera de troncos que habían ido formando los descensos del nivel de agua contra el muelle flotante medio hundido. Smoker y Andre se quedaron un rato escuchando el agua que lamía la playa de guijarros.

—No eres Jesucristo, lo sabes —dijo Smoker.

A unos seis metros río arriba, un tronco semisumergido yacía oblicuo sobre la arena, las raíces muertas se desplegaban como una estrella gris contra la oscuridad del agua. Andre le lanzó una piedra y falló. Smoker lo intentó con la misma suerte. Andre probó de nuevo y estuvo un poco más atinado.

—No puedes evitar revolverlo todo, ¿verdad? —dijo Andre.

Smoker seleccionó de entre un puñado de grava los cantos más aerodinámicos. Acertó de rebote.

—Esa no cuenta —dijo Andre.

—Ya —dijo Smoker. Volvió a lanzar y a marrar.

Andre dio en el blanco en su siguiente intento. Smoker se vació las manos.

—Podrías haberte buscado a otro al que joderle la vida —dijo Smoker.

—Me ahorraste la búsqueda.

Smoker encendió dos cigarrillos y le pasó uno a Andre. Smoker exhaló. El humo se desbarató a su alrededor. Permaneció unos segundos en silencio.

—El escorpión no puede evitar picar a la rana, ¿no? —dijo Andre.

—No es excusa —respondió Smoker.

—No —dijo Andre—. Pero al menos sabe uno a lo que atenerse.

La típica neblina estival, formada por la cascarilla de la siega del trigo, la tierra de los volquetes y las cosechadoras de los campos, emborronaba la luna sajada. Su luz titilaba sobre las olas del embalse.

—Eso no afecta al asunto que nos ocupa —dijo Smoker—. No puedo desentenderme de Bird. Si estuviese sola con Dede, ni te lo pediría.

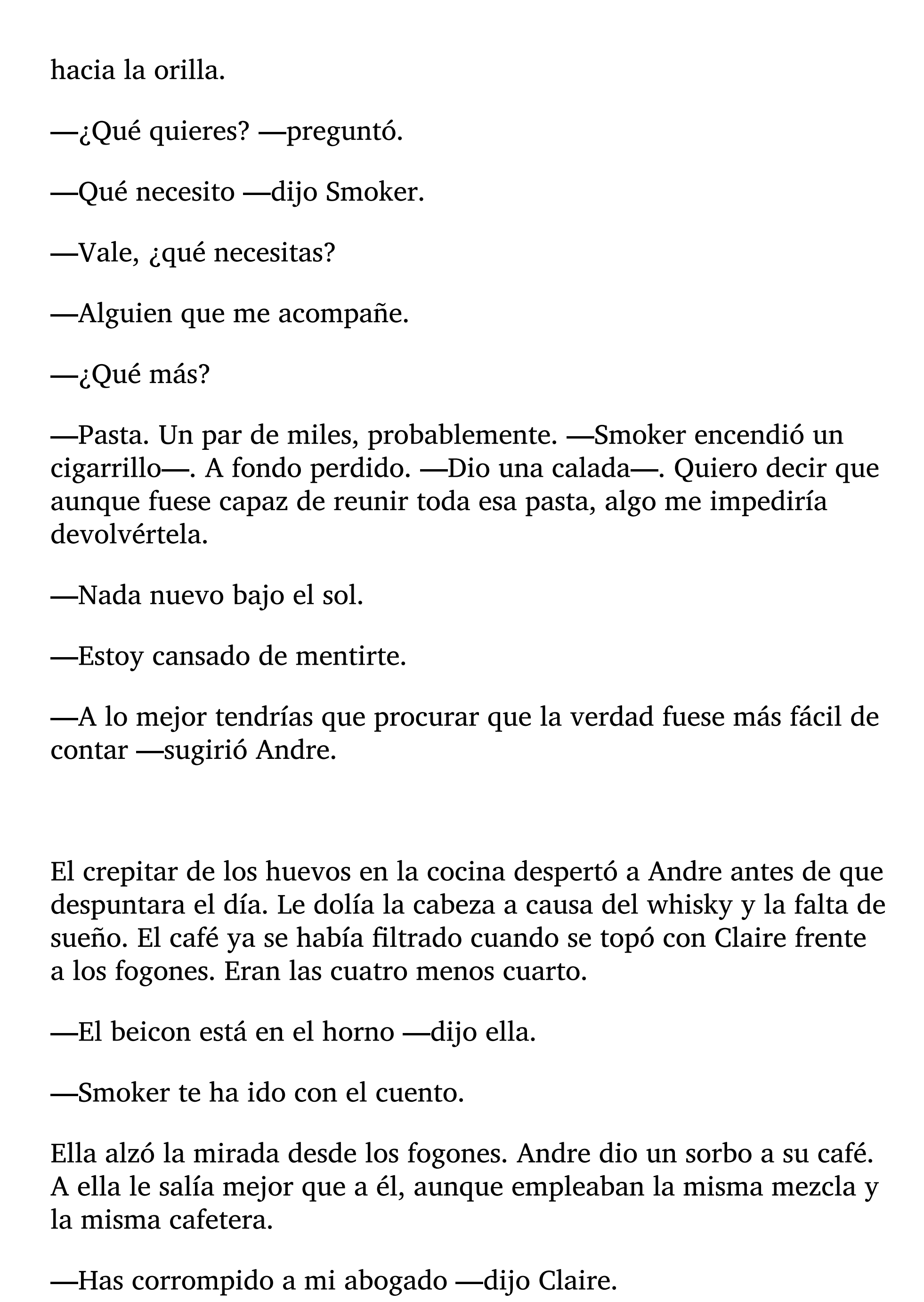
Andre asintió.

—Pero es que, para colmo, el lunático ese es religioso.

—Eso sí que es preocupante —admitió Andre.

En los últimos tiempos, las religiones andaban desmadradas. Casi todas se habían organizado en megaiglesias donde los charlatanes mamaban de los miedos de las masas, y gente que, por lo general, era normal se hacinaba en almacenes para cerrar los ojos y alzar las manos estremecidas al cielo, como si su equipo de fútbol acabase de marcar un touchdown. En el punto más bajo del espectro, se rumoreaba que, hacía un par de veranos, una secta del norte de Idaho se había zampado a un corredor de cross-country descarriado.

Andre escuchaba el viento que propulsaba las olas del embalse


hacia la orilla.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Qué necesito —dijo Smoker.

—Vale, ¿qué necesitas?

—Alguien que me acompañe.

—¿Qué más?

—Pasta. Un par de miles, probablemente. —Smoker encendió un cigarrillo—. A fondo perdido. —Dio una calada—. Quiero decir que aunque fuese capaz de reunir toda esa pasta, algo me impediría devolvértela.

—Nada nuevo bajo el sol.

—Estoy cansado de mentirte.

—A lo mejor tendrías que procurar que la verdad fuese más fácil de contar —sugirió Andre.

El crepitar de los huevos en la cocina despertó a Andre antes de que despuntara el día. Le dolía la cabeza a causa del whisky y la falta de sueño. El café ya se había filtrado cuando se topó con Claire frente a los fogones. Eran las cuatro menos cuarto.

—El beicon está en el horno —dijo ella.

—Smoker te ha ido con el cuento.

Ella alzó la mirada desde los fogones. Andre dio un sorbo a su café. A ella le salía mejor que a él, aunque empleaban la misma mezcla y la misma cafetera.

—Has corrompido a mi abogado —dijo Claire.

—Solo un poquito.

—Le advertí que podías ser bastante cafre.

Llevó la sartén a la mesa y deslizó dos huevos escalfados con mantequilla en el plato de Andre.

—¿Puedes sacar tú el beicon?

Andre lo retiró del horno con una manopla de cocina. Se sirvió dos tiras y le dejó a ella las otras dos.

—No tiene ningún sentido —dijo Claire.

—¿Seguir casados?

Ella asintió.

—¿Tienes alguna perspectiva?

—No —respondió ella.

Andre bebió.

—¿Nos ves juntos en algún momento del futuro? —preguntó Claire.

Andre hundió la mirada en la taza.

—Eso exigiría demasiado, ¿no crees? —dijo Claire.

—¿Demasiado?

—Yo qué sé. Perdón. Optimismo. Fe.

—Palabras que, según tú, no me entran en la mollera.

Los ojos pardos de Claire reflejaban la luz, y la grasa del desayuno hacía que le brillase la piel.

—No quiero discutir.

—Pero pretendes lanzarme a las llamas y culparme por arder.

—No —dijo ella.

Andre pensó que su mujer iba a echarse a llorar y, de ser así, probablemente él también lo haría; en tal caso, aquel podría ser el momento perfecto para dejar atrás la historia, tanto la reciente como la antigua. Oyó el reloj; la espera se había convertido en su destino, el resto era pura suposición. Se acabó el café y Claire le rellenó la taza antes de hacer lo propio con la suya. Ella dio un sorbito, dejó la taza sobre la mesa y sopló encima.

—No dejes que Smoker te enrede en algo que no quieres hacer —dijo ella.

—Hay una niña implicada, Claire. Mi sobrina, para más señas —respondió Andre.

—Esa cría lo tiene bastante jodido, ya sea bajo el cuidado de Dede o de Smoker.

—¿Qué sabrás tú?

—Cualquiera que tenga ojos en la cara lo ve —dijo Claire. Suspiró—. Mírate a ti.

—En su día tuve mi oportunidad.

Claire contempló detenidamente los platos.

—No es tu hija.

—No tiene por qué ser de uno para necesitar ayuda —dijo Andre—. Eso se te podría haber ocurrido, digo yo.

Claire se estremeció.

—Eso ha sido cruel.

—Lo sé —reconoció Andre.

—Supongo que me lo merezco. —Claire se levantó, volcó el café en el fregadero y enjuagó la taza—. No creo que esté en mi mano disuadirte.

—Llevo toda la noche intentando disuadirme yo solito —dijo Andre

—. Hay una parte de mí que hace oídos sordos.

—¿Necesitas alguna cosa? Tengo algo de pasta.

—No, tengo bastante. ¿Acaso Smoker te ha dicho otra cosa?

—No —dijo ella—. Nunca me contó tanto como tú te crees.

—No se trataba de eso, ¿verdad? De contar cosas, digo.

—No, no se trataba de eso —dijo ella.

Andre asintió.

—Que Reynolds prepare otra vez los papeles. Los firmaré, si eso es lo que quieres.

La luz de un coche que pasaba por la calle estiró sus sombras por la pared. La mandíbula apretada de Claire y las comisuras fatigadas de su boca quedaron iluminadas por un instante, luego se le escurrió la luz de la cara y su tez volvió a adquirir el habitual tono amarillento de papel viejo. Se inclinó y lo besó en la frente.

LAMENTACIONES

Septiembre–diciembre 1983

Andre conoció a Claire en un momento en que estaba milagrosamente sobrio. Ella había aceptado un puesto de profesora en la escuela de enseñanza media contigua al instituto donde Andre daba clases de matemáticas. En su primer día, ella se dio de morros con él en la reunión de orientación anual. Llevaba su nombre garabateado en el lomo de una carpeta. Él nunca había conocido a una mujer con una caligrafía tan abominable.

Sus aulas estaban situadas una frente a la otra, y ella enseguida inquirió por los informes de asistencia y la asignación para el almuerzo. En octubre disolvieron juntos una pelea en el patio. Esa misma tarde, a la hora del almuerzo, Claire se sentó en la mesa de Andre y trató de iniciar una conversación. Detrás de ella, en un amplio ventanal, Andre veía su propio reflejo: un hombre sencillo, sin gran cosa que contar. Sobrellevaba los lastres de la vida social como quien se resigna al tráfico de hora punta, respetando las luces de los semáforos y los ceda el paso, ensimismado y respetuoso. Aunque Claire había observado que, a veces, después del último timbre, entraban alumnos en su aula, en parejas o grupos de tres. Hablaban sobre asuntos personales: padres que alzaban demasiado la voz, novios demasiado inseguros o desatentos. Él argumentaba con recomendaciones pragmáticas que a los chavales les podían parecer sabias o cómicas, pero evitaba emitir juicios, lo que hacía que se sintiesen a gusto. Los demás profesores sabían que Andre estaba destrozado; sin embargo, para sus alumnos, sus heridas eran nobles y su sufrimiento añadía gravedad y consuelo a sus consejos.

Siempre que había reunión de profesores, Andre se retrasaba hasta que Claire entraba en la sala para sentarse detrás o enfrente de ella. Ella tomaba notas a lápiz, pero nunca borraba, hacía tachones y seguía garabateando. Susurraba al leer con detenimiento las actas,

un hábito bastante común entre los profesores de lectura. Cuando hablaba, los pómulos prominentes y la mandíbula estrecha le contraían la boca de un modo delicioso, y su nariz no se inmiscuía en nada, que es lo mejor que puede decirse de una nariz. Llevaba el pelo castaño cortado a la altura de los hombros. Ondulado cuando se despertaba con tiempo para recurrir a la plancha; cuando no, liso. De las dos formas resultaba atractiva; Andre ansiaba decírselo y ahorrarle la molestia de los madrugones.

En las noches en que le daba bien al frasco, Andre juntaba las manos como si se dispusiera a rezar, luego las separaba y conjuraba el rostro de Claire entre las palmas. Se había cruzado con mujeres más guapas, pero ninguna le había hecho anhelar tanto una vida distinta.

Tras el cambio horario, los días envejecían antes y Andre empezó a seguir a Claire a una distancia prudencial, suficiente para negarlo o alegar coincidencia, hasta el dúplex donde vivía, a dos colinas del colegio. Ella corregía redacciones mientras subía la pendiente, mascaba el lápiz rojo entre anotaciones y en ningún momento desviaba la atención, ni siquiera para abrir la puerta de su casa.

Al cabo de cierto tiempo, a pesar de los vientos gélidos y los escupitajos de nieve, Andre comenzó también a rezagarse en las sombras de un callejón desde el que se veía la ventana frontal de Claire. Por la noche, ella solía plantarse delante del cristal para mirar los coches que pasaban o a los vecinos que sacaban a pasear a sus terriers. Por lo general, se cambiaba y se ponía una camiseta y un pantalón de chándal. Se mesaba el cabello como si acabara de echarse una cabezadita o viniera de zambullirse en un libro. Verla lo abochornaba y, al final, siempre acababa desviando la mirada hacia el pie de la colina, donde las geometrías de los tejados colisionaban entre sí.

Al mes de su acechanza, desenvolvió un bocadillo de pastel de carne y se lo empezó a comer, tan campante, hasta que Claire lo descrismó a traición con un carámbano de más de medio metro. Su cráneo aturdido repicó como un diapasón al percibir el olor a jabón de Claire, tan sencillo que le pareció inalcanzable. Se quedó

sangrando en el suelo hasta que se personaron las luces rotativas de un coche patrulla. El haz de la linterna del agente trazó franjas por el contenedor en el que se había refugiado. Andre se puso en pie con las manos en alto.

—¿Me dices exactamente por qué voy a arrestarte? —preguntó el agente. Se llamaba Marcus Popp, habían ido al mismo instituto, Andre dos cursos por delante. Tener que rendirle cuentas a él le pareció una injusticia adicional de la noche.

—Decide tú —dijo Andre.

El agente desvió el foco de la linterna hasta la brecha que lucía Andre en el cuero cabelludo.

—¿Conoces a la mujer que vive en ese edificio?

—Sí.

—No irás a abalanzarte contra mí, ¿verdad? —preguntó el agente.

Andre era una especie de leyenda local en las tabernas, cuando había pelea, encajaba y soltaba puñetazos sin ton ni son hasta que el agotamiento le impedía levantar los brazos. Hacía poco le había grapado las orejas al cráneo a un obrero metalúrgico. Mientras el hombre trataba de arrancarse las grapas, Andre le reventó la nariz y le hizo saltar los dientes con el mango de la grapadora. El pobre diablo era nuevo en la ciudad. Desde hacía años, a ningún lugareño, a nadie sobrio, se le ocurría buscarle las cosquillas a Andre.

—Nada más lejos de mi intención.

—De acuerdo —dijo el agente.

Para entonces, Claire ya había abierto la puerta de su casa. La luz aceitosa del interior se derramaba por el jardín blanqueado por la nieve. Se encaminó hacia ellos en pantuflas.

—Tú —dijo ella.

Andre asintió.

—Estabas pidiendo a gritos que te descalabraran.

—Lo sé.

El agente no se movió. Lo estaba gozando.

Claire arrugó la frente y parpadeó. Al donar sangre te sacaban medio litro y Andre supuso que eso era más o menos lo que habría perdido. La sangre le calentaba la mejilla, pero se le congelaba en el pelo.

—¿Eso te lo he hecho yo?

Andre se encogió de hombros.

—Las heridas en la cabeza es lo que tienen —dijo—. Son muy escandalosas.

El agente ingresó a Andre en el mostrador de urgencias del hospital y luego le sugirió que reconsiderase sus modales. No vio la necesidad de esposarlo ni de soltarle el rollo de la advertencia Miranda. Andre ni siquiera había llegado a cometer un delito en condiciones, lo cual lo desmoralizaba aún más.

Pese a toda su dedicación, Andre no había logrado adquirir el elemento más necesario en este mundo para el amor: la capacidad de parecer distante de un modo trágico y cautivador, de tal modo que la mujer se sienta impelida a descubrir la causa. En lugar de eso, las mujeres veían en él una planicie, el típico solar llano al borde de cualquier carretera comarcal. El exceso de corazón y la falta de amor propio le hacían un flaco favor, pero un hombre con tales taras que no se hubiese tragado aún el cañón de una escopeta puede que fuera algo más que un pedazo de tierra lleno de piedras y maleza.

Una hora más tarde, el médico le remendó la ceja con quince puntos y le esquiló media cabellera para luego coserle otros veinte. Andre escuchaba los tijeretazos y pensaba en los seis kilómetros de vuelta a casa. Podía telefonear a Smoker, pero solo después de urdir una historia que justificase sus heridas. Para cuando el hospital le

dio el alta y logró dar con la salida, barajaba dos opciones: trifulca con unos californianos o un cuatro por cuatro que circulaba a paso de tortuga por las calles cubiertas de hielo. Los golfillos de la zona habían destrozado las luces del aparcamiento a perdigonazos, por lo que Andre no reconoció a Claire hasta que la tuvo demasiado cerca para hacerse el sueco.

—¿Debería sentirme halagada? —le preguntó Claire—. ¿O solo pretendías alegrarte un poco la vista?

—Espero que no vayas armada —respondió Andre.

Ella se volvió del revés los bolsillos de los vaqueros para mostrarle que no corría peligro. Pero quizá ocultase algo en el abrigo, así que apuró el paso y emprendió a zancadas el camino de vuelta a la ciudad. Ni bien había recorrido veinte metros cuando perdió pie y acabó a cuatro patas sobre la acera helada. La mano de Claire le enganchó el codo y lo ayudó a levantarse.

—Te llevo a tu casa —dijo.

Una vez en el coche, Andre le indicó cómo llegar al parque de caravanas, pero Claire tomó otra dirección y aparcó en un Stop-N-Go. Entró y compró dos cafés tamaño grande, lo cual dejó a Andre ante la enojosa tesitura de tener que sobrellevar el bochorno espabilado y sobrio.

Claire hundió la cara en su vaso, Andre aguardó a que la crema enfriase un poco el suyo.

—Nuestra primera cita —dijo ella.

—Esto no es una cita.

—¿Por qué no?

—Porque de serlo, me estaría comiendo la cabeza para conseguir que al final me besaras.

Claire enarcó una ceja, luego se curvó sobre el freno de mano; sus labios lo estrujaron a bocajarro y Andre se derramó buena parte del café sobre el regazo. Achicharrado, soltó un grito ahogado y estiró

las piernas, lo que hizo que se raspase el cuero cabelludo contra el techo. Se llevó una mano a la brecha, pero los puntos parecían intactos.

Claire se retiró a su asiento. Se inclinó por encima del volante y se aferró las rodillas. Tenía un cabello adherido al dedo anular; el extremo suelto bailoteaba en el aire que salía por la rejilla de la calefacción. La luz del exterior lo hacía brillar. Andre acercó un dedo para tocarlo. Claire apartó la mano de golpe, pero al momento se arrepintió y la apoyó en la suya.

—Lo siento —dijo Andre—. La falta de costumbre.

—Yo igual —dijo Claire—. Por favor, no vayas a pensar lo contrario.

Claire insertó una pajita en la tapa de su vaso. En la radio sonaba un anuncio, aunque Andre no pudo identificar de qué.

—Nunca llegué a verte medio desnuda ni nada de eso —dijo.

Claire tenía la mirada fija en el parabrisas. Las luces del supermercado hacían que hubiera más estrellas en la nieve que en el cielo.

—Siempre me vuelvo a casa pronto. Antes de las ocho.

—Me asustaste, eso es todo.

Claire le soltó la mano y le acarició con un dedo la brecha hendida. Él hizo una mueca de dolor.

—Solía pellizcar a mis hermanos hasta hacerles sangre —dijo ella en voz baja—. Supongo que tengo una vena malvada.

Volvió a posar la mano en la bola de la palanca de cambios. Golpeteó el esmalte con los dedos. Él deseó que esos dedos le curasen.

—Me has estado espiando en el colegio —dijo ella.

—Me temo que disimulo fatal.

—Me lo dijo alguien. Stack.

Stack Edwards era el profesor de educación física, un tipo que iba en camiseta incluso en invierno. Andre ni siquiera los había visto sentarse juntos.

Claire volvió a cogerle la mano y la alzó.

—No le gustan las muestras de afecto en público.

Se quedaron sin café. Andre se excusó para ir a recargar los vasos. Una de las hermanas Williams atendía la caja; era muy cotorra y ya tenía a tres en la cola; cuando Andre volvió por fin al coche, Claire había cerrado los ojos y tenía la cabeza apoyada en la ventanilla. La temperatura ya bordeaba los quince grados bajo cero, una helada severa que obligaría a los rancheros como su padre a deslomarse con el hacha en los cauces de los arroyos para poder dar de beber al ganado.

Un chucho amarillo apareció al pie de la farola; sus pasos rechinaron en el aire quieto como la sierra de un leñador. Se detuvo a olisquear una lata vacía y se le estremecieron las costillas. Se quedó un instante mirando a Andre y luego desapareció en la oscuridad. Andre dejó los cafés en el techo del coche. De vuelta en la tienda, pagó por un puñado de cecina y sacó cinco tiras del tarro. Salió por la puerta trasera y se sentó en los peldaños de hormigón.

Andre contempló la carretera que salía del valle. Si no la había recorrido cien veces no la había recorrido ninguna. Volviendo a casa de la universidad, primero te topabas con la base de las fuerzas aéreas, luego venía Reardan, luego Davenport, la capital del condado de Lincoln, y a continuación Creston, ya en los Scablands[3]. Andre se acordaba de cuando jugaba al baloncesto con doce y trece años. Uno de los rincones del gimnasio daba a un balcón donde el equipo de Creston forzaba los fuera de banda para luego plantar a su jugador más alto delante del que ponía el balón en juego. Los atacantes tenían que hacer un pase picado entre las piernas del defensa o enfrentarse al balcón. Trece kilómetros más allá, Wilbur, y más trigales, suelo millonario. Desde Wilbur, cogías el desvío hacia el valle, siempre entre campos de trigo, hasta que la carretera descendía hacia las rocas. En su día, sobre el curso del río Clark

Fork, hubo un dique de hielo formado durante el último período glacial cuyas aguas hubiesen podido cubrir Montana. El deshielo voló ese muro y acabó convirtiendo el territorio en una zanja de un kilómetro y medio de ancho. El lugar parecía devastado por gigantes.

La carretera desciende, las paredes del valle se alzan y el cielo se transforma en un bloque azul. Entonces divisas el río, el embalse y, más allá, una mole de hormigón que devuelve el Columbia a Canadá.

El perro gimoteó en las sombras, luego se agazapó y dio un brinco para subirse al contenedor abierto. Sus pezuñas rasparon el metal. El sonido se redobló en la fría quietud. Andre le deslizó un trozo de cecina por el suelo helado. El perro se quedó inmóvil. Luego se acercó precavidamente, lo olisqueó y se lo comió; le fue ofreciendo más pedazos, cada vez más cerca, hasta que lo tuvo a sus pies. Le tendió las manos y el perro se las limpió a lametazos. Sabía que Claire seguiría dormida en el coche caldeado y que al regresar sería como si nunca la hubiese dejado sola, pero, al mismo tiempo, tenía el convencimiento de que no estaría, de que lo que quiera que hubiese sucedido entre ellos no había ocurrido nunca.

Claire se despertó al cabo de una hora, con la mejilla apoyada en el hombro de Andre; su boca le había dejado un rastro húmedo en la manga.

—Ese café ya no hay Dios que se lo beba —le dijo—. ¿Quieres más?

Claire sacudió la cabeza.

—Me quita el sueño, como habrás comprobado. —Bostezó—. ¿Te ves con alguien?

—Cuando me encuentro mal voy a que me vea el médico, poco más.

—Me refiero a si sales con alguien.

Andre no respondió. Al final encajó los dos vasos vacíos del suelo en el suyo y amontonó dentro las servilletas que habían sobrado.

—Sí —dijo Claire.

—¿Sí qué?

—Estás con alguien.

Andre se rio. Claire se arrebujó en las mangas de su abrigo.

—Si no, no te pondrías a limpiar el coche para que nos larguemos.

Andre se detuvo.

—Lo mandé a tomar por culo por ti. A Stack, me refiero —dijo Claire.

Ella hundió los hombros bajo el abrigo y le tendió la mano para zanjar el asunto con un apretón. Andre se la agarró. Su piel seguía tan suave como la primera vez que la tocó, y la suya igual de tosca. Sin contar camareras y cajeras de supermercado, era la primera voz femenina que le dirigía la palabra en dos años, y el primer beso no propiciado por el alcohol o el muérdago desde que iba al instituto. Las servilletas embutidas en el vaso se habían desplegado como los pétalos de una flor, con la mitad inferior abatida y empapada en los posos. Desprendió una y la dejó caer sobre la alfombrilla, luego otra y otra más hasta que ella se quiso unir a la fiesta, entre risas, y en un visto y no visto tuvieron el suelo que daba grima verlo, más aún cuando siguieron con los papeluchos que había en la guantera y debajo de los asientos.

Al rato, Andre volvió a la tienda a por más café. En el cuarto de baño, dejó correr el agua hasta que salió caliente, luego cerró los ojos con fuerza, se restregó la cara con jabón en polvo y se miró en el espejo que había sobre el lavabo. Una vez, en el instituto, había anotado dieciocho puntos en unas eliminatorias de baloncesto y, aun así, hacia el final del partido se vio en la línea de tiros libres, seguro de que la iba a cagar. Un segundo antes de lanzar y ver que el balón rodeaba el aro y salía despedido, lo vio todo claro y comprendió que había llegado al límite de sí mismo y que nunca llegaría más lejos.

La puerta de atrás estaba pegada a la de los servicios y volvió a

hacer uso de ella después de pensárselo dos veces para cambiar los cafés por una caja de seis latas de cerveza negra.

Ya fuera, el perro lo miró compungido. Andre abrió una lata y lo ignoró. Se metió las cinco restantes en los bolsillos y se adentró, campo a través, hacia una carretera que conducía a otra que, a su vez, acabaría llevándolo hasta su caravana y su botella de whisky.

GÉNESIS

Octubre 1941–noviembre 1950

Ni Andre ni Smoker sabían lo suficiente de la historia de su madre para determinar en qué momento se inició la conflagración que la devoraba. Ella estaba tan desconcertada como sus hijos.

De niña, en verano, Peg pasó muchos días con la tía de su madre. En una casita con vistas a la presa, su tía abuela, con el único objeto de satisfacer la curiosidad de su paladar, horneaba, cocía al vapor o estofaba platos exóticos que luego repartía entre los vecinos. Tenía a todas horas una mesa de pícnic abarrotada de comida y en cantidades que habrían sido la envidia de cualquier empresa. Había renunciado a parte de su césped para plantar una huerta con puerros, coles, jícama, radicchio, pimientos, legumbres, todo tipo de calabazas, nabos, boniatos, zanahorias, rábanos, cebollas, cebolletas, endibias, eneldo, salvia, cúrcuma, hinojo y mejorana. Los melocotoneros y los albaricoqueros proyectaban sus sombras sobre las hileras de zanahorias y el bancal de patatas. Cada verano, al caer la tarde, espantaba con un rifle de aire comprimido a los mapaches que se aventuraban a subir bajo la luz crepuscular del acantilado con intención de robarle. Criaba pollos en un gallinero que había construido en el solar de al lado, detrás de una valla, y un par de cabras, para el queso y el cabrito frito. Durante un tiempo probó suerte con las ovejas y una vaca Guernsey, pero los vecinos se quejaron del ruido.

De pequeña, Peg arrancaba hierbajos para sacarse un dinerillo y subirse a los cachivaches de la feria. Quizá, de haber vivido más, la tía abuela habría podido impedir que Peg se desmadrase, pero murió de un aneurisma cerebral antes de que la niña comenzara a ir al colegio.

Para entonces, las tías consanguíneas de Peg se habían dispersado

como el vilano de los dientes de león bajo un buen soplido: Bernie, la mayor, encadenó tres matrimonios de vida corta y al final se dedicó a las actividades políticas de poca monta en las que las viudas y divorciadas con inquietudes intelectuales suelen acabar involucrándose para seguir dándose pisto. Ella manifestó en cierta ocasión que los hombres resultaban muchísimo más gratos como ideas bien vestidas que como chimpancés de patas peludas sin pantalones.

Marta, la más joven, que tenía de teatrera lo que Bernie de reservada, con ese manchón permanente de carmín que tenía por boca y esas cejas, delineadas con rímel, que eran como alas desplegadas en pleno vuelo sobre unos ojos grises y anubarrados, hizo que sus días se consumiesen como en un incendio de la pradera con viento de cola. Cortaba flores y se las ponía en el pelo, vestía blusas de estampados chillones y atemorizaba a todo el mundo, salvo a sus hijos, a los que cada verano confiaba a su madre hasta principios de otoño. El padre de Peg la permitía acampar con ellos bajo las estrellas, donde fumaban, hiperventilaban y esnifaban pegamento para maquetas en bolsas de papel.

Juntas, las hermanas eran como dos heridas abiertas y, en las reuniones familiares, el padre de Peg, nacido en medio, revoloteaba como una abeja de un extremo a otro del jardín tratando de polinizar algo de calidez entre ellas. Sus malos rollos lo atormentaban más que a ellas mismas, que juzgaban la ira que las atenazaba como una contrariedad más del mundo en el que les había tocado vivir, y no tenían reparos en decirlo.

Peg, asimismo, tuvo una ristra de tíos, pero ninguno de la familia: compañeros de su padre, mecánicos y obreros de la construcción sin hijos a los que poder atizar o consentir. Edgar, el mejor amigo de su padre desde el colegio, era huérfano. Iba a recoger a Peg tres veces por semana a la salida de las clases de baile cuando sus padres estaban ocupados en lo que fuera. Peg ya era un bellezón y lo sabía. Pero cuando flirteaba con él, como haría cualquier niña prepúber, Edgar se limitaba a ofrecerle un chupachups, encender la radio y ponerse a cantar en falsete las canciones de Frankie Valli, todo lo cual le parecía a ella de lo más extraño, dado que la mayoría de los amigos de su padre se la comían con los ojos por encima de las

botellas de cerveza y la importunaban con quemaduras indias[4] y cosquillas en cuanto sus padres salían de la habitación. Ella se preparaba para esas visitas embutiéndose papel higiénico debajo de la blusa y la ropa interior. Como último recurso, se meaba encima y salía corriendo a cambiarse.

Otro tío, Quantrill, por culpa de la bala que el Policía Owen le plantó en la columna hacía años, renqueaba inclinándose hacia delante, como si avanzara contra un viento perpetuo. Durante el mes que siguió al disparo, los médicos pensaron que no lo contaría, luego, cuando se halló fuera de peligro, estimaron que se pasaría el resto de sus días condenado a una silla de ruedas. Pero, en la temporada de pesca, Quantrill cojeó hasta Osborn Bay y lanzó su sedal. A las dos horas tenía un stringer cargado de robaletas.

Ahora bien, hasta ahí llegaron las sorpresas. Era incapaz de utilizar una pala y, si conducía maquinaria pesada durante más de diez minutos, las piernas se le dormían y no podía manejar los pedales. Era un ingeniero competente y, de vez en cuando, aceptaba contratos estatales de inspección, pero sobre todo se dedicaba a fumar y a beber café en el porche cubierto de su casa, alternando entre dos butacas y un balancín por motivos de comodidad. Una vez intentó persuadir a Peg para que le hiciera una paja, pero a ella le resultó cómico el puño peludo que formaba la polla con las pelotas, y le entró la risa, así que él se subió al momento la cremallera de los pantalones de lona y ni el asunto ni sus vergüenzas volvieron a salir a la luz.

Peg tenía ocho años cuando una mujer del vecindario contrató a Quantrill para que le pintara el salón. Quantrill entregó a Peg una brocha y una lata de café llena de pintura, le dijo que se pusiera manos a la obra con las paredes y, acto seguido, se largó a la taberna. Peg dio una mano de pintura a todo lo que quedaba a su alcance. La mujer la reprendió, pero Quantrill dijo que la pequeña, simplemente, había sido minuciosa. Quantrill detestaba discutir. El fin de semana siguiente, Peg se lo encontró junto al hoyo para hacer fogatas que había detrás de su casa. Tenía un librillo de cerillas y una pesada biblia familiar. Prendió una cerilla contra el filo de una piedra, contempló la llama y la lanzó al hoyo. Al llegar al fondo se

extinguió. Quantrill arrancó entonces unas páginas de la biblia y las dejó caer al hoyo, acto seguido, prendió otra cerilla. Esta vez no se apagó. Las páginas se volvieron amarillas y liberaron un humo de color granito. Quantrill alimentó el fuego, luego se estiró el labio inferior como si estuviese elucubrando. La llama no era muy alta. Hizo un gurruño con varias páginas más y lo lanzó a las brasas.

—Este libro es importante para esa mujer —explicó Quantrill. Arrancó otra página—. Quemarlo también.

Quantrill dispuso astillas sobre el fuego y, cuando se transformaron en ascuas rosadas, añadió un alerce descuartizado. Daba la impresión de que su piel se reblandecía según iba desperezándose la mañana. Colocó una rejilla sobre la fogata y encima una sartén con dos longanizas, revolvió una docena de huevos, lo repartió todo sobre unos platos de papel, bebieron zumo de naranja directamente del brik y desayunaron como gladiadores.

Por otro lado, la casa de los padres de Peg parecía detentar una estabilidad de la que muchos de sus iguales carecían. La policía solo se presentaba para indagar acerca del paradero de Quantrill. Su padre bebía de vez en cuando y su madre era abstemia. El alcohol le sentaba fatal. Los dos se hablaban con educación y, cuando discrepaban, no vaciaban los armarios ni se golpeaban con jamones congelados o botes de kétchup. Su madre cultivaba petunias y arrancaba los hierbajos porque era lo que se esperaba de unos buenos vecinos. Su padre madrugaba para estar a la hora que exigía el gerente en la tienda de piezas de automóviles donde trabajaba, y regresaba en cuanto lo dejaban salir. Lo que más disfrutaba eran las mañanas de los sábados, cuando, en vaqueros y camiseta, desenroscaba tornillos y se lanzaba a la caza de levantadores de válvulas pringosos o juntas mal selladas bajo el capó de su Mercury del 41 de ocho cilindros en línea. Algunos del barrio habían llegado a ofrecerle el doble de su valor y, en una ocasión, un coleccionista pretendió, en vano, cambiárselo por un Chevy del 45 y un Pontiac Streak del 38.

Cuando Peg tenía nueve años, su padre se cayó de una escalera. Al no tener seguro, se vio obligado a venderle el coche a Quantrill, que

lo dejó muerto de risa delante de su casa. Su padre, así y todo, recorría a pie las diez manzanas que separaban las viviendas y se ponía a ajustar los brazos de refuerzo del chasis y a verificar las bombas de agua y gasolina como si el coche aún fuese suyo. Era una historia que no podía afrontar: los componentes perdidos, los fallos de encendido en el motor de su vida.

Sin embargo, en quinto de primaria, Peg volcaba chaparrones de mordacidad y puñetazos sobre cualquier adulto o niño que abusara de ella, o bien se reconcomía en su pupitre y amontonaba nubarrones biliosos en su cabeza a tal efecto. Ella era borrascosa, para nada una golfilla descarriada. Sus profesoras, buenas mujeres, intentaron convencerla de su potencial. Ella detestaba esa palabra. Habría preferido que la llamaran elefante, más bien ser un elefante, entonces solo tendría que ocuparse de acumular peso, lo que no era ni de cerca tan engorroso como las convicciones de quienes pretendían ocuparse de ella.

La directora recurrió a una vieja arpía retirada que se llevó a Peg al cuartito reservado para los alumnos de educación especial. La mujer bufaba y atizaba a Peg en la oreja con una regla cada vez que la niña alzaba la vista de las fichas de ejercicios. «He enderezado a más de una como tú, jovencita», le dijo la mujer.

El segundo día Peg olisqueó a la mujer cuando se acercó a su pupitre.

—¿Qué? —dijo la mujer.

—Me huele a podrido —dijo Peg.

—No te huele a nada de eso.

Esa tarde Peg distrajo media docena de huevos en mal estado de la nevera de su tío. Escondió dos en un pupitre desocupado.

—Es usted —dijo Peg—. Huele a problemas femeninos.

—Para nada. —La mujer resopló, pero cada vez que se aproximaba, Peg hacía una mueca. La mujer se pasó veinte minutos registrando

el aula en busca del origen de la pestilencia.

Después de clase, Peg escondió otros dos huevos en las rejillas de la calefacción. A la mañana siguiente, la mujer dejó sobre su mesa un ambientador y dos botes de Lysol. Peg giró el termostato al máximo.

—¿Es que nunca se baña? —le preguntó Peg a la mujer.

—Ocúpate de tus asuntos —respondió la arpía, pero toda su autoridad se había desvanecido.

Al día siguiente llegó desarreglada y se aplicó el pintalabios con aprensión frente al espejo del guardarropa, luego se recompuso el cabello gris y se lo fijó con horquillas, pero se le desmoronó antes de cruzar el aula. Peg se acercó a la pizarra. DUCHA VAGINAL, escribió en mayúsculas de trazo impecable.

La mujer salió zumbando. Por la ventana, Peg la vio meterse en su coche y salir del aparcamiento. Peg recuperó los huevos y se deshizo de ellos en el solar de atrás. Al cabo de una hora, la directora la acompañó de vuelta a su clase normal.

Esa tarde, después de una hora de castigo, el autobús del instituto la dejó en casa. El cielo estaba encapotado y lloviznaba. Peg cruzó el césped húmedo hasta el porche frontal y se secó a manotazos. En el ventanal reconoció las cabezas de sus padres. Su padre hacía durar una cerveza y asentía a las noticias de la tele. Su madre emborronaba un crucigrama. Estaban más que acostumbrados a sus regresos tardíos, a las notas de los profesores y las llamadas telefónicas de la directora.

El cielo filtró el último resquicio de luz. Dentro, sus padres y la estancia se volvieron amarillos y cálidos a la luz de las lámparas. Su padre tendió la mano por encima del brazo de la butaca reclinable, tomó la de su madre y se puso a trazar círculos con el pulgar sobre los huesecillos de su muñeca. Peg se agarró una mano y se buscó los mismos puntos, pero no sintió nada.

El presentador del telediario hablaba, pero desde fuera no era más que un enorme rostro indulgente que ella no podía oír. Las manos

de sus padres continuaban unidas y Peg reconoció, con esa suerte de intuición repentina que solo poseen los niños, que, a diferencia del locutor, ellos eran genuinos y ordinarios, algo que les infundía dignidad frente a aquel hombre maquillado que leía las noticias delante de una cámara. Solo aspiraban a atender las necesidades del otro y a cuidar de ella. Peg sabía que, si se decidía, podía entrar y hacerse hueco en la butaca de su padre, él la enlazaría con un brazo para que pudiera apretujarse contra él y sentirse próximos. Su madre se escabulliría a la cocina para traerle un vaso de leche y algo de cenar. Peg devoraría la comida, ellos la acribillarían a preguntas acerca de su día en el cole y todo sería distinto, una vida de gente que se cogía de la mano con cariño. No era una tierra prometida de la que la separasen un desierto y cuarenta años. Solo hacía falta girar el pomo de la puerta y empujar. Parte de ella deseaba recibir el calor y el alimento de aquella gente buena. Eran extraños, sí, pero ¿quién no era un extraño para cualquiera? La extrañeza que la separaba de sus padres no era intencionada por ninguno de ambos bandos y, quizá, a fuerza de fe y buena voluntad, podría tenderse un sendero que los uniera.

Peg se demoró en el porche. Las manos de sus padres se separaron. Su madre acondicionó las mesillas de cena plegables y le pasó a su padre los cubiertos, la sal y la pimienta, antes de plantarle un plato rebosante de estofado de ternera, con sus patatas y sus zanahorias. Luego fue a por el suyo. Comían meticulosamente, como si comer importara, y así era; para ellos todo importaba: el jardín, el flotador del carburador, la disposición de los cubiertos y la alineación precisa de las llaves inglesas en el armario del taller. Y Peg, ella también importaba, más que nada en el mundo, posiblemente. Todas las noches, juntos o por separado, sus padres entraban en su cuarto cuando la creían dormida. Ponían en orden los cajones de la cómoda: en uno, la ropa íntima y los calcetines; en otro, las blusas y, en el tercero, las camisetas y los pijamas. Colocaban los trastos desordenados sobre las baldas que le había instalado su padre, quien todos los meses se aseguraba de que estuviesen niveladas. Repetían aquel patrón de conducta como una plegaria. Y, tanto para ellos como para ella, era como una plegaria, Peg lo sabía.

Rodeó la casa hasta el patio trasero y se fumó un cigarrillo. El gato atigrado de los vecinos saltó desde la valla y se acercó a ella. Se

restregó contra sus piernas y ronroneó. Peg le rascó el lomo y el gato alzó el hocico con una expresión de algo más que regocijo, no tanto de éxtasis, lo sabía por las viejas películas guarras de Quantrill, como, decidió, de certitud. El animal era feliz y ni el antes ni el después permeaban su presente.

Peg apartó al gato de un revés que lo hizo rodar, luego se incorporó y se quedó observándola con ojos parpadeantes. Al momento volvió a acercarse y se puso a serpentear entre sus tobillos. A eso se parecía la esperanza. Peg se pasó media hora acariciándolo, hasta que un ruido en el interior de la casa sobresaltó al animal y salió disparado hacia la valla y su hogar.

Peg se asomó a la cocina por la ventana. Su madre había alineado los platos en el escurridor Rubbermaid y había vuelto al salón. Peg entreabrió con cuidado la puerta corredera y bajó por las escaleras a su cuarto, en el sótano, donde subió el volumen de la música y se puso a hojear un viejo número de la revista Cosmopolitan. Arriba se oían los pasos de sus padres y advirtió su inquietud, pero no le dio mayor importancia.

1 «Raven» es cuervo; «bird», pájaro. (N. del T.)

2 «Bureau of Reclamation». Agencia federal, perteneciente al Departamento de Interior de Estados Unidos, que supervisa la gestión de los recursos hídricos. (N. del T.)

3 Accidente geológico único, producido por la erosión de las inundaciones cataclísmicas del lago glaciar Missoula que barrieron periódicamente el este del estado de Washington durante el Pleistoceno. El término fue acuñado por el geólogo J. Harlen Bretz en la década de 1920. Un territorio desértico y acanalado semejante al de los canales de Marte. (N. del T.)

4 «Indian burn», también conocida como quemadura china o tortura china, broma que consiste en retorcer la piel de la muñeca o el brazo de la víctima en direcciones opuestas y al mismo tiempo. (N. del T.)

2

ÉXODO

Agosto 1991

Smoker había instalado la capota de caza en la caja de la pick-up. Embreaba el techo cada seis meses y sellaba doce veces las junturas de estaño. Dentro hedía a moho, sudor masculino y carne frita. En los armarios había cajas de galletas rancias, dulces y saladas. Los remaches de los laterales impedían que se desprendieran los paneles de contrachapado. Andre sumó su petate al desbarajuste.

—¿Y tu pipa? —preguntó Smoker.

Andre se palpó el bulto bajo la cazadora.

—Me refiero al rifle.

—¿Voy a necesitar un rifle?

Smoker entró en el apartamento de Andre y regresó con el Model 70 y una caja de cartuchos. Deslizó ambos por detrás del asiento.

—Ahora será un arma de fuego oculta —dijo Andre.

—Razón de más para esconderla.

Una vez fuera de la ciudad, Andre encendió la radio y comenzó a sonar Conway Twitty en una vieja emisora de música country, le siguió Sammi Smith. Smoker movió el dial en busca de noticias.

—Ni se te ocurra —dijo Andre, aunque tenía los ojos cerrados.

—Pensé que te habías quedado roque.

—¿Y lo sigues pensando?

Smoker continuó conduciendo sin decir nada. Manejaba el volante con la mano derecha al tiempo que iba tamborileando un ritmo solo audible en su cabeza con el pulgar y el índice de la otra. Siempre había confiado en la intuición, el instinto y la pura chiripa, de esta última parecía tener a espuertas.

—¿Y cuando la encontremos? —preguntó Andre.

—La traemos a casa.

—¿Y?

—Sé cuidar de mi hija —dijo Smoker.

Andre bebió de su café tibio.

—¿Y entonces cómo es que la perdiste?

—Su madre es la responsable.

Andre soltó una risita. Smoker se quedó callado.

—Quieres que Bird vuelva solo porque es tuya —dijo Andre—. Deberías querer ocuparte de ella en serio y, en caso de no poder, buscarte a alguien que lo haga.

—No tienes ni idea. Tener hijos te cambia —dijo Smoker.

—No creo que a ti te haya cambiado en absoluto.

Smoker se quedó callado un buen trecho.

—Cambiaré —dijo—. En cuanto la tenga de vuelta en casa. Acuérdate de cuando era un bebé. La llevaba conmigo a todas partes.

—Lo mismo podría decirse de un cachorrillo —respondió Andre.

Smoker renunció a seguir discutiendo. «Los hombres carecen de

hogar al que volver», pensó Andre. Las biblias y las leyendas intentan transformarlos en héroes, pero su reiteración solo viene a recalcar su impermanencia. Apellidos, la mayoría de las veces es lo único que dejan. Las mujeres, en cambio, son estables, como la tierra. Una mujer lleva el hogar dentro. Diese donde diese con sus huesos, Smoker se encontraba siempre alejado de lo que era y del lugar donde quería estar. Por eso no paraba quieto, Andre lo tenía calado. El mayor temor de su hermano era ser descubierto, sobre todo por él mismo.

Andre destapó el termo de Smoker y se recargó el café. Al coronar el valle, los hermanos contemplaron el cielo que se alzaba sobre los trigales. Los agricultores cargaban el grano en semirremolques, su cargamento era más valioso que algunas casas. Los rastrojos seguían el trazo curvo de las sembradoras, a la espera de que los quemasen o los barriesen para el cultivo del año siguiente.

Por la carretera 2 atravesaron a toda velocidad pueblos pequeños, cada uno con su tienda de alimentación, su taberna para los obreros, su banco para los agricultores, su paso de cebra y su colegio con su equipo de baloncesto sobre el que poder discutir de algo que no fuese únicamente el precio de la gasolina, que todo el mundo necesitaba, por lo que costaba un dólar más que en la ciudad.

—Siempre me creí mejor que tú —dijo Andre.

—No seas tan duro contigo mismo —respondió Smoker—. Te pones el listón muy alto.

Al cabo de una hora, la autopista descendió sobre Sunset Hill en dirección a Spokane. La primera salida al centro de la ciudad era por Maple, y Smoker puso el intermitente. Pagaron el peaje del puente metiendo una moneda de veinticinco centavos en el cestillo de la máquina. Andre señaló la orilla opuesta.

—Tremendo perrazo.

—Es un oso —dijo Smoker.

Oyeron sirenas que se aproximaban y al momento tres coches

patrulla con las luces de emergencia encendidas cruzaron el puente a todo meter en sentido contrario.

—Puede que sepan de rateros, pero de osos no tienen ni zorra —dijo Smoker.

—Y tú sí, claro. ¿Por los documentales de Wild Kingdom?

—A los osos no les gustan las alturas —dijo Smoker.

—Que yo sepa, se suben a los árboles.

—Porque tienen ramas de las que colgarse. Ni me imagino a cuento de qué habrá querido subirse ese a un puente, pero ya te digo yo que no va a volver sobre sus pasos.

Smoker dirigió la camioneta hacia una vía de servicio de grava que trazaba dos curvas en horquilla y paró donde la ladera se vertía escarpada como una cuchilla. Entre resbalones, descendieron trabajosamente por la pendiente, aferrándose a los hierbajos y a las piedras para no despeñarse. En la orilla del río, los bloques de basalto, musgosos por la rociada de las cascadas, formaban una cornisa. Andre se torció un tobillo y cojeó detrás de Smoker, que avanzaba a grandes zancadas hacia una fronda de acacias. Desde uno de los árboles, a media altura, los miraba fijamente un oso negro que no tendría más de un año. Las luces azules de los coches patrulla iluminaban un aparcamiento al otro lado del río, donde estaban registrando el salón recreativo y los camiones de comida.

Una ráfaga de viento arqueó el árbol esmirriado. El oso se revolvió para no perder el equilibrio.

—Quieto —dijo Smoker.

—¿Me dices a mí o al oso?

—Tú limítate a no perderlo de vista.

Smoker remontó el cañón y reapareció a los diez minutos con una paletilla de jamón, su rifle, un cuchillo de desollar y treinta metros de cuerda de nailon. Smoker serró un orificio por debajo del hueso del jamón, enhebró un extremo de la cuerda y anudó el lazo. Lanzó

el jamón al oso y falló. El oso husmeó. Smoker lo volvió a intentar, pero se quedó corto.

—Deja de lanzar como una niña —dijo Andre.

Smoker le pasó el jamón a Andre.

—Va, Jim Thorpe[5], prueba tú.

Andre le dio al oso en la cabeza. Rugió y se puso a lanzar zarpazos al aire. En su segundo intento, volvió a endiñarle un trompazo. El oso se aferró al árbol con más fuerza.

Smoker exigió que le devolviera la cuerda.

—Aléjate un poco y ponte a ulular —le ordenó.

—¿Perdona?

—Que ulules —dijo Smoker.

—¿Quieres decir que lo distraiga?

—Quiero decir que ulules. Igual le hace recordar que no es un búho.

—¿Crees que se le ha olvidado y que por eso ha subido revoloteando hasta ahí?

Andre rodeó el árbol en dirección al río. Hizo bocina con las manos y emitió el reclamo. Al rato, el oso se lo quedó mirando, hosco. Smoker se acercó a hurtadillas y lanzó el jamón por encima de una rama que le quedaba a mano. Andre, despacito, fue a recolocarse junto a su hermano. Los ojos del oso siguieron sus pasos. Cuando la cuerda entró en la línea de visión del animal, Smoker tiró de ella lo suficiente para agitar las hojas. El jamón se movió y el oso lo olisqueó y se inclinó hacia él. Smoker volvió a sacudir la cuerda. El oso se ladeó y se cayó del árbol. El jamón aterrizó a su alcance y el oso lo atrapó de un bocado. De un tirón, Smoker se lo arrebató de la boca. El oso bramó. Smoker le lanzó la cuerda a Andre y se apresuró a subir la pendiente.

—Ve guiándolo.

Andre comenzó a ascender despacio, no le interesaba contrariar al animal.

—No dejes que atrape el cebo —gritó Smoker.

—Mejor el cebo que yo —respondió Andre.

Smoker siguió ascendiendo a toda prisa, remontó la parte más pronunciada a gatas, como lo habría hecho el oso. Tendió la mano para asir la cuerda. Andre se la lanzó y se dispuso a seguirla, igual que el oso, que contaba con mejor tracción que cualquiera de ellos. Cercó con las garras el jamón y estuvo a punto de derribar a Smoker. Smoker tiró y desprendió la carne del abrazo del oso. Este volvió a olisquear. El costillar se le dilataba y contraía bajo el pellejo flácido. Balanceó su cabeza lanuda. El viento agitaba y hacía crepitar la maleza de la zanja. Arriba, el trasiego de los coches sonaba como el océano en una caracola. El oso se dio media vuelta para regresar al río. Smoker se llevó los dedos a los labios y silbó. Las orejas del oso se irguieron. Se dejó vencer, jadeante.

Smoker desenfundó el revólver que llevaba al cinto.

—Esperaba poder guiarlo hasta la camioneta para no tener que arrastrarlo.

Unos pasos más abajo, Andre se interpuso entre ellos.

—Ni se te ocurra dispararle.

—¿Crees que le va a ir mejor con esos polis? —preguntó Smoker—. Además, hace como tres años que no mato a un oso.

Smoker dio una calada al cigarrillo y expulsó el humo. Andre deslizó el jamón pendiente abajo hasta el oso. El oso se dejó caer sobre él, luego rodó hasta ponerse de lado y empezó a lamer la grasa salada.

—Podemos llevárnoslo —dijo Andre.

Smoker se rio.

—En la capota. Lo seguimos engañando hasta hacer que se suba a la

camioneta.

—La destrozará y luego la emprenderá con nosotros.

Andre sacudió la cabeza.

—Lo mantendremos bien alimentado. Se limitará a comer, cagar y dormir.

El oso desgarró un trozo de carne del hueso y rodó como un perro.

Smoker soltó una bocanada hacia el cielo.

—No he salido de casa para rescatar a un oso.

—Has sido tú el que ha desviado la camioneta hasta aquí.

—Solo quería echarme unas risas.

—Bueno, pues yo no pienso abandonar al oso para que esos cabrones se lo carguen, ni voy a permitir que te lo cargues tú. Así que vas listo.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Smoker—. ¿Y crees también que deberíamos llevarlo a que eche un polvo?

LAMENTACIONES

Diciembre 1983–febrero 1984

Antes de aceptar el puesto de profesora, Claire se documentó a fondo sobre el entorno del valle. La ciudad lindaba con una reserva india. A diferencia de las comunidades aledañas, cuya vida social y económica orbitaba inalterablemente desde hacía más de cien años alrededor de los ranchos de trigo, Grand Coulee era una ciudad fundada por la industria de la construcción. Erigida para construir la gran presa, la localidad prosperaba o se descalabraba al capricho de los contratos gubernamentales. La incertidumbre transformaba la crisis en el pan de cada día, a tal punto que la mayor parte de los habitantes apenas se molestaba en combatirla. Entre un empleo y otro, subsistían gracias a la generosidad de la comunidad, hasta que volvían a encontrar trabajo y pasaban a convertirse en benefactores.

La parte minoritaria trabajaba en la presa o tenía un puesto sindicado en algún sitio, se dedicaban a la docencia o ejercían de empleados de banca, instaladores de cable o inspectores de los servicios públicos del condado. Escapaban del caos evitando a los que habían caído en él.

En cuanto a la reserva, Claire no tenía ni idea de qué iba a encontrarse. Su conocimiento de las cosas de los indios no iba más allá de la reseña sobre el Jefe Joseph que venía en un libro de texto del colegio y unas vacaciones a Monument Valley, donde se compró una manta hopi. Lo que más le sorprendía era lo poco que incidía la presencia de la reserva en el valle. No tenía noticias de sesgos racistas por parte de la policía. Las parejas interraciales no llamaban la atención.

La tribu, doce tribus que el gobierno había amalgamado por razones prácticas en una sola reserva regida con bastante flexibilidad por la Oficina de Asuntos Indios, dirigía una fábrica de postes y había

intentado rentabilizar una mina de uranio en el monte Tolman hasta que los trámites embadurnaron los mecanismos de la burocracia y el proyecto se fue a pique.

A muchos les iba bien. Gestionaban ranchos y, para ocuparse del ganado, contrataban a los vecinos, entre los que figuraban los mejores vaqueros del país. Por lo general, solo salían de la reserva para cursar los cuatro años de instituto. No se unían a ningún club ni practicaban deportes; no asistían a los bailes de estudiantes y, al final del día, se apresuraban a coger el autobús escolar de vuelta a casa. Si bien las chicas se convertían muchas veces en estrellas de powwows[6] o reinas del rodeo; otras tenían que hacerse cargo de los pequeños de la familia.

Otros tantos acababan en el valle. Jugaban en equipos de baloncesto, fútbol o atletismo. A los chicos los encontraba bellos, tez oscura, cabello liso y negro. Los había que eran auténticos bloques de piedra, defensas, ala-pívots o lanzadores de peso. Las chicas eran igual de bonitas y atléticas. Y bastante más chungas.

Andre era la excepción, fue a la universidad y se sacó el título. Muchos chavales contaban con el intelecto necesario, pero, mientras que el valle no estaba muy lejos del anclaje de la reserva, la mayoría de los centros universitarios quedaban muy a trasmano. Hasta el propio Andre, que aguantó los cuatro años de universidad, acabó regresando.

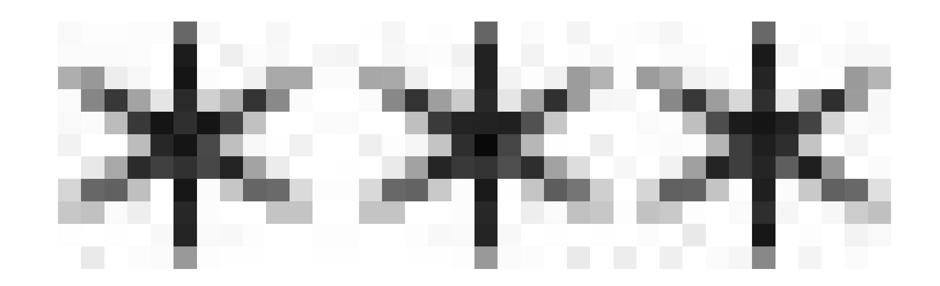
Las ciudades —Nespelem, Keller, Inchelium— eran lúgubres y, de vez en cuando, peligrosas. La gente le habló a Claire de muertes en tabernas a causa de desaires que muy pocos habrían percibido estando sobrios. Pero las familias de la reserva, pese a sus problemas, se mantenían como una piña.

La cerveza india era la Lucky Lager; los blancos se burlaban de ella, pero se la bebían igual. El tiempo indio era un chiste recurrente. Los niños indios solían llegar tarde a clase. Claire le preguntó una vez a una niña corpulenta el motivo de su tardanza. La niña le dijo que Sandra le estaba contando una cosa cuando sonó el timbre. Y no había acabado de contársela. ¿Tenía que haberla dejado con la palabra en la boca solo porque sonara un timbre? «Yo a ese timbre no lo conozco, señorita. A Sandra, de toda la vida.»

Una semana más tarde, Claire se dejó caer por el aula de Andre después del último timbre para pedirle prestado papel para manualidades. Respecto a su desaparición del Stop-N-Go, ella hizo como si no hubiese sucedido. Casi todas las tardes que siguieron, fingió una urgencia de compasión, material escolar o consejo.

También solía reunirse con él un antiguo alumno. Carl, del último curso, que andaba con las solicitudes de ingreso a la universidad. Los orientadores lo habían ignorado porque, en tercero, le diagnosticaron mononucleosis y se vio obligado a retomar las clases en verano; su salud siguió pendiente de un hilo y no pasó de notable en los cursos de recuperación. No se presentó al examen de admisión a la universidad hasta el otoño de su último año. Andre había corrido con el gasto de las tasas. Carl solo falló en una pregunta de matemáticas y en seis de la prueba de lengua. Salió en el periódico y recibió por correo solicitudes de ingreso de Harvard, MIT y Caltech. El director empezó a convocarlo en su despacho una vez por semana para convencerlo de que se decantara por Stanford, pero Carl no se fiaba de ese interés tan repentino, así que apeló a Andre para que recopilase cartas de recomendación y lo guiase con los formularios.

El chico cargaba bolsas en el Safeway, así que tenía que irse antes de las cuatro. Claire siempre se las ingeniaba para presentarse a menos cuarto. Al final de la primera semana, cuando el chico se fue a trabajar, besó a Andre, luego siguió haciéndolo al final de cada visita, las dos o tres primeras veces en la mejilla, después en los labios. Finalmente, lo invitó a cenar en su apartamento, lo que acabó por convertirse en una costumbre. En esas ocasiones él no probaba el alcohol y se quedaba hasta tan tarde que luego no tenía ningún sentido empinar el codo. No tardó en empezar a quedar con ella todas las noches y, prácticamente, dejó de beber.



Fue después de una de aquellas agradables veladas cuando el padre de Andre, Pork, lo telefoneó a las dos y media de la madrugada.

—¿Estás borracho? —preguntó Pork.

—Pues no —dijo Andre.

Pork lo ignoró.

—¿El Model 70 aquel, lo sigues teniendo?

—Me parece que el que va medio mamado eres tú —dijo Andre—. El rifle está en el armario.

—Pensé que a lo mejor lo habrías empeñado. —Hizo una pausa—. Lo de disparar nunca fue lo tuyo.

—Si has llamado para insultarme podrías haberte esperado a que amaneciera.

—¿Tienes alguna ventana que dé a la calle?

—La del dormitorio.

—¿Con farolas cerca?

—Una o dos. Si tienes en mente un robo, te pillarán seguro.

—No es eso. —El extremo del teléfono de Pork repiqueteó cuando se lo acomodó—. Te esperas a que me ponga debajo de una de esas farolas y entonces me disparas. Te recuerdo que el corazón está a la izquierda. Mi izquierda, no la tuya, me cago en mi vida.

—Eso dependerá de hacia dónde mires.

—No quiero verlo —dijo Pork—. Miraré hacia el otro lado. Al oeste de tu edificio.

—Eso es el sur.

—¿El sur? —dijo Pork.

—¿Repíteme entonces dónde vas a tener el corazón?

Pork se pasó unos segundos calculándolo. Andre podía oír cómo se movía dentro de la cabina telefónica.

—Ahora estoy de cara al sur, veo las torres parpadeantes.

—¿Desde dónde?

—Desde el aparcamiento del Safeway. Enfrente del videoclub ese que no tiene pelis porno.

—Estás mirando al este.

—¿Y entonces por qué cojones se llama Calle Mayor Sur?

—Nada puede estar al sur de todas partes.

—Dame un segundo —dijo Pork.

Andre lo oyó encenderse un cigarrillo y dar una calada.

—Me parece que no importa hacia dónde mire.

—¿Qué coño no va a importar? La bala hace un agujero más grande al salir que al entrar.

—¿Eso si me pongo de cara a ti o si miro hacia otro lado?

—Lo mismo da.

—¿Y de norte a sur? Tipo brújula.

—Así también —dijo Andre.

—Eres peor que una mujer.

—Es posible. Pero no voy a dispararte, sea la hora que sea.

—Voy a ir de todas formas.

—¿Quieres que haga café?

—Quiero que me pegues un tiro, cojones.

—¿Por qué?

—Por una mera cuestión de civismo.

Aun así, Andre filtró café. Dormir ya quedaba descartado. Se puso a corregir exámenes de matemáticas, a puntuar las ristras de cifras garabateadas de modo indeciso, las tentativas de sus alumnos de abandonar el cálculo en favor de la esperanza. A diferencia de otros profesores de matemáticas, Andre se negaba a identificar eso con defectos de lógica. Había muchas maneras de concebir las cosas y darles sentido. Él solo evaluaba la capacidad de crear orden sobre un folio.

En la calle, rechinaron los frenos de un taxi y Pork se plantó a la luz de una farola. Se volvió hacia el edificio de apartamentos, pero no se acordaba de cuál era el de Andre. Alzó las manos y voceó: «¡Vamos, dale, ya estoy!».

A la mañana siguiente, Andre telefoneó a Smoker a la taberna de Eddie «el Loco», el único número al que respondía siempre.

—Ahora quiere que le peguen un tiro —dijo Andre.

—Tendría que haberme llamado a mí —dijo Smoker.

—Eso habría resuelto su problema, pero tú te habrías metido en un buen lío.

—A poco que el jurado conozca a Pork, me iría de rositas. —La línea enmudeció mientras Smoker mordisqueaba una salchicha—.

Podríamos colgarlo de un árbol —dijo Smoker por fin—. Ahorrarnos la bala y el ruido. Sería como reciclar.

—Pobre árbol —dijo Andre.

—La cosa sería dar con una rama bien hermosota y una soga suave de cáñamo. Nada de esas mierdas de nailon. El árbol seguirá creciendo, lo menos otros cien anillos, y no le afectará en absoluto.

—A ver si es que no lo pillas. Lo que el viejo necesita es que lo reorienten.

—Lo pillo perfectamente. Mi solución te ayuda a ti, me ayuda a mí y lo ayuda a él, vamos, a todo el que pueda encontrarse en el futuro con ese cabronazo.

—Hay que tener en cuenta la ley. Parricidio.

—La ley no es más que una señora ciega con una de esas básculas para pesar la mandanga.

—Pues la pasma, entonces.

Smoker guardó silencio.

—En eso te voy a dar la razón, son un puñado.

—Y la Biblia. Respetarás a tu padre.

—Moisés jamás podría haber vaticinado a Pork.

—No, ni de coña —dijo Andre—. Pero somos sus hijos.

—Hijos de puta —dijo Smoker.

—Y ahora me sales con mamá —dijo Andre.

—Perdona, pero mamá fue la que nos metió en este berenjenal. Con Pork de guinda.

—Bueno, yo no pienso matar al viejo, así que acudirá a ti, y tú eres demasiado zángano para dispararle a algo que luego no te puedas zampar, por lo que acabaremos viéndonos en las mismas, solo que

con una cuenta de bar de no menos de trescientos pavos, y yo ya estoy hasta los mismísimos de pimplar y andar pagándole el bebercio a todo el mundo. Así que pienso ahorrarme la pasta y la resaca.

Smoker accedió a reunirse con Andre al día siguiente por la tarde, aunque le incomodó un poco el lugar de la cita: un vivero público de la zona. Nada más abrir la puerta, se le humedeció la cara. Se desabrochó la cazadora. Pasó por delante de unas mujeres que mimaban unas hortensias más grandes que su puño. Andre estaba sentado en un banco que daba la vuelta a un arbolillo. A su lado, una mujer leía las indicaciones de un saco de fertilizante.

—¿Esta es la que te tiene sobrio? —preguntó Smoker.

—Puede que acabe siendo la que le haga volver a beber —dijo Claire.

—Eres más descarada de lo que me imaginaba —dijo Smoker—. Por lo general, a mi hermano le gustan las modositas.

—Por lo general. —Andre sacudió la cabeza.

Claire habló al mismo tiempo:

—Prefiero ser una descocada.

—Descocada. Esa sí que es una palabra rara de oír.

—Préstamo de mi abuela. Perfectamente aceptable en una mujer.

Claire llevaba un cesto del que sacó un termo para servirle un café. Sus ojos azules eran apenas dos motas y su melenita oscura aliviaba el perfil contundente y pronunciado de su mandíbula. Sus labios finos parecían inclinados tanto a la bronca como a la bondad. Viéndola desde arriba, le pareció muy poquita cosa, nada por lo que mereciera la pena dejar el alcohol. «Puede que lo ponga firme», pensó Smoker, «pero lo va a condenar a una vida de lo más sosa».

—Bueno, dicen que Eddie va a cerrar —dijo Smoker.

—¿A son de qué cojones se le ocurriría hacer eso? —preguntó Andre.

—Tú eras la mitad de sus ingresos.

—Lo mismo se hace florista —dijo Claire.

—Taberneros atendiendo parterres y no a borrachos. —Andre se echó a reír—. Pagaría por verlo.

—Haría las mañanas más tolerables —admitió Smoker.

Claire enlazó su mano a la de Andre, alentándolo.

—Puede que intente ponerme a dieta, así lo mismo cierran el Safeway.

—Se lo tendrían bien merecido, por clavarte lo que te clavan por medio kilo de carne picada.

—Otro centavo que te ahorras —dijo Claire.

Era avispada, eso había que reconocérselo, le sujetaba las riendas a su hermano, pero le dejaba que se sintiera al mando. Demasiada brida, o demasiada poca, y Andre acabaría escupiendo la embocadura y dejándolos solos, mano a mano, soltándose lindezas.

—¿Qué tal Bird? —inquirió Andre.

Andre quería con locura a su sobrina y supervisaba su crianza en manos de Smoker. Sabía que Dede era incapaz de dar por sí sola con el camino recto, aun suponiendo que le interesara hacer una cosa así, del mismo modo que sabía que su hermano, aunque amara sin reservas a su hija, era proclive a la distracción.

—Es lista como ella sola —dijo Smoker—. Saca sobresalientes en todo sin lamerle el culo a la profe. —Hizo una pausa—. Y ya que hablamos de eso, ¿cómo va el colegio y la corrupción de los hijos de los contribuyentes?

—El chófer del autobús escolar les dio un buen meneo la semana pasada. El distrito anda otra vez reclutando a chavales recién

salidos del instituto y uno, bueno, el colega de uno, al meterle caña a los neumáticos de su coche hizo que saltase grava contra los guardabarros del autobús. Y supongo que al chófer no le debió hacer mucha gracia ver agraviada una propiedad del gobierno, porque según enfiló la pendiente puso esa vieja carraca amarilla a toda hostia para no dejarse amedrentar. Según los niños de cuarto de primaria, el cuentakilómetros sobrepasó los ciento treinta y, por lo que se conoce, intercambió un poco de pintura con el quitamiedos. —Andre señaló a Smoker—. La clase de anécdota que contarían sobre este.

—A mí no me pillas tú en una situación como esa —dijo Smoker.

—Te recuerdo que una vez robaste uno.

—Yo solo lo oculté. El que se lo llevó de la cochera fue otro tío.

Los tres guardaron silencio.

—¿Entonces sigues torturando carreteras? —preguntó por fin Andre.

—Según la administración, el país ya no precisa de mis servicios —le informó Smoker.

—Seguimos en invierno. ¿Piensan que ya nos hemos librado de las tormentas?

—Lo que piensen, va a misa —dijo Smoker.

—¿Y ya has cumplido lo suficiente como para poder tocarte los huevos a dos manos en la mecedora?

—Según la mujer de la oficina del paro, aún no.

—Vaya chinche. —Andre se sacó el talonario del bolsillo.

—A no ser que vayas a comprar algo, guárdate eso.

Smoker sabía que su hermano solo conocía la denigración desde el lado del que la ejercía y, de no haber estado presente una mujer, Smoker le habría facilitado él mismo una estilográfica. La bondad

de su hermano lo ponía de un humor de perros y no encontraba el modo de digerirla.

—Ya me acordaré de ti cuando no tenga nada que llevarme a la boca —le dijo Smoker.

Claire se inclinó y rescató del cesto tres gruesos bocadillos envueltos en papel de estraza. Le ofreció uno a Smoker.

—Mientras se trate de comida —dijo ella.

Smoker lo desenvolvió para descubrir una baguete con tajadas finas de carne fría trinchadas directamente de la pieza, nada que ver con las lonchas procesadas que acostumbraba a embutir en los sándwiches del almuerzo. El primer bocado reclamó toda su atención; identificó el sabor de la mostaza y los jalapeños junto al de la lechuga fresca y los tomates. Andre y Claire se partieron de risa por la cara que puso. Andre abrió su navaja y Smoker dividió el bocadillo en porciones manipulables.

—Ya veo por qué no la mandas a paseo —dijo Smoker.

—El artífice de este estupendo ágape ha sido tu hermano —dijo Claire.

—¿También te ha convertido en un exquisito?

—Te recuerdo que en su día te comías todo lo que cocinaba.

Las noches en que sus padres se dedicaban a cerrar bares, Andre urdía cenas tan copiosas que ni él ni Smoker podían acabárselas, lo que garantizaba forraje para el estómago de sus padres, cuando volvieran. Bistec a la pimienta con arroz. Estofados con cualquier verdura o tubérculo disponible para darles sustancia. Pollos cocidos a fuego lento y bolas de masa hervida gruesas como puños.

Cuando dieron cuenta de los bocadillos, Claire tiró los restos en una papelera metálica y se dirigió hacia la zona de techo bajo del vivero donde una bombilla desnuda iluminaba las rosas. La luz se reflejó en su melena oscura. Mantenía los hombros rectos, como si una buena postura pudiera compensar un físico de lo más vulgar. A través del cristal opaco, Smoker distinguió las formas brumosas

donde los presos del condado habían paleado serrín para aislar a las plantas perennes que aún estaban por brotar y hundido los sacos de arpillera en hormigón para afianzarlas. La luz quedaba amortiguada por la nubosidad baja y la temperatura declinante.

—Las flores no huelen —dijo Smoker.

—Para eso tienen que estar fuera —dijo Andre.

Claire llenó una taza de plástico de gránulos nitrogenados y los esparció a los pies de una rosa enclenque.

—Así que en invierno te las das de jardinero —dijo Smoker.

—Buena jugada, ¿eh?

—Cuestión de gustos —dijo Smoker—. Puede que lo suyo no sean las flores.

—¿Ah no?

Smoker se echó a reír.

—Creo que voy a fumarme un pitillo, si a usted no le importa.

Fuera, las nubes pringaban la luna de amarillo. Los copos de nieve se acumulaban en su cazadora. De poco servía saber de antemano qué tiempo iba a hacer cuando carecías de poder para acelerarlo o evitarlo. Lo mismo que predecir una resaca, saber que se avecina no te la va a hacer más llevadera. Smoker se palmoteó la cazadora en busca del tabaco y las cerillas, pero no hubo suerte. Al cabo de un rato, se le unió Andre. Se sacó una cajetilla manoseada de Marlboro de un bolsillo interior. Liberó uno dándole unos toques por arriba. Se lo ofreció, luego rascó una cerilla y miró cómo su hermano aspiraba hasta prenderlo.

—Pensé que también habrías dejado esto.

—Y así es —dijo Andre.

Smoker se rio.

—Pues nadie lo diría, llevando eso encima.

—¿Te acuerdas de la última vez que compraste tabaco?

Smoker examinó la cajetilla. La luz se reflejó en el celofán. Se la arrebató y se la guardó, junto con las cerillas.

—¿Entonces qué propones que hagamos con Pork? —dijo Smoker.

—Desintoxicación.

—¿Otra vez?

—Es difícil convertir a un creyente —dijo Andre. Sacudió las piernas para combatir el frío.

—Supongo que tener a alguien que te cocine todos los días será un puntazo —dijo Smoker.

Andre sepultó las manos en su abrigo y tensó los brazos.

—Sobre todo los desayunos —siguió Smoker.

—Eso no sabría decírtelo —dijo Andre.

—Hay que mantener las apariencias ante el profesorado, ¿eh?

—No es eso —dijo Andre.

—Entonces ya me dirás tú qué te obliga a largarte de su cama calentita.

—En primer lugar no haberla catado —dijo Andre.

Smoker fumó en silencio durante unos segundos. Los dos contemplaron la nevada. Finalmente, dijo:

—Será que es timidilla. —Dio una calada hasta enrojecer la ceniza y luego observó cómo se ennegrecía—. De las mujeres siempre hay que esperarse que sean reacias. Es su manera de aguantar el tipo en el pedestal. —Tiró el cigarrillo a la grava y aplastó la ceniza, acto seguido, se encendió otro y le lanzó la cerilla prendida a Andre—. Tienes que buscarte alguna treta. Como en el fútbol, cuando el

quarterback amaga un pase en mano al principio de una jugada y te la cuela luego con un pase largo. Pillar a la defensa con los calzones bajados. La fontanería ya sabrás cómo va, me imagino.

—Me gradué en la universidad. Había un par de cursos obligatorios de ciencias.

Smoker sacudió el cigarrillo y contempló el agujero que hacía la ceniza en la nieve.

—Emborracharla queda descartado, claro.

—Claro —dijo Andre.

—¿Y nunca la has sondeado? Pedírselo directamente y dejarte de hostias, me refiero.

—No, como tampoco le he pedido a la NASA que me mande a la luna.

—Pues me parece fatal —dijo Smoker—. Ya quisiera yo poder decir que soy hermano de un tío que ha pisado la luna. Si algún día conociera a una flipada de los planetas, seguro que más de un buen polvo me caía.

—La luna no es un planeta. Es un satélite.

—Y tú no te tiras a tu novia, le pongas el nombre que le pongas a las lucecitas del cielo.

La nieve cubría la calzada y el paseo de hierba que llevaba al arboreto. Smoker aspiró hondo.

—Esa tía no es un problema de matemáticas —dijo—. Seis más seis suman doce a cualquier hora del día, pero una mujer puede darte once, catorce o quince, dependiendo de la hora a la que te pongas a sumar.

Andre le arrebató el tabaco de la cazadora y encendió una cerilla. Smoker lo observó dar una calada.

—No deberíamos hablar de ella como si fuesen deberes —dijo

Andre. Le devolvió la cajetilla.

—Mira que eres borrico. A ti sí que no hay quien te entienda, por mucho que vayas de simplón. —La nieve se acumulaba en sus botas. Movió la punta de una y los copos se escurrieron sobre la grava—. No estamos hablando de una modelo de revista. Seguro que es tan timorata como tú.

—Vamos, que ni te girarías al verla pasar.

—Yo no he dicho eso.

—No nos importa ser del montón.

—Yo no he dicho que lo seáis —dijo Smoker.

Smoker vio a Andre levantar el pie y aplastar el cigarrillo con la zapatilla. Su hermano no era de los de dar el brazo a torcer, ni siquiera cuando iba a primaria. Nunca buscaba pelea, pero, si alguien se le cruzaba, no era nada propenso a ceder terreno. En el patio del recreo los niños solían llegar a las manos. Los pirados que uno nunca sabía qué les hacía reír en un momento para, al siguiente, liarse a mamporrazos. Andre se ponía límites. Sus normas eran como las de un caballero medieval, eso sí, nadie sabría decir de qué orden, ni siquiera él mismo.

—¿Te pasarás luego por la taberna de Eddie? —preguntó Andre.

Smoker alzó la mirada.

—Tampoco vayas a ponerte a darle al frasco por esto.

Andre desapareció por la puerta del invernadero. A través del cristal empañado, Smoker lo vio descolgar un delantal de un gancho. Claire se lo anudó a la espalda. Seleccionaron herramientas de una repisa y se pusieron a arar la tierra húmeda y brillante. Andre abrió un grifo y dirigió el chorro de la manguera hacia una jardinera, alternando de un lado a otro para evitar anegarla. Claire cortó otra flor con una podadera, decidiendo qué ramas dejar germinar y cuáles estaban demasiado desfallecidas para merecerse el indulto.

Smoker apuró su cigarrillo en el frío, y luego se fumó otro. Forzó las

neuronas, pero no se le ocurrió otra cosa que entrar con ellos. Una vez dentro, oyó que Andre le preguntaba a Claire algo sobre el abono. Claire sacó un vaporizador para las flores. Ajustó la boquilla, apuntó y humedeció una zona de la camiseta de Andre. Él permaneció impertérrito a pesar del ataque, por lo que ella dirigió una nueva rociada a su entrecejo. Andre parpadeó. Ella se rio y lo besó, y a Smoker le preocupó que Andre pudiera dejar de existir si ella, avergonzada, bajaba la vista en ese momento. Cuando vieron a Smoker, se azoraron un poco y volvieron a ocuparse de los pétalos de las rosas, y Smoker se dio cuenta de que la única felicidad que había conocido en su vida no era más que una ausencia de preocupaciones. Cogió un cultivador de mano de un armario que estaba abierto y rastrilló la tierra de una jardinera. La tierra se dividió en surcos. La definición de los trazos le agradó y repitió la operación. Una mujer de pelo cano le ofreció una regadera después de usarla. Él la aceptó y el agua oscureció la tierra por encima de la masa de raíces. Una vez inundada, Smoker sacó abono de una bolsa con las manos. El nitrógeno picaba y, después de esparcirlo sobre la tierra, hundió los dedos en el agua para aliviarse. Al otro lado de la sala, Andre trabajaba con los lirios, que, por lo visto, conservaban su perfume en interiores; le tendió uno a Claire, ella lo cubrió ahuecando las manos, cerró los ojos, inhaló y, de golpe y porrazo, dejó de ser una chica del montón.

Una hora más tarde, los tres salieron del vivero. Se habían acumulado unos quince centímetros de nieve contra la pared expuesta al viento del edificio. El dúplex de Claire quedaba a un kilómetro y medio. Ella había venido a pie con Andre por la carretera de grava, pero, al considerar el tiempo que hacía, aceptaron la oferta de Smoker de acercarlos a casa. En cualquier caso, los neumáticos sin clavos no pudieron remontar la pendiente y la pick-up patinó entre sus risas hasta quedar atravesada en una calle perpendicular.

Un agente prendió las luces de su coche patrulla y paró detrás de ellos. Conversó con Smoker acerca de otras nevadas, la de diciembre del 68 y la de enero del 79. El policía había dado parte por radio del incidente, por lo que no le quedaba más remedio que comunicar los datos del permiso de Smoker. La nieve remontaba el parabrisas mientras el ventilador de descongelación desempañaba la

turbiedad generada por el vaho de sus alientos. Smoker accionó los limpiaparabrisas. Por el cristal vio al policía echar mano del receptor de radio y decir algo, luego tomó nota y esperó una respuesta, que pareció tardar una eternidad.

—Dame tu billetera, hermano —dijo Smoker.

Andre le pasó la cartera, Smoker sacó el dinero y una tarjeta de crédito y se los dio a Claire.

—Puedo decirle a Eddie que me lo apunte y ya está —dijo Andre.

—Nanay —dijo Smoker—. Ya he agotado tu crédito. Eddie solo aceptará dinero en efectivo o que tiremos del plástico.

Las farolas se habían difuminado y parecían flotar en el aire saturado de nieve. Al día siguiente, después de la nevada, la temperatura caería en picado hasta los quince grados bajo cero. A Smoker le gustaba el frío. Le entumecía la piel, pero le dejaba un cosquilleo en el pecho equiparable al que le producía el olorcillo del tabaco fresco o la primera carta en una mano de póker. El agente abrió la puerta del coche patrulla.

—Claire —dijo Smoker—, ahora mi hermano está en tus manos. Asegúrate de que se levante cuando suene el despertador y te prepare el café antes de irse a currar y esas cosas. Y procura meterlo en la cama tempranito.

Claire se quedó mirando a Smoker. El policía golpeteó la ventanilla y Smoker la bajó con la manivela. Alguien que respondía a la descripción de Smoker había arrancado los vástagos de las válvulas de los neumáticos de cuatro motoniveladoras del condado.

—Algo de eso he oído —dijo Smoker.

La radio del coche patrulla crepitó y el policía le leyó a Smoker sus derechos y le puso las esposas.

—¿Es que tenéis todos la misma Biblia del rey Jacobo? —preguntó Smoker.

El policía le respondió que, hasta donde él sabía, sí.

—Bien, porque la Nueva Versión Internacional es como leer las actas de la junta escolar.

Andre y Claire salieron del coche y se encogieron de frío. Claire se volvió hacia Smoker y el policía. Le brillaban los ojos, pero no estaba llorando. Descruzó los brazos de Andre para poder refugiarse entre ellos.

Andre dijo, alzando la voz:

—Por la mañana iré a pagarte la fianza.

El policía respondió:

—El juez ya ha pasado por la ciudad esta semana. No se le verá el pelo hasta dentro de otra, mínimo.

—Te dije que tendría para comer —dijo Smoker.

Andre asintió.

—¿Quieres que me pase a por Bird?

—Solo si Dede la pifia. Si te la encuentras en la taberna, mira en casa de Vera. Dede suele tener la suficiente sensatez como para dejarla allí. Puedes ofrecerte a relevarla, pero yo que tú me pondría un casco antes de pedírselo.

Claire se rio, lo mismo que Andre. Smoker se alegró de haberlos hecho reír. Los copos de nieve, con consistencia de pétalos de flores, se adherían a su pelo. Cuajaban en sus brazos y sus hombros, y cubrían el uniforme del policía. Había sido un alivio que lo arrestaran, con toda esa parte del país volviéndose blanca y pura.

GÉNESIS

Septiembre 1950–noviembre 1957

De adolescente, Pork no daba la impresión de añorar ni las caras bonitas ni las partes íntimas de las chicas. Pese a eso, su primo Delbert se sintió en la obligación de educarlo en tales materias y vio la cura en Sophie Andrews. La chica, después de la escuela de enseñanza media, había florecido en forma de pera y tenía un rostro más o menos pasable, pero, como Pork tampoco es que fuera para tirar cohetes, Delbert no vio la necesidad de apuntar más alto. Convenció a Pork para quedar en el embalse. La playa estaba desierta y hacía frío.

Delbert le hizo una seña, tenía una botella de whisky en la mano. Sophie reclamó el whisky y, después de convidarse con un buen trago, dejó la botella en la arena. Delbert la cogió y se dio un paseo hasta las escuálidas robinias para ponerse al abrigo del viento. Sophie se apoderó de la mano de Pork y lo arrastró por la playa. Lo único que los iluminaba era una media luna manchada de nubes. Sophie se despatarró sobre la arena, pero Pork permaneció de pie; recorrió con los ojos el kilómetro y medio de luces que perfilaban la presa. A su lado, el cabello oscuro de Sophie, largo y liso, anidaba el rostro en una sombra oscilante, dejando entrever un poco del blanco que se agolpaba en torno al marrón del centro de sus ojos. Pork sabía que, si se sentaba, toda su voluntad se vería abocada inexorablemente al acoplamiento, y que si se quedaba de pie seguiría siendo un cenutrio con respecto a aquello que todo el mundo se desvivía por conocer.

Delbert había hecho una fogata con madera de deriva, y Sophie, finalmente aburrida, se levantó y se encaminó hacia el fuego. Pork la siguió al cabo de unos minutos. Al aproximarse vio que había otra chica con Delbert: Peg. Su pelo cobrizo, estirado hacia atrás y retenido por una peineta, amarilleaba a la luz de la lumbre. Tenía

un rostro suave y delicado, como el de las esculturas de los museos.

Frente a ella, Delbert trazaba círculos en la arena con el tacón de la bota. Sophie se apoderó del whisky y desapareció. Delbert salió tras sus pasos.

—¿Alguna vez le has metido una paliza a alguien? —le preguntó Peg.

Los penachos de humo se desleían en el frío. Pork vislumbró una luz parpadeante y no supo si se trataba de un satélite o un avión. Hasta entonces se había visto involucrado en dos peleas, ambas el mismo día. En un partido de baloncesto de dos contra dos, Jasper Hart le encajó un codazo en la garganta. Jasper era un mierdecilla, pero los había estado embistiendo como si fuera Rocky Marciano. A Pork se le agotó la paciencia. Le dislocó la mandíbula de un puñetazo y le reventó un par de costillas de una patada. El compañero de Jasper lo llevó a urgencias y, una hora más tarde, se presentó con el hermano mayor de Jasper, Arlo, del equipo de lucha libre, graduado dos años antes. El hermano no tenía ni medio cuerpo fuera del coche cuando Pork se abalanzó con el hombro sobre la puerta y le aplastó la pierna. Arlo se desgañitó. Pork lo agarró de la cabellera, recogió el balón, que seguía botando, con la mano libre, y se lo estrelló en la cara. La sangre salpicó sus camisetas, la ventanilla y la puerta del coche. El chaval que conducía hundió el pie en el acelerador y dio un volantazo con Arlo aferrándose a la puerta abierta, arrastrando los talones por la calzada.

—Lo mismo también tienen un perro al que puedas darle un buen repaso —dijo un mirón.

La chica que tenía delante desplazó las piernas. Al dar un paso se le llenaban las sandalias de arena y al siguiente se le vaciaban.

—Hay chicas a las que les va eso —dijo ella—. A mí me encantaría poder meterle una paliza a alguien.

—No tiene más secreto que buscarse a uno más pequeño.

Sus labios, ni finos ni gruesos pero bonitos y animados, se separaron dejando entrever unos dientes que tenían toda la pinta de haber

sido encarrilados con un aparato; no eran perfectos, pero precisamente por eso tenían mejor aspecto. Se le formaba un hoyuelo junto a la comisura de la boca. Pork se centró en la fogata y le dio la vuelta al palo de arriba. La sombra de ella cayó como un peso sobre la suya y la chica se inclinó para mirar de cerca las llamas mientras las ramas verdes restallaban y prendían. El fuego escupió un ascua al viento. Se consumió y Pork echó un puñado de arena sobre las cenizas. Apiló más hasta formar un montículo sin pensar en nada, lo cual, teniendo a una chica tan guapa al lado, no debió resultarle nada fácil.

A Pork no le sorprendió del todo que Peg le pidiera al cabo de una semana que la llevase en coche. Con trece años se gastó todo lo que había ganado en la cosecha en un Chevy Bel Air del 55, y luego se pasó tres años acondicionándolo hasta dejarlo fetén.

Pork no se llamó a engaño cuando lo de llevarla a casa se convirtió en un hábito. El coche y ahorrarse un largo trayecto a pie fue lo que la llevó a juntarse con él al salir de clase, y su belleza abonaba las carreras, ni más ni menos. Ella estaba a cargo de la calefacción y él de la radio. Los dos raspaban las ventanillas cuando se cubrían de escarcha. La primera vez que paró en una gasolinera, ella se ofreció a pagar a medias, pero Pork se negó. A partir de entonces, empezó a llenar el depósito en las afueras para ahorrarle el embarazo.

Pork solo la veía los días lectivos y nunca después de dejarla en su casa. De vez en cuando, por las tardes, se ponía a dar vueltas a la manzana, pero nunca la pilló asomándose a la ventana. Ella le contó que padecía malos sueños y que, por eso, corría las cortinas. A Pork, de niño, sus propias pesadillas lo habían llevado a actuar de manera similar. Se rellenaba el labio inferior de café molido, como si se tratara de tabaco de mascar, eso le quitaba el sueño hasta que empezaba a verlo todo como a través de una retícula y el tiempo quedaba reducido a una manecilla esmirriada que perseguía a otra gordota. En el colegio se dieron cuenta cuando deletreó «Kentucky» en voz alta en lugar de resolver la multiplicación que les había mandado el profesor.

Se rumoreaba que Peg había nacido y se había criado en

Wenatchee, pero que no encajaba en Wenatchee y había tenido que salir por patas, como si no le quedara más opción. Estaba prohibido por ley que los periódicos publicasen casos de menores, por lo que, aparte de ese chisme, su pasado era pura conjetura. Pork se tuvo que apañar con los chismorreos. Peg no era de ninguna ayuda en ese aspecto. Cuando los chicos más temerarios arriesgaban algún avance, ella los retaba con la barbilla, como habría hecho un tío. Todos ellos consideraban que era más probable acabar a puñetazos con ella que sacarle un beso. Para las chicas, su desfachatez multiplicaba su belleza, y el resultado de esa suerte de matemática era siempre la maldad. En clase era tan respondona como los más vándalos. La habían expulsado de clase de literatura norteamericana tres veces, la última por haber compuesto una redacción sobre Don Quijote —que ni se había molestado en leer— en español, y exigir después que le subieran la nota.

Justo antes de Navidad, Peg llegó al coche con hielo en el pelo. Pork se apresuró a abrirle la puerta del asiento de atrás y cerró los ojos mientras se desnudaba, se quedaba en ropa interior y se cubría con la manta de lana que llevaba siempre debajo del asiento. Al día siguiente, amenazó a la profesora de economía doméstica a causa de una desavenencia sobre una receta para hacer panecillos, y la expulsaron unos días. Al salir de clase, ordenó a Pork que siguiera a la mujer hasta su casa. Peg vio que tenía gatos y empezó a maquinar.

—Esos animales no saben distinguir unos panecillos de unos retretes —le advirtió Pork—. Si pretendes desquitarte con ellos, conmigo no cuentes.

La dejó en su casa, donde residía con su tío, y siguió pasando a recogerla todas las mañanas que duró el castigo para no levantar sospechas. Durante las horas de clase se ocultaba en el coche con la bolsa del almuerzo y se dedicaba a leer novelas. A la semana siguiente lo recompensó con una docena de galletas, pero estaban tan saladas que acabaron arrojándoselas a los perros de la acera de enfrente.

—Lo mismo la profe tenía razón —dijo Peg.

El Día de los Enamorados, Pork pilló a Sophie y Delbert

encaramándose al alero que coronaba el doble portalón del aparcamiento, armados con globos de agua. La clase de Peg era la más próxima a la salida y la primera en salir.

—Como se os ocurra, os reviento. —Pork miró fijamente a Sophie —. Y me da igual que seas una tía.

Los dos soltaron los globos. Patinaron sobre las tejas congeladas hasta toparse con el canalón. Sonó el timbre del instituto. Peg pasó por delante de Pork al entrar en el aparcamiento y luego reconoció a Delbert y a Sophie en lo alto. En el camino de entrada de la casa de su tío, lo besó en la frente antes de bajarse del coche.

En marzo, Peg brindó el servicio de taxi de Pork a otras chicas, por lo general rollizas, excéntricas o de dientes raros. Algunas cotorreaban como venían haciéndolo desde primaria, dirigiendo su chapurreo a Pork, a Peg, a los dos o a nadie en particular, otras le agradecían el trayecto y se quedaban mudas, como si el silencio fuese a excluir la peculiaridad de su aspecto.

En la festividad de los Mayos, Peg lo invitó a un pícnic. Pork fue a recogerla a última hora de la mañana junto con otra chica, Ruth. El viento alborotaba el cabello de Peg; extendió sobre la arena la manta que llevaban debajo del asiento. Pork la fijó con cuatro piedras y comieron bocadillos y fruta. Ruth se acurrucó contra Pork para ponerse al abrigo del viento. Al verlo, Peg se alejó hacia los columpios y los cobertizos del otro lado del parque. Ruth enroscó su dedo meñique en el de Pork. En primaria, llevaba el pelo rubio hasta la cintura, pero deshilachado y con las puntas abiertas. Se lo cortó el primer año de instituto, eso le suavizó las mejillas y la hizo más guapa. Ahora acercó su cara a la de Pork y lo besó. Peg se había subido a un columpio y Pork oía a lo lejos el chirrido de su balanceo.

En el viaje de vuelta, Pork subió el volumen de la radio para no tener que hablar ni escuchar a ninguna de ellas. Cuando dejó a Ruth, Peg se sentó delante.

—Le gustas —dijo.

Pork no dijo nada; lo que hizo fue tenderle la mano. Ella lo acogió en sus ojos sin el menor atisbo de malicia o ardor. Aun así, él no se achantó y, al cabo de un rato, ella se estiró por encima de la palanca de cambios y apoyó la cabeza en su hombro.

—Vamos a agenciarnos unas birras —dijo.

El tío más joven de Pork accedió a comprárselas y, después, aparcaron en una recóndita vía de servicio en la cumbre del monte Almira. Peg destapó el cesto. Dentro llevaba una botella de whisky de medio litro. Rompió el precinto y bebió. Pork también lo probó, aunque aún no le había cogido el tranquillo. Se concentró en la cerveza. El fondo del valle se oscureció y brotaron las luces de la ciudad. Pork se examinó la mano que Peg había tomado entre las suyas, tosca y mellada por las tundas del curro. Ella le dio golpecitos nerviosamente con el dedo anular. Él alzó la mirada y los labios secos de ella susurraron algo. Él se inclinó para escucharla. Ella le acarició la parte blanda de la mandíbula, y siguió cuello abajo. La sangre de Pork circulaba bajo sus dedos, así como el aire que inhalaba. Ella se estaba amoldando a sus ritmos.

Pork ladeó la cara para acomodarla a la suya y, cuando ella bajó la boca, él cerró los ojos. Lo besó larga y tiernamente, luego tomó aliento y volvió a arremeter, esta vez con tanto ímpetu que le partió el labio, una minucia a pagar a cambio de un beso de semejante calibre.

Peg se apartó, los labios teñidos con su sangre.

—Te dejas, pero no te lanzas —dijo ella—. Ese es tu problema.

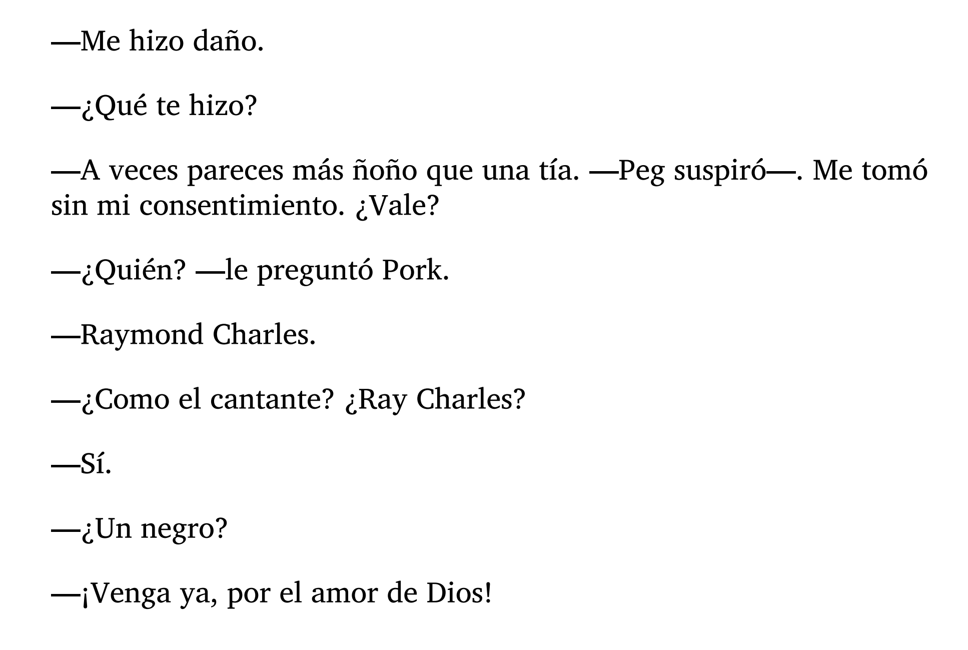
—Pensaba que lo que había que evitar era justo lo contrario.

—Bueno, pues no —dijo ella.

Pork se enjugó el labio con la manga de la cazadora. Peg contempló el cielo plateado a través del parabrisas.

—Un chico —dijo Peg—. Por eso me mudé aquí. Por eso no estoy por la labor.

—No creo que haya ningún tío que se atreva a tontear contigo.



—Me hizo daño.

—¿Qué te hizo?

—A veces pareces más ñoño que una tía. —Peg suspiró—. Me tomó sin mi consentimiento. ¿Vale?

—¿Quién? —le preguntó Pork.

—Raymond Charles.

—¿Como el cantante? ¿Ray Charles?

—Sí.

—¿Un negro?

—¡Venga ya, por el amor de Dios!

Peg no volvió a sacar el tema de Ray Charles pero, una semana más tarde, Pork dejó una nota a sus padres diciéndoles que se iba a cazar osos. Esa noche, se plantó frente al instituto de Wenatchee. No logró hacer saltar la cerradura con el permiso de conducir, vaya chasco, menuda trola lo de los espías de la tele. Luego intentó forzar la ventana de un aula con una barreta e introdujo las piernas por el hueco a modo de calza, pero se quedó atascado y no hubo manera de entrar, por más que se sacudiera como un pez en un stringer. Al final renunció a la sutileza y reventó la ventana de un cuarto de baño con un bloque de cemento. Al colarse, se rajó la frente.

Una vez dentro, grabó el nombre de Peg en todo lo que se dejó tallar por su navaja, luego rasgó una sábana que llevaba en el maletero para hacerse una venda y se cosió la brecha con sedal. Por la mañana, se inscribió en las clases bajo el nombre falso de Elston Howard. En el apartado de «padres» puso «sin» y cuando la secretaria inquirió al respecto Pork dijo que los habían asesinado unos ladrones que iban emporradísimos. La secretaria le ofreció una galleta.

En el instituto de Wenatchee cabrían diez institutos como el suyo.

Unos chavales se burlaron de él; uno tarareó «Yankee Doodle». Pork lo empotró contra una taquilla. El nombre de Peg también estaba grabado en el cuarto de baño de chicas y, entre clase y clase, se reunieron allí doce para dorarle la píldora a una beldad llamada Sharon.

—Si ella quisiera volver, habría grabado tu nombre en la pared, no el suyo —dijo una de las chicas—. Y entonces tendrías un problema.

—Se le ha ido la olla —dijo Sharon—. Ella nunca ha ido de ese palo.

Incluso alterada, parte del rostro de la chica parecía conservar la placidez de un panel de vidrio.

La primera tarde, meando, Pork le preguntó a un rubiales de qué iba todo ese follón. «Una pava», le dijo. Al día siguiente, Pork se enteró de que Peg había vivido en la zona sur, donde las casas prefabricadas. Aprobaba todo raspadillo. Pasaba millas de los deberes y confiaba en las notas de los exámenes para pasar de curso.

Por la tarde, el director, un hombre demacrado de ojos contraídos y perilla defectuosa, lo mandó llamar a una sala sin ventanas. Lo empujó a una silla y se plantó delante de él.

—¿Cómo te hiciste esa brecha? —preguntó.

Pork volvió a contar la historia del asesinato, añadiendo que los asaltantes le habían golpeado, pero que él los logró ahuyentar con la espada samurái que su padre distrajo a sus captores durante su estancia en un campo de prisioneros japonés.

El director pegó su rostro al de Pork.

—A los indios no los dejaron ir a la Segunda Guerra Mundial. Al Pacífico, al menos.

—¿Es que nunca ha oído hablar del borracho Ira Hayes?

—Nunca.

—¿No escucha a Johnny Cash?

—No.

Pork decidió callarse, convencido de que un hombre al que se la sudara la música country poca autoridad moral podía tener en su comunidad.

Esa noche, Pork condujo hasta un parque desierto y dejó puesta la radio. Dormir en el asiento le machacaba la espalda y solo disponía de una manta para calentarse. No veía muy claro cómo iba a acabar el enredo que se traía entre manos, de hecho pensaba que lo mismo solo había dado curso a un antecedente criminal y a una vocación de embustero. Pero la otra mitad de su cabeza se lo discutía con una retahíla de gemidos y chillidos astillados, con imágenes del rostro de Peg desencajado de miedo, como en las fotos en blanco y negro de las víctimas que salían en las revistas de detectives. La envidia hizo que el corazón se le desbocara, aunque advirtió que no debía ser así, puesto que lo que de verdad se le había encabritado quedaba un poco más abajo, en la entrepierna.

Al día siguiente se encontró con Ray Charles. Charles palpaba las letras grabadas bajo el espejo del vestuario.

—Te ha quedado de lujo —dijo Pork.

Ray Charles trató de tomárselo a guasa, pero la risa le sonó a asfixia.

Por la tarde, el director se dirigió a Pork en la cafetería.

—He avisado a la policía. Te están investigando.

Pork se pasó todo el día acechando a Ray Charles. Jugaba al béisbol y, a juzgar por el entrenamiento, no era ni la estrella del equipo ni el encargado del cesto de las pelotas. Se había matriculado en matemáticas puras y se estrujaba la sesera con los polinomios de su cuaderno, dedicando el mismo tiempo a escribir que a borrar. En el pasillo avanzaba a grandes zancadas, como dotado de una convicción inflexible. Los alumnos se apartaban para cederle paso,

pero nada tenía que ver con el miedo. La chica, Sharon, aparecía a su lado y se eclipsaba con aire perplejo.

No tuvo ningún problema para dar con la dirección de Sharon en la guía telefónica. El Chevy llamaba demasiado la atención, así que aparcó a unas cuantas manzanas. La calle donde vivía colindaba con un parque. Allí, Pork se encaramó a una roca enorme de basalto, detrás de los columpios y los pasamanos. Por la ventana de la cocina, pudo observar a Sharon asperjando y pasando un trapo por la mesa. No puso los platos y cuando al cabo de diez minutos sus padres llegaron, se arreglaron para salir y se marcharon, ella se llenó un cuenco de cereales, añadió un poco de leche y empezó a comérselos minuciosamente con una cuchara. A la media hora, Ray Charles acortó por los jardines de tres viviendas hasta plantarse en su puerta cargado de libros.

Reaparecieron en la ventana del cuarto de ella, que estaba abierta a pesar del frío. Pork los oyó recitarse la lección. El vendaje le apretaba; se sentía febril. Barajó la idea de ir a por aspirinas, entonces volvió a oírlos. Empezó como una riña, pero Sharon se echó a llorar enseguida. Pork trepó un poco más para ganar visibilidad.

Los dos estaban desnudos. Charles apoyado contra el cabecero de la cama, con las piernas estiradas y la cara vuelta hacia atrás; Sharon encima de él, a horcajadas, intentando persuadir a su órgano inerte. Sin ropa, tenía un aspecto lechoso, escuálido y frágil.

Charles le retuvo las manos. Se las palmoteó con dulzura. Sus sollozos no cesaron ni se volvieron histéricos, simplemente persistieron.

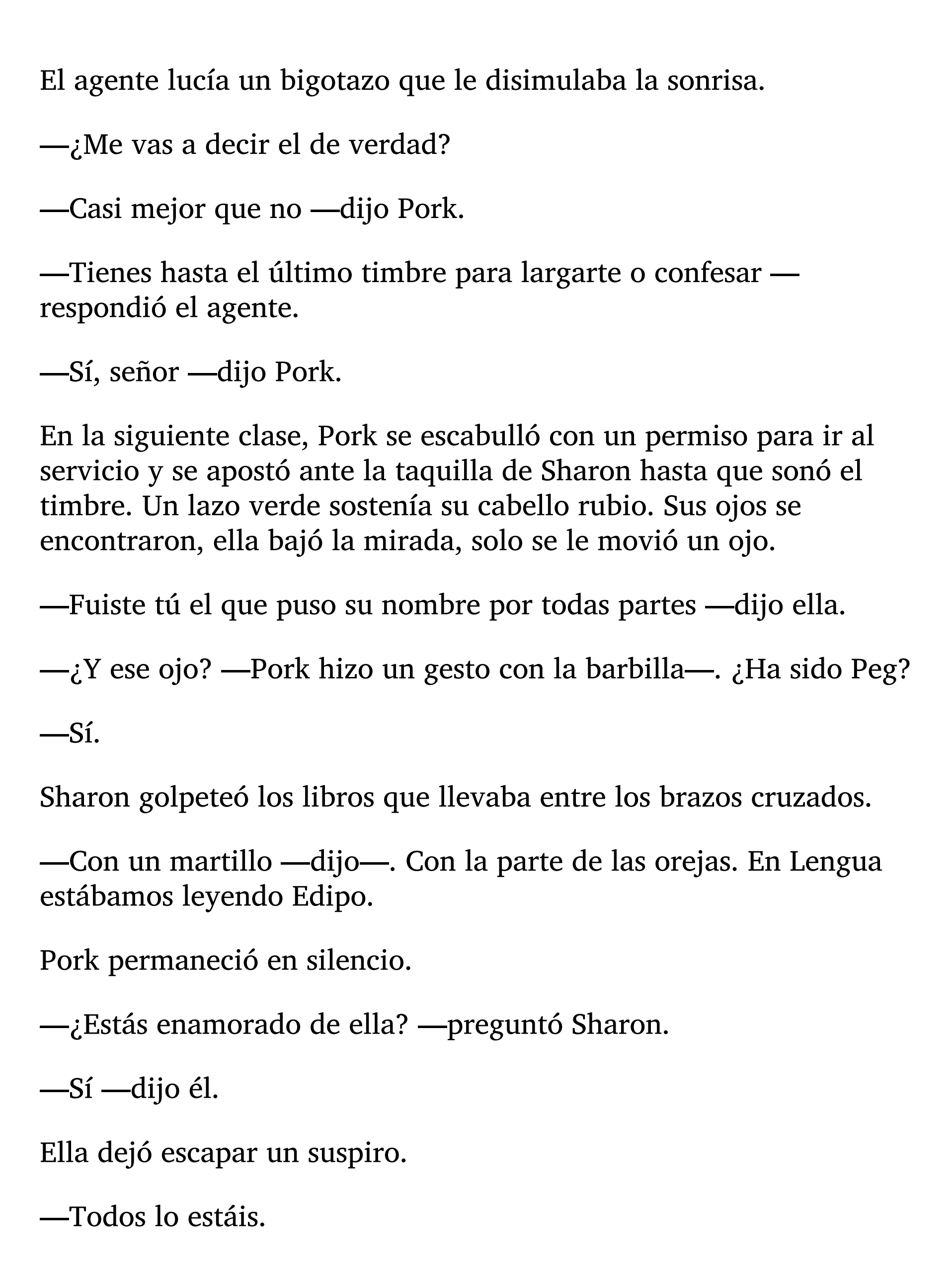
Al día siguiente, se presentó un agente en el aula de Pork.

—¿Eres tú Elston Howard? —le preguntó.

—¿Escucha usted a Johnny Cash? —le respondió Pork.

—A diario —dijo el agente.

—Es un nombre que vi en un guante de béisbol.



El agente lucía un bigotazo que le disimulaba la sonrisa.

—¿Me vas a decir el de verdad?

—Casi mejor que no —dijo Pork.

—Tienes hasta el último timbre para largarte o confesar —respondió el agente.

—Sí, señor —dijo Pork.

En la siguiente clase, Pork se escabulló con un permiso para ir al servicio y se apostó ante la taquilla de Sharon hasta que sonó el timbre. Un lazo verde sostenía su cabello rubio. Sus ojos se encontraron, ella bajó la mirada, solo se le movió un ojo.

—Fuiste tú el que puso su nombre por todas partes —dijo ella.

—¿Y ese ojo? —Pork hizo un gesto con la barbilla—. ¿Ha sido Peg?

—Sí.

Sharon golpeteó los libros que llevaba entre los brazos cruzados.

—Con un martillo —dijo—. Con la parte de las orejas. En Lengua estábamos leyendo Edipo.

Pork permaneció en silencio.

—¿Estás enamorado de ella? —preguntó Sharon.

—Sí —dijo él.

Ella dejó escapar un suspiro.

—Todos lo estáis.

Del resto se cercioró preguntándolo a bocajarro. Ray Charles y Sharon Brouilette llevaban siendo novios desde preescolar. Peg cautivó a Charles. Él le prometió que le daría boleto a Sharon, pero a Peg no le convino el plazo. Se los encontró dándose el lote por ahí y, de no haber sido porque Ray Charles se negó a señalarla desde el estrado de los testigos, ahora estaría cumpliendo condena en un

reformatorio.

Después de los entrenamientos de béisbol, Charles solía quedarse bateando. Era el último en irse, lo que simplificaba mucho las cosas. Pork lo acorraló contra la pared del gimnasio con un bate.

—Dame la chupa —dijo Pork.

—¿Para qué la quieres?

—Como prueba —dijo Pork.

—¿De qué?

—Lo sabes muy bien.

—No —dijo Charles—. No tengo ni idea.

—Bueno, pues yo tampoco, pero ella quiere resarcirse y no va a dar su brazo a torcer.

—Me costó setenta pavos.

—Podría sacarte a hostias los setenta pavos y llevarme la chupa igualmente —dijo Pork.

Charles se quitó la cazadora. Pork se la encajó debajo del brazo. Escudriñó el gimnasio vacío.

—Tú di simplemente que te la robé —dijo Pork.

Esa noche, Pork se abrió el brazo con una navaja y ensangrentó la cazadora. Al día siguiente condujo hasta la casa del tío de Peg y llamó a la puerta.

—Toma, joder. —Le lanzó la cazadora.

Ella se quedó con la boca abierta, luego palpó la sangre.

—¡Eres un cerdo! —gritó—. ¡Un cerdo de mierda!

Ese mismo día, Pork fue a urgencias para que le tratasen la herida infectada de la frente. Cuando sus padres lo interrogaron, les dijo

que se la había hecho con una alambrada de espino. Como nadie se lo discutió, concluyó que mentir se le daba bien y resolvió acogerse al embuste cada vez que la verdad le resultara gravosa.

Dos semanas más tarde, mientras estaba tumbado debajo del Chevy, engrasando el cardán y los cojinetes de rueda, la puerta del taller se abrió de golpe e irrumpió Peg. La identificó a través de los huecos del bloque del motor, pero decidió seguir emporcándose en lo suyo. Entonces la blusa de ella dio en el suelo de cemento, seguida del sujetador, los pantalones y las bragas hechas un gurruño. Él emergió del chasis y, juntos, tomaron el desvío equivocado que eran el uno para el otro.

Luego, Pork se quedó mirando la sangre del himen que constelaba sus cuerpos.

—Me sentí como violada —dijo ella—. Eso fue lo que sentí.

5 Wa-Tho-Huk, «Un Camino Iluminado por la Gran Luz» en lengua kikapú, deportista de ascendencia indígena criado en la nación Sak y Fox de Oklahoma, considerado uno de los atletas más versátiles del deporte moderno. Fue el primer amerindio que logró ganar medallas de oro en unos Juegos Olímpicos (pentatlón y decatlón, Estocolmo, 1912). (N. del T.)

6 Reuniones ceremoniales en las que se dan cita distintas tribus nativas para cantar, bailar, socializar y honrar su cultura. (N. del T.)

3

ÉXODO

Agosto 1991

El oso tenía comida de sobra en la tripa como para querer más. Andre recogió el extremo de la cuerda y tiró. El jamón se revolvió como un señuelo de pez aguja en la corriente. El oso lo siguió. Al llegar a la camioneta, Andre se subió a la cabina y deslizó la ventanilla trasera para recibir la cuerda de manos de Smoker. Al bajarse de la caja, Smoker se dio de bruces con el oso. Se miraron unos segundos sin moverse, pero el jamón ya estaba a buen recaudo bajo la capota y el oso humilló la cabeza y se encaramó con torpeza al portón trasero.

—Bueno, pues ya tenemos un oso para negociar —dijo Andre.

Smoker paró en la charcutería que estaba en lo alto de la colina y compró medio kilo de salami, luego se pasaron por la licorería y el supermercado. En el aparcamiento, mezclaron un bote de avena Quaker con leche y bourbon en un cubo de fregona y, preocupados por el humor del animal cuando estuviera de resaca, le añadieron Alka-Seltzer.

No les llevó mucho tiempo dar con la dirección que les había facilitado el motero. Nadie acudió a abrir cuando aporrearon la puerta. Las casas que bordeaban la calle eran pequeñas, pero estaban bien cuidadas, con flores encuadrando los cimientos y plantas de aloe vera y toda suerte de fruslerías en los alféizares. Smoker orinó detrás de un arbusto. El oso se había puesto a huronear por los armarios y gruñía.

—¿Crees que deberíamos pillar otro jamón? —preguntó Andre.

—Si le damos otro jamón, se lo zampa.

—De eso se trata.

—Que te crees tú eso —dijo Smoker—. Lo que necesitamos es algo que lo mantenga ocupado. ¿No habrá un gato o un perro en alguno de estos jardines?

—Dudo que quiera una mascota.

—Algo a lo que pueda matar —dijo Smoker—. Luego le tocará despellejarlo y arrancar la carne de los huesos. Coño, estará entretenido succionando tuétano hasta mañana por la mañana.

Bajo la capota resonó el estruendo metálico del cubo.

—Ni de coña —dijo Andre.

—¿Qué te crees que haría si estuviese suelto?

—No está suelto.

—Hay que joderse, ahora resulta que eres el cabecilla de esta excursión.

—Cabecilla de nada.

—Pues ya me dirás tú.

—Te digo que ni lo sueñes.

Smoker pateó un rosal y lo desbarató. Luego se encaminó con paso airado hacia la camioneta.

—¿Te crees mejor que yo por haber rescatado al oso?

—No —dijo Andre.

—¿Te crees que nos va a ayudar a encontrar a Bird? —gritó Smoker.

—¿Y matarlo sí?

—No —dijo Smoker.

—¿Y desviarnos de nuestro camino para perseguirlo?

Andre se encaminó también hacia la camioneta, pero se detuvo antes de llegar.

—¿Y si hemos metido la gamba? —dijo—. ¿Y si era un bulevar, una plaza o un callejón? Hemos dado por hecho que era una calle.

Smoker se mesó el cabello. Bump parecía perfectamente capaz de cometer un error así, eso era impepinable.

En la sección de carne del Albertsons, Andre pidió que le cortasen dos kilos y medio de salami en lonchas finas y que se lo envolviesen primero en film transparente, luego en papel de estraza y, por último, en papel antigrasa. Compró cinta adhesiva y cordel para cometas, y recubrió el paquete a conciencia, como una momia. De vuelta en la camioneta, entreabrió el portón trasero y lanzó el bulto dentro. Permanecieron a la escucha mientras el oso lamía, sorbía, gemía y mordía el envoltorio. Al ver que no había manera de rasgarlo, el animal alzó el paquete y lo tiró al suelo. Andre se asomó a la ventanilla. El oso parecía perplejo.

Smoker los llevó hasta más allá de la calle North Market, donde las manzanas estaban separadas por solares vacíos y alambradas. En un porche había un anciano sentado a la fresca encima de una nevera enchufada a una toma externa, enroscado en nubecillas de vapor al calor de la tarde. Perros belicosos con pinta de no andarse con gilipolleces ladraban y escarbaban la capa dura del suelo. Smoker se encajó la Luger al cinto y Andre se escondió un tablón en la pernera. Acto seguido, fueron avanzando de escalinata en escalinata hasta que una gorda que no cabía por la puerta les señaló la casa de un vecino que tenía las ventanas cegadas con pintura.

Andre se hizo a un lado para quedar oculto cuando Smoker llamó a la puerta. Abrió una mujer descalza con un vestido que parecía un

saco.

—Me han dicho que vendéis drogas —dijo Smoker.

La mujer desapareció casa adentro y un hombre la suplantó renqueante en la puerta. Llevaba pantalones y una gorra de los Raiders, el pecho al aire. Su escaso torso lucía el cordaje muscular que adquieren los convictos haciendo pesas en el patio.

—Apuesto a que estás borracho —dijo el hombre—. En mi vida he visto a un indio sobrio.

Smoker sonrió.

—Y yo a que llevas sin echar un buen polvo desde que dejaste de verte con tus colegas de la hermandad aria en el trullo.

El convicto le soltó un directo en la ceja. El puñetazo lo hizo recular escaleras abajo. Smoker se palpó la frente y descubrió que sangraba antes de recibir un segundo impacto en la boca. Andre entró en acción y sacudió al convicto en la espalda con el tablón. El hombre aulló y Andre volvió a arrearle un par de veces en la clavícula. El tipo se quedó sin aire. Andre se ensañó con sus riñones y luego lo placó contra el suelo con una doble Nelson. Smoker recogió el tablón y se lo estampó dos veces en las rótulas, el tercer tablonazo se lo llevó Andre, que puso el grito en el cielo y le dijo a su hermano que ya estaba bien. Smoker paró.

La mujer se puso a chillar desde el porche y le lanzó una lata de Pepsi abierta.

—¡Tú cierra el pico! —le dijo el hombre a la mujer—. Vas a conseguir que se presente la pasma.

Jadeaba. Andre afianzó la llave de inmovilización. A Smoker se le había hinchado el labio y tenía los dientes ensangrentados. Se había quedado inmóvil, tembloroso. Miró al hombre, luego a Andre y de nuevo al hombre. Había dejado de resistirse, pero Andre seguía hundiéndole la cara en la hierba, no fuera a tratarse de una triquiñuela.

—¿No vas a dejar que me incorpore ni un poquito? —preguntó el

hombre.

—No.

El convicto miró a Smoker por el rabillo del ojo.

—Este no es mucho de hablar, ¿eh? —dijo.

—No me lo he traído para montar una tertulia —le dijo Smoker.

El hombre dijo que se llamaba Calvin. Le tendió la mano como pudo. Tenía el brazo cubierto de lunares y llevaba una palabra tatuada en los nudillos.

—¿Sin rencores?

Smoker aceptó el apretón.

—Mi hija ha desaparecido —le dijo.

—Y su mujer —añadió Andre.

—¿Está buenorra?

Andre le tiró del brazo hacia arriba. Calvin apretó los dientes y tomó aire.

—Reconozco que como esposa deja mucho que desear —dijo Smoker.

—En esta postura no hay quien hable.

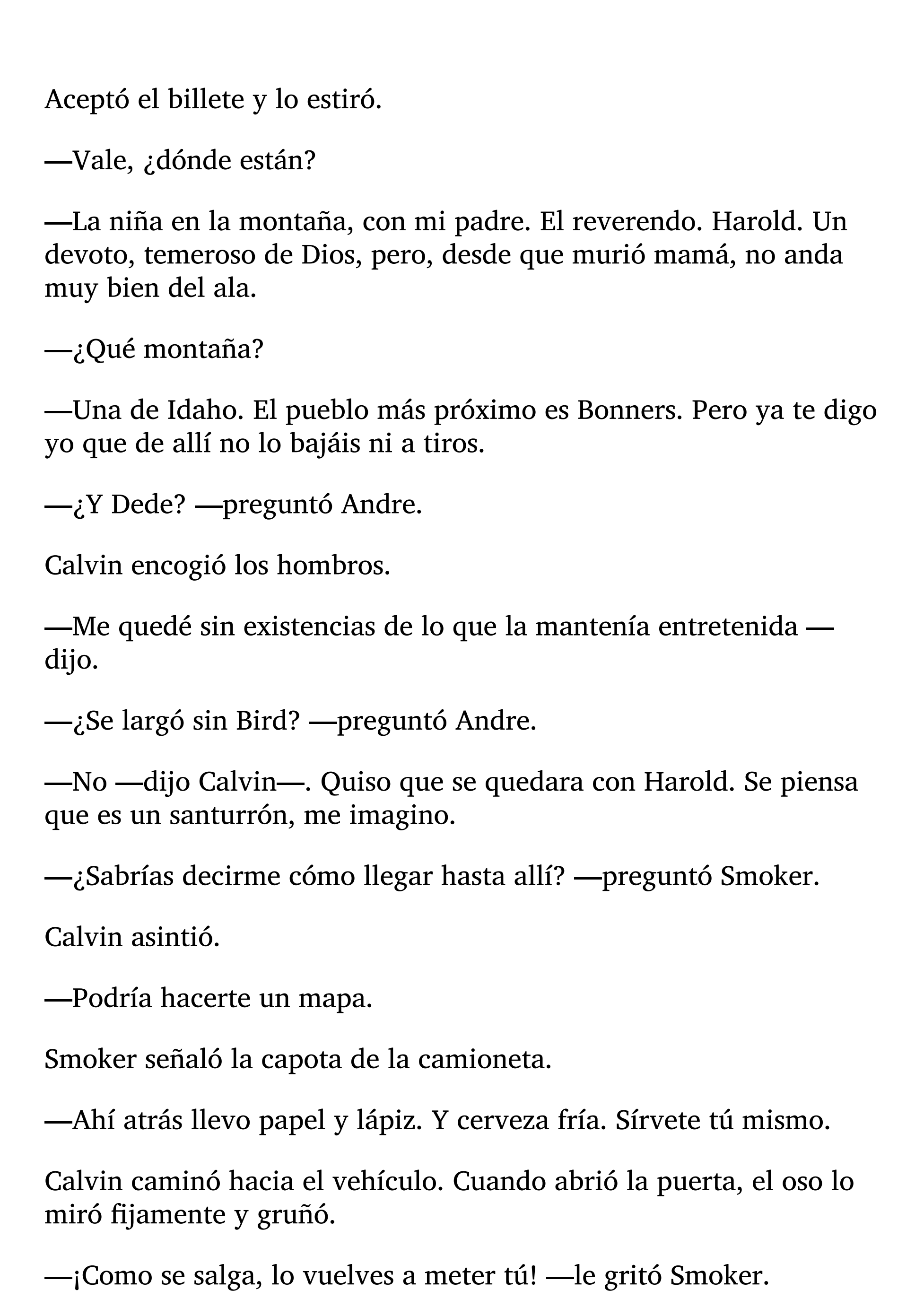
—¿Si te suelta me dirás cómo dar con ellas? —preguntó Smoker.

Calvin asintió. Andre se levantó y dejó que se incorporase. Calvin lo atravesó con la mirada.

—La madre que os parió, las piernas van a dolerme hasta el día del Juicio.

—¿Con cincuenta pavos lo llevarías mejor? —preguntó Smoker.

—Ayudaría, desde luego —dijo Calvin.



Aceptó el billete y lo estiró.

—Vale, ¿dónde están?

—La niña en la montaña, con mi padre. El reverendo. Harold. Un devoto, temeroso de Dios, pero, desde que murió mamá, no anda muy bien del ala.

—¿Qué montaña?

—Una de Idaho. El pueblo más próximo es Bonners. Pero ya te digo yo que de allí no lo bajáis ni a tiros.

—¿Y Dede? —preguntó Andre.

Calvin encogió los hombros.

—Me quedé sin existencias de lo que la mantenía entretenida —dijo.

—¿Se largó sin Bird? —preguntó Andre.

—No —dijo Calvin—. Quiso que se quedara con Harold. Se piensa que es un santurrón, me imagino.

—¿Sabrías decirme cómo llegar hasta allí? —preguntó Smoker.

Calvin asintió.

—Podría hacerte un mapa.

Smoker señaló la capota de la camioneta.

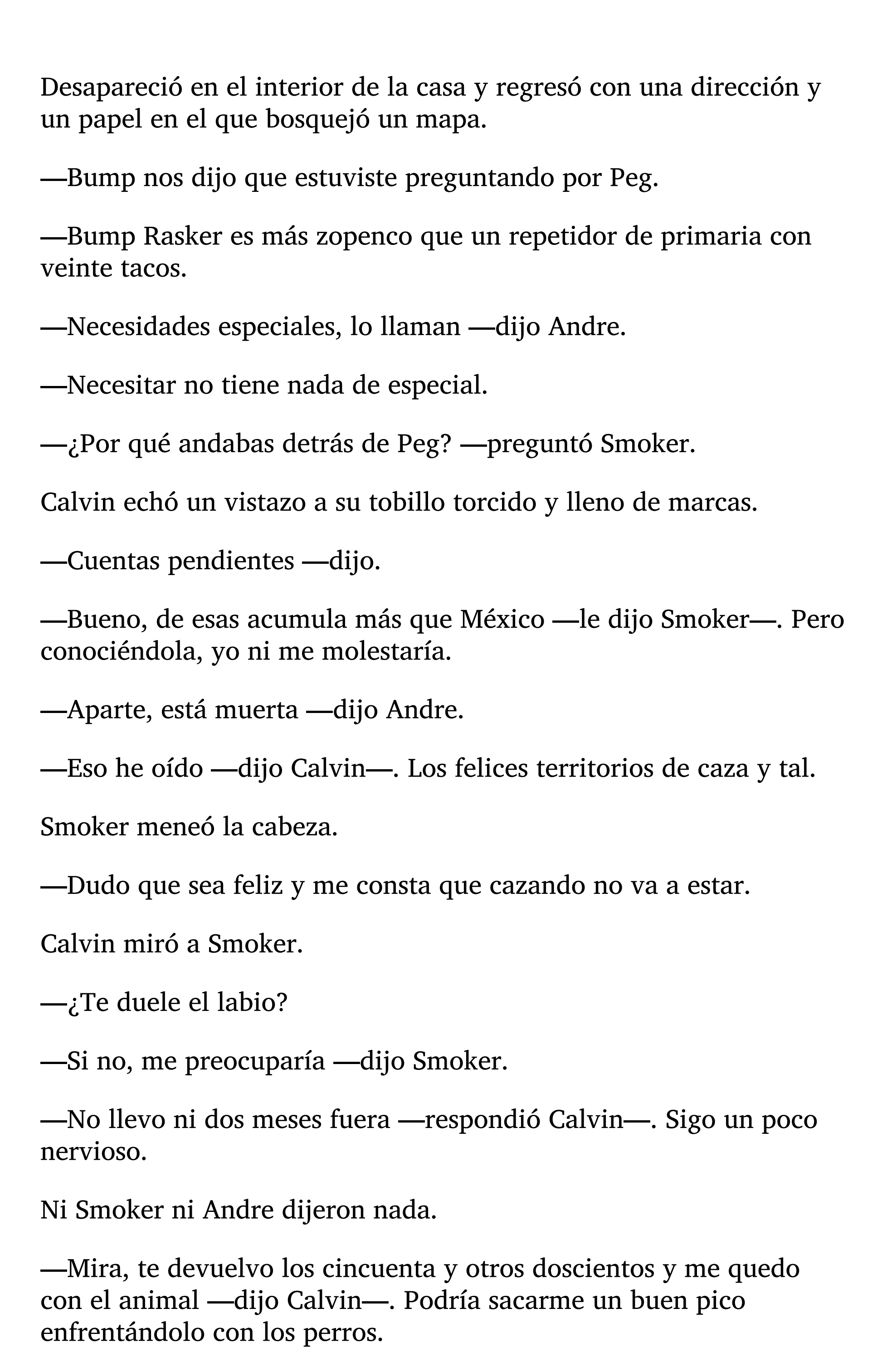
—Ahí atrás llevo papel y lápiz. Y cerveza fría. Sírvete tú mismo.

Calvin caminó hacia el vehículo. Cuando abrió la puerta, el oso lo miró fijamente y gruñó.

—¡Como se salga, lo vuelves a meter tú! —le gritó Smoker.

Calvin cerró de un portazo.

—No estáis pirados, no, qué va.


Desapareció en el interior de la casa y regresó con una dirección y un papel en el que bosquejó un mapa.

—Bump nos dijo que estuviste preguntando por Peg.

—Bump Rasker es más zopenco que un repetidor de primaria con veinte tacos.

—Necesidades especiales, lo llaman —dijo Andre.

—Necesitar no tiene nada de especial.

—¿Por qué andabas detrás de Peg? —preguntó Smoker.

Calvin echó un vistazo a su tobillo torcido y lleno de marcas.

—Cuentas pendientes —dijo.

—Bueno, de esas acumula más que México —le dijo Smoker—. Pero conociéndola, yo ni me molestaría.

—Aparte, está muerta —dijo Andre.

—Eso he oído —dijo Calvin—. Los felices territorios de caza y tal.

Smoker meneó la cabeza.

—Dudo que sea feliz y me consta que cazando no va a estar.

Calvin miró a Smoker.

—¿Te duele el labio?

—Si no, me preocuparía —dijo Smoker.

—No llevo ni dos meses fuera —respondió Calvin—. Sigo un poco nervioso.

Ni Smoker ni Andre dijeron nada.

—Mira, te devuelvo los cincuenta y otros doscientos y me quedo con el animal —dijo Calvin—. Podría sacarme un buen pico enfrentándolo con los perros.

—No, señor —dijo Smoker—. Ese oso es muy suyo. No come nada que no venga directamente del carnicero, y aquí mi hermano le tiene prohibido hacer uso de la violencia.

LAMENTACIONES

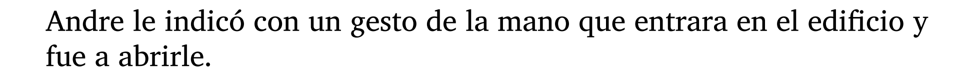
Febrero–marzo 1984

El juez sentenció a Smoker a lo ya cumplido en preventiva y a pagar una indemnización por los neumáticos siniestrados cuyo monto regateó Andre hasta fijarlo en quinientos dólares. A cambio, Smoker accedió a llevar a Pork al centro de rehabilitación de Yakima. Andre telefoneó a Pork y le ordenó que fuese haciendo las maletas. Pork se negó. Andre propuso cargar la camioneta pese a la obstinación de Pork; Smoker se mostró de acuerdo, a condición de que, por solidaridad, acompañasen a su padre en su último fin de semana de farra. Andre accedió al chantaje. Cerraron el local de Eddie «el Loco» el viernes y el sábado; Andre se hinchó a Pepsi y se hizo cargo de la cuenta las dos noches. El humo, la cafeína, la mala alimentación y la falta de sueño acabaron por arruinarle el estómago y el domingo amaneció languideciendo en la cama, con resaca y sin haber bebido, lo que le pareció una broma de pésimo gusto.

Borracho, al menos podría haberse ahorrado la filosofía y el pavor, concentrándose en simplezas como darse una buena ducha y llegar al instituto antes del segundo timbre. Sobrio, se vio impelido a contemplar el techo desconchado y a escudriñar los rostros que se formaban en las vetas de los paneles, esperando que en cualquier momento le leyeran la cartilla. Entendió que la única posibilidad de conciliar el sueño sería matándose y, de no haber supuesto un esfuerzo titánico ir a por la pistola que guardaba en la pick-up, lo habría considerado muy seriamente.

En tres ocasiones, oyó que llamaban a la puerta. No hizo ni caso. Luego empezaron a tirar grava contra el cristal de la ventana y, al final, sacó fuerzas de flaqueza y se asomó.

—¿Todo bien por ahí arriba? —le gritó Claire desde la calle.



Andre le indicó con un gesto de la mano que entrara en el edificio y fue a abrirle.

—¿Resacoso? —preguntó Claire.

Andre se frotó las sienes.

—No probé ni gota.

—Cualquiera lo diría, por el pestazo que echas —dijo ella.

—Vamos a desintoxicar al viejo —dijo Andre—. Y Smoker pensó que antes de limpiarle las cañerías había que brindarle una última tajada.

—Y a ti te pareció bien.

—Yo lo costeé y me tocó hacer de chófer para que nadie saliese malparado.

Andre se expuso a la intemperie por la ventana abierta. La lluvia empapaba el tejado y percutía sobre el asfalto. Claire apoyó la mejilla en su espalda. Su perfil se tiñó de azul en el reflejo de la ventana. Lo rodeó con un brazo y deslizó la mano por debajo de su camiseta. Trazó círculos sobre su corazón.

—Vamos a llevarlo a un centro de rehabilitación.

—¿Entonces no bebiste?

Andre negó con la cabeza.

—Nunca me había percatado de lo sórdidas que son las tabernas.

Claire le indicó que se sentara y él obedeció. Se puso a revolver en la cómoda en busca de unos calcetines limpios, le hizo levantar los pies y se los enfundó. Las deportivas estaban debajo de la cama. Claire las desanudó, se las calzó y se las ató con un nudo doble. Luego recuperó su abrigo y le pasó la cazadora. Andre la miró de manera inquisitiva.

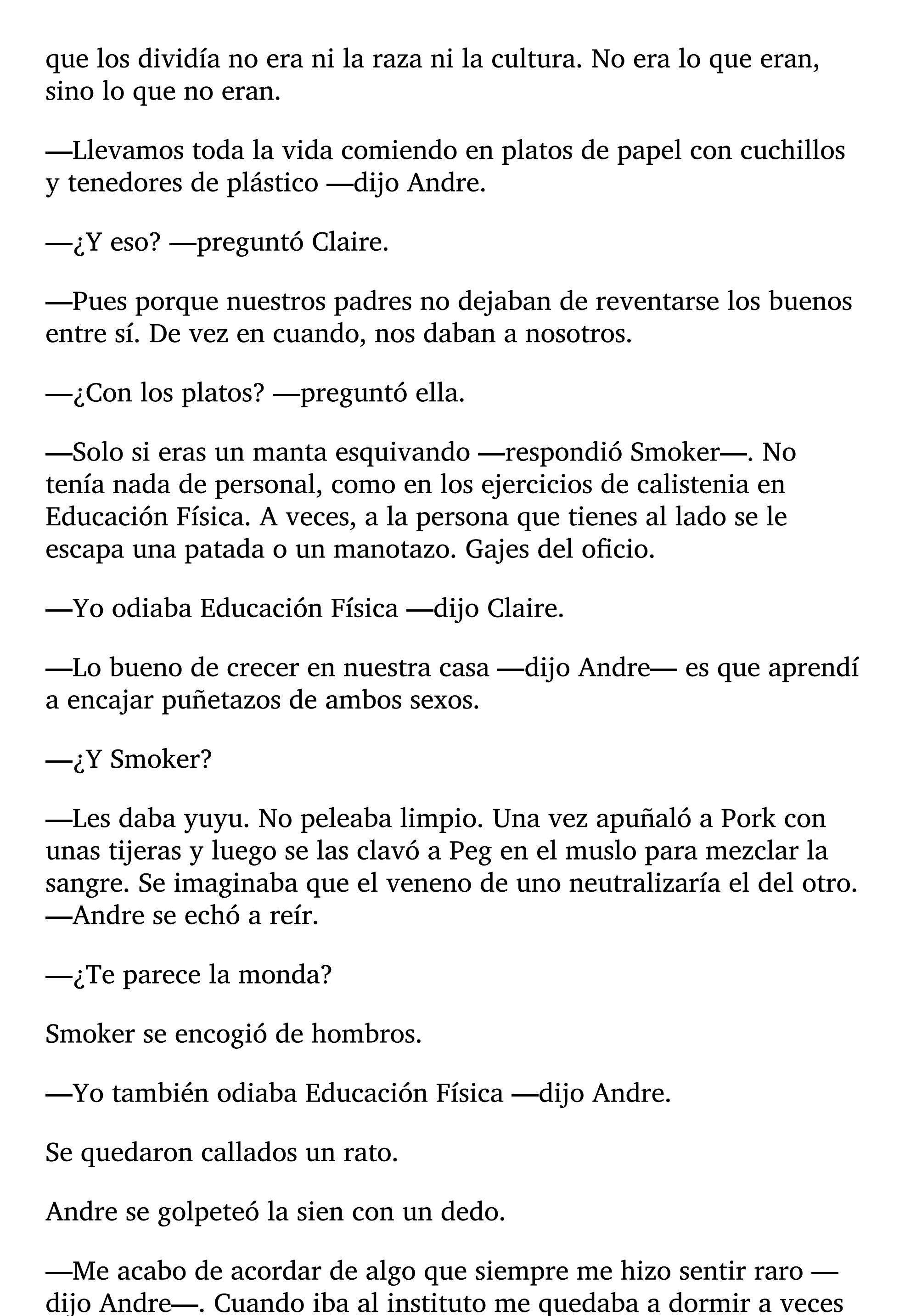
—Está diluviando —dijo Claire—. No querrás coger una neumonía.

Andre iba al volante. Claire, espachurrada entre él y Smoker, percibía su aislamiento. Smoker y Andre, incluso Pork y, de vez en cuando, también sus alumnos, le habían contado historias extrañas sobre Coyote, o Sinkalip, como se decía en salish, la lengua nativa local. Amaba el nombre: le encantaba, aunque no sabía por qué.

En invierno, Sinkalip ha de pasar hambre hasta que se cuentan sus relatos. Las acciones de Sinkalip han de ser pronunciadas, no han de quedar condenadas al papel; la palabra escrita y separada de una lengua no permite ni la ausencia ni la presencia de Sinkalip, porque las palabras se vuelven líquidas y se escurren de la página. Cuando la gente habla, el lobo aúlla o el uapití brama, Sinkalip no considera el orden ni el caos. Solo busca su distancia y su dirección, para poder jugársela al Topo, copular con sus parientes o derrotar a Perro Monstruo. Se olvida de que las piedras son los huesos de su madre y es así que las utiliza para construirse refugios que lo ocultan cuando se masturba. Cuando está confuso, convoca a las hermanas truño para que le acalambren el vientre, y las defeca ceremoniosamente en pago por los consejos que le dispensan. Si lo ofenden, las amenaza con ahogarlas con su orina en el olvido.

Sinkalip enseñó a la gente a atrapar al salmón, qué raíces comer y cómo construir una buena cabaña. Le contó a todo el mundo que era un gran guerrero, pero no lo era. Quién sabe por qué el Pueblo Animal decidió pasar por encima de su cadáver el número de veces preciso para resucitarlo. Puede que fuera un acto de rebelión, rescatar la última contradicción que les quedaba y volverla a dotar de carne, sangre y hueso. O quizá fuese simplemente la audacia de Coyote lo que lo redimió. Incluso puede que fuera demasiado divertido como para prescindir de él.

Claire no entendía muy bien qué habría llevado a la gente a elegir un héroe de semejante calaña, pero se dio cuenta de que tampoco entendía muy bien qué era lo que la había atraído de Andre y, a través de él, de Smoker y de todos los demás. Aun así, permaneció apartada. La raza no era la causa; Smoker y Andre, mitad blancos y mitad indios, parecían incapaces de ver en sí mismos, o no tenían el menor interés, la frontera donde se juntaban esas dos partes. Eran la mitad de un todo y el total de nada, pero ella comprendía que lo



que los dividía no era ni la raza ni la cultura. No era lo que eran, sino lo que no eran.

—Llevamos toda la vida comiendo en platos de papel con cuchillos y tenedores de plástico —dijo Andre.

—¿Y eso? —preguntó Claire.

—Pues porque nuestros padres no dejaban de reventarse los buenos entre sí. De vez en cuando, nos daban a nosotros.

—¿Con los platos? —preguntó ella.

—Solo si eras un manta esquivando —respondió Smoker—. No tenía nada de personal, como en los ejercicios de calistenia en Educación Física. A veces, a la persona que tienes al lado se le escapa una patada o un manotazo. Gajes del oficio.

—Yo odiaba Educación Física —dijo Claire.

—Lo bueno de crecer en nuestra casa —dijo Andre— es que aprendí a encajar puñetazos de ambos sexos.

—¿Y Smoker?

—Les daba yuyu. No peleaba limpio. Una vez apuñaló a Pork con unas tijeras y luego se las clavó a Peg en el muslo para mezclar la sangre. Se imaginaba que el veneno de uno neutralizaría el del otro. —Andre se echó a reír.

—¿Te parece la monda?

Smoker se encogió de hombros.

—Yo también odiaba Educación Física —dijo Andre.

Se quedaron callados un rato.

Andre se golpeteó la sien con un dedo.

—Me acabo de acordar de algo que siempre me hizo sentir raro —dijo Andre—. Cuando iba al instituto me quedaba a dormir a veces

con algún compañero de clase, en la ciudad. Ya sabes. Dos partidos fuera de casa, los viernes y los sábados. Apenas llegábamos y ya teníamos que volver a ponernos en marcha. Flipaba con los desayunos. Nada más despertarme olía la comida. Uno a uno, los de la casa, medio dormidos, iban apareciendo en la cocina. Salvo la madre y el padre, que ya estaban dale que te pego, volteando huevos, tortitas y salchichas, beicon o jamón, cada cual con su sartén. Y en menos que canta un gallo toda la tropa entraba en combate, uno a cargo de las tortitas o los huevos, otro de poner los platos y los cubiertos. Luego amontonaban la comida en bandejas rebosantes y las dejaban en el centro de la mesa para írselas pasando y que cada cual se sirviera a su gusto, y se repartían también las secciones del periódico, cuando uno acababa de hojear la suya, la intercambiaba con el que tenía al lado, y así al final pasaban por las manos de todos. Casi me daba miedo comer.

—¿Y eso? —preguntó Claire.

—No era mi cancha, más allá de cascar un huevo o algo así, no hablaba su lengua.

—Y ahora nos preparas el desayuno los fines de semana.

Andre se encogió de hombros.

—Me gusta comer.

Al borde del valle, en un solar cercado, se cernían los aisladores de cables con forma de colmena, grandes como habitáculos. Algunos, adheridos a las torres de treinta metros, transmitían la electricidad de los generadores de la presa que tenían a sus pies. Entre unos y otros, se tendían los cables de alta tensión que abarcaban toda la pared del valle antes de precipitarse varios cientos de metros más abajo, al encuentro de las centrales eléctricas.

Claire le dijo a Andre:

—Me acuerdo de la primera vez que vine aquí. Me enseñaste a ordeñar una vaca.

—Para el común de los mortales eso es un marrón —dijo Smoker.

—Bueno, pues para mí no —dijo Claire.

Andre giró a la izquierda por una carretera que llevaba el nombre de su familia. La nieve gris perseveraba en las depresiones sombrías; el resto era flora latente y tierra apagada y leonada. El primer ciervo que mató no fue ni a medio kilómetro de aquel lugar. Pork y él habían destripado y arrastrado a un dos puntas por la cañada hasta el granero, donde Andre le serró las pezuñas por debajo de los jarretes y dejó que los perros se cobrasen su parte mientras Pork separaba el pellejo de la carne y la grasa con su cuchillo. Una vez desollado, le extrajeron la bala del costillar. El impacto contra el hueso había achatado el plomo. Pork perforó un agujero en la bala, enhebró una tira de cuero y se la colgó a su hijo en el cuello. A la mañana siguiente, al alba, cuando salió a dar de comer al ganado, Andre contempló las alambradas de espino, los primeros brotes de trigo y media docena de ciervos recortados contra la luz del horizonte, acusándolo de la pérdida de uno de los suyos.

Tras dieciséis kilómetros de grava corrugada, llegaron al portillo del camino de acceso: tres troncos con el distintivo de la familia rubricado a fuego en un trozo de madera de deriva plano que pendía de un poste central. Un pájaro trinó. Una especie de alondra, se dijo Andre, aunque no las tenía todas consigo. Smoker solía instalarse allí casi todos los otoños, acaparando carne de venado y llenando la nevera de pájaros para tener sustento cuando se afincara con Dede en invierno. Pero Andre solo iba de vacaciones. Su padre era más tozudo que la mayoría de los hombres, pero no era eterno. Pork moriría y la propiedad la heredarían Andre y Smoker, ellos arrendarían la tierra a un hacendado con más posibles que se encargaría de labrarla y de dejar que la casa se desplomase sobre sus cimientos de hormigón. Alguien se adueñaría por la cara de lo poco que quedara aprovechable —la estufa, alguna viga en buen estado—, y luego le prendería fuego a todo lo demás. En primavera, la hierba se renovaría, las acacias reverdecerían y los cimientos se convertirían en otra cripta de hormigón visitada por los cuervos y el ganado errante. El pájaro volvió a pronunciarse y Andre afinó el oído. En su día no le costaba distinguir el canto de una alondra del piar de un gorrión. Dado que nadie le había

enseñado la diferencia, debió haberlo aprendido motu proprio.

King, el viejo malamute de Pork, renqueó por los escalones de la casa y expectoró un par de ladridos cortos. Detrás de él, Pork se aposentó en el balancín del porche que había construido hacía años con sus propias manos para sus hijos. Andre se agachó y le frotó las orejas al perro.

—¡Se supone que tienes que ahuyentar a la gentuza! —le gritó Pork al perro.

—¿Tienes café hecho? —preguntó Andre.

Pork asintió.

—¿Envenenado? —preguntó Smoker.

—Me lo planteé —admitió Pork. Olía fuerte, como un uapití, y al respirar hacía un ruido horrible. Smoker le ofreció un cigarrillo y se lo encendió.

En la cocina, Andre llenó hasta arriba la taza de Pork, sirvió otras tres y salió al porche a repartirlas.

—¿Cómo anda vuestra madre? —preguntó Pork.

—Peor que una serpiente de cascabel encabronada —dijo Smoker.

Pork los miró desde el balancín y dejó escapar un suspiro. Hundió la mirada en su taza como si el líquido negro que contenía y se suponía que iba a salvarlo le hubiese fallado. Acto seguido, la volcó sobre el suelo del porche. El charco se escurrió por los huecos entre los tablones.

—La prisión sería menos cruel que la rehabilitación —dijo.

—Y más barata, también —dijo Smoker.

—Pues entonces ahorraos la puta pasta.

—Deberías usar un tono más amable con los que intentan mantenerte entre los vivos —alegó Smoker.

—Mira quién fue a hablar —le dijo Pork a Smoker; luego se volvió hacia Andre—. Y tú te pareces demasiado a tu madre.

—Cierra la puta boca, viejo cabrón —dijo Andre.

—¿Cómo le hablas así? —susurró Claire.

—Porque es la única manera —dijo Andre.

Pork resolló.

—Mira que sois patéticos. Os cagó el diablo, a los dos. —Hizo una pausa—. Disculpadme, me olvidé de que había una dama presente.

—Escúchame bien —le dijo Smoker—. Vas a ir a desintoxicarte, de lo contrario te meto una bala en el culo, así como te lo digo, ni lo dudes.

—No tienes lo que hay que tener —dijo Pork.

Smoker salió escopeteado hacia la camioneta, sacó la pistola de debajo del asiento del conductor y le disparó a Pork entre los pies.

—¿Ves? —dijo Pork.

Todos guardaron silencio en el porche vetusto. King cojeó hasta el anciano y Pork le palmeó los cuartos traseros.

—Alguien tendrá que darle de comer a este.

Andre asintió.

—No tenemos intención de ver cómo se muere de hambre un amigo.

Smoker llenó la maleta de Pork con una muda de ropa interior, un par de pantalones vaqueros y las camisas a cuadros que más le gustaba ponerse, luego la arrastró hasta el camino de acceso. Pero Pork había dado con un bidón de gasolina en el taller. Empapó la maleta, dejó caer encima el cigarrillo y la ropa prendió como yesca. Se desabotonó la camisa del Oeste y la añadió a la fogata, luego se desembarazó de los pantalones y los calzoncillos y también los

arrojó a las llamas, quedándose en pelotas, salvo por los calcetines de lana. Pork alzó la mirada hacia Claire, sin cubrirse las vergüenzas. Ella no supo dónde posar los ojos y, al final, se dio media vuelta. Andre cubrió a su padre con una colcha y lo obligó a meterse en la camioneta de la granja por el lado del acompañante.

Smoker se puso al volante.

—Ándate con mucho ojo —le dijo Andre—. Capaz es de arrancar los cables solo para que os quedéis tirados en el arcén, y si ya es lo bastante bochornoso ir por ahí con él vestido, en bolas ni te cuento.

Andre y Claire los vieron irse y se pusieron también en marcha. La pick-up ascendió el cañón, dejando abajo el rancho, hasta que Andre avistó un portillo abierto. Redujo la velocidad para cerrarlo y, al hacerlo, identificó huellas de neumáticos en la tierra húmeda.

—Alguien ha subido hasta aquí.

—¿Un vecino? —preguntó Claire.

—Desde sus casas hay caminos más cortos.

Andre sacó la pistola de debajo del asiento y examinó el tambor. Dejó el percutor sobre la recámara vacía, franqueó lentamente la cerca, se apeó y volvió a trabar el portillo. La camioneta patinó en el barro hasta que los neumáticos se amoldaron a las viejas rodadas. Avanzaron a paso de tortuga por los socavones y perdieron el rastro, pero Andre sabía que hasta un cuatro por cuatro se vería obligado a mantenerse en el camino que discurría junto a la valla.

Descubrió la pick-up Chevy en una cresta que se extendía hasta el rancho vecino, Broke Hole. En la ventanilla posterior de la cabina colgaba un armero con dos rifles. Dos chavales del instituto, encapuchados en sus sudaderas, estaban apoyados en uno de los paneles laterales de la parte trasera. Andre aparcó en perpendicular al parachoques frontal y apagó el motor. Escondieron las latas de cerveza detrás de los neumáticos.

Andre bajó la ventanilla.

A uno de los chavales le entró la risa nerviosa. Ambos se irguieron.

—Usted es profesor —dijo uno.

—Hoy no —respondió Andre—. Os habéis dejado el portillo de abajo abierto, en el cañón.

El más alto habló.

—No pensábamos quedarnos más de una hora.

—Más que de sobra para que se escape una vaca.

—No hemos visto vacas por ninguna parte.

El otro asintió.

Andre tanteó detrás del asiento en busca del bate de béisbol serrado. Testó su dureza contra la palma de la mano.

—Fui yo el que instaló esa puta valla —dijo.

Claire le dio unas palmaditas en el brazo.

—Son solo unos críos.

—Que están donde no deberían estar.

Andre se bajó de la cabina.

—Quedaos donde os pueda ver —advirtió a los chavales.

En el salpicadero encontró las cajas de munición, luego descorrió el cerrojo de los rifles y eyectó los cartuchos.

—Vaciaos los bolsillos.

Los chavales obedecieron. Andre arrojó todo el botín por el borde del risco. Oyó su tintineo contra las rocas.

—Ahora os largáis de aquí echando hostias —les dijo Andre—. Como no os vea en el asfalto, dirección este, dentro de tres minutos, ya podéis iros despidiendo de vuestras madres. Y cerrad el puto

portillo al salir.

La camioneta desapareció y, al rato, la vieron dando tumbos más abajo, por el barranco. Las nubes formaban un techo bajo y grisáceo sobre el río. Por las grietas se colaban largos barrotes de luz. La mayor parte de la quebrada se sumió en las sombras. Los chavales pararon para cerrar el portillo, acto seguido enfilaron a toda velocidad la carretera del Lago Negro en dirección a la ciudad. Andre soltó el bate en la cabina. Claire se apoderó de él y le golpeó. Le dio de lleno en la cadera y algo así como una descarga eléctrica le recorrió la pierna de arriba abajo. Antes de que le diera tiempo a soltarle otro estacazo, Andre se acercó a ella y le inmovilizó los brazos. Ella se revolvió, pero no pudo desasirse.

—No puedes hacer eso —dijo.

—Ya lo sé —dijo Andre—. Lo sé.

Se quedaron un buen rato en silencio. Andre sumido en el territorio que se extendía a sus pies. De niño, mucho más esperanzado que ahora, se informó a propósito de los sextantes en la enciclopedia y se fabricó uno con grapas y trozos de madera que encontró detrás del taller, creyendo que, si era capaz de comprender la configuración de aquel inmenso territorio, podría guiarse por la vida como los marineros de antaño que surcaron los océanos.

Al contemplar el territorio con Claire al lado, se acordó de la última vez que, de niños, Smoker y él se escaparon. Ambos se escurrieron por la ventana del sótano. Se pegaron una buena caminata por el lecho de un arroyo seco. Smoker identificó el sitio donde se había tumbado un ciervo y se echó a rodar sobre los restos de pelo y hierba apelmazada, luego, debajo del nido de una lechuza, deshizo las egagrópilas y extrajo huesecillos de ratón.

Andre deambuló hasta dar con unas huellas de ciervo que no tendrían más de un día, pasos indolentes, no las cuatro holladuras que imprimen los cascos vigorosos y apresurados. Más tarde, un coyote surgió de la espesura al fondo del barranco, con la cabeza alzada y la lengua fuera. Persistía el olor de los campos quemados y roturados.

En el río, se tendió bocabajo sobre una roca plana. Contuvo el aliento y dejó caer la cabeza entre los brazos. La sangre le latía en los oídos y silenciaba sus pensamientos. Abrió los ojos. La corriente del río, precipitada por los generadores de la presa, arrastraba ramitas sobre el fondo rocoso. Se salpicó las mejillas y el pecho, y juntó y ahuecó las manos para empaparse el cuerpo entero. El sol ardía en lo alto y las sombras del valle iniciaron su lento declive hacia el este.

Toda la destreza para las actividades viriles relacionadas con la naturaleza había recaído en Smoker. Andre envidiaba la facilidad que tenía su hermano para hacer cualquier cosa, una facilidad cuya semilla parecía haber germinado en la certeza del instinto. Andre entendía que el único responsable de sus carencias era él mismo. Apenas mostraba interés por el funcionamiento de las armas o los hábitos de los ciervos.

Sin embargo, sentía afinidad con el río. De pequeño, le gustaba nadar, vadearlo, lanzar piedras y hacer flotar gabarras de corteza. Más mayor, le encantaban las lanchas y hacer esquí acuático o montar sobre cámaras de neumáticos. A su regreso de la universidad, solo se sintió en casa una vez hubo rebasado el muro rocoso que separaba las tierras agrícolas del valle para ver el río. En Literatura Clásica había leído a Heráclito, que decía que uno no puede meterse dos veces en el mismo río, pero Andre no lo veía así. Cuando te metías en un río pasabas a formar parte de su cauce, de principio a fin, y esa idea de constancia y permanencia le resultaba de lo más reconfortante.

Río abajo, a unos cien metros, Andre descubrió un alerce quebrado por un rayo. Pendía de una cornisa de tres metros que indicaba el nivel histórico de la crecida. El rayo había dejado intacta la mitad de la parte interna del tronco. Una termita apareció por debajo de la corteza hendida, luego otra. En el barranco, por encima de la ribera, Andre dio con dos pedruscos y se las vio negras para levantarlos. Logró trasladar el primero hasta el árbol y en cuanto se situó sobre el nido de termitas, lo soltó. El pedrusco rebotó. Añicos de madera y corteza ametrallaron la playa, y las termitas, aterrorizadas, huyeron en estampida.

El segundo pesaba más. Andre, avanzando como un pato, consiguió

a duras penas transportarlo hasta el tronco. Resopló y lo alzó con los brazos hinchados y temblorosos. El pedrusco se cernió un instante sobre su cabeza y luego colisionó. El árbol se dobló, luego se enderezó y volvió a inclinarse, esta vez reventando las últimas fibras que lo sujetaban. El pedrusco resbaló y lo mismo hizo Andre, que cayó a cuatro patas sobre la grava.

Entonces hizo rodar el tronco hasta el río. Tal propósito le llenó las manos de astillas. Se le adhirieron grumos de savia. En el agua se curó las heridas. La corriente tiraba del tronco. En aquella parte del río, los diques hacían que el agua girase en un enredo de turbulencias y remolinos impredecibles. Andre impulsó el tronco hacia la corriente principal. Flotó con él. Las rocas y los árboles que ornaban las orillas eran tan grandes que le hacían sentirse enano. Las aves trazaban círculos en las alturas. Se aferró al muñón de una rama y se aupó al tronco. Los pies le colgaban, semejaban fantasmas entumecidos de otra persona. Los alzó y acusó el dolor producido por el agua fría, pero por dentro se sintió como si acabase de defecar algo que nunca tendría que haberse tragado. Smoker no tardó en silbar y hacerle señas desde un promontorio, y Andre pataleó para ganar la orilla.

Al atardecer, Pork apareció a lomos de su viejo alazán. Smoker y Andre se dispusieron a recibir un correctivo. Pero el anciano desenrolló su saco de dormir y lo puso entre los suyos. Removió el fuego y los felicitó por la calidad de las ascuas. Desenvolvió un hígado de ciervo, lo dejó sobre la hierba y lo cortó en tres porciones, luego partió unas ramitas.

Smoker, Pork y Andre asaron sus trozos y escucharon los ladridos de los coyotes.

—Me hubiese gustado ser guapo —dijo Pork—. Y rico. —Asintió para sí mismo—. Uno tiene que tirar con lo que le toca, hijos. Pero asar un buen trozo de carne de venado en un buen fuego no es moco de pavo, ya lo quisieran muchos, aunque no me quede otra que compartirlo con un par de criminales.

Contemplaron cómo la carne se socarraba en la luz rosácea. La grasa y la sangre chisporroteaban y se ennegrecían sobre las brasas.

De repente, Andre recordó también la época anterior a la bebida, cuando Peg mimaba los rosales y los narcisos intratables con paladas de turba. Smoker y él, unos renacuajos, la seguían para aplanar la tierra y recolectaban pelusa de diente de león. Al atardecer, Pork, aún en ropa de faena, se acercaba por la hierba fresca hasta donde estaban, los alzaba por los tobillos y les borraba el jardín de las piernas a manguerazos mientras su madre recogía las herramientas. Aquellas noches solían cenar en una mesa de pícnic mientras las sombras se alargaban y los grillos serruchaban la noche fresca.

Los celadores del centro de desintoxicación se hicieron cargo de Pork y le dijeron a Smoker que esperase.

—¿Nombre? —preguntó la enfermera del mostrador de recepción.

—Pork White[7].

La enfermera asintió.

—¿Nombre del paciente?

—Se llama así —dijo Smoker.

La enfermera lo miró con fiereza con su cofia blanca y apretó los labios.

Smoker terminó de rellenar el formulario por sí mismo. Por fin, un médico, no mucho mayor que él, lo llamó a su despacho. Lo convidó a sentarse en un sofá de cuero maltrecho.

—Su padre nos ha dado un poco de guerra —dijo el médico—. Hemos tenido que sedarlo.

—¿Ha hecho daño a alguien? —preguntó Smoker.

—No, pero los celadores han hecho ejercicio extra. —El médico hizo amago de reírse, luego, mirando a Smoker, renunció a la risa —. También hemos tenido que amarrarlo. Le saldrá algún moratón.

El médico le pasó a Smoker unos folletos.

—¿Puedo verlo?

—Pero recuerde que está sedado. No vaya a alarmarse.

—Me temo que ya lo he visto sedado varias veces —dijo Smoker.

Smoker siguió al médico hasta una habitación más lóbrega. Pasaron junto a una serie de hombres con pechos crepitantes, siempre escoltados por un hedor amargo. En la siguiente fila de literas, un hombre delgado en ropa de faena dormía acurrucado en posición fetal. Debajo descansaba un mexicano gordo, con los ojos abiertos y fijos en la tabla que sostenía la cama superior. Pork estaba en la última sección, cerca del puesto de enfermeras, inmovilizado con correas.

Smoker se inclinó sobre el anciano. El pelo largo y negro, desparramado, le ensanchaba el rostro y ponía al descubierto sus sienes tersas. Smoker acarició las arrugas de la frente de su padre y le plantó la palma de la mano en el pecho desnudo, sintiendo el empeño de su corazón.

De vuelta en su apartamento, Andre se excusó para darse una ducha, algo que llevaba cuatro días sin hacer. El chorro se abatió contra su cuero cabelludo y se quedó inmerso en el silencio envolvente del agua. Giró el grifo para que saliese más caliente y se acurrucó debajo. No la oyó entrar y desnudarse. Se metió en la ducha con él. Estaba caliente y húmeda, como el vaho. Claire se apartó para que el chorro le diese de lleno a él. Quemaba, pero aguantó como un campeón. Luego dirigió su espalda hacia el agua para que se distendiera y comenzó a enjabonarlo con un trapo. El cuarto de baño se inundó de vapor. Andre se fijó en el contorno cuadrado de los pies de Claire y supo que jamás vería a otra mujer igual.

GÉNESIS

Otoño 1958

Según los católicos, Andre comenzó a existir varias semanas antes de que Pork se encontrase en su Chevy, escrutando la puerta de cristal de una clínica. De pronto, la silueta de Peg se fue agrandando de camino a la salida, con el rostro ensombrecido por los pensamientos que la atribulaban, hasta que se estampó de bruces contra el panel de cristal. Aturdida, se apartó, se cagó en lo más grande, tiró en lugar de empujar, y, entonces sí, logró salir airosa del edificio.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó, una vez dentro del coche.

Pork negó con la cabeza.

—Qué va, una historia descacharrante que estaban contando en la radio.

—¿Se me ha puesto el ojo morado?

Pork le alzó la barbilla.

—No te impedirá tocar el piano —le dijo.

Peg soltó un suspiro hacia el parabrisas.

—Bueno, pues será una canción de cuna.

—Me imagino entonces que tendremos que casarnos —dijo Pork.

—¿Tan seguro estás de que es tuyo? Me he follado a casi todo el equipo de fútbol y puede que sea de algún defensa. A saber cuál. Una vez que acabas con los linebackers, todas sus herramientas te parecen la misma.

—¿Van bien servidos? —preguntó él.

—Como toros.

—Supongo que preferirás casarte con cualquiera de ellos antes que conmigo. Seguro que te sabrá mantener. Esos solo necesitan gente a la que placar y alguien que les pague por ello.

Peg le soltó una bofetada en la frente, como en las comedias de Los tres chiflados.

—¿De verdad te crees que me abriría de piernas para esos bestias?

—Aquí solo hay bestias. Tú incluida.

Se rio.

—Yo la peor.

—No seré yo quien diga lo contrario.

Ella le palmoteó el muslo.

—Eso lo dices porque te gusta. Lo que no significa que seas tú el que me ha hecho el bebé.

—Me da a mí que lo de hacerlo va a ser cosa tuya. El granjero no hace el trigo.

—Solo planta la semilla y a otra cosa, mariposa —dijo Peg.

—No si la granja es suya. Hay que desmalezar, abonar y andar todo el día angustiado por el clima. Y lo mismo ni con esas se obtiene una buena cosecha.

—Me estás diciendo que soy un campo que hay que sembrar.

—Supongo que será más duro cercarte a ti que a veinte o veinte mil hectáreas, y no creo que una alianza y un acta notarial vayan a ser más eficaces que el alambre de espino.

—¿Entonces cómo sabrás lo que es tuyo? —preguntó Peg.

—Creo que te marcaré a fuego.

Ella se rio.

—Ni lo sueñes.

—Solo duele al principio. Ya lo has visto. Esos cabestros vuelven enseguida a lo suyo.

—¿Y qué me marcarías?

—Probablemente un demonio con una cola puntiaguda.

—¿Dónde?

Ella le agarró la mano cuando él se la ofreció.

—En la cara interior del muslo o en el ombligo. Cerca de lo que tienta a los cuatreros.

—¿Y yo a ti dónde te marco? —preguntó ella.

—A mí ya me tienes marcado —dijo Pork.

Peg lo besó en la mejilla.

—Eres un amor. Aunque en la ciudad hay médicos que pueden ponerle fin a esto.

—Según cuentan, te despedazan como con una motosierra.

—Y eso no haría muy apetitosa la siembra, ¿verdad? —respondió Peg—. Bueno, no tengo que decidirlo ahora mismo.

—Si hubiese estado esperando una respuesta inmediata, me habría traído una pistola y te habría disparado hasta que te decidieras.

Pork llegó a la casa del tío de Peg a la mañana siguiente para llevarla a la escuela, pero la puerta no se abrió y las luces no parpadearon, que era la señal que habían convenido para cuando Peg se sintiera indispuesta. La mañana siguiente se encontró con lo mismo, así que aparcó y aporreó la puerta.

—No está aquí —le dijo el tío—. Y no tengo ni idea de a dónde se ha ido. —Se anudó las botas de trabajo—. Hemos estado llamando a hospitales y escuchando el escáner de la policía, pero nada.

Peg dio con el sendero que conducía a una antigua caverna situada en una zona de la reserva a la que Pork la había llevado alguna vez a cazar y a hacer el amor. Hizo una fogata con leña verde para desalojar al puercoespín residente. El lugar olía fuerte, pero se abría al este y a la salida del sol. La luz de la mañana tintaba el territorio que se extendía a sus pies y centelleaba en las aguas oscuras, y Peg, por primera vez desde que tenía uso de memoria, se sintió en calma. La sensación era idéntica a la que, de pequeña, se imaginaba que se sentiría al ser penetrada, una especie de placer lacerante y ahogado en lágrimas. En la boca de la caverna, se preguntó por qué la gente prefería vivir en casas. Removió el fuego y se pasó horas contemplando cómo arrugaba el aire y la luz.

Había llevado parafernalia de pesca y un arma, pero había perdido el apetito. El primer día, sus intestinos y su vejiga protestaron, pero al día siguiente casi no dieron señales de vida. La sangre se le diluyó, pero se mantuvo alerta. El esfuerzo de existir se parecía mucho a una oración, una diligencia estúpida.

Comprendía que no era Pork lo que se retorcía en sus entrañas; era algo propio. En un primer momento, temió ser demasiado poquita cosa para sustentar a Pork o al bebé, pero, después de considerarlo mejor, empezó a temer justo lo contrario: abrumarlos con el tornado que no podía evitar ser. Mientras divagaba en un estado de líquida y ávida consciencia, aguardaba a que la culpa se erigiese y emitiera su juicio para, en última instancia, rendirse al alivio de la penitencia. Ese ritual, sin embargo, le resultaba ajeno; no sentía nada ni lo más remotamente parecido a la culpa o la tristeza. Pork haría lo que tuviera que hacer, pero no estaba lo bastante curtido para saber si tal cosa era lo que de verdad quería, ni el sacrificio que supondría. Requeriría de ella más de lo que le exigiría el crío.

La mañana del cuarto día, Peg oyó un repiqueteo en las rocas situadas al pie del sendero que conducía a la caverna. Disparó hacia el ruido.

—¡Soy yo, joder! —exclamó Pork.

—¡Por eso disparo! —respondió ella alzando la voz.

Él se puso a cubierto detrás de una loma. Ella estudió los alrededores, sabiendo de sobra que reaparecería por algún lugar imprevisible y demasiado próximo como para descerrajarle un tiro sin verle la cara. A los veinte minutos lo tenía detrás, dándole toquecitos con un palo. Ella había dejado el arma entre sus pies y no hizo amago de recuperarla. En lugar de eso, lo siguió hasta la fogata prendida en las fauces de la caverna, donde él se puso a revolver las brasas hasta avivarlas. Luego añadió una rama que fue a rescatar de entre la maraña de hierbajos que estrangulaba a un árbol caído. Cuando la rama prendió, fue a por otras dos. Las llamas no tardaron en iluminar la noche oscura y las profundidades de la caverna. Una vez que el fuego se apaciguó, Pork apañó un espetón sirviéndose de piedras y una rama verde, y asó los dos faisanes que se había cobrado por el camino. Convenció a Peg para que se comiese un muslo y un contramuslo, y luego para que bebiese un poco del caldo frío que traía en la cantimplora.

Pork se pasó toda la noche mirando la luna y las estrellas como si fuesen palabras mal escritas. Las estudiaba detenidamente, intentando dar con una vocal errónea o una de esas letras cabronas que te la jugaban por culpa de la pronunciación, como cuando ponías f en lugar de ph. Peg era una palabra que se le escapaba, sabía que, por mucho que la escribiera, siempre acabaría cometiendo alguna falta, no había manera de acertar con ella, no digamos ya de entenderla.

Peg identificó la costra de una abrasión entre los nudillos de Pork. Como si le hubiese metido una paliza a una roca al emprender su búsqueda. Se inclinó hacia él y pegó los labios a la herida. La sondeó con la lengua, como una abeja en busca de polen, y degustó la sangre metálica. El bullicio de la cabeza de Pork enmudeció y, poco a poco, empezaron a infiltrarse nuevos sonidos: las aves que se invocaban, los insectos que se arrastraban, las plantas que crecían, las flores que se abrían, los animales ungulados que pacían y los dotados de garras que mataban para obtener carne.

Se durmieron, Peg con la cabeza apoyada en la tripa de Pork,

arrullada por el parloteo de sus tripas.

A la mañana siguiente, él le dijo:

—Encontraré un curro. De lo que sea.

7 Cerdo/a Blanco/a. (N. del T.)

4

ÉXODO

Agosto 1991

En el parque municipal de Chewelah, Andre y Smoker enlazaron la correa del oso a una caña de pescar y lo sacaron a dar un paseo. El oso estuvo dócil incluso cuando Andre lo sometió a una ducha con un aspersor. Por la tarde alquilaron una plaza para acampar en un casino-restaurante emplazado en una estructura metálica alargada que parecía más bien una nave industrial. Por detrás, los leñadores habían arrasado el bosque y las constructoras estaban cimentando un campo de golf. Smoker compró media docena de sándwiches de pollo en el restaurante.

De vuelta en la cabina de la camioneta, Andre desenvolvió uno.

—Tendría que haber dejado que Calvin te canease un poco más.

—Enseguida se volvieron las tornas.

Andre se rio.

—Estabas acabado desde la primera hostia.

—Porque tú lo digas.

Andre dio un bocado y masticó.

—Porque yo lo diga y porque la primera hostia le puso a huevo la segunda.

Smoker abrió un refresco.

—Mucha labia es lo que tú tienes —dijo Andre—. Eso siempre se te ha dado de lujo. Ahora, también te digo que Calvin tiene buena pegada.

—Al final nos las arreglamos.

—¿Cuántas veces le fostié con el tablón?

—Tres o cuatro.

—Seis. Y el muy cabrón seguía con ganas de gresca. La mayoría se habría quedado grogui al primer porrazo. Pero con Calvin, ya ves, solo logramos neutralizarlo lo suficiente para que accediera a hablar. Eso debería decirte algo acerca de él.

—Lo que me dice es que hicimos bien en cascarle —dijo Smoker.

Andre se acabó el sándwich. El oso se puso a hacer aspavientos, Smoker abrió la ventanilla corredera y le lanzó el último, con papel y todo.

—Tú solo ves lo que quieres ver —dijo Andre.

—Nos ha jodido, ¿y qué quieres que vea?

Smoker perseveraría porque Bird estaba involucrada, pero confiaría, como siempre, en esa suerte de insensatez estilosa que, a la luz del neón de una marca de cerveza, podría pasar por valentía y buen tino.

—No tienes ni puta idea de lo que estás haciendo, ¿verdad? —preguntó Andre.

—Verdad.

—Pues eso tiene todos los visos de acabar siendo un problemón de tres pares de cojones —le dijo a su hermano.

Se les pegaron las sábanas, se obsequiaron con un buen desayuno campestre y le llevaron las sobras al oso. Ese lujo hizo que tardasen en ponerse en camino, aunque Smoker no parecía tener mucha prisa por llegar ni intención de emprender la ruta más razonable. Andre

estudió el mapa del condado y los cuatro pintarrajos del croquis de Calvin. Smoker había abandonado la ruta. Cuando Andre quiso sondearle, Smoker le hizo saber que había un montón de maneras de llegar a los sitios y que solo los alicortos se ceñían a los mapas.

La autopista discurría paralela al ancho valle del río Pend Oreille hasta zambullirse en la brecha abierta entre los despeñaderos de granito. Metaline Falls, la ciudad, estaba empotrada en medio. La presa Boundary ahogó en su día la cascada que daba nombre a la localidad.

Carretera arriba, Smoker se desvió por un camino de tierra atajado por otros tantos que se devanaban entre prados y zonas umbrosas de abetos y pinos, un paisaje salpicado de caravanas con cocheras herrumbrosas o casuchas hechas a mano con láminas de contrachapado. La camioneta cruzó una pradera y rodeó una loma hasta llegar a una caravana de dos módulos con vistas al lecho herboso de un arroyo. El coche de Dede estaba aparcado junto a los escalones de la entrada.

El oso se estampó contra la pared de la capota cuando Smoker pisó el freno. Andre se quedó esperando en la cabina mientras su hermano, más tieso que un palo, caminó hasta la puerta y llamó. Dede abrió. Dio la impresión de que estaban flirteando, hasta que Dede frunció el ceño y le soltó alguna lindeza. Smoker, por lo visto, dijo algo que la desarmó y la hizo sonreír. Pero, al momento, se le volvió a ensombrecer el rostro y, antes de que a Smoker le diese tiempo a camelársela de nuevo, Dede cerró de un portazo y le pilló la mano.

Smoker soltó un alarido y se puso a dar brincos sacudiendo la mano izquierda. El meñique, visiblemente roto, pendía por debajo de los otros, pero se las apañó para sacarse un cigarrillo y prender una cerilla con una sola mano, como si estuviese habituado a manejarse con un dedo roto.

Hizo una señal a Andre para que se bajase de la camioneta.

—Está oscureciendo —dijo Smoker—. Lo mismo podríamos pasar la noche ahí dentro. Dudo que el oso quiera compartir su covacha.

—Puede que sea más seguro con el oso que con ella —dijo Andre.

—Ella ya ha escupido su veneno —dijo Smoker.

Dentro de la caravana, Dede salió del cuarto de baño envuelta en olor a laca y jabón de lavanda, con sus vaqueros negros y una camisa del Oeste que marcaba sus formas, con turquesas cosidas en la pechera. El cabello oscuro peinado con raya en medio y en forma de media luna a ambos lados de la cara para dar preeminencia a sus ojos almendrados y su delicada nariz.

Alzó su vaso de whisky hacia Andre, que hizo un gesto de rechazo con la mano.

—¿Otra vez? —preguntó Dede.

—Otra vez —dijo Andre.

Dede matraqueó la nevera en busca de una naranja. Incrustó el pulgar en la cáscara y la peló en virutas, luego separó los gajos. Le coló uno en la boca a Andre. Cuando se lo acabó, le administró otro.

—Vamos, suéltaselo ya —persuadió a Smoker—. Explícaselo igual que me lo contaste a mí.

—No estás siendo muy cordial —respondió Smoker.

—La cortesía me la refanfinfla. —Dede inclinó la cabeza y le dio un trago al whisky, grácil como un pajarillo.

—Ni que lo jures. —Smoker alzó su mano izquierda inservible—. ¿Qué va a decir la gente cuando cuente que me lo rompí con una puerta?

—Diles que estabas borracho y que te escoñaste —dijo Dede.

—En la puta vida me he escoñado yendo pedo. Nadie va a tragarse que he empezado a aficionarme ahora.

—Tú mismo —dijo Dede.

—Has dejado a mi hija en la montaña con unos desconocidos.

—Puede que no sea tuya —dijo Dede.

A Smoker le bastaba con mirar a Bird para no albergar la menor duda sobre su linaje, pero atravesó airado la habitación y bajó la cabeza para encararse con ella.

—Que te follen —dijo.

Dede se puso de puntillas y lo besó en la nariz.

—Por mí, encantada.

—Pues no sé a qué esperas.

—Ni yo —le dijo Dede—. Que tu hermano se haga cargo de la cría y, mientras, nosotros nos follamos a todo lo que se menee, tú y yo, cada uno por su lado. A ver quién gana.

Smoker exhaló una bocanada de humo hacia el techo.

—Lo mejor será que duermas en tu camioneta —dijo ella.

—¿De verdad nos vas a tratar así?

—Solo a ti —dijo ella—. Tu hermano puede echarse en el sofá.

Smoker recuperó la gorra del respaldo de la silla y se la puso con la mano buena. Desapareció por la puerta.

Dede se recargó el whisky y machacó el hielo de la cubitera. Los refrescos estaban fuera, con la cerveza, así que salió a por una cocacola y llenó un vaso.

—Espero que no hayas dejado la cafeína.

Andre negó con la cabeza.

Dede le dio el refresco.

—En la montaña están todos piradísimos, pero Harold le lee a Bird todas las noches. Tiene juegos de construcción, espirógrafos y un

cuaderno de ejercicios en el que la niña hace divisiones de varias cifras. En mates ya le da mil vueltas a cualquier contable. Y lee la Biblia. La del rey Jacobo, con todas esas palabrejas del año de la polca —dijo Dede—. La quiero. —Señaló la puerta y la camioneta aparcada en el exterior con la barbilla—. La quiero tanto como esa rata miserable. —Bebió—. Pero no tengo gran cosa que enseñarle. —Se encogió junto a Andre como una bola, como si quisiera hacerse pequeñita—. Solo congeniamos cuando él se las pira. De lo contrario, es siempre él y yo, o él y ella.

Dede se escarbó la cutícula de una uña, se llevó la mano a la boca y se mordió el padrastro.

—Le di un relicario de mi abuela —dijo ella—. ¿Y sabes lo que hizo tu hermano? Le puso una foto con su careto. ¿Me ves capaz de dejarla con ese?

Dede bebió y se quedó mirando fijamente la botella de whisky; el vaso vacío se agitó en su mano.

—Ojalá pudiera dejarlo, como tú —dijo.

—¿La bebida?

—Todo.

—¿A Smoker también?

Ella asintió.

—Siempre andáis con las mismas.

—Tú has dejado el alcohol un par de veces, ¿no? —Dede cerró los ojos y se le endureció un músculo del mentón. Sorbió aire entre los dientes—. Es una rata miserable.

—Es mi hermano —dijo Andre.

—Y por eso lo sabes mejor que nadie.

Permanecieron un buen rato sin decir nada.

—¿Sabes algo de Claire? —preguntó ella finalmente.

Andre cerró los ojos. De pequeño, se había enorgullecido de su capacidad de distanciarse. Era lo único que lo distinguía de Smoker, pero su competencia para escuchar o hablar con una persona no era mucho mayor que la de una piedra para engendrar.

—Mencionarla ha sido un golpe bajo por mi parte —dijo Dede.

Andre se frotó el cuello dolorido. Cuando volvió a alzar la mirada, Dede se había desabotonado la camisa. Miró el sujetador blanco que la comprimía y volvió a llegarle el olor a laca, alcohol y lavanda que desprendía. Ella se desembarazó de los vaqueros y, en paños menores, lo besó como si estuviese intentando inyectarle su lengua viperina o, quizá, extraerle el veneno por succión.

—Solo lo haces por despecho —dijo Andre.

—¿No crees que se merece que se la devolvamos? —preguntó ella.

Todo su descaro se había desvanecido. Él no dijo nada y, después de lo que le pareció un tiempo más que prudente para obtener una respuesta, ella le desabrochó los pantalones y le ayudó a quitárselos.

LAMENTACIONES

Marzo–junio 1984

Andre y Claire no hablaban de Pork ni de sus problemas. Sus conversaciones versaban, más que nada, sobre las clases, los alumnos, la lista de la compra, las recetas y los ingredientes con los que elaboraban, mano a mano, los almuerzos y las comidas que se llevaban al instituto. Ella le echaba un cable con las redacciones de Carl. Él envió solicitudes de ingreso a tres universidades locales: Eastern, Western y Central Washington, de perfil bajo, pero a menos de un día en coche. Claire y Andre decidieron de común acuerdo que Carl debía hacer mención de los efectos de su enfermedad sobre sus calificaciones. Andre hizo lo propio en sus cartas de recomendación, añadiendo que la madre del chico era soltera y percibía una pensión de discapacidad.

Smoker fue a visitar a Andre a la semana de haber ingresado a Pork en el centro de desintoxicación, y le enviaron una tarjeta pornográfica a la atención de la clínica. Al cabo de una semana, Andre recibió una respuesta en la que su padre se quejaba de la carne picada en salsa y las patatas congeladas de la cafetería. Del panfleto que venía con el periódico, Andre recortó un cupón para un entrecot y Smoker le pegó un pósit con una nota: «Aguanta hasta el final, tiquismiquis de mierda». La siguiente misiva de Pork fue el anuncio lleno de manchas amarillas, sin ningún comentario.

Al cabo, más o menos, de otra semana, un ordenanza novato informó a Pork de que su estancia era voluntaria, y Pork se largó con viento fresco. Mendigó para pagarse un billete de autobús y, al día siguiente, se apeó en Talleres Corrigan, que hacía también las veces de terminal de la compañía Grand Coulee. Desde allí, telefoneó a Andre, que fue a recogerlo y lo llevó al rancho sin decir ni mu. Si el viejo había tenido el ingenio suficiente para fugarse del hospital, eso quería decir que el alcohol no lo había arruinado del

todo.

De todas formas, al día siguiente, Andre y Smoker le llevaron por la tarde té helado, una cubeta de pollo frito y una pizza hawaiana, junto con cuatro cajas de provisiones. Comieron juntos con voracidad, para beber solo refrescos, luego dieron una caminata por la chopera que había detrás del corral en busca del coyote que estaba importunando a los becerros. No llegaron a gastar ni un solo cartucho, pero oyeron los ladridos del criminal en lo alto del cañón.

A la postre, Andre dejaba a Claire sola dos veces por semana para atender a Pork. Esas noches, al volver tarde, entraba en el dormitorio apestando a tabaco, humo y hombres. Ella sospechaba que había vuelto a beber; Andre era consciente, pero no sabía cómo tranquilizarla. La verdad parecía inadecuada.

Eligieron el Melody Café porque ninguno de los amigotes de Pork frecuentaba ese local. Al entrar en la ciudad, pasada la iglesia metodista, se desviaron por una carretera secundaria. Smoker señaló un Ford Pinto que tenían delante. Una blusa aleteaba por la ventanilla, junto a unas medias y un sujetador. Lo adelantaron y, por la ventanilla de atrás, la vieron disputar con sus vaqueros. El conductor se desplazó para besarla. Ella pareció reírse y, al momento, logró desprenderse de los pantalones. El coche se detuvo del todo. Smoker dio media vuelta y se toparon con la puerta del Pinto abierta y la mujer bailando desnuda en la acera. Tenía el pelo negro y los pezones beis. Aunque, sobre todo, era un despliegue de piel pálida.

Smoker hizo sonar el claxon. La mujer se miró el pelo púbico y luego se metió a zancadas en un descampado. Las piedras y los cardos la obligaron a ir dando saltitos. El conductor rebuscó en el maletero, sacó una manta, se lanzó al erial y cubrió a la mujer con decisión.

—Qué maravilla las mujeres en pelotas —dijo Pork—. Me había olvidado de lo mucho que me gustan.

Smoker paró en la taberna después de dejar a Andre en casa de

Claire. Eddie secaba vasos ya secos y, al fondo, un grupito de obreros de la construcción jugaba al billar.

—Hoy he visto una mujer desnuda, Eddie —dijo Smoker.

—Por lo que tengo entendido, se paga por turnos.

—Esta que yo te digo estaba en mitad de la carretera y a pleno día.

Eddie dejó de frotar con el trapo y escrutó a Smoker. Parecía escéptico.

—Pork puede testificarlo, y ya no bebe —dijo Smoker.

—Hasta que recuerde por qué lo hacía —dijo Peg.

Estaba sentada al final de la barra, bajo la sombra del televisor: la madre de Smoker, la mujer de Pork. Tenía ojos de animal salvaje: portales a través de los cuales observaba el mundo. En ellos no había la menor chispa de encanto, ni de pasión siquiera, solo la antorcha demencial de una pirómana. Peg no era una belleza contemporánea: no se había puesto bótox en los labios ni lucía un rostro huesudo de muerta de hambre; nada de barbilla puntiaguda ni de mandíbulas marcadas, la típica pinta que seguro que haría las delicias de una profesora de geometría o, incluso, de un pederasta. Ni la anorexia ni la bulimia, ni la silicona ni el suero fisiológico, contorsionaban su figura hasta transformarla en un dibujo animado que te quisieras follar.

Se giró y sus rasgos latieron bajo el neón parpadeante de un anuncio de cerveza. Era un rostro lleno, sin defectos, como el de Ingrid Bergman cuando las cámaras la filmaban de cerca. Su pelo color caramelo podía soportar el embate de la brisa sin inmutarse, pero al revolvérselo con la mano se le desmelenaba con mucho estilo, y estaba muy bien armada, era lo bastante alta para contar con las piernazas de una bailarina, pero con curvas más parecidas a las que exhibían las pin-ups que pintaba Vargas para Esquire o Playboy en sus años mozos. En su semblante residía una sirena tendida sobre un peñasco que engatusaba a los hombres para que se descrismasen contra los escollos de sus orillas.

—¿Dónde has dejado a tu hermano? —preguntó.

—Lo han domesticado, así que bravo por él.

A Peg le había sentado como un bofetón la última tentativa de Andre de dejar la bebida. No le tenía ningún aprecio a Claire, y le reprochaba que se creyese superior a ellos por contar con estudios superiores. Cuando Smoker le puntualizó que Andre también se había sacado el título, no sirvió de nada, porque ella le achacaba a Andre exactamente lo mismo.

—Tú eres feliz aquí. Yo soy feliz aquí —dijo Peg—. Eddie, tú también eres feliz, ¿a que sí?

Eddie se encogió de hombros.

—Si tú lo dices, querida. Yo diría más bien que nos conformamos con poco. Que no es lo mismo. —Se restregó las manos ásperas sobre el delantal, dejando manchas.

—Andre aspira a más que nosotros —dijo Peg.

Smoker sacudió la cabeza.

—A otra cosa, eso es todo. Quiere otra cosa.

—No deja de ser un insulto —dijo Peg. Dio un sorbo a su cerveza.

—Si vas a ponerte de morros, adelante, pero hazlo en voz baja —dijo Smoker—. Estoy tratando de contar una movida. —Se volvió hacia Eddie.

—Y entonces la tía esa en pelotas, ¿estaba sola? —preguntó Eddie.

—Ponme una bien fresquita y te lo cuento —respondió Smoker.

Eddie se la puso.

—Un tío calvo la echó de su coche. Ahí fue cuando nos topamos con ella. Estaban ahí, en el coche, delante de nuestras narices —replicó Smoker—. El tío ese no nos sonaba de nada. Y mira que ya es raro, porque no es de los que se olvidan fácilmente. Vestido de esa guisa,

como un vaquero de camino al baile de graduación del instituto. Corbata de bolo con broche de dólar de plata. Camisa con botones de turquesa. Aunque, eso sí, sin sombrero.

—¿Orejudo y con gafas tipo John Lennon? —preguntó Peg.

Smoker asintió.

—El reverendo Harold Mansell.

—Si fuera predicador iría de uniforme —dijo Smoker—. Este no llevaba hábito ni alzacuellos.

—Creo que su religión es partidaria de lo informal —dijo Peg.

Smoker encogió los hombros. En el valle era difícil toparse con caras que no le resultasen familiares, pero cabía la posibilidad de que Peg le llevase la delantera con lo de ese tal Harold. Peg tenía fama en todo el condado tanto por su belleza como por sus excentricidades, y conocía a toda clase de gente en su actividad profesional predilecta. Poco amiga de los empleos con horario fijo, que interferían en su tendencia a la autodestrucción, rara vez conservaba un empleo más allá del momento en que el jefecillo de turno le rellenaba el formulario W-2 con su salario y las retenciones. Justo después, dimitía amablemente. Sus jefes tenían la garantía de que, durante el tiempo que estuviese dando el callo, la clientela masculina se duplicaría, así que toleraban sus bajas intermitentes sin queja ninguna.

En los hiatos entre empleos lícitos, Peg obtenía los ingresos que mantenían sus vicios bajo mano.

Eddie les rellenó las jarras de cerveza.

—¿Y se puede saber dónde te has estado viendo tú con un clérigo? —le preguntó Smoker.

Peg se rio entre dientes y se negó a contestar.

—Bueno, dudo que haya sido en una iglesia —dijo Smoker.

Esa tarde, al volver, Andre se encontró a Claire sentada a la mesa de la cocina con su albornoz de felpa. Frente a una botella de whisky y dos vasos.

Andre miró la botella con malos ojos.

—No confundas ir de chungo con la firmeza, a mí no me la pegas.

—¿Así es como lo ves?

—Esos chicos a los que intimidaste no saben otra cosa de ti.

—¿Mato un perro y ya me llamas mataperros?

Claire cruzó las manos y las posó en las rodillas. Andre apagó la radio.

—No —acabó diciendo ella.

—Entonces esta riña no va conmigo.

Claire abrió la botella y llenó los vasos.

—Vaya dos pelotazos, ¿no? —dijo Andre.

Ella alzó el vaso, bebió, hizo una mueca, volvió a beber y le pidió que hiciera lo mismo.

—Lo he dejado.

Claire volvió a llevarse el vaso a los labios, tragó, se le comprimió el rostro.

—Se ve a la legua que no tienes costumbre —dijo Andre.

—Pues ya bebía antes de conocerte —dijo ella.

—No te tenía yo por una borrachuza.

—Día sí y día no, un vasito de vino; en fin de semana, los dos días —dijo Claire—. Y ahora bebe.

Andre se negó.

—¿No quieres beber conmigo?

—Hay que tener muy mala idea para meter eso en casa —dijo Andre.

—Quiero entenderlo —dijo Claire.

—¿Entender el qué?

—Todo.

—Pues pregunta, joder.

—No quieres contármelo.

—Será porque ni yo mismo me aclaro.

Lo miró fijamente a los ojos.

—¿Qué? —dijo él.

—Te creo —dijo ella—. No mientes.

Andre vació el segundo vaso en el fregadero.

—¿Qué se siente? Al beber, me refiero a ti —preguntó Claire.

—Que te rindes. Que has perdido.

—¿Y al dejarlo?

Él consideró la pregunta.

—Lo mismo —dijo.

—¿Y al acojonar a esos críos?

—Lo mismo. Como si me hubiesen molido a palos.

—Todo te hace sentir así, ¿no?

—Mayormente —dijo Andre—. Todo menos tú.

Ella posó un dedo en el vaso y lo deslizó por el borde, luego sonrió. Andre guardó la botella de bourbon en el armario más alto.

—Lo mismo habría que donarlo a la residencia de ancianos. Allí son muy dados a montar un buen sarao.

—Mañana me voy a sentir fatal, ¿verdad?

—Me apostaría tu sueldo a que sí —respondió Andre.

Resultó que el reverendo Harold había sido propietario del mosaico de campos de alfalfa que acolchaban los llanos que se extendían entre las rocas y los bosques de las montañas Selkirk. Destinaba la mayor parte a la alimentación de las reses, como complemento de lo que pastaban en verano, y vendía el resto a los vecinos con menos tierras o más ganado. Tres años atrás, un brote de fiebre aftosa en el Medio Oeste alertó a la FDA[8] y los precios se pusieron por las nubes. Felizmente acaudalado, el reverendo se compró a crédito un tractor de lo más rumboso cuyos pagos, a la larga, no pudo seguir cubriendo. La opción de revenderlo quedaba descartada, pues le supondría poner de su bolsillo para amortizarlo.

Abordó a Peg en una feria del trueque que se celebraba en Tonasket, llevaba al cuello una cruz de madera artesanal hecha por él mismo.

Le plantó un dedo en la cicatriz de la vacuna.

—Estás marcada —dijo.

A los cristianos del bosque les traían sin cuidado los pinchazos y la ciencia en general. Planteaban problemas para los que ellos ya tenían solución, y, cuando las respuestas de los científicos diferían de las suyas, concluían que alguien en alguna parte se la estaba tratando de meter doblada, y los susodichos cristianos eran tan reacios a que se la metieran doblada como a la misma ciencia, el gobierno, la poesía moderna y el arte abstracto en su conjunto.

Peg tenía que reconocer que tampoco iban tan desencaminados. El concepto oximorónico de que, para evitar azotes biológicos, los

médicos tenían que aislar la enfermedad en una placa de Petri para luego inyectarla en el torrente sanguíneo de la población a través de los colegiales, hasta a ella le parecía magia rara.

Peg sacó una botella de bourbon de medio litro de su cesto proveedor. Valoró el líquido pardusco a la luz de la tarde y bebió, luego le ofreció la botella a Harold.

—Me supongo que no le das al bebercio.

—No —dijo Harold—. Pero gracias. ¿Tienes hijos?

Peg asintió.

—Te desvives por ellos y aun así se descarrilan.

Ella se rio.

—Mis hijos no estarían muy de acuerdo con eso.

—¿Con qué?

—Con lo de que me desvivo por ellos.

—Una madre no puede evitar desvivirse por sus hijos —dijo el reverendo—. Quiero decir, es la naturaleza y lo pone en la Biblia.

—Con que resulta que eres un puto filósofo. No sabes nada de mi vida ni de la vida de mis hijos. No tienes ni idea del daño que les he hecho.

—¿Y ellos a ti?

—Por el mero hecho de existir. —Guardó silencio—. Mira, eres un lerdo y creo que no tenemos nada más que decirnos.

Harold se rio.

—Van a tener razón. Eres idónea para este trabajo.

Con su vaivén de caballito balancín, el mercado lo mismo estaba hoy en alza como mañana en horas bajas, pero en el campo hacía años que el dinero se había divorciado del trabajo real. En las

montañas, los taladores arruinados y los transportistas de largas distancias abandonaban los camiones, las plataformas elevadoras y la maquinaria de extracción en vías forestales remotas, en lugar de rendírselos a los bancos de la ciudad. Los bancos preferían tenerlo por escrito y, en lugar de recuperar sus activos, se limitaban a ahogar en números rojos otro libro mayor.

Así que Peg contrataba cuadrillas para desmantelar los camiones y revendía las piezas a desguaces clandestinos y a manitas de los coches. En ese empeño no parecía ella, se conducía con inusitada prudencia, procurando no contratar dos veces a la misma persona y negándose a emplear a tipos a los que no pudiera llevar a la ruina con un simple telefonazo.

—¿A qué te refieres?

Él señaló de nuevo su cicatriz.

—A que estás vacunada, como decía.

—No es ninguna panacea.

Harold se rio. Le contó su dilema y enseguida vieron el modo de subsanarlo. Al momento, apareció el hijo del reverendo y Peg insistió en que se echase un trago con ella para cerrar el trato. No se mostró tan reacio como le hubiese gustado a Harold.

Peg acudió esa misma tarde al Elkhorn Saloon para hacerse con una cuadrilla: hippies pero sociables, y lo bastante recios para levantar lo que ella no podía. El trabajo les llevó dos días, y otro más para la entrega, pero al final sacó más dinero de lo esperado, y tanto ella como Harold se llevaron una buena tajada de la empresa, lo que los llevó a sentir que juntos concitaban la buenaventura, optimismo por el que luego Peg se maldeciría hasta decir basta.

La primavera los serenó a todos. Peg estaba enfrascada en sus asuntos, lo que la obligaba a bajar de revoluciones. En el rancho, Pork sembraba y se ocupaba de su pequeño rebaño bovino. Un fin de semana, Smoker y Andre lo ayudaron a castrar a los cabestros.

—Acabo de leer que ha muerto Marty Robbins —dijo Pork.

—Hace la tira de años —dijo Andre.

—¿Y por qué cojones no me dijisteis nada?

—Supuse que te llevarías un disgustazo.

Pork permaneció unos segundos en silencio.

—Supusiste bien.

—Al menos nos sigue quedando George —dijo Andre.

La voz de George Jones jugaba en otra liga, en opinión de Andre.

—He oído que dejó de beber —dijo Andre.

—Solo se está tomando un año sabático —respondió Pork—. Como yo.

Prosiguieron con lo suyo: Pork calentaba el hierro de marcar y Andre y Smoker derribaban a los becerros y los cabestros. Pork los castraba y cantaban «Streets of Laredo» y «Cool Water». La faena avanzaba con presteza. Las tareas del rancho y el mes que llevaba limpio habían dejado a Pork fibroso y con nervio. Su aguante había repuntado al mismo tiempo que su inclinación por la soledad. Mientras los tres se lavaban, les dio las gracias por estar tan pendientes de él, pero les dijo que ya estaba bien.

Liberado del servicio, Smoker se puso a trabajar en la tala, en los aledaños de Loomis. Andre consagró toda su atención a Claire y al último tramo del año lectivo. Una tarde, cuando ya empezaba a hacer bueno, el director del instituto se presentó en el aula de Andre. Claire le abrió la puerta. Se quedó allí plantado con su traje de trescientos dólares.

—Tú también tienes que oír lo que tengo que decir —le dijo a ella.

—Presumo que ella hará lo que le plazca —dijo Andre.

Claire se sentó en una de las mesas del fondo.

—Ese chico tiene cualidades —dijo el director.

Andre asintió.

—Y un nombre, también.

—Bueno, podría ir a Stanford o a la Universidad de California —dijo el hombre.

—Su madre tiene enfisema, no puede trabajar. El padre se largó a Alaska hace diez años. Todos los parientes de ella viven en Wisconsin.

—Se preocupa por su madre y eso es lo que lo retiene. He hablado con ella. Lo entiende —respondió el director.

—No, lo que has hecho es intimidarla —dijo Andre—. Me lo contó. Si vuelves a presentarte allí lo ayudaré a cursar una orden de alejamiento y yo mismo entregaré el documento al comité escolar con la familia a cuestas.

El hombre miró fijamente a Claire.

—Vivir en pecado puede enlodar la reputación de un docente.

—Deberías dirigirte a mí, a no ser que quieras que esto se salga de madre —dijo Andre—. ¿Cuánto tiempo llevas de director?

El hombre se encogió de hombros.

—Nueve meses.

—Bueno, pues te sugiero que indagues un poco por ahí —dijo Andre—. Uno de los miembros del comité escolar se tira a todas sus secretarias, y otro se zumba a la prima de su mujer. Lo sabe hasta el último mono.

El hombre se ajustó la corbata como si eso pudiera blindar su argumento.

—Pretendes meter a ese chaval en una universidad de altos vuelos —dijo Andre—. Y lo que él quiere es una en la que pueda acabar la

carrera. Abandonar a una madre enferma seis meses seguidos, eso es impensable para él. Si se va a California, estará de vuelta aquí para Halloween, arruinándose la vida en el Safeway, metiendo la compra de la gente en bolsas. Pero si se queda en un centro del estado, podrá venir a visitarla cuando quiera y su madre podrá ir a verlo en autobús. Corrigan despacha los billetes de Trailways en su taller. Tiene el número de mi tarjeta de crédito. Ella no tiene más que llamarlo, él manda a alguien a recogerla y la acerca a la parada como a una reina, la señora se sube al autobús y listo. Al chaval le dejo que pague también el hotel de su madre con mi tarjeta.

—¿Todo de tu bolsillo? —preguntó el director.

—Tampoco es que me vaya a arruinar.

—¿Y qué sacas tú de todo esto?

—Tuve al chaval en clase, en primero de secundaria. Una vez me rastrilló el jardín sin habérselo pedido. No quiso aceptar ni un dólar por las molestias. Su madre, cuando yo era un renacuajo y ella gozaba de buena salud, me hizo una cura rápida después de pegarme un guarrazo con la bici y luego me llevó a la enfermería.

El director permaneció en silencio.

—No es la clase de información que uno pueda recabar en nueve meses —dijo Andre.

El director miró a Claire.

—No debí hacer alusiones personales.

Claire asintió.

—¿Hay algo que pueda hacer? Aparte de no interponerme, me refiero.

Andre se rio.

—A lo mejor puedes ayudarlo con el traslado a otra universidad más adelante, si a él le viene bien —sugirió Claire.

—Ese es un terreno que conoces mucho mejor que cualquiera de nosotros —añadió Andre.

—Con muchísimo gusto. —El director hizo una reverencia.

Andre se levantó y le estrechó la mano.

—¿Lo único que querías era tirarte el pisto con el chaval?

—Bueno, he de reconocer que al principio sí.

Calvin, el hijo del reverendo Harold, estaba de mierda hasta las cejas.

—Lo de que de tal palo, tal astilla, como que no, ¿eh? —dijo Peg.

Harold meneó la cabeza.

—Doy por hecho que habrá salido a la madre.

—Su madre era una santa.

—¿Era?

—Murió.

El acuerdo contemplaba que Peg fuese a rescatar a Calvin cuando este cruzara la frontera de México y luego lo transportase a las montañas de Idaho. Harold le deslizó un sobre en uno de los reservados de la taberna.

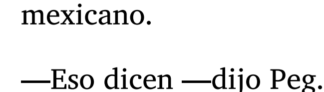
—Ahí van cinco mil dólares, es todo lo que tengo, así que ni te molestes en regatear.

—¿Lo buscan?

—En México.

—¿La pasma?

—He aprendido que hay cosas mucho peores que un policía



mexicano.

—Eso dicen —dijo Peg.

—Está en Riverside. No tendrás ni que cruzar la frontera.

—Pero sus amiguitos, esos no tienen ningún reparo en venirse para este lado. De lo contrario, no te gastarías este pastizal.

—Ahora mismo sabes tú lo mismo que yo —dijo Harold.

—Eso no es que me consuele mucho.

—Ni a mí —dijo él—. Pero es lo que hay.

—¿Me darías tu bendición?

—Faltaría más —respondió el reverendo.

Ella se persignó y luego se rio en sus narices. Nadie en esta vida estaba libre del caos y ella gozaba viendo a los demás desmoronarse.

—Aparte, quiero una vaca, descuartizada y envuelta para llevar.

—Cuenta con ella —dijo Harold.

Peg iba tamborileando el volante mientras conducía, rebasando el ritmo de todo lo que sonaba en la radio. De vez en cuando, detenía el compás y extendía la mano como haría para impedir que le recargasen el café.

Le resultaba bastante fácil justificar el delito, y en su conciencia se exculpaba y se recordaba a sí misma que la distinción entre lo lícito y lo ilícito, entre el bien y el mal, así como los escrúpulos morales, no eran de su incumbencia, y aunque los veía titilar en el cielo de los demás, su luz no le reportaba ningún calor. Esto no quería decir que careciese de ética. De hecho, se regía por la misma que sostenía a cualquier forma de vida, ya fuese vegetal o animal: la ética de la supervivencia. Tal motivación no resultaba chocante; lo escandaloso

era que ni se molestase en darle lustre.

Le encantaba viajar, siempre y cuando fuese sola. La carretera te alentaba a devanar el pensamiento en lazos y nudos que podías ir desenmarañando como un sedal. Bien entrada la noche, escuchaba la radio. La generación precedente sintonizaba a Lefty Frizzell o a George Jones, conducía ebria hasta estamparse contra postes telefónicos y trataba de rememorar el lamento del silbido del tren. En la época de Peg, la juventud despreciaba esa música, aunque, en sus potentes coches y todoterrenos, los casetes y los cartuchos de ocho pistas la reencarnaban, con sus violines y el slide de las guitarras steel, en el rock and roll. Los de la quinta de Peg susurraban las letras de las canciones como si fuesen plegarias, conducían en círculos, bebían cerveza, disparaban a las señales de tráfico y pensaban que estaban descubriendo nuevos horizontes que, en realidad, llevaban mancillados desde que se inventó la rueda.

A medianoche, Peg maniobró para dejar el Impala detrás de un pelotón de camiones en un área de servicio de California. El retumbo de los motores diésel alivió sus pensamientos y pudo echar una cabezadita, hasta que la despertó el chillido de una ambulancia. Al parecer, la vejiga de un camionero había decidido despedirse de un cálculo renal. El dolor hizo que el camionero se desplomara sobre las baldosas del suelo de los servicios, rompiéndose la cadera, y se puso a gritar como un descosido hasta que los técnicos de emergencias le inyectaron Demerol. Los ojos de Peg permanecieron cerrados hasta que la luz del amanecer amarilleó el horizonte llano y el monte Shasta se erigió imponente sobre el embalse. Giró la llave de contacto y el motor tosió hasta que la chispa prendió los cilindros y los pistones adquirieron ritmo.

Catorce horas después, Peg compró un litro de Pepsi y tabaco en un Circle K para disponer de monedas y marcó en la cabina el número que le había garabateado Harold en una bolsa de papel.

—Cinco minutos —dijo.

Peg se puso a dar vueltas a la manzana con el Impala y, a la segunda vuelta, vio a Calvin en el bordillo, delante de una decrépita casa estilo rancho. Peg aminoró, le abrió la puerta y el chico se dejó

caer con su macuto en el asiento del acompañante. Era un chaval escuálido de brazos huesudos con una camiseta blanca de algodón que le quedaba holgadísima. Parecía hecho a tajazos, con ángulos que apuntaban a todas partes. Su cara, más de lo mismo, una barbilla estrecha bajo el cuadrilátero que conformaban la frente y las mejillas. Solo su nariz se salía del patrón, ligeramente desviada por algún percance del pasado, supuso Peg.

El chico cerró los ojos, hundió la nuca en el reposacabezas y se quedó roque antes de que salieran de la ciudad. Era barbilampiño, lo que significaba que follaba de Pascuas a Ramos. La religión y la impericia serían probablemente las responsables. Peg se figuró que el muy cándido se imaginaría que había logrado escapar, y que lo único que le quedaba por delante era un largo trayecto en coche. No era más que un crío y, como tal, estaba convencido de que bastaba con poner tierra de por medio para librarse del nido de víboras en el que se había metido, cuando, en realidad, lo único que se conseguía de ese modo era precipitarse al siguiente nido y seguir así, sorteando mordeduras, hasta que ya te resultaba imposible librarte de las putas serpientes. Pese a todo, lo dejó dormir.

Andre se fue a vivir con Claire el primer fin de semana de abril. Lo solventó con dos viajes en la pick-up: uno para los muebles y otro para las cajas. Carl lo ayudó a embalar. Se había decidido por la universidad de Western Washington. El océano le hacía tilín. Por lo visto el departamento de matemáticas le sufragaba todo y el Safeway no tenía inconveniente en trasladarlo a una sucursal de aquella zona.

Al principio, Andre no acababa de sentirse cómodo en casa de Claire. Las tres primeras noches, ella cocinó y lavó los platos, y él se sintió un completo inútil. Claire se dio cuenta y la tarde del cuarto día llegó del supermercado con un pollo asado y una tarrina de ensalada de col, algo a lo que sabía que él estaba habituado. Andre apartó la mesa de centro del sofá, los dos apoyaron la cabeza en el mismo cojín y las piernas en otro, dejando un poco de espacio en medio para poner la cena. Vieron las noticias, un rato de un partido de baloncesto y un capítulo de una serie de risa. Por primera vez, Claire se sintió como se imaginaba que se sentirían sus padres

después de treinta y dos años casados.

Lo que Claire encontraba refrescante en Andre era que se negase a soltar chorradas. De hecho, apenas hablaba, como no fuera para responder a las preguntas que ella le hacía o cuando él mismo le planteaba algo a ella en caso de extrema necesidad. Pero nunca había conocido a nadie que estuviese más pendiente de los demás. Cuando corregía los deberes, se daba toquecitos en la sien con un bolígrafo verde y se dejaba la piel llena de pintarrajos. Si alzaba la vista de su tarea y se percataba de que Claire lo estaba mirando, una sombra rodaba de debajo de sus ojos, como si aflorara de un sueño, y le dedicaba una sonrisa que la dejaba casi al borde de las lágrimas.

GÉNESIS

Otoño 1964

Pork mantuvo dos años a su familia deslomándose en una fábrica de semillas. Wendell, su segundo hijo, al que acabarían llamando Smoker[9] porque fundía los cigarrillos de caramelo con un mechero, no tardó en compartir cuarto con Andre. Este le sacaba dieciocho meses y cuidaba de él como un pastor alemán. Se pasaban el día cotorreando. El mayor comprendió la jerigonza del pequeño mucho antes que Pork y Peg. Demasiado críos aún para soportar rencores o pleitos persistentes, tan pronto se estaban gritando el uno al otro como haciendo las paces al minuto siguiente, tramando alguna trastada contra el gato o el perro, o desplegando a sus soldados sobre la mesita del salón.

Cuando el padre de Pork, debilucho por una insuficiencia cardíaca, aceptó mudarse a la residencia de ancianos, Pork trasplantó a su familia a la muy descuidada casa del rancho. Ese otoño renovó el cuarto de baño para Peg y construyó chapuceramente dos somieres para la litera de los niños, mientras su padre tragaba puñados de comprimidos de nitroglicerina que apenas le hacían efecto. Murió en noviembre. Un montón de firmas y mil dólares a un picapleitos, y Pork pasó a ser el propietario del lugar.

Algunas tardes, mano a mano con Peg, preparaban una cena tempranera, contrataban a una canguro para los niños y salían a recorrerse las tabernas de la ciudad. En las barras, los lugareños se dedicaban a difundir chismes y a quejarse del trabajo que tenían o del que carecían. Un par de horas de semejante paliza clausuraban con un broche perfecto las jornadas de Pork, pues se sentía muy por encima de aquellas querellas, pero su monotonía perturbaba a Peg hasta tal punto que no dudaba en prender petardos y lanzarlos de un capirotazo bajo las mesas de billar para animar un poco el cotarro, o arrojaba hielo a la máquina de discos cuando la música le

parecía infecta. A Pork le bastaba con un día a la semana para saciar su necesidad de socializar, pero Peg no veía el momento de salir a empaparse de gente y de neón. Al final, Pork se hartó de la ciudad y de la pirotecnia de Peg, y renunció a las tabernas para dedicarse a disfrutar de sus propias cervezas en el porche, enriquecidas con mucho más whisky del que estaría dispuesto a reconocer. Esto no disuadía a Peg, que hacía rodar el camión cisterna del rancho hasta la taberna cuatro noches a la semana y no tenía dificultad ninguna para encontrar compañía.

A veces, Pork se despertaba en la oscuridad fría y húmeda de la madrugada, con el corazón a cien, los brazos entumecidos y un barullo de palabras en la cabeza. Los segundos se le escurrían del cerebro emitiendo un silbido, como un neumático pinchado. El médico de la ciudad certificó que estaba en plena forma, pero Pork le dijo a Peg que en la cama le daba la sensación de que se ahogaba, y emigró al sofá.

Peg se ausentó durante tres días para putearlo. La noche del cuarto, Pork se despertó al sentir su mano acariciándole la frente, como a un niño febril. Peg se desabotonó la camisa y le aflojó el pantalón de chándal con el que dormía, acto seguido, le manipuló el aparejo hasta insuflarle vida y se deslizó encima. Él la oyó jadear al tiempo que arremetía contra su pelvis. Juntos producían un sonido restallante. Los músculos faciales de Peg se apretujaban como si estuviese sumida en un estado de intensa concentración o tratando de distinguir lo que ponía en una señal distante. No aullaba, como tenía por costumbre, ni hablaba, ni tiraba de su pecho musculado ni su poderosa espalda. En su lugar, cuando obtuvo lo que ansiaba, se afianzó a él como un cepo con las piernas y las caderas y dejó escapar un largo suspiro entrecortado. Luego, se arrodilló junto al sofá, con los ojos cerrados y recuperando el aliento. Deslizó un dedo por los cabellos de Pork, por su frente y por su nariz. Le golpeteó los dientes frontales con la uña, haciendo clic clic. Luego trazó la C que formaba su mandíbula varias veces. La luz del televisor fluía sobre ambos, como si fuesen guijarros desperdigados por la misma corriente.

Ella volvió sola a la cama. En el televisor no tardaron en titilar los dibujos animados de la programación matinal. Pork se frio un

huevo y un pedazo de salchicha alemana, luego se duchó y se vistió con unos vaqueros y una camiseta limpia. Llenó el depósito de la pick-up en el tanque del rancho y puso rumbo a la ciudad, donde retiró mil setecientos dólares de sus ahorros y se compró una botella de bourbon en la licorería. En la ferretería, adquirió un esqueje de rosal con las raíces enfundadas en una bolsa de plástico con una palada de musgo de turba, un regalo de despedida para su hijo mayor, que era muy forofo de las flores, algo que habría traumatizado a muchos padres, pero él había advertido que lo que engolosinaba a su hijo era hacer crecer cosas.

Para cuando salió de la ciudad, los coches ya iban con los faros encendidos. Una lluvia obstinada repiqueteaba contra la cabina; los limpiaparabrisas desgastados de Pork veteaban el cristal. En los meses secos, todo el territorio imploraba por este tiempo: oraciones como Dios manda, de hincarse de rodillas y tutear a Cristo. La lluvia era más que un golpe de buena suerte; era el pago por no desviarse de la senda correcta.

Al aproximarse a un hito del condado, Pork vio una luz blanca oblicua proyectándose hacia el cielo. En la cuneta yacía un Pontiac incrustado en una señal de tráfico destrozada. La silueta de un chaval trataba de abrirse paso por la ventanilla del lado del conductor. Tenía el brazo izquierdo quebrado entre el codo y la muñeca. La lluvia le pegaba el pelo a la cabeza y la camisa, empapada, se le descolgaba como el pellejo de un sabueso. Por detrás, se aproximaron unos faros y se detuvieron. Un hombre pasó corriendo a su lado, llevaba el cabello peinado hacia atrás y lucía unas anchas patillas: la gente lo llamaba Elvis.

—¿Has llamado a una ambulancia? —le preguntó Elvis.

—Acabo de llegar —dijo Pork.

—Mi hermana está ahí dentro —dijo el chaval.

Elvis indicó a Pork que presionara el puñado de trapos que sacó de su maletero contra la fea herida de la pierna. Pork sintió que la chica se movía bajo sus manos. El chaval miró por la ventanilla abierta. Estaba rezando. Los ojos de la chica aletearon y soltó un hondo suspiro, un estertor agónico, Pork se inquietó.

Elvis se dirigió corriendo a un rancho cercano y volvió al rato. Poco después, las luces estroboscópicas de una ambulancia comenzaron a teñir el cielo. Dos técnicos de emergencias sacaron a la chica del vehículo accidentado y la amarraron a una camilla. Pork y Elvis vieron cómo el chaval se subía con los técnicos y se cerraba la puerta de la ambulancia. Se quedaron inmóviles escuchando el zumbido de la sirena. Las luces rojas batían contra el cielo bajo.

—La hemos salvado —dijo Elvis.

Pork tenía la mirada fija en el asfalto.

—No sé yo.

—Te digo yo que sí —dijo Elvis—. La hemos salvado.

—Vale, lo que tú digas —respondió Pork—. La hemos salvado.

Ya en casa, Pork surcó la oscuridad hasta su habitación. Frente a la cómoda, abrió una maleta y empezó a llenarla. Andre lo sobresaltó en la puerta. El niño, que no levantaba ni un metro del suelo, cambió el peso de una pierna a otra y lo escrutó. Tiró de un cajón de la cómoda y sacó de la maleta lo que había metido su padre, apilando prolijamente la ropa interior, los calcetines y el resto de prendas. Cuando ya no cabía más en el cajón, abrió el siguiente, con el convencimiento y la soltura que suelen acompañar al trabajo bien hecho. El bolsillo del chaquetón de Pork abultaba con el dinero de la cuenta expoliada, pero lo único que sabía su hijo era que la ropa había que meterla en cajones.

Sobre la cómoda había una cestita de mimbre con un reloj de bolsillo y un dólar de plata, regalo del padre de Pork el día de su graduación en el instituto. Pork cogió el dólar y lo sopesó en la mano. Su hijo se encaramó al colchón y se sepultó al lado de Peg. Pork carecía de un pasado anterior a Peg y los niños. Había existido en el dichoso vacío del presente. No fue Peg quien lo entregó a la calamidad; se lanzó él solito, de cabeza.

Pork se desvistió y se zambulló entre las sábanas. Andre tembló al

contacto de su piel fría, luego se acurrucó contra él. Peg se desplazó hacia su marido. Le posó la mano en el pecho.

—Entonces, ¿te quedas? —susurró.

—Sí —dijo él.

Después del divorcio, los niños pasaban los veranos y los días feriados en el rancho de Pork. Durante el año escolar, Peg los arrastraba por innúmeros domicilios y recolectaba hombres igual que los alumnos de secundaria coleccionaban insectos, para ignorarlos o torturarlos. Andre y Smoker congeniaron con pocos de aquellos hombres, pero su opinión era insignificante. A los que jugaban a las cartas con ellos o los invitaban a reventar botellas a tiros en el vertedero, Peg no tardaba en darles boleto. Los chungos que destrozaban la casa cuando ella les salía respondona, le duraban más.

Andre encaraba la situación pasándose las horas muertas haciendo lanzamientos a canasta. Smoker solía acompañarlo. A veces se encargaba de recoger los rebotes, pero, por lo general, se dedicaba a deambular con otros niños del barrio que se hallaban en circunstancias similares, fumando cigarrillos y robando refrescos en la tienda. Andre, sin embargo, se quedaba absorto con el estampido del balón contra el tablero antes de entrar en el aro; los lanzamientos contra tablero no precisaban de ningún tacto, era cuestión de geometría. La falta de elegancia dotaba extrañamente a sus lanzamientos de un toque personal, y la brecha en el mundo con la que luego se identificaría a sí mismo se ensanchaba lo bastante como para ingerirlo, no solo a él, sino a todo lo que lo rodeaba. Smoker, mientras tanto, en unos matorrales cercanos, se iba haciendo perito en lidiar con las bragas de las chicas más bonitas del instituto.

Andre podría haberse abismado en sí mismo de no haberse roto el tobillo contra el borde de hormigón de la cancha. La lesión lo obligó a confinarse en casa de su madre en compañía de su pretendiente más asiduo, Merlin Archer, que no tardó en soltarle un mamporrazo en la oreja con una botella de Pepsi. En lugar de salir

por patas, Andre le encajó un cabezazo en los huevos y se puso a aporrearle los riñones con los puños. Mientras tanto, Smoker dio con un cúter y se lanzó contra el pelo del hombre como si se dispusiese a arrancarle la cabellera.

Peg, recién salida del cuarto de baño, empezó a carcajearse.

—Merlin, sal cagando leches de aquí antes de que los niños te descuarticen.

Salió en volandas por la puerta de atrás.

—Hijos —dijo ella—. Voy a acercarme a la taberna de Eddie a por una cubeta de pollo frito, os lo habéis ganado. Sois más cabrones que un par de perros salvajes.

Se mudaron definitivamente a casa de Pork. Como la mayoría de los rancheros, Pork amparaba a un ejército de gatos para que se ocupasen de las ratas, pero lo sacaban de quicio. Pateaba a cualquiera que le quedara al alcance de las piernas y ellos se la devolvían tendiéndole emboscadas desde las vigas del granero o desde debajo de los asientos del carro, y le mordían los dedos hasta el hueso. Pork se burlaba de Andre, que obsequiaba a los gatos con leche fresca y tripas cuando despedazaban alguna res.

Un día, de improviso, Andre plantó un cachorrillo asilvestrado de color pajizo sobre la mesa y dejó que lamiese de la salsera. Pork estuvo a punto de echarse la comida encima al levantarse como un rayo. Smoker se temió que la somanta también lo alcanzara a él. Pero sabía que Andre era de sangre caliente y que alimentaba una pulsión suicida, y, en efecto, su hermano miró al viejo de un modo que lo frenó en seco, como si le hubiesen clavado los pies al suelo, lo nunca visto en aquel hombre que, desde entonces, nunca volvió a reñirles.

Aquel gato —Andre se negó a ponerle nombre— se convirtió en la sombra de Andre. Se apropiaba del cuerno de la silla de montar cuando salían a ocuparse del ganado y cazaba por las lindes del campo mientras araban, proveyendo siempre a Andre de una parte

de sus piezas. Un día, los gatos del granero le desgarraron el saco escrotal por su estatus de gato doméstico, pero Andre ni se planteó castrar al animal como si fuese un cabestro o un caballo capón. En lugar de eso, sacó a Smoker de la cama. Noquearon al gato con un anestésico para caballos, trincharon una loncha de piel del brazo de Andre con un cuchillo desollador y se la cosieron al gato formando una carpa sobre sus genitales. A la mañana siguiente, al levantarse, Pork se encontró a Smoker dormido en el suelo y a Andre en el sillón con el brazo vendado y remendado, y el gato a su vera.

8 «Food and Drug Administration», Administración de Alimentos y Medicamentos. (N. del T.)

9 Fumador. (N. del T.)

5

ÉXODO

Agosto 1991

Andre escapó por la puerta trasera de la caravana de Dede para despejarse. En el descampado, la brasa naranja de un cigarrillo enrojeció e iluminó el rostro de Smoker. Estaba acuclillado sobre un tajo de cedro. Se acertaba a oír el rumor de un arroyo cercano en mitad del paisaje oscuro.

—Está refrescando —dijo Smoker—. Haré una fogata.

Al no dar con combustible adecuado, arrancó los peldaños de madera con una barreta, metió unos cuantos en el hoyo para hogueras que se había procurado rudimentariamente Dede, y los roció con gasolina del cobertizo. Al prender la cerilla, el fogonazo le marchitó las pestañas y le consumió el vello del brazo. El chaquetón de piel de oveja atrapó una chispa. Andre se la apagó a manotazos.

Smoker se dio la vuelta con los puños apretados.

—¡Vale, vale, ya está!

Una brecha de luz los deslumbró desde la caravana. Dede pasó por encima de las ruinas del porche. Llevaba una camisola y un gorro de lana naranja tipo cazador, y se frotaba las piernas desnudas, la una contra la otra, como un grillo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Smoker.

—Me ducho y me largo a la taberna.

—¿Y luego?

Ella se rascó el pelo por debajo del gorro.

—Pienso pasarme una buena temporada borracha.

—Entonces me dejas a Bird. No voy a dejar a mi hija en manos de lunáticos.

—Desde que nació llevan ocupándose de ella un par de lunáticos.

—Bueno, pero al menos yo soy un chiflado con el que está familiarizada.

Dede fijó la mirada en Andre.

—Lo mismo a tu hermano se le da mejor que a ellos, o que a nosotros.

—Yo sería la última persona a la que confiaría una hija —dijo Andre.

Dede le sonrió.

—No eres tan desastre —dijo—. Eres muchísimo menos calamitoso de lo que te crees. —Señaló a Smoker con la barbilla—. Ese se hace la víctima.

Smoker alimentó el fuego con un buen tablón. La madera seca prendió con fuerza al momento. La vaharada de calor los hizo retroceder hacia la oscuridad.

—Mejor que te apures, si piensas largarte —dijo Smoker.

—¿Qué tal la mano? —Dede se sacó un bote de aspirinas del bolsillo y se puso a contarlas.

—No vayas a pegártela con el coche por andar reconcomiéndote por cómo estoy.

—Será que la culpa ha sido mía, ¡no te jode! —dijo Dede.

Smoker entornó los ojos y ladeó la cabeza.

—¿Qué? —dijo Dede.

—Estoy intentando encontrar alguna marca de retorcimiento en tu brazo —dijo.

—Eres una rata miserable —dijo ella bajando la voz.

Andre encontró una pila de leña al otro lado del cobertizo y cargó con una brazada de alerce hasta la fogata. Smoker puso a quemar también el tajo. El fuego rugió. Andre alzó la vista hacia una ventana vacía. Smoker y él habían pegado las caras al cristal de una ventana parecida en unas circunstancias muy similares, guardando vigilia por sus padres, ausentes desde hacía un par de días, en pleno invierno, con las carreteras resbaladizas por el hielo, seguros de que uno de los dos, o los dos incluso, estaría muerto, por lo que solo les quedaba aguardar a que transcurriera la noche para ir a avisar a los vecinos.

Andre fulminó a Dede con la mirada.

—Le has roto la mano. Lo de romper huesos es nuevo —dijo Andre —. ¿Qué fue lo que te alteró tanto?

—Pues si te digo la verdad, ni me acuerdo —dijo Dede.

—Te incitó él —dijo Andre. Se giró y le lanzó una mirada a Smoker —. Que sepas que aún no estamos en paz, me cago en la puta.

Andre se abalanzó como un cafre junto a Dede para entrar a mear. En el rincón del vestíbulo reposaba una enclenque escopeta calibre 410 para ahuyentar a los cuervos. La cogió, levantó y tiró hacia atrás el cerrojo, luego insertó un cartucho en la recámara. De vuelta en el exterior, le metió una carga de perdigones a Smoker en el culo.

Smoker se derrumbó a cuatro patas, gimió, luego se escabulló al amparo de la oscuridad.

Dede, al lado de Andre, gritó:

—¡Espero que te vuelva a dar, rata miserable!

La puerta de la pick-up se abrió. El 30.06 que Smoker guardaba debajo del asiento reventó la luz del porche. Andre oyó al oso golpear los paneles de la capota.

—¡Dejadlo ya, joder! —gritó Dede.

Una bala le mordió la camisola aleteante por debajo de la rodilla. Con una mano herida, Smoker necesitaría un punto de apoyo para disparar, pero Andre no veía afloramientos rocosos ni pinos derribados. Dede bufó y bordeó la fachada de la casa. Andre oyó el rugido del motor de su coche y la arremetida de los neumáticos sobre la grava.

—Te pensabas que todo era miel sobre hojuelas —gritó Smoker—. Bueno, pues ya ves que no. Dios.

—¿Yo qué coño voy a saber? —le respondió Andre a voces.

Andre dejó la 410 en los escalones y hundió la mirada en la fogata moribunda. Pensó en cebarla con más gasolina, pero la luz lo convertiría en un blanco fácil. Se sentó. Al cabo de un rato, oyó el clic del seguro de un rifle en la puerta, a su espalda.

—¿Vas a volver a dispararme? —preguntó Smoker.

Andre negó con la cabeza.

La sangre oscurecía el bolsillo de los vaqueros de Smoker. Seguía el trazo de la costura hasta gotear sobre el linóleo.

—Muy bien —dijo Smoker.

Cojeó en dirección a la camioneta. El dedo roto pendía hacia la izquierda y los perdigonazos de las posaderas le forzaban a cojear del lado derecho. Andre lo siguió. Smoker ocupó el lado del acompañante, por lo que Andre encendió el motor y dejó que se calentara. La fogata brillaba en los retrovisores y arrojaba su luz colina arriba.

En la ciudad encontraron un supermercado abierto del que Andre se

llevó todas las gasas y el esparadrapo que pudo cargar, junto con un bote de alcohol desinfectante y otro jamón para el oso. En las afueras, buscaron un apartadero. Una vez allí, Smoker se inclinó sobre el portón trasero mientras Andre decidía la mejor manera de proceder con la cura. El disparo le había acribillado la piel, pero no había dañado músculo ni hueso. Aun así, la extracción parecía exceder los conocimientos de Andre y la paciencia de Smoker.

—No pinta tan mal —dijo Andre.

—¿Sabes cómo tendría muchísima mejor pinta? —preguntó Smoker.

—Ilumíname.

—Si no me hubieses disparado en el culo.

—Lo mismo te ha servido de lección.

—¿Qué lección?

—Si no lo sabes, me temo que tendré que volver a dispararte.

Smoker lo miró a los ojos.

Andre sacó su cuchillo de caza plegable, punzó un bulto y extrajo un perdigón, luego varios más.

Una pick-up desaceleró a sus espaldas. La luz de los faros los rebasó y se quedó fija. Un hombre abrió la puerta. Lucía una barba encanecida que le colgaba hasta el pecho y llevaba una escopeta en una mano y una linterna en la otra.

Dirigió el haz hacia Smoker.

—¿Te está agrediendo este individuo?

Ni Smoker ni Andre respondieron.

—No soy de meterme donde no me llaman —dijo el hombre—. Pero no me gusta que abusen de la gente en contra de su voluntad.

—Es mi hermano —dijo Andre.

—Bueno, eso sí que va en contra de todos mis principios. Quizá deberíais pensároslo mejor, muchachos.

—Me disparó en el culo —dijo Smoker.

—Así es —admitió Andre—. Y ahora estaba intentando remendarlo.

—¿Fue un accidente? —preguntó el hombre.

—Ni hablar —dijo Andre—. Se lo buscó.

—Eso lo dirás tú —dijo Smoker.

El hombre tendió la mano. Andre se la estrechó.

—Me llamo Rufus R. Jones y tengo un hermano al que me hubiera gustado disparar cien veces en el culo. Es un gusto conocer a alguien que lo ha hecho.

—¿Y a mí que me den? —preguntó Smoker.

—Se está tomando la molestia de curarte, así que ya podrías darle las gracias, me parece a mí.

Volvió a su pick-up y le pasó a Smoker una botella de whisky.

Smoker dio un trago.

—Ni siquiera sabes de qué va la movida —dijo.

Rufus le dio un tiento a la botella.

—La movida es tan vieja como la Biblia —dijo.

Devolvió la botella a Smoker y los abandonó en la oscuridad. Smoker se apuntó al culo con una linterna. Andre siguió escarbando.

—Hay uno bien adentro —dijo.

—Dale —dijo Smoker.

Andre vertió lo que quedaba del whisky del viejo sobre la hoja del

cuchillo. Prendió una cerilla y deslizó el acero sobre la llama. Titiló con una luz azulada. Hincó el cuchillo en el glúteo de Smoker. Smoker rugió. Andre rotó la hoja hasta sentir que el perdigón se despegaba. Lo sostuvo a la luz.

—No es más grande que una azufaifa —dijo Smoker.

LAMENTACIONES

Junio 1984

Peg exploraba las áreas de servicio y los apartaderos de emergencia a la caza de coches o camiones insulsos, con dos o más hombres, y anotaba los detalles en una libreta que llevaba bajo el asiento. Una pick-up zarrapastrosa salió sin prisa a la carretera por delante de ellos. En la caja, bajo un toldo, iban tendidos cuatro hombres, pero unas salidas más adelante se desviaron hacia las ocho mil hectáreas de fresas.

Peg paró para ponerle agua al radiador y añadió la misma cantidad de anticongelante, luego llenó el depósito de gasolina. Otra pick-up pasó a su lado junto al surtidor, pero sus bulliciosos ocupantes resultaron ser chavales del instituto que venían a repostar cervezas y hielo. Peg retiró su sombrero de ala ancha del maletero, se puso las gafas de sol y se dirigió a la tienda para comprar mostaza, pan y fiambre.

El chico se despertó. Los kilómetros o el aburrimiento, acompañados de un café Big Gulp, le soltaron la lengua y se puso a improvisar una biografía. Provenía del norte, del condado de Stevens. Había asistido al Centro de Estudios Superiores, trabajado duro en una tienda de ropa de saldo y servido bandejas de cena a ancianos en un bufé local. Hacía poco, había visto sonreír a un tigre, dijo, y a un hombre exhalar su último suspiro.

Peg no decía nada. El chico era ridículo, pero entretenía.

—Los científicos arrancan la primera flor de la primavera, solo para ver cómo funciona —dijo—. La ciencia. El tiempo y el espacio, planetas que rotan, estrellas en órbita. Palabras grandilocuentes para cagarse con un montón de trolas en la Providencia, cuando en realidad no somos más que pensamientos que oscilan de un lado a

otro hasta hundirse en la mente de Dios. —Hizo una pausa—. Eso es lo que arruina a las flores —concluyó.

Al caer la tarde, paró de nuevo para echar gasolina e hizo uso de los servicios, luego le cedió el turno al chico. Este se volatilizó en el 7-Eleven y reapareció al momento con una sonrisa en la cara y una rosa amarilla de tallo largo envuelta en celofán. Se la tendió. Reanudaron el viaje. La flor se balanceaba entre los dos sobre el asiento. El chico había pagado probablemente diez veces más de lo que valía.

A medianoche aparcaron en una cantera de grava abandonada a la que Peg había echado el ojo en el camino de ida. Se hicieron unos sándwiches y comieron, luego bebieron agua en botella. Peg se tragó una pastilla para dormir, al chico no le hizo falta.

Al amanecer, continuaron, parando de vez en cuando para café y gasolina, o para avituallarse de dónuts. Luego el chico empezó a soltar una homilía contra las palabras. No creía en ellas ni en sus símbolos. Mentir estaba a la orden del día, desde tiempos de Adán. Si fue un milagro que prácticamente unos simios separasen los gruñidos que emitían en secuencias con sentido más allá de las onomatopeyas, entonces sería también un milagro de lo más significativo deshacer todo ese tinglado y cerrar el círculo. Las páginas de cualquier libro no eran más que un espacio en blanco con rayajos de tinta, y, aunque las inscripciones se hubiesen multiplicado hasta constituir un torrente que dejaría la inundación de Noé a la altura de un chubasco veraniego, sus barras, puntos y líneas entrecruzadas nunca podrían componer la verdad.

Interrumpió su monólogo para preparar un par de sándwiches. Peg lo observó devorar el suyo y la mitad del de ella. Se había olvidado de lo mucho que le gustaba ver comer a los hombres. Las mujeres dejaban que cada bocado titubease en sus tenedores, compensando el placer del gusto y la saciedad del apetito con el monstruo que se encontrarían luego en el espejo. Los hombres no se andaban con tales remilgos. Zampaban como críos, como si de ello no se desprendiera más que gozo puro.

El chico retomó su conversación unilateral. Hasta el más pringado daba excesivo crédito a la historia que anidaba en su cabeza, Peg lo

sabía. Por lo general, el mundo físico y las gentes que lo poblaban no pasaban de ser más que meros personajillos televisivos, y eso incluía a los artistas y los artesanos de los mercadillos que pregonaban sus productos, de ojos claros, demasiado calmados para hallarse del todo presentes, y al resto, acosados por sus furias, apenas capaces de embridarse sin perder los estribos.

La mayoría se las ingeniaba para rebajar sus narrativas ponzoñosas ahogándose en trabajo o alcohol. Otros llevaban la voz cantante, se hacían los listillos y acababan siempre castigados después de clase o teniendo que aguantar que les examinasen todo con lupa en el trabajo. Los médicos los diagnosticaban y los farmacéuticos les despachaban las recetas correspondientes, y los pobres diablos ingerían los medicamentos según lo indicado, pero apenas lograban calmar la angustia. Y los pocos que persistían en la sordera se adueñaban de todo.

—¿Quién nos iba a decir que el «Érase una vez» fuese a causarnos tantísimos problemas? —interpuso Peg.

—No te cachondees de mí —dijo Calvin.

—Me reiré de lo que me salga del coño —contraatacó Peg.

El chico se amohinó. Ella lo ignoró y siguió conduciendo.

Respetaba los límites de velocidad y los ceda el paso. Viajar por autopistas en lugar de por carreteras interestatales ralentizaba su avance, pero el tiempo estaba muy lejos de preocuparle. Anotó más marcas, modelos y matrículas, y estuvo pendiente de las reapariciones, pero no reconoció ninguna. Se cruzó con tres coches patrulla de distintos condados y se plantó detrás de semirremolques para regular la velocidad y evitar el exceso de prudencia que los haría parecer tan culpables como si fuesen a más de ciento sesenta.

Calvin dijo:

—Tienes hijos, me lo dijo mi padre.

Peg asintió.

—Deben odiarte —dijo Calvin.

—No me extrañaría.

—Eso quiere decir que también te quieren.

—Lo dudo mucho.

—No se puede sentir lo uno sin lo otro —respondió Calvin.

—Los míos te dirían otra cosa.

Calvin dio un trago a su refresco.

—¿Y tú qué dirías?

—Lo que acabo de decirte.

Peg guardó silencio durante los siguientes tres kilómetros.

—Me refería a lo del amor y el odio.

—Sé muy bien a lo que te referías —dijo Peg.

—¿Y por qué no me contestas?

—Que te den por culo. Esa es mi respuesta.

—Que te den por culo a ti también —dijo Calvin.

—Bien —dijo Peg—. Veo que ya nos vamos entendiendo.

En las Sierras[10], los cumulonimbos se adherían a los picos escarpados, blancas columnas etéreas de kilómetros de altura. Una luz lívida y resplandeciente se filtraba entre ellas, salvo en sus bases ennegrecidas, donde el aire caliente colisionaba con el frío y esculpía aristas impresionantes y vaguadas preñadas de tormenta. Más abajo, por las brechas y los resquicios, pendían zarcillos nubosos que oscurecían el suelo con chaparrones.

Por la tarde, el sol agonizante proyectó la sombra de las montañas sobre los valles e impregnó el horizonte de rosa y naranja. Peg dio con una gravera estatal abandonada y cambió las matrículas antes

de adentrarse en el desierto. En las escasas localidades por las que pasaban, las farolas y los neones de los pequeños supermercados retozaban sobre el parabrisas como dibujos animados antiguos y borrosos, amarillos, azules y rojos acuosos y luz blanca.

Las emisoras de música se desvanecían en la estática y ella pulsaba los botones, pero solo daba con programas de debate, noticiarios o retransmisiones deportivas. Aquello le trajo a la memoria unas vacaciones de verano en las que Pork y ella metieron a Andre, Smoker y Penny en el asiento de atrás de una ranchera Oldsmobile, bien pertrechados de sándwiches, patatas fritas y un colchón. Jim Bohannon y Larry King surgieron ahora de los altavoces como un par de intelectuales colocados, interesados hasta en las cutículas de las uñas si eso era lo que despertaba el interés de los que llamaban.

A la mañana siguiente, atravesaron Oregón, surcaron una penumbra verdinegra compuesta de cedros, abetos y píceas, se zambulleron en las sombras estancadas entre los cañones y emergieron a la luz del sol que bañaba las praderas. Evitaron Portland tomando una circunvalación que los evacuó en la garganta del río Columbia y, más adelante, a la altura de Hood River, cruzaron un puente para entrar en el estado de Washington, al lado menos transitado del río, aunque la autopista de dos carriles los obligó a avanzar más despacio. La carretera barría los cañones áridos para dar paso, más arriba, a las explotaciones de regadío que salpicaban el llano con los arcos concéntricos de los aspersores giratorios.

Al coronar una cuesta, Peg redujo la velocidad del Impala como haría cualquiera que llevara instalado un regulador de velocidad. Vio por el retrovisor unos faros que se aproximaban, al momento desaparecieron y reaparecieron a su lado, en el otro carril. El coche era gris o plateado, con un hombre al volante y otro en el asiento del acompañante. La adelantaron. Las luces traseras tiñeron de rojo el asfalto. Se aproximó otro coche. Con los faros instalados a mayor altura y las luces antiniebla color naranja prendidas. Guardaba las distancias, lo que la llevó a pensar que sería alguien de los ranchos. Decidió mantenerlo a su espalda en lugar de aminorar la marcha y forzarlo a adelantarla.

Durante ochenta kilómetros fue variando de velocidad y no se tropezó con nada fuera de lo común. Aun así, el cuello le dolía,

incluso después de estirar y crujirse las vértebras. Miró el cigarrillo de Calvin, posado en una lata de refresco, la espiral de humo que desprendía hacia el techo. La ceniza se fue extendiendo hasta alcanzar el filtro y hacerlo caer por la abertura de la lata.

En una autopista, a unos treinta y dos kilómetros de Goldendale, el asfalto se ladeó para trazar una curva cerrada a través de unas paredes rocosas, seguida de una recta tras la que volvía a curvarse hacia el lado opuesto. Entre ambas había un camino de tierra que daba la vuelta a una loma lo bastante grande para ocultar el Impala. Peg tomó el desvío y apagó los faros.

Una vez detenidos, esperó a que el polvo se asentara para bajar la ventanilla, luego quitó el seguro de la puerta y salió a respirar el aire de la mañana. Al este, el horizonte se tintaba de malva. Los pájaros cotorreaban con el amanecer. Pasó otro coche y desapareció al momento. Peg cerró los ojos y se frotó los párpados ardientes. Un ciervo hizo crujir la maleza en un prado cercano, o lo mismo un coyote cazando a deshoras. Tan lejos de la garganta, no llegaba ninguna ráfaga de viento desde el cauce del río. En su lugar, una hospitalaria brisa mañanera barría la hierba y las rocas como la caricia de una mano gigantesca. Podía intuirse en los árboles, los barrancos y los matorrales.

Y entonces un dolor sordo e intenso en la parte posterior del cráneo desfiguró la escena bucólica, con un sonido tan fuerte, próximo e íntimo que, más tarde, no sería capaz de rememorar sin cierta ternura. Cuando volvió en sí, Calvin le había rasgado la pechera de la camisa y cortado el elástico del sujetador con una navaja. En ese momento, estaba intentando bajarle los pantalones más allá de las rodillas. Aún no había reparado en sus bragas.

—Ey —dijo ella—. Volvamos al coche.

Él se detuvo.

—Es más blandito —dijo Peg—. Y estaremos más cómodos.

—Va —dijo Calvin.

Peg se liberó poniéndose a cuatro patas, luego se desprendió de los

pantalones sin descalzarse, se puso de pie y se desembarazó de las bragas. La linterna que había utilizado Calvin para descalabrarla yacía en la grava. Ella supuso que la habría encontrado en la guantera. Desnuda, se dirigió al Impala. Todavía medio grogui, trastabilló, pero al momento se recompuso. Al llegar a la puerta del coche ya volvía a ser dueña de sí misma. Se tendió en el asiento corrido, alzando una pierna por encima del volante y encajando la otra en el reposacabezas del lado del conductor.

Calvin se desvistió con indecisión. Cuando estuvo listo, se abatió sobre ella como un árbol caído. Peg le concedió cuarenta y cinco grados, luego sonrió y le estrujó salvajemente la polla y los huevos con una mano mientras se hacía con el 45 que guardaba entre los asientos con la otra. Le plantó el cañón en el pecho.

El chico la miraba con los ojos desorbitados. Peg le retorció los genitales como si estuviese prensando salchichas. El rostro de Calvin se volvió ceniciento. Lo soltó y lo dejó vomitar sobre la grava. El chico alzó la vista del charco de restos de sándwich y baba plateada que tenía a sus pies. Ella lo golpeó en la boca con el cañón del revólver y lo dejó tendido e inane en la arena.

Peg comprobó el tambor, amartilló el percutor y se aseguró de tener una recámara cargada en posición. Le apoyó el cañón en el talón de Aquiles y apretó el gatillo. Calvin berreó, sangró y se retorció como un gusano. Peg sacó del maletero los pulpos y una barreta y le hizo un torniquete.

Peg le ordenó que se arrastrara hasta el asiento del acompañante, donde le ató las muñecas a la espalda con una cuerda de nailon que luego amarró al manillar de la puerta. Utilizó el pulpo sobrante para sujetarlo al asiento, pasándolo también por debajo, alrededor del tobillo destrozado, de tal forma que, si le diera por moverse, viese las estrellas. Se vistió y le echó una manta de lana por encima.

Rematado el asunto, Peg puso el motor en marcha y retomaron la ruta hacia el condado de Selkirk donde vivía el padre del chico, pero cambió de opinión y paró en Metaline Falls, donde el sheriff del condado de Pend Oreille tenía una oficina. Ya había anochecido. Sacó a Calvin del asiento y lo enganchó al coche patrulla con una cadena de seguridad para remolques y un candado, luego disparó a

la noche y se dio a la fuga.

GÉNESIS

Julio 1984

Peg se acordaba de Penny en el suelo, delante de su cama, con un libro para colorear y una cera azul sobre las piernas cruzadas, llenando una página de garabatos. La imagen rasgada con la cera una y otra vez hasta que solo quedaban jirones azules colgando de la encuadernación grapada. Los demás libros de la estantería habían sido masacrados de la misma forma, incluso los de leer. Cuando se excitaba o se asustaba, se salía de las páginas y emborronaba el suelo hasta despedazar la cera. Sus hermanos la mimaban como si fuese un cachorrillo. Pork también. Una vez por semana, insistía en darle una piruleta más grande que su cabeza. A pesar de todas sus peleas y discusiones, más allá de la pura aversión que se profesaban, en lo que concernía a Penny estaban de acuerdo.

Una vez que logró inducir a todos los hombres de su vida a rendirle caramelos, zumos o galletitas saladas a su antojo, comenzó a ponerse de morros o a reírse para observar sus reacciones y, en caso necesario, emplear más adelante esa información. En tales ocasiones, sus ojos se cruzaban a veces con los de Peg y se le ponía la cara seria y dubitativa. Su otredad con respecto a los niños y su padre, los dejaba a ellos a su merced, pero, al mismo tiempo, la condenaba a la soledad. Era a Peg a quien recurría en busca de consuelo, y en aquellas miradas se cifraba ese código femenino, silencioso y vivaz, que no tiene equivalente en los hombres.

Durante el año que siguió a la muerte de Penny, Peg abarrotó la casa de velas y repintó las paredes de colores pastel. Aprendió caligrafía y escribió versos inspiradores y citas bíblicas en papel de acuarela que luego pegó con cinta adhesiva en los electrodomésticos.

Smoker emergió del lago con Penny en los brazos en lugar del bloque que usaban de ancla. Pork se reunió con los niños para hacerle el boca a boca y presionarle el pecho, pero Peg ya sabía que todo estaba perdido. La policía y la ambulancia corrían hacia el embarcadero pintando el agua de luces. Los niños, con los pantalones cortos empapados, tiritaban. Peg aún recordaba la mirada herida que le devolvieron cuando los fulminó con los ojos.

—No ha sido culpa de ellos —dijo Pork.

Ella volvió el rostro hacia él.

—Tú —aulló—. ¡Tú!

En la cocina del bungaló, Peg había hervido las patatas para la única ensalada que los niños se comerían. En la radio sonaba una balada country que a Pork le encantaba. Ella lo miró y le hizo un guiño, luego se agachó para coger un cuenco de tamaño decente. Él se puso a su espalda. Ella estiró el brazo hacia atrás. Él estaba casi a punto. Fuera, los niños chapoteaban junto al embarcadero. Penny los observaba desde los tablones. Peg parpadeó y se acopló a Pork.

Cuando acabaron, ella vio por la ventana que Smoker y Andre se alternaban para zambullirse desde un bote de remos anclado con un bloque de hormigón.

—¿Y la pequeña? —preguntó.

Smoker recordaría a Penny en el embarcadero, unos minutos antes.

—Penny la suertuda —la engatusó—. Tírate al agua. Puedes montarte en mi tripa y seré tu barca.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Por qué no?

—Soy muy pequeña —dijo ella.

—Yo te llevo —dijo Smoker.

Ella volvió a sacudir la cabeza.

—Está muy hondo —dijo ella—. No me gusta.

En el aniversario de la muerte de Penny, Peg compró una botella del mejor bourbon que había en la licorería y forzó a Pork a ventilársela con ella, luego se desnudaron y volvieron a las andadas.

10 Nombre con que se conoce popularmente la cordillera de Sierra Nevada, que se extiende por el estado de California y, ya con el nombre de cordillera Carson, en menor parte, por el oeste de Nevada. (N. del T.)

6

ÉXODO

Agosto 1991

Andre le había comprado al oso un par de pollos en el último supermercado, pero el oso seguía hambriento y despotricaba bajo la capota. Smoker lo relevó al volante. Andre bajó la ventanilla para que entrase el frescor de la noche. A unos ciento sesenta kilómetros al norte, las estrellas moteaban el cielo y azuleaban las cumbres y las copas de los árboles. La luna estaba partida en dos, el hemisferio oscuro persistía, como la sombra del otro. Andre se tapó los ojos con la visera de la gorra. Se adentraron en las montañas hasta que el asfalto cedió paso a la grava y esta a unas descuidadas pistas forestales, pasaron junto a camiones despanzurrados, oxidados en inviernos interminables, y casas aisladas construidas con lo que sus moradores fueron capaces de reunir. Los claros estaban llenos de ciervos y uapitíes. Smoker dio un sorbo a su café.

—¿Y cómo es que sabes tú tanto de animales? —le preguntó Andre.

—Prestaba atención cuando la gente hablaba y me leí todos los números de la Field & Stream del viejo hasta que se les soltaron las grapas.

—Nunca vi revistas de tías en casa.

—Estaban debajo de la cama.

—No recuerdo que viniesen con instrucciones.

Durmieron en la cabina de la camioneta. A la mañana siguiente los caminos comenzaron a enroscarse y desenroscarse a través de las montañas Selkirk hasta irrumpir en la cordillera del río Kettle. Los kilómetros transcurrían lentos; el aire se enfrió. La pick-up descendió por un tramo de asfalto reciente y entró en una población de cien habitantes. El anuncio luminoso de una cerveza resplandecía por encima del único restaurante. Al lado, un corral metálico retenía a un bisonte desgreñado que bebía encorvado de un abrevadero. Smoker entró cojeando en la taberna para preguntar dónde podía echar gasolina. El que atendía la barra le indicó el surtidor de la esquina, luego aceptó sus veinte y lo siguió para vigilar el contador.

Andre encontró una cabina telefónica desvencijada al lado de la puerta.

—¿Estás entre rejas? —le preguntó Claire.

—No.

—¿Entonces qué quieres?

—Me siento solo.

—Yo también.

Andre estudió a los lugareños que lo miraban boquiabiertos por la ventana de la taberna.

—Tengo que volver.

Claire suspiró.

—Bueno, tú sabrás lo que más te conviene.

—Eso suena a la típica cosa que me dirías para hacerme sentir mejor, o peor.

—Tienes razón —dijo ella—. Lo siento.

Andre asintió aunque ella no pudiera verlo.

—Tengo que colgar —le dijo.

—¿De verdad no necesitas nada?

—Solo volver a casa —dijo Andre.

—Pues vuelve.

—No puedo.

—No sería la primera vez que haces algo que no quieres —dijo ella.

La oyó colgar y, acto seguido, posó el auricular en su soporte.

LAMENTACIONES

Junio 1984

Frente a la casa de Smoker, Bird tiraba a canasta en el camino de entrada. Andre había bajado el aro a un metro y medio para que ella no adquiriera malos hábitos. Estaba vencido por el uso. Sacó una llave inglesa y unos alicates de la caja de herramientas de la camioneta. Los tornillos del tablero estaban oxidados, pero el aro se enderezó al apretarlos.

Bird dribló sobre la tierra apisonada. El balón se le escapó y Andre se lo devolvió. Bird lo alzó por encima de su cabeza como si fuera una calabaza y le hizo una asistencia. Andre lanzó a canasta desde seis metros. Encestó.

—¡Hala!, vaya chorra —dijo Bird.

—¿Eso crees?

—Te apuesto un refresco a que no lo repites —dijo Bird.

Andre encestó. Siguieron apostando a doble o nada hasta que falló cuando ya iban por sesenta y cuatro latas de Coca-Cola.

Bird intentó encestar lanzando desde el pecho. El balón retumbó contra el tablero.

—Más suave. Impúlsalo, no lo lances.

Andre le ahuecó las manos y le colocó el balón. Ella lo sostuvo un segundo antes de estrellarlo contra el aro.

—A ver, déjame que te enseñe.

Andre le manipuló las muñecas de tal manera que con la mano

izquierda equilibrara el balón y lo impulsara con la derecha.

—Con una sola mano; la otra dirige —le dijo Andre.

Falló.

—Ahora haz como si fueses a meter la mano en la canasta.

Bird volvió a intentarlo.

—Mejor —dijo Andre—. Al soltar el balón, tu brazo y tu mano tienen que parecer el cuello de un cisne.

El siguiente tiro rebotó. Corrió a por el balón y se puso en posición. Se relamió el labio superior con la punta de la lengua.

—Cuello de cisne —susurró Andre.

Al alzar la mirada vio que Dede había salido al porche con un albornoz azul desgastado. Cuando el balón rodó hasta ella, se lo devolvió de una patada.

—Gracias, mami —dijo Bird.

Andre la miró.

—¿Te hemos despertado?

Ella asintió y se llevó la mano al pelo.

—¿Qué haces jugando con la niña?

—Me cae bien y me gusta el baloncesto.

—Preferiría que no lo hicieras.

—¿Por qué?

—Porque acabará acostumbrándose.

Smoker apareció por detrás.

—A lo mejor algo de él contrarresta un poco lo que tiene de ti.

—Vete a la mierda —le dijo Dede. Se dio la vuelta y entró.

Andre recogió sus herramientas. Bird lo miró, luego miró la puerta donde hacía un momento había estado su madre. Su rostro era terso y tan inexpresivo como el asfalto.

Andre señaló la camioneta de Smoker con la barbilla.

—A la jaula, pajarillo. Vamos a por los caballos.

Andre los llevó por la carretera de la montaña hasta una salida, casi a la altura de Twisp. Ayudó a Smoker a descargar el remolque, luego ensilló y equipó al caballo de Bird para el viaje. Ella lo observó con seriedad, para poder repetir la operación por sí sola cuando acampase con su padre. Smoker se sacó un mapa del bolsillo que indicaba dónde pretendía pasar cada noche. Había añadido números de emergencia y el del servicio meteorológico, para que Andre pudiese organizar la búsqueda si las cosas, por lo que fuera, se torcían.

Andre le encasquetó su gorra a Bird, dado que a la niña se le había olvidado llevar una, y regresó con la camioneta y el remolque al rancho. Al cabo de una semana, iría a recogerlos a la primera zona de acampada a la que se pudiera acceder en coche.

Ensillados y embridados, los caballos cargaron con Bird y Smoker hasta un amplio sendero que se alejaba serpenteando entre pinos y abedules. Smoker había seleccionado para su hija a Ike, un castrado majo y fiable, lo bastante maduro para no sentirse obligado a demostrar nada; y para sí mismo a Cassandra, que tenía muy mala uva, pero era capaz de galopar durante kilómetros sin descansar en caso de verse en apuros.

El día se enfrió, el cielo se aclaró y el aire se aligeró. El bermellón de la castilleja miniata señoreaba algunos campos, el azul lavanda del jacinto de los bosques dominaba en otros. El violeta de los lupinos cónicos, sin embargo, lo salpicaba todo. En los cañones sombríos y los alcorques, la nieve manchada resistía los envites del verano. Los ciervos mulo pacían en las praderas.

Cassie lo hizo chocar con una rama baja. Una niebla amarilla de

polen se abatió sobre él. Bird se rio. Iba a ser guapa. En los viejos mitos, la belleza era siempre una maldición; quizá aquellos paganos estuviesen en lo cierto. De Peg hizo un desierto: cactus, arena, noches gélidas, días hirvientes. Pork, una vez allí, no pudo salir, de él solo quedaría un batiburrillo de huesos blanqueados.

La primera noche, Smoker se cobró un urogallo con su calibre doce, lo ensartó en un palo verde y lo asó. Comieron, luego abrieron sus sacos de dormir tipo momia y contemplaron el cielo.

—¿Mamá no quería venir? —preguntó Bird.

—No ha podido ser —dijo Smoker.

Dede confiaba en ir con ellos, pero Smoker no se lo permitió. Bird se quedó callada. Smoker le alborotó el cabello. Su mente no solía sopesar tales cuestiones, pero se vio de pronto examinándose la mano, el pelo de Bird y el cuero cabelludo del que brotaba. Se preguntó cómo se expresarían sus manos a través de todo eso y qué le transmitirían a su hija, si se correspondería o no con lo que pretendía decirle. Y, al momento, se preguntó qué era lo que pretendía decirle.

A la mañana siguiente, hirvieron café, apañaron un desayuno con las sobras de la cena y partieron. El bosque tupido se aclaró para dar paso a un terreno pedregoso y de hierba baja. El resto de cosas vivas se cobijaba en su mayor parte bajo una capa de palitos. No tardaron en apiñarse ante ellos las cumbres de las escarpadas montañas de granito, demasiado abruptas para contener vegetación, no más que trazos severos recortados contra el cielo. El sendero se estrechaba hasta configurar un lazo. Ike resopló y retomó el paso con cautela. A unos dos kilómetros, varios arroyos cegados habían socavado la ruta y los caballos fueron pisando el barrizal con pies de plomo.

Hicieron un alto a orillas del arroyo Bing para pescar. Vieron cómo las truchas se detenían a estudiar los anzuelos cebados en las aguas claras. Al final, una de cuarenta y cinco centímetros picó. Smoker la sacó a tierra. Bird recogió sedal y arrastró a otra hasta la orilla. Smoker las metió en un saco de arpillera.

La senda pasó a ser un desfiladero. Smoker se puso al frente. Coronaron una aleta de granito. Al otro lado, una extensa cordillera se enzarzaba horizontalmente con el cielo azul a modo de bastión. Placas de esquisto techaban las pendientes. A sus pies, un cuenco de trescientos metros de profundidad que parecía un paisaje lunar: nada verde salvo liquen y musgo en las sombras.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Bird.

—Hielo, a lo bestia —respondió Smoker.

Volvieron sobre sus pasos hasta una hondonada de tierra protegida por tres enormes marañas de raíces, los vestigios de unos abetos centenarios. Seguía habiendo bastante luz. Smoker dio con una piedra puntiaguda y se dirigió hacia el estruendo de unas aguas turbulentas. Bird lo siguió. Smoker se detuvo ante una planta de tallo largo con florecitas amarillas. Desenterró los tubérculos y los metió en el saco.

—Kouse —dijo—. Será nuestro desayuno.

Encontraron un arbusto de arándanos ya florecido. Los arándanos atraían a los osos, así que se apresuraron. A unos doscientos metros, Smoker desenterró raíz de balsamorhiza, luego arrancó verdolaga de Cuba y encontró unas setas que juzgó comestibles. Advirtió a Bird de que las plantas con espinas o pinchos de colores, o pelusilla, significaban veneno, lo mismo que los racimos de tres hojas y los tallos que sangraban blanco y cualquier cosa que se encontrara en el interior de una vaina.

Se comieron el pescado y Bird se durmió. Smoker se acordó de cuando Pork los llevó de niños a la celebración del Círculo del Cuatro de Julio. Andre y Smoker se dedicaron a distraer[11] cigarrillos y botellas de whisky desatendidos mientras los tambores batían. Al final, los niños, como el resto, se encaminaron hacia los bailarines. Los participantes danzaban en círculo y entonaban cánticos con voces agudas e infantiles. Los tambores, ocultos a la luz, batían deprisa, primero simulando el trueno, luego el repiqueteo de la lluvia. Los bailarines brincaban y plantaban los pies en el suelo, encarnando a ciervos y uapitíes con sus plumas pintadas y sus pieles de gamo.

Más tarde encontraron a Pork jugando a los palos[12]. A la luz de la lumbre, el rostro del anciano se volvía dorado, redondo y acribillado de arrugas, con la nariz enorme, torcida en alguna rencilla olvidada. Pudo haber sido hacía cien años. Curtido en el campo de batalla. Las canciones del juego tenían por objeto distraer e insuflar ánimos. Ni Smoker ni Andre entendían la letra, pero la canción, desollada de sentido, era como asomarse al interior de un animal, ver los huesos y todo lo que lo dotaba de movimiento.

Algunos arrojaban dinero a las mantas. Los ojos de Pork ardían de furia. Los ancianos asentían en su dirección, esperando su turno en el canto. Pork puso a prueba su voz, pero solo fue capaz de croar un sonido ignoto. Cuando volvió a abrir la boca, lo único que brotó fue un resoplido. Aflojó los puños y soltó los huesos.

Cuando Smoker se despertó y salió de la tienda al día siguiente, una capa de tres centímetros de nieve cubría el campo. Retiró los tubérculos de las cenizas de la fogata, los amontonó sobre unas tarteras y los ahogó en sirope de arce. Añadió arándanos y, en la tienda, lo mezcló todo hasta formar un revoltijo sustancioso que Bird aprobó. Al sol matinal no le costó mucho esfuerzo deshacerse de la nieve. En fila india, circunvalaron los roquedales y el talud. Un circo glaciar color turquesa reverberaba al sol como una gema. Smoker se encasquetó su gorra de béisbol y le puso a Bird la de Andre.

En el circo los caballos bebieron, pero Bird y Smoker decidieron no almorzar. En el pedregal, al descubierto, una tormenta reduciría la tienda a confeti y a Smoker le preocupaba que la nieve de la mañana fuese augurio de mal tiempo. La ruta marchaba en paralelo a un arroyo al que la harina glacial daba el color de la nieve vieja. Cerca de dos kilómetros más adelante, optaron por un pinar para plantar la tienda, dar cuenta de una cena fría consistente en cecina de venado y zanahorias crudas, y beber agua de la cantimplora. El viento, la lluvia, el granizo y, después, más nieve, martillearon la tienda. Cuando llegó el momento de acostarse, Bird pegó su saco al de Smoker.

—¿Podríamos llamar a mamá? —preguntó.

—No hay teléfono.

—¿Y cuando lleguemos a donde haya uno?

—Ya veremos —dijo Smoker.

—¿Puedo escribirle una carta?

—Si tuviésemos papel y lápiz, podrías, claro que luego nos haría falta un buzón.

Bird cerró los ojos para dormirse, pero Smoker la oyó lloriquear y abrió su saco. Introdujo el saco de la niña en el suyo e hizo un nido en el que pudiera reconfortarse. Contrariamente a las sospechas de Dede, él no competía por el afecto de Bird. Disfrutaba de su compañía y le gustaba compartir con ella las cosas que le hacían disfrutar. Sabía que eso interfería en los planes de Dede, pero no le podía importar menos. También dividía el corazón de Bird, lo cual le resultaba desconcertante.

—No te morirás hasta dentro de mucho, ¿verdad? —preguntó Bird.

—No está en mis planes, pequeñaja.

—¿Te largarás un día de buenas a primeras?

—No —dijo Smoker—. Me quedo. A no ser que tú te vayas a algún sitio, entonces yo iré detrás.

—Vale —dijo ella.

—Vale —respondió Smoker.

La escuchó acomodarse, luego su respiración comenzó a silbar a medida que se fue hundiendo en el sueño.

Por la mañana, alcanzaron la cresta de Canuck Ridge. Smoker dirigió la atención de Bird hacia los riachuelos trenzados que rompían al borde del cañón y se precipitaban formando una catarata brumosa, larga y estrecha, en forma de cola de caballo. «El

agua no sabe todavía adónde va», le dijo a la niña. Bird le hizo preguntas y él le describió los lugares donde cada riachuelo se fraccionaba o eludía los montículos, los oteros y los riscos, acabando por el que dividía la montaña Storm King.

—Agnes Gorge —dijo Smoker—. El agua llega con tanta fuerza del glaciar que horada la roca. Treinta metros de profundidad, una pared a veces completamente vertical. Hay que caminar por el riachuelo todo el rato. La luz del día ni te alcanza.

—¿Vamos hacia allí? —preguntó Bird.

Smoker negó con la cabeza.

—Ahí no hay más que agua, rocas y árboles.

—¿Pero tú has ido alguna vez?

—Alguien me dijo que no podría —dijo Smoker—. Salí empapado y hecho polvo, nada más. —La miró—. Por eso te he traído. Para no liarla.

La niña esbozó una sonrisa burlona que no había heredado ni de él ni de su madre. Smoker chasqueó la lengua para poner a los caballos en marcha e iniciaron el descenso. Con el crepúsculo, acamparon en High Bridge, donde el arroyo Bridge se unía al río Stehekin junto a una vía sin salida del Servicio Forestal.

Había una bandada de pavos desplegada a lo largo de una loma frondosa. Smoker y Bird los acosaron con la escopeta. Smoker disparó y la bandada graznó y se alejó tambaleante. Algunos alzaron el vuelo y lograron mantenerse en el aire unos instantes antes de que su peso los obligara a tomar tierra unos pasos más adelante. Smoker recogió la pieza muerta y regresó con la niña al campamento.

Lo desplumaron y despedazaron entre los dos, luego frieron los muslos en la sartén.

—No hay mejor forma de alimentarse que esta, Bird, que lo sepas.

—¿Que cuál?

—Matando tú mismo lo que te comes.

Bird miraba fijamente el fuego. La grasa del pavo siseaba sobre las ascuas.

—La Biblia dice: «No matarás», pero no se refiere a los animales —dijo Smoker—. Si no, ¿cómo obtendrían los judíos su carne encurtida?

—A lo mejor en la tienda —dijo Bird.

—Alguien tendrá que matar antes a la vaca. La hamburguesa que te comes en el McDonald's es de algo que alguien ha matado.

Smoker pinchó uno de los muslos. Aún demasiado rosa, levantó el espetón para que terminara de hacerse más lentamente.

—Cuando compras todo lo que comes en un supermercado, no tardas en olvidarte de que los filetes vienen de una vaca y que esa vaca estaba vivita y coleando, deambulando por ahí tan campante, rumiando y saboreando, a su manera, el pasto. Comer debería comportar un pequeño sentimiento de culpa que no se aplacase simplemente soltando unos dólares en la tienda. Pagando no se salda esa cuenta. Matar no se salda tan fácilmente, menos aún si luego vas y te lo comes.

—¿Qué dejaremos nosotros por este pavo? —preguntó Bird.

Smoker se lo pensó un momento, luego se sacó la cajetilla de tabaco del bolsillo. Con una tira de cuero de su silla de montar, amarró unas plumas a la cajetilla y la ocultó debajo de una piedra.

—Los pavos no fuman —dijo Bird.

—No —respondió Smoker—. Pero pueden intercambiarlo con los bisontes.

—¿A los bisontes les gusta fumar?

—Sip. Y por eso estuvieron a punto de extinguirse. Aunque se quedaron con la copla. Hoy en día es casi imposible ver a un bisonte echándose un pitillo.

El día siguiente amaneció claro y radiante. El camino que se extendía por la berma del río se hizo más transitable, desviándose solo cuando el curso del agua se precipitaba en un desnivel o en una serie de cascadas. Una hora después de almorzar, las orejas de Cassie se irguieron. Se encabritó, pero Smoker la tranquilizó y volvió a posarse sobre las cuatro patas. Smoker sacó la escopeta y una caja de cartuchos de la funda junto con su 30.06. Le pasó la escopeta a Bird.

Bird sacudió la cabeza.

—No la quiero —dijo.

—No hay tiempo para discutir —dijo él.

Pero Bird parecía inflexible, así que enfundó el arma y se colgó el 30.06 al hombro. Giró sobre su silla y se situó por delante de Ike y Bird. A unos cien metros, Cassie los detuvo. Un puma y dos cachorros salieron sin hacer ruido al camino. El felino grande rugió. Elevó los cuartos traseros. Cassie relinchó y retrocedió. Smoker le mordió una oreja hasta hacerle sangre. La yegua se serenó. Entonces echó mano del rifle y se llevó la culata al hombro. Una cría siguió a la otra por la tierra apelmazada; las dos rodaron por la zanja de drenaje. La cola de la madre se agitó. Su mirada iba una y otra vez de los caballos a sus crías. Smoker quitó el seguro.

—¡Vete! —gritó Bird.

El felino sobresaltado la miró y parpadeó.

—¡Zape! —chilló Bird. Se puso a sacudir los brazos.

—Eso —gruñó Smoker—. ¡Zape! ¡Ale! ¡Chao! ¡Largo! ¡A tomar por culo!

El puma se volvió sin apuro hacia sus crías. Las embistió con la frente y la siguieron por un sendero oculto entre la maleza que se adentraba en un soto de álamos temblones.

Smoker miró a Bird. Ella le devolvió la mirada, estoica.

—Así también vale —dijo él.

A su lado, el río era azul y claro. Se veían las oscilaciones del fondo, los bichos que lidiaban con la corriente y los que revoloteaban por la orilla, libélulas y mosquitos. Llegaron por fin a Stehekin, una pequeña localidad a la que solo se podía acceder por ferri. Smoker compró heno para los caballos y alquiló una cabaña con ducha. Una vez aseados, cenaron en un restaurante rodeados de turistas y durmieron a pierna suelta hasta bien entrado el amanecer, momento en que salieron a desayunar a otro restaurante. Bird preguntó si había teléfono, pero el local solo contaba con un transmisor-receptor militar que los propietarios utilizaban para contactar con la policía o con el Servicio de Parques Nacionales en caso de emergencia.

Sus monturas los llevaron hasta un bancal situado entre las montañas y el lago. Una jornada más y se internaron por rutas madereras abandonadas, entre pilas de troncos tajados, y se toparon con un arrastrador forestal oxidado que los coyotes parecían haber convertido en su guarida. Los ciervos y el ganado se turnaban en un salegar. Las viviendas de los ranchos se alzaban al extremo de los huertos. De vez en cuando, unos artilugios propulsados por hélices se cernían sobre los atrofiados árboles frutales. Estaban diseñados para remover el aire cuando la temperatura bordease el punto de congelación.

—¿Y si el viento sopla? —preguntó Bird.

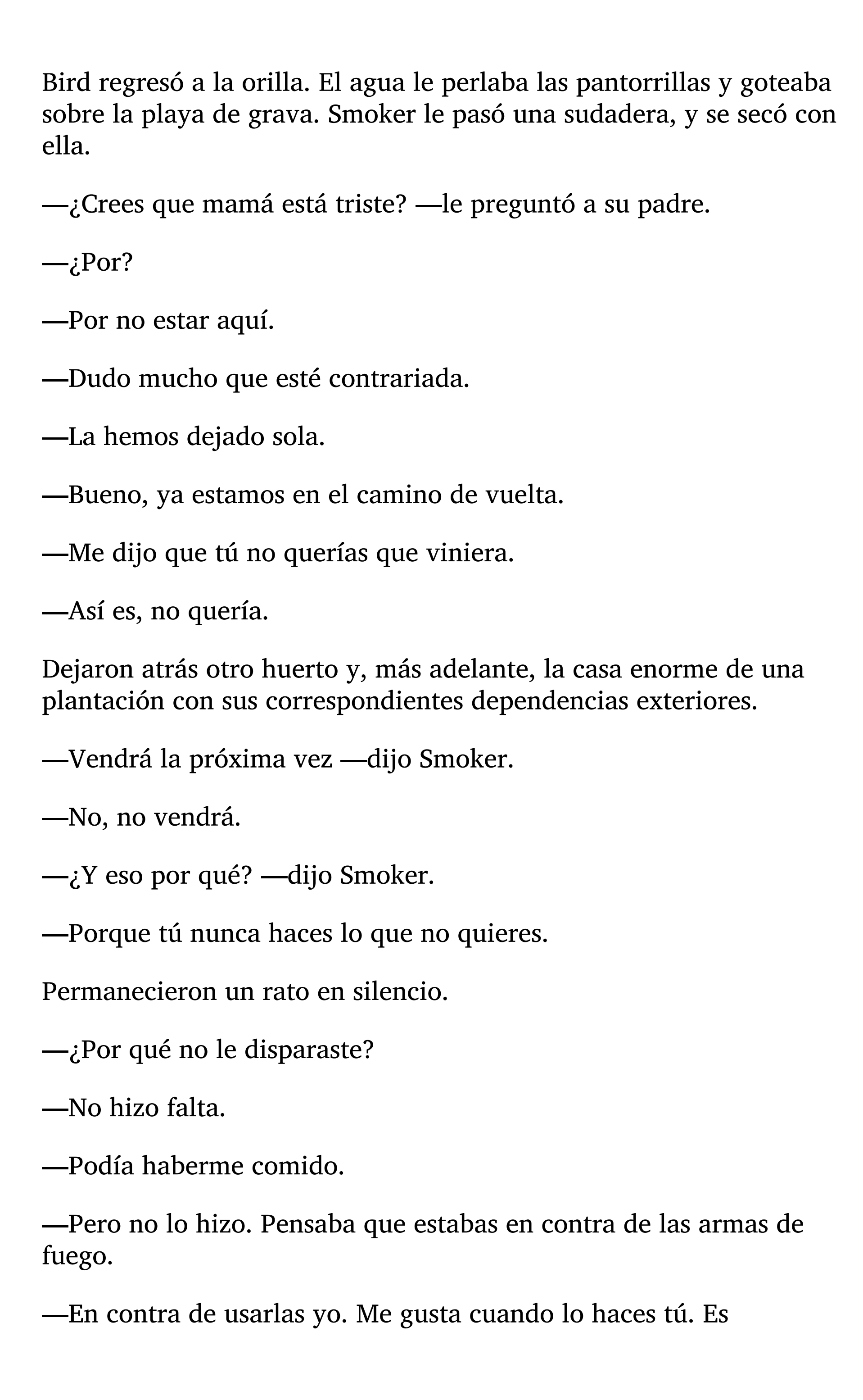
—Entonces se pondrán hasta el culo de compota de manzana.

Dos kilómetros más adelante, tomaron un sendero que descendía suavemente hasta el lago y dejaron beber a los caballos. Bird desmontó, se subió las perneras de los pantalones por encima de las rodillas y se metió en el agua.

—Está helada —dijo.

—Viene de todos los arroyos que vimos antes. Puede que hace un mes fuese hielo.

—Me gusta —dijo ella—. Te espabila.



Bird regresó a la orilla. El agua le perlaba las pantorrillas y goteaba sobre la playa de grava. Smoker le pasó una sudadera, y se secó con ella.

—¿Crees que mamá está triste? —le preguntó a su padre.

—¿Por?

—Por no estar aquí.

—Dudo mucho que esté contrariada.

—La hemos dejado sola.

—Bueno, ya estamos en el camino de vuelta.

—Me dijo que tú no querías que viniera.

—Así es, no quería.

Dejaron atrás otro huerto y, más adelante, la casa enorme de una plantación con sus correspondientes dependencias exteriores.

—Vendrá la próxima vez —dijo Smoker.

—No, no vendrá.

—¿Y eso por qué? —dijo Smoker.

—Porque tú nunca haces lo que no quieres.

Permanecieron un rato en silencio.

—¿Por qué no le disparaste?

—No hizo falta.

—Podía haberme comido.

—Pero no lo hizo. Pensaba que estabas en contra de las armas de fuego.

—En contra de usarlas yo. Me gusta cuando lo haces tú. Es



—Ya —dijo él.

—¿Estás enfadado?

—No —dijo Smoker—. Lo que pasa es que no entiendo por qué no lo hiciste.

Bird sonrió de pronto.

—Porque yo tampoco hago nunca lo que no quiero.

Al cabo de una hora llegaron a un aparcamiento en el que Andre estaba disfrutando de lo que le quedaba de una hamburguesa del restaurante de autoservicio en la cabina de la camioneta con el remolque que los llevaría de vuelta a casa.

GÉNESIS

Mayo 1971

En términos generales, Andre siguió siendo un niño agradable hasta cumplir los doce. Ese año, poco después de su cumpleaños, se vio aquejado de una ira turbia que anidó al fondo de su mirada. Los médicos certificaron una agudeza visual normal, pero el niño entornaba los ojos al mirar los objetos, ya estuviesen cerca o lejos, y se le acalambraban los músculos de la mandíbula. Los destensaba atizando a Smoker. No le faltaban motivos. Aunque iba dos cursos por debajo, su hermano lo aventajaba con frecuencia al correr, lo que hacía que siempre lo seleccionaran como capitán y quarterback en los recreos. Smoker elegía a Andre nada más empezar y le concedía el saque, pero un día Andre hizo que el balón le impactara a Smoker en el cuello y lo tumbó. Al momento, corrió hasta donde estaba tirado a cuatro patas, se agachó y le soltó un par de guantazos, luego se fue a jugar a las cuatro esquinas con las niñas, justo donde Smoker lo había emplazado. No se demoró en apretar los puños y atacar por sorpresa incluso a los de jardín de infancia, solo por verlos llorar. La violencia era una matemática nueva, una lógica que había adquirido y a la que necesitaba dar rienda suelta en algún sitio. Lo expulsaron del colegio las tres últimas semanas del año escolar, esperando que el verano lo pusiera en su sitio. Sin embargo, Peg no lo iba a aguantar una estación entera. Empujó a Pork hasta la pick-up arrastrando a Andre de la oreja y le ordenó a su marido que ni se le ocurriera regresar con un puñetero delincuente. Entre los dos cargaron la pick-up bajo la envidiosa mirada de Smoker, frustrado por tener que quedarse varado entre el colegio y las neuras de su madre.

La Taberna del Tocado de Guerra fue su primera parada. Pork sacó una nevera portátil de la caja y se metió con ella en el local. El sol deshizo las nubes del cielo y cayó en picado sobre el parabrisas. Una camioneta nueva, recién lavada, aparcó al lado de la suya. Un

joven apenas salido de secundaria subió las ventanillas y bloqueó las puertas. Dentro, un niño de no más de tres años se entretenía con un juguete de cuerda.

Andre podía cubrir el otro lado de la calle por el retrovisor. Francis Timens estaba acurrucado en el interior de un Chrysler siniestrado. Lanzaba botellas por encima de su cabeza para que sus hermanos las reventaran a tiros. Sobre el Chrysler tintineaba una lluvia de perdigones y cristal. Francis se protegía con la tapa de un cubo de basura. Andre lo había agredido un par de veces en el último mes.

Al mediodía, el sol engulló la sombra de la taberna. En la camioneta de al lado, el niño lloraba y se volvía de color púrpura. Andre se bajó para rescatar al crío. Cuando Francis Timens lo reconoció, aulló y se hizo bola debajo del salpicadero del Chrysler. Sus hermanos se acercaron a la pick-up, sin soltar las armas. Andre sacó el 357 de Pork de la guantera, disparó una vez por encima de sus cabezas y los chavales salieron pitando de vuelta al patio de su casa.

Mientras, el niño de la cabina jadeaba y lloraba tras las ventanillas cerradas. Andre golpeó el cristal y señaló el seguro de la puerta. El niño no lo comprendió. Andre miró la puerta sin ventana de la taberna. Si entraba le caería una buena.

Al otro lado del terreno de grava, el padre de los Timens, Red Archie, en calzoncillos, cruzó atropelladamente el patio hasta la calzada, haciendo girar un bastón como si fuera un rifle. Cuando estuvo a pocos pasos, Andre alzó la pistola y le disparó a escasos centímetros de la oreja. Archie se detuvo en seco. Andre se abalanzó sobre él y le hincó la punta de la pistola en la tripa; la piel se arremolinó como un ciclón alrededor del cañón. Archie alzó las manos con suma cautela. Detrás, Andre oyó que la taberna expulsaba a los borrachuzos de antes del almuerzo. El propietario de la camioneta resplandeciente corrió hacia su vehículo y sacó al crío, que aspiró aire fresco, se estremeció y sollozó. Andre se sentía más sacro que el coro de una iglesia. Si Archie hubiese hecho el menor gesto, Andre habría apretado el gatillo y se habría convertido definitivamente en un santo.

—Ya tengo lo mío, hijo —dijo Pork con toda la calma.

Andre se retiró hacia la pick-up y bajó la pistola. El resto de los parroquianos volvió al frescor de la taberna. Por los espejos laterales, Andre vio a Archie regresar a zancadas a su casa. Sus hijos se reunieron a sus pies en cuanto ganó la cancela, como polluelos bajo el ala de una gallina camino del matadero.

Pork hizo otro alto en el supermercado y sacó un billete de veinte dólares de su cartera. Le ordenó a Andre que entrara y se pillase lo que quisiera. Andre compró filetes, huevos y lechuga, pan, un brik de leche, latas de Sopa Campbell, peras y melocotones: lo que le cupo en dos bolsas. Pork le dijo que había comprado como una vieja. A devolverlo. Esta vez Andre se gastó doce pavos en caramelos de a un centavo y añadió una revista Playboy a la cesta. Regresó con la nueva compra a la pick-up y vació la bolsa sobre el asiento.

—Pocos caramelos me parecen —dijo Pork.

Andre metió la revista debajo del asiento. Pork destapó el whisky y echó un trago, en la señal de STOP miró a ambos lados antes de convidarse con un nuevo trago para celebrar que tenía vía libre. Puso rumbo al oeste, hacia el río, luego al norte, luego otra vez al oeste, y así hasta que Andre no tuvo ni la más remota idea de adónde se dirigían, como tampoco su padre, probablemente. La cháchara de Pork erraba lo mismo que sus travesías en coche. Sin whisky se embarullaba. Con whisky, todo resultaba elemental, si bien solo para él. «Da igual lo que te mate, siempre y cuando te haga más fuerte», soltaba, o: «Llegar al cielo no es moco de pavo y el infierno no deja de ser más que una resaca fastidiosa».

Después de tres horas de viaje, se toparon con el lago Roosevelt, la represa del río Columbia. Sesenta kilómetros más adelante, donde el río Spokane surtía al embalse, había un fortín de la caballería, un merendero enorme y una zona de acampada que bullía de campistas en sus respectivos rectángulos de hierba de tres metros por seis. Cada cual con su mesa y su barbacoa encadenadas a un abeto. Pork tuvo que recurrir a sus dotes de persuasión para hacerse con una plaza. Colocó dos sillas de jardín alrededor del foso de cemento para fogatas y fue a por otra cerveza a la nevera portátil. En las demás plazas tenían la radio puesta, un guirigay de emisoras.

—Píllate una cerveza —dijo Pork.

Andre meneó la cabeza. Pork lo despidió con un gesto displicente de la mano y se dispuso a echarse una siesta en la tumbona. Andre afanó un pitillo y se lo fumó. Deambuló por el parque hasta que encontró un camino que serpenteaba por la margen occidental del río Spokane sobre una cresta polvorienta con vistas al agua. En el primer par de kilómetros vio dos o tres embarcaciones de recreo ancladas cerca de la orilla, pero, más adelante, el calor, los árboles y la artemisa parecieron apoderarse del lugar.

El camino se estrechó hasta convertirse en una exigua vía que se bifurcaba en los puntos donde los ciervos se desviaban para acercarse al agua. Los insectos chasqueantes que, de pequeño, Andre había tomado por crótalos, llenaban el aire de crujidos. Delante, el peñasco se plegaba bruscamente donde el río recibía el cauce de un arroyo estacional. Por debajo del borde, un banco de lodo infestado de nidos de golondrinas descendía hasta una lengua de arena. Con su irrupción, los pájaros se retiraron al fondo de sus diminutas cavidades o se pusieron a batir las alas y se lanzaron como dardos a la caza de mosquitos.

Al pie de la pendiente desnuda y abrupta de la orilla opuesta había una canoa. Tres niños pequeños se perseguían alrededor de la embarcación. Los padres descansaban a la sombra de un pino medio vencido. Los críos dieron paso a una batalla de arena húmeda que se libró hasta que el más pequeño se puso a berrear y el padre les soltó un bramido que los hizo rendir la munición que empuñaban. La madre —morena, delgada y guapa, según le pareció a Andre desde donde estaba— se precipitó hacia el niño llorón y ahuecó las manos para lavarle la cara con agua del río.

El sol se abatió por detrás del horizonte rocoso; comenzó a refrescar. El padre se puso a hacer pases arqueados con un balón de fútbol americano de plástico, los niños salían disparados por la orilla para atraparlos. Antes de que se hiciera de noche, el hombre cavó un hoyo con una pala plegable del ejército y los niños se escabulleron en busca de cosas que pudieran quemar. Sobre la fogata doraron salchichas ensartadas en ramas verdes, luego malvaviscos. Sus sombras se alargaban bajo la luz fluida, exagerando la longitud de una barbilla o de un arco superciliar,

como cabezas de tótems. Al cabo de un rato, la mujer agarró al pequeño para ponerle el pijama y ordenó a los otros que se lo pusieran ellos, que ya eran mayorcitos. El padre aseguró el amarre de la canoa con un ancla, luego inclinó los asientos de la embarcación para transformarlos en camas. La esposa extendió una manta amplia en la playa y sendos sacos de dormir, para ella y su marido. La luna llegó a su cenit antes de que consiguiesen hacer callar a sus hijos. La pareja conversó un rato, luego se arrullaron y, finalmente, se desprendieron de la ropa junto al fuego. Sus pieles trepidaron a la luz rosada de las brasas, entre susurros y gemidos.

Después, se acurrucaron haciendo la cucharita y se durmieron. La fogata olvidada se fue extinguiendo. Andre buscó un camino para acceder al agua. Se detuvo al borde y estudió el pequeño campamento, luego dio un paso al frente y se zambulló en silencio. Contuvo la respiración y cubrió la distancia buceando. Emergió detrás de la embarcación. Tocó la regala; la canoa se meció como una cuna. Dentro, la niña se había ovillado bajo el hombro de su hermano.

En la playa, cerca de las ascuas agonizantes, había una cesta de pícnic. Andre levantó la tapa y se comió medio sándwich, pero le supo tan bien que se zampó la otra mitad. El marido dormía como un tronco. Había cruzado una pierna sobre otra para liberarla del saco de dormir, con lo que había dejado al descubierto los pechos y las piernas de su esposa. Uno de los niños farfulló algo. Andre se giró y, cuando volvió a mirar a la pareja, la mujer estaba delante de él, desnuda. Le soltó un golpazo en las costillas con una pala.

Andre se tambaleó y recobró el equilibrio. La mujer lo miraba fijamente. Sus ojos contenían pensamientos irreconocibles, como los semblantes de las pinturas de los libros de arte en la biblioteca. Volvió a arremeter y le dio en la barbilla. La piel se le abrió y sintió que sangraba. En dos pasos volvió a sumergirse en el agua.

—¡Ahí! —gritó la mujer—. ¡Está ahí!

En su campamento, Pork asaba una salchicha de Bolonia en un palo y se las veía negras para comérsela sin quemarse las manos. La

botella de whisky reposaba vacía a su lado sobre la hierba.

—Tómate una cerveza, me cago en la puta —dijo.

Al ver que Andre no contestaba, Pork se metió entre pecho y espalda lo que quedaba de una lata ya mediada y, una vez vacía, siguió con su asado.

—Tráeme otra, anda —dijo Pork al cabo de un rato.

Andre sacó la última lata de la nevera y la dejó sobre la mesa de pícnic. La lengüeta se rompió, así que golpeó el reborde con un martillo. El impacto hizo que la lata estallase. La espuma los empapó y encharcó la mesa y el suelo.

Pork se levantó atropelladamente.

—Te has cargado mi cerveza.

Andre lanzó el martillo y le dio a Pork en el pecho haciendo que se derribase sobre la silla de jardín. La caja de herramientas seguía sobre la mesa. Andre rebuscó en ella y le lanzó una llave inglesa y unos alicates. Pork se guareció el rostro con los brazos, así que Andre apuntó a la tripa con la llave de trinquete y luego lo acribilló con los vasos y las puntas. Las herramientas que quedaban eran más pequeñas, así que se las lanzó a puñados. Pork gruñó. Cuando no quedó nada más en la caja, Andre continuó la ofensiva con grava, palos, latas de cerveza vacías y, por último, la propia caja de herramientas, que le hizo un buen tajo a su padre en el brazo. Pork boqueaba en busca de aire y jadeaba.

—Me rindo —murmuró—. Me rindo, joder.

Andre se refugió en la cabina de la pick-up, bloqueó las dos puertas y se durmió. Se despertó al alba, se puso el bañador y se dirigió a la rampa de la orilla. Los pescadores descargaban para la faena matinal. El humo grasiento de sus embarcaciones cubría los motores fuerabordas y el agua acusaba el sonido del traqueteo. Los cascos hendían el lago con la misma fluidez con que los pájaros surcaban el aire.

Andre se metió en el agua. Estaba más fría de lo que recordaba. No

se quitó la camisa y le dio la impresión de que la tela era piel suelta de la que podía desprenderse. Se inclinó y se lavó la herida de la barbilla. No dejaba de preguntarse por la mujer: ¿pensaría que había sido una aparición fantasmal funesta o su marido la habría convencido de que Andre no había sido más que una pesadilla en un entorno salvaje?

Oyó un chapoteo a su espalda. Pork, desde la arena, estaba intentando hacer cabrillas. Tenía una narina taponada por un costrón de sangre. Se tapó la otra con un dedo y resopló para despejársela, luego se puso a cuatro patas y se lavó. A continuación, avanzó todo lo que le permitieron sus pantalones arremangados, después de pensárselo siguió, se le empapó toda la ropa. La mano de Andre flotaba en el agua y la de Pork pasó junto a ella como un pez, luego la extrajo con torpeza. Una piel encallecida, de hombre.

—Lo siento —dijo Pork—. No debí dejarte en la camioneta. La mayor parte del tiempo no sé ni lo que hago.

11 El término utilizado es teepee creep, un eufemismo con el que los nativos estadounidenses se refieren al engaño, y que procede de la vieja y sana costumbre de colarse en los tipis ajenos para beneficiarse a la mujer o el marido del prójimo. (N. del T.)

12 En la introducción de su álbum Going to the Stick Games (2004), el músico nativoamericano Jim Boyd, miembro de la reserva de los indios colville, en el estado de Washington, explica muy bien el sentido y las reglas del «Juego de los palos». Se trata de un juego tradicional de azar al que jugaban las tribus del noroeste y de la Columbia Británica para romper el hielo cuando se reunían. Se sigue jugando en la actualidad durante la celebración de los powwows. Consta de unos palos, que sirven para puntuar, y dos conjuntos de huesos. En cada conjunto de huesos hay uno con una franja y otro liso que es el que hay que adivinar en qué mano esconde el jugador del equipo contrario. El equipo en posesión de los huesos que logra impedir que el contrincante adivine en qué mano se oculta el hueso en discordia va adquiriendo palos/puntos hasta hacerse con el palo de la victoria. También se utilizan cánticos para distraer al equipo contrario y animar al propio

durante la partida. (N. del T.)

7

ÉXODO

Agosto 1991

El camino volvía a ascender por una sarta de curvas de horquilla. La aguja del indicador de velocidad apenas se separaba del cero. Los taladores no se habían adentrado tanto en el bosque; el sendero consistía en poco más que un par de rodadas aplanadas por un todoterreno equipado con una pala frontal. En cada viraje, Andre podía echar un vistazo a los cañones, privados de gente y luz.

Andre detuvo la camioneta para cambiarle el vendaje a Smoker y ajustar el entablillado del dedo que habían ingeniado con una chaveta y cinta aislante.

—¿Te acuerdas de la primera vez que le viste la polla a Pork?

Smoker se rio.

—¿Sí o no? —preguntó Andre.

—Bueno, se la vi, pero no me acuerdo de cuándo ni dónde.

—Yo entré en el cuarto de baño y estaba meando. Tenía una de esas erecciones matinales.

Smoker asintió.

—Mis favoritas.

—Me cagué vivo.

—Pero ya te habías visto la tuya, ¿no?

Andre asintió.

—Y la tuya también. Una piltrafilla, si no recuerdo mal. Como un meñique cortado por la primera falange.

—A esa edad la tuya tampoco es que fuese un menhir.

—No, claro. Pero la del viejo, la recuerdo como si le colgase hasta las rodillas.

—Yo le vi una vez el coño a Peg —dijo Smoker—. Pero era un desierto.

Andre asintió.

—Yo también se lo vi, y pensé exactamente lo mismo. Me acojonó igual.

—¿Y eso?

—No tenía ni idea de lo que había ahí abajo.

—Y con Pork sí lo sabías y también te acojonaste.

Andre asintió.

—Ya ves.

—La verdad es que nunca me había parado a pensar en eso —dijo Smoker—. Tiendo más bien a no querer saber. Gracias por sacarlo a la luz.

Continuaron avanzando en silencio.

—En cualquier caso, la polla de Pork no es más grande de lo normal —dijo Andre—. He meado a su lado un montón de veces en la taberna de Eddie.

—¿Y esta obsesión de hablar de estas cosas a cuento de qué?

—Eran normales.

—Bueno, pues entonces lo normal es raro de cojones.

Andre sacudió la cabeza.

—¿Y si resulta que nos lo inventamos todo?

Según avanzaba la noche, el terreno se iba ensombreciendo y perdiendo forma, hasta que lo único que los sostenía era la oscuridad y todo lo que tenían delante era más oscuridad, salvo por lo que iban taladrando los faros, formas que aparecían y desaparecían tan rápido que parecían soñadas. En lo alto, el cielo estaba sembrado de luces y les daba la impresión de hallarse en algún otro planeta, más próximo a las estrellas. Andre maniobraba las marchas. El motor bregaba o se relajaba según el grado de la pendiente.

Smoker apagó la radio; a aquella altura no se sintonizaba ninguna emisora. Se miró en el espejo y le entró la risa, primero entre dientes, luego a carcajada limpia.

—¿Qué? —preguntó Andre.

—Me has disparado en el culo —dijo Smoker.

—¿No te duele?

—Joder que si me duele. Es la situación lo que me hace gracia. No el dolor.

—A mí no creo que me hiciese gracia recibir un perdigonazo en el trasero.

—Eso es porque a ti nada te hace gracia.

—Sí que me río.

—Refréscame la memoria.

Avanzaron un kilómetro, y otro más.

—¿Ves? Ni te acuerdas.

—Me río todo el tiempo.

—No, haces como que te ríes. Como un perro, te pones a ladrar cuando pasa el camión del cartero, pero no sabes por qué.

—Lo mismo es que soy educado.

—Me has disparado en el culo, señorita Buenos Modales.

Andre asintió.

—Sí, eso es cierto. En eso estamos de acuerdo.

—Y aun así soy yo el que se descojona.

—Igual es que a ti te hacen gracia cosas que a mí no.

—¿No te parece descojonante que ese viejo te haya pillado sajándome el culo?

—Me siento mal por él. Se pensó que era una cosa que no era. No es culpa suya. Intentó ayudar y acabó siendo blanco de mofa.

—Coño, tendrá una anécdota que contar hasta el día que estire la pata —dijo Smoker.

—No me gusta burlarme de la gente. Está feo —dijo Andre.

—Tienes un cerebro que te permitió graduarte en la universidad. Y una mujer que solo te ha engañado una vez, y con alguien que era clavadito a ti, qué coño, con uno de la familia. Eres afortunado. Y ahora vas a joderlo todo porque no tienes sentido del humor. Por el amor de Dios, tus pecados me dan mil vueltas.

LAMENTACIONES

Julio 1984

A lo largo de la primavera, Claire fue atesorando el dinero de las vueltas. Al arrancar el verano, alquiló una cabaña en el lago Chelan, a una hora de viaje por las montañas. Andre se resistió, pero ella le prometió que no tendría que ejercer de turista. Leían un par de poemas al día y, de vez en cuando, cenaban en los restaurantes de la ribera. Aunque, casi siempre, asaban costillas a fuego lento, o salchichas alemanas, o pecho de ternera, y preparaban una ensalada de col siguiendo la receta de un libro de cocina que alguien se había dejado en la nefasta biblioteca de la cabaña. Al atardecer, cuando estaba demasiado oscuro para embobarse con el paisaje o merodear por las tiendas, se jugaban pequeñas cantidades en el casino indio contra jubilados y luego se apropiaban del jacuzzi del resort y se ponían a cuchichear hasta bien entrada la madrugada.

Andre contaba sus batallitas del instituto, en la época en que estimaba las necesidades de los demás, sin preocuparse nunca de las suyas. Daba la impresión de altruismo, pero tal conducta no hacía sino reemplazar un egoísmo honesto por uno de carácter fraudulento. Andre se había confeccionado una personalidad que los demás encontraban amistosa por el simple procedimiento de aventar prácticamente todo lo que no tenía de tal ni por el forro. Eso lo convertía en alguien de trato fácil, pero imposible de conocer. No dejaba espacio para ser amado u odiado. Su generosidad nunca resultaba tan natural como el egoísmo de Smoker y, en el mejor de los casos, parecía insincero.

La última tarde de sus vacaciones, Claire y Andre entraron en un viejo hotel para deleitarse con su colección de platería antigua. Dentro olía a colada y a ventanas cerradas. Un hombre de la quinta de Andre jugaba a la canasta con una señora de pelo cano que iba anotando las puntuaciones en una servilleta. Claire echó el freno.

Los ojos del hombre la escrutaron por encima de las cartas. Las caderas de Claire se revolvieron, como acusando el peso de su mirada.

—De todos los cafés locales del mundo[13] —dijo él.

Se abrazaron. Claire se lo presentó como Marlon. Barajó, dejó caer el mazo sobre la mesa, se excusó y los condujo al bar. Desde el otro lado de la barra, sin preguntar, le sirvió a Claire un pelotazo en un vaso de plástico —tónica y lima—.

—¿Y tú? —le preguntó a Andre.

—Bourbon —respondió Andre.

Claire lo miró de reojo. Andre la ignoró. Se llevó cuidadosamente el vaso rebosante a los labios y se lo bebió de un trago, luego rebuscó en su bolsillo y depositó un billete de diez dólares sobre la barra.

—Vuestro dinero aquí no vale —dijo el hombre.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Claire—. Oí que murió.

—Entonces he estado jugando a las cartas con un fantasma.

Claire se rio.

—Sabe Dios de dónde salen algunos rumores.

—Bueno, por suerte te llegó a ti antes que a mí —Marlon le dio unas palmaditas en la mano sobre la barra—. Qué bueno que te hayas pasado a verme.

Miró a Andre.

—Y tú, los dos. Está bien saber qué ha sido de esta chica.

—Damos clase en el mismo instituto —dijo Claire.

—¿No jugamos una vez contra ti al softball? —preguntó Marlon.

—No —respondió Andre.

Un poco más de whisky y le soltaría un guantazo. Se sacó la cartera del bolsillo y dejó uno de veinte sobre la barra.

—Ya dije que corre de mi cuenta —le dijo Marlon.

Andre dejó el billete donde estaba. Marlon se encogió de hombros y le rellenó el vaso. Andre se lo bebió e hizo un gesto para que le sirviese otro.

—¿Cuántos te piensas bajar?

—Los que me pongas —dijo Andre.

Marlon alineó cuatro vasos y los llenó. El bourbon era de color pis. Le faltaba pegada y no provocaba la deliciosa sensación de euforia que acompañaba al genuino. Aquel mejunje solo lo dejaría hecho mierda y deprimido. El tequila tenía un sabor tan bronco que hasta un abstemio notaría si lo habían rebajado. Así que Andre se metió los cuatro chupitos seguidos y decidió pasarse al Two Fingers. Se lo pidió y Marlon le sirvió dos.

—Este tío no sabe contar[14] —le dijo a Claire.

En un extremo de la barra había una pila de vasos de plástico. Andre vació los dos chupitos en uno.

—Perdone usted —dijo.

De vuelta en la cabaña, Andre se cambió y se metió en el jacuzzi. Le dio un sorbo al tequila. El cielo se amorató, las nubes se disiparon y cayó la noche, un manto negro espolvoreado de luz. El agua desprendía hilos vaporosos con aire distraído. No supo cuánto tiempo había pasado cuando abrió los ojos y se encontró a Claire zanganeando a su lado con el bañador rojo. La tela titilaba en el agua clara. El cabello se le adhería al cuello en rizos oscuros.

Andre se rio.

—Anda, coño.

Claire flotó hasta situarse más cerca de él y le plantó la mano en el pecho.

—El día que conozca a tu ex, puede que haga lo mismo.

—No creo.

—Espérate y verás.

—Me estás diciendo que te vas a poner a beber como una descosida, como he hecho yo.

—Le estás dando más importancia de la que tiene.

—¿Te acostaste con él?

Claire asintió.

—¿Cuándo?

—Por las noches.

Andre no se rio.

—Estuvimos saliendo tres semanas, lo mismo ni eso. Yo era virgen entonces.

—¿Y él lo sabía?

Claire alzó la mirada.

—Antes de hacerlo me dijo que lo pensaba.

—Eso tuvo que hacerle tilín.

—Me gusta creer que lo que le hacía tilín era yo.

Andre abismó la mirada en la noche estrellada. Claire subió la mano hasta su cara y trazó el contorno de su mandíbula.

—A nosotros nos llevó tres meses —dijo él.

El dedo de Claire le golpeteó la nuez de Adán.

—Podría poner fin a esta conversación ahora mismo, solo tendría que apretar.

—¿Cómo lo conociste?

—Compartíamos una asignatura. Un día me preguntó la hora, aunque había un reloj sobre el atril del profesor. Después de eso hablé con él en una fiesta de una residencia de estudiantes. Bailamos un rato, luego nos instalamos en la puerta, donde corría el aire y podíamos oírnos. Me preguntó si iría al cine con él.

—Tú trabajabas conmigo —dijo Andre—. Conversábamos a menudo.

—Y eso está muy bien.

—Te costó un huevo ponerte cariñosa conmigo.

—Tal vez si me lo hubieses pedido antes, no estaríamos teniendo esta discusión.

—Tal vez lo habría hecho si me hubieses dado más señales.

—Cariño, casi ningún hombre que yo conozca necesita tantas señales como tú.

—Ni tanto whisky.

Claire cerró los ojos y se los masajeó con las manos mojadas. Los músculos de su cara se agarrotaron y luego se distendieron.

—¿Quiénes son todos esos hombres? —preguntó Andre.

—Tengo un harén masculino. Los abandoné a todos por ti. Se autoemascularon con cuchillos oxidados de pura frustración.

Andre palmeó el agua. Formó una ola que se desbordó por el otro extremo del jacuzzi. Observó cómo rompía y regresaba contra su pecho para, acto seguido, aquietarse hasta recuperar el borboteo normal. Hundió la cabeza y escuchó el bullir de los chorros hasta que le dolieron los pulmones. Emergió.

—¿Se corrió dentro?

—¿Es que ahora vas de santurrón o qué? —dijo ella.

—¿Sí o no?

—No creo que sea asunto tuyo.

—Es posible.

—¿De verdad quieres que te responda?

—Te lo he preguntado.

—Sí, me lo has preguntado. ¿Quieres que te responda?

—No —dijo él—. ¿Te corriste tú?

—¿Que si tuve un orgasmo? ¿Que si me quedé como nueva? ¿Que si encontró mi punto G?

—Sí —respondió Andre—. No —dijo luego—. No quiero saberlo.

Claire se echó hacia atrás y se quedó flotando de tal manera que lo único que se le veía de la cara era la punta de la barbilla y las pestañas al parpadear. Su tono de voz se volvió monocorde.

—Al principio no —dijo.

—Te he dicho que no quiero saberlo —dijo Andre.

—Me había hecho con unas pastillas —dijo ella.

—¿Para él? —preguntó Andre. Se sumergió.

Ella continuó hablando en cuanto volvió a emerger.

—Para que dejara de doler.

—¿Te hizo daño?

—Me dolió.

—¿Luego no?

—Estaba más húmeda —explicó ella.

—Venga, échale sal a mis heridas.

—¿Tus heridas? —preguntó ella.

Andre se puso a golpetear el borde del vaso vacío. El tequila solía dejarlo noqueado, pero pensó que esta vez sería poco probable quedarse grogui; según su experiencia, Dios no era tan generoso.

—Entonces él te gustó más según fue pasando el tiempo.

—Sí. Él y el folleteo.

—Más que yo.

—Que nosotros, querrás decir —dijo ella.

—Que nosotros. —Andre se rio. Se levantó para salir del jacuzzi y se sentó en el borde. El vapor lo envolvía.

—Solo era sexo —dijo Claire—. No religión. Pasó, y punto.

Nadó hasta él y le plantó una mano en cada muslo.

—A mí nunca me pasó. Hasta que te conocí, obvio.

Miró su cabello mojado y la piel húmeda. Claire se había puesto a llorar.

—¿Es por él? —preguntó Andre.

Ella meneó la cabeza.

—Tal vez podrías casarte conmigo —dijo ella—. Serías el primero.

13 Conservamos la traducción del doblaje que se hizo en su día de la famosa frase que le suelta Rick a Sam en Casablanca: «Of all the gin joints in all the towns in all the world, she walks into mine», esto es: «De todos los cafés locales del mundo, ella aparece en el mío». (N. del T.)

14 Two Fingers (Dos Dedos) es una marca de tequila. Andre pide

«un Two Fingers», y Marlon interpreta que quiere dos vasos de Fingers. (N. del T.)

8

ÉXODO

Agosto 1991

La bifurcación en la que tomaron el sendero tortuoso que los condujo hacia la casa quedaba a casi un kilómetro. Un perro se puso a aullar y, al momento, se le sumaron otros dos. Sus cuerpos alargados lucían pálidos en la penumbra del bosque mientras escoltaban a la camioneta. Bajo la capota, el oso se desplazaba inquieto y torpe de una ventanilla a otra. La luz de un foco instalado a media altura en el tronco de un pino ponderosa rebotaba en el camino de entrada de tierra endurecida haciendo que pareciese de día. Más adelante, unos grupos electrógenos retumbaban y un hombre calvo irrumpió en la luz. Levantó una mano y los perros se inmovilizaron.

—¡No os harán nada! —gritó hacia la camioneta.

Al aproximarse, Andre reconoció a Calvin a su lado, con una lámpara de gas.

Smoker tendió la mano ilesa para abrir la puerta de la camioneta y se las ingenió para sacar la pierna buena antes de arrastrar la otra. Cojeó hacia ellos. Andre lo siguió. El reverendo no estaba calvo del todo, solo la coronilla. Tenía un aire inteligente y estrafalario, como de catedrático. Les dedicó una sonrisa paternal y les indicó que lo acompañasen a la cabaña.

—¿Te duele mucho? —preguntó el reverendo Harold.

Smoker alzó el dedo entablillado y se miró los vaqueros

ensangrentados.

—¿Cuál de ellas?

Harold encogió los hombros.

—¿Cualquiera?

—Mejor corramos un tupido velo.

Dentro la chimenea estaba encendida y Calvin dejó la lámpara en la repisa, luego prendió una cerilla, encendió otra lámpara y repitió la operación con media docena de velas. La estancia se tornó anaranjada y acogedora, aun con las sombras. Sobre un sofá raído yacía una biblia abierta y llena de marcas. En la mesa de la cocina había otra. Desde la pared del hogar los contemplaba una acuarela de Cristo junto a un armero de asta de uapití que sostenía dos rifles. Harold sacó de la bodega unas cuantas botellas de cerveza casera.

—Dede me advirtió de que vendríais —dijo.

—Vaya con la profetisa —replicó Smoker.

Harold se acomodó en su butaca.

—¿Qué os trae por aquí, placer o negocios?

—Mi hija —dijo Smoker—. Que no es ni lo uno ni lo otro.

—Eso no es verdad. Es una buena chica. Se hace indispensable.

Smoker asintió.

—Ayuda mucho, cierto.

Desenfundó la pistola y la dejó sobre la mesa. Calvin se levantó, seguido de Andre, pero Harold les hizo un gesto para que volvieran a sentarse.

—No hace falta que me des lecciones sobre mi propia hija —dijo Smoker.

—Tenías razón —Harold hizo un gesto a Calvin con el mentón—,

sutiles no son.

Smoker señaló la Biblia.

—¿En qué parte se promueve el secuestro?

—Su madre la dejó voluntariamente. Fue temeraria. Un rasgo poco adecuado para un progenitor.

—¿No se supone que juzgar al prójimo es un pecado en tu oficio?

—Dejad al César lo que es del César y al Altísimo lo que es del Altísimo.

—Cojonudo, y a mí lo que es mío —dijo Smoker.

Harold miró la pistola.

—Esa cría tiene padre y madre.

—Pues digamos que ahora me toca a mí la custodia.

—Eso lo tendrá que decidir la ley.

—Tengo un abogado que se llama Reynolds —dijo Smoker—. Va con una escopeta en una mano y una citación en la otra.

—Eso cuesta dinero —dijo Harold—. Y tú no es que tengas pinta de pertenecer a la clase pudiente.

—La policía sale mucho más barata —dijo Andre. Los demás lo miraron—. Te echamos a la policía del condado encima y la niña se va con mi hermano porque no le queda otra.

—Sabe hablar —dijo Calvin.

—Y hasta pensar —respondió Smoker—. Preferiría pagarte y dejar zanjado el asunto. Lo de la poli llevaría su tiempo. —Smoker miró a Harold—. Mil dólares es lo que tengo. Firma. Lo tomas o lo dejas.

—Un indio con mil dólares, a saber de dónde los ha sacado —dijo Calvin.

—Me parece que tienes un problema de precisión, paliducho. De indio tengo yo lo mismo que de blanco. Tú en cambio sabe Dios qué revoltijo, me apuesto lo que quieras a que no sabrías decir de dónde procede ni la mitad de tu ADN —dijo Smoker. Se volvió hacia Harold—. ¿Entonces qué? La niña se viene conmigo, por las buenas o por las malas.

—No si no sales de aquí —dijo Calvin.

—He dejado instrucciones y le he dicho a mi mujer que espere —dijo Andre—. Si pasado mañana no he dado señales de vida, irá con el cuento al primer poli que vea.

—¿A tocateja? —preguntó Harold.

Smoker asintió.

—Calvin tendrá que bajar al pie de la colina. La niña está jugando con los hijos del vecino.

—Al venir no vi luces.

—Cierran las contraventanas. Separatistas. Temen al gobierno. Tenéis suerte de no haberos tropezado con ellos. Os habrían acribillado.

—¿Por qué?

—Descendéis de los bárbaros. Del basural. Que conste que yo no pienso lo mismo.

—Más te vale —dijo Smoker.

LAMENTACIONES

Diciembre 1984

En la víspera de la boda de su hermano, Smoker se olió que la cosa iba a ponerse fea al ver a Pork sentado en el portón trasero de la pick-up con ropa isotérmica, una gorra naranja de caza y una caja medio vacía de cerveza Olympia bajo el brazo. Smoker estacionó en el aparcamiento de grava de la taberna de Eddie «el Loco» y se bajó de la cabina. Saludó con la mano a su padre. El anciano asintió y, acto seguido, echó mano de otra lata de la caja. Smoker le dijo que no bebía pis de uapití y entró tranquilamente al local de Eddie «el Loco» para convidarse con una buena botella de Lucky Lager, pero Eddie andaba falto de existencias, no le quedaban ni en lata. Desconcertado, Smoker se apoderó de la botella de whisky de la casa. La nueva camarera, Myrna, le hizo un guiño.

Fuera, Pork le requisó el whisky y calibró lo que quedaba a la escasa luz del sol poniente.

—Si la idea es despedir a tu hermano como se merece, con esto no tenemos ni para empezar —dijo Pork.

—Me dijo que pasaba de despedida de soltero —respondió Smoker —. Se lo pregunté.

—Lo que él quiera da igual. Es cosa nuestra.

Pork insistió en que fueran en su camioneta. En la licorería, el anciano se hizo con dos litros de whisky canadiense y medio de licor de menta. Ya no le iba el whisky a secas, pero los refrescos le quitaban alegría al trago. De nuevo al volante, destapó las dos garrafas. Al hacerlo frunció el ceño y solo se dejó ver su frente en la avanzadilla de las sombras.

—Podemos pillarnos un buen pedal y luego llevarte a que mojes el churro —dijo Smoker—. Dejar a Andre tranquilo.

El whisky hacía que Pork se abismase. Así que aquella era la última oportunidad para razonar con él.

—Admito que él lo preferiría —dijo Pork.

—Pues entonces dejémoslo tranquilo.

—Está escondido en el único sitio donde sabe seguro que daremos con él —dijo Pork.

—Porque nos tiene calados. No porque le haga gracia la idea.

Pork parpadeó bajo la luz naranja de las farolas.

—Es lo que hay que hacer, se ponga como se ponga.

Pork conducía como un cafre estando sobrio, pero cuando iba borracho ponía especial cuidado, así que Smoker perdió la esperanza de que los detuvieran antes de liarla. La camioneta abandonó el asfalto para meterse por un camino de grava. El gobierno federal había indemnizado a las tribus de la reserva Colville por las pérdidas ocasionadas por la presa y el embalse; no era poca cosa; Smoker había asistido a la reunión. Dejaron que un profesor como Andre pudiera permitirse una casa que no estaba nada mal, una hipoteca con un interés más grácil que una hostia de comunión, aunque Andre se negaba a residir en otro sitio que no fueran las dependencias en las que había vivido Claire.

Andre abrió cuando Smoker llamó a la puerta y echó un vistazo a la camioneta traqueteante de Pork.

—Se emperró en venir, conmigo o sin mí —dijo Smoker.

Andre lo dejó pasar. Sabían que Pork no se bajaría de la camioneta.

—¿Dónde anda la novia? —preguntó Smoker.

—Por ahí, y no volverá hasta que me vaya. Dice que el novio no puede ver a la novia el día de la boda hasta el momento de

pronunciar los votos.

—Me conozco a unos cuantos que cogieron la costumbre de no verla ni después —dijo Smoker.

—No será mi caso —dijo Andre.

—No, tú no —convino Smoker—. Puedes quedarte en mi casa.

—Ya lo tengo todo dispuesto —le dijo Andre—. Aunque, si no te importa, iré a arreglarme a tu casa por la mañana.

Smoker asintió.

—¿Qué tal Bird?

—En la peluquería, con Dede. No veas lo en serio que se ha tomado lo de llevar las alianzas.

—Ni que os hubiesen civilizado a todos de la noche a la mañana —dijo Andre.

Smoker llevaba ya cerca de una estación entera con un trabajo estable, y seis semanas sin provocar a Dede. Su esmoquin de padrino, alquilado, colgaba en el armario de la caravana, encima de sus nuevos zapatos, actitud de lo más meritoria hasta el momento en que entregó el whisky al borracho más abyecto en cien kilómetros a la redonda, en el peor día que podía haber elegido.

—¿Crees que podremos contener al viejo hasta que cierren la licorería? —preguntó Andre.

—Venimos de allí. Además, piensa llevarnos a una coctelería.

—Allí podríamos desplumarlo.

—Y desplumarnos —dijo Smoker—. Y siempre le quedará la opción de pagar con cheques sin fondos.

Smoker sacó un refresco de la nevera. La puerta estaba ajedrezada de fotografías. La de Bird en el colegio destacaba encima de todas, fijada con un imán de la tienda de comestibles. Claire y Andre

colonizaban la mayor parte de las otras. Habían cosechado un registro de lo más exhaustivo. En verano, la pareja se fue de vacaciones a un lago y se enterraron mutuamente en la arena; al cabo de un mes, Andre posaba en el centro de la ciudad, delante del nuevo supermercado; en otra, Claire leía o desmalezaba un jardín. De vez en cuando, una foto de Smoker lograba aguantar en la nevera alrededor de una semana antes de ser reemplazada por otra de ellos.

Pork los llevó por Grand Coulee, luego por Electric City. El lago helado estaba tan blanco como la tierra, solo que más llano. Fogatas amarillas moteaban la superficie donde los rusos habían serrado agujeros para pescar.

Andre iba bebiéndose una Pepsi. Smoker echaba mano de la garrafa de whisky. El alcohol le servía como lubricante para el tornillo de purga, puro mantenimiento. Podía tirar todo el día con una sola cerveza sin sentirse con ganas de más, o bajarse ocho del tirón y solo necesitar echarse una cabezadita. Lo más probable es que optara por una limonada. Para Smoker, el consuelo que le proporcionaba la bebida era de la misma naturaleza que el solaz que llevaba a nutrir las filas del ejército: te alistabas voluntariamente y salías sintiéndote parte de una comunidad. A Andre, en cambio, el alcohol lo embarrancaba. Aun sobrio, la mera perspectiva de empinar el codo lo desgajaba de los demás. Claire parecía ser la única manera que tenía para sobrellevar la sobriedad.

—¿Te crees que estar casado es fácil? —le preguntó Pork a Andre.

—Más fácil —dijo Andre.

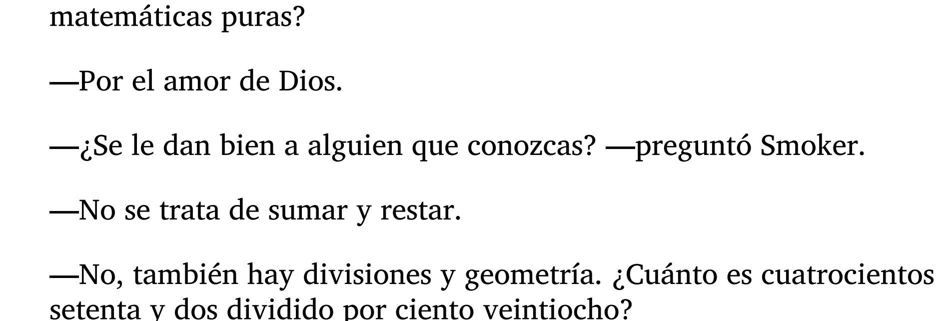
—¿Que qué?

—Que el cálculo diferencial, por ejemplo.

Smoker se rio.

—Un traguito de nada y mira cómo te pones, nenaza —dijo Pork.

—Tú has estado casado —dijo Smoker—. ¿Se te dan bien las



matemáticas puras?

—Por el amor de Dios.

—¿Se le dan bien a alguien que conozcas? —preguntó Smoker.

—No se trata de sumar y restar.

—No, también hay divisiones y geometría. ¿Cuánto es cuatrocientos setenta y dos dividido por ciento veintiocho?

—Como si tú lo supieras —dijo Pork.

—No soy yo el que se ha puesto a dar consejos. Para eso hay que estar cualificado.

Pork se golpeó el pecho con el pulgar.

—Aquí el menda está casado —dijo—. O lo estuve, al menos. —Le confió el volante a Smoker y se inclinó hacia Andre—. Tienes un corazón, vaya putada. Eso jugará en tu contra.

—Da media vuelta —dijo Smoker.

Pork se incorporó para que el volante pudiera girar.

—Yo también tuve un corazón en su día —dijo.

—No sabrías diferenciar un corazón de un riñón —le dijo Smoker.

—Lo suficiente para imaginarme que no soy el único que alguna vez ha sentido algo —respondió Pork. Agarró las solapas del abrigo de Andre y lo sacudió—. Puede que no te guste, pero tengo unas cuantas cosas que decirte.

Andre se acomodó contra la ventanilla y cerró los ojos.

—Lo de escuchar nunca ha sido lo tuyo —dijo Pork.

Pork recuperó el volante y el whisky. Prosiguieron su ruta más allá del resplandor de la ciudad, donde las altas paredes del valle oscurecían las dos orillas del embalse y la luna brillaba como una ampolla sobre el hielo.

—A lo mejor es que estoy valorando la fuente de la información —dijo Andre.

—No tienes ningún derecho a decirme eso —musitó Pork.

—¿No? —preguntó Andre.

—Bueno, a lo mejor sí —admitió Pork—. Pero no es muy amable por tu parte.

Pork le pasó la garrafa a Andre, que llevaba varios meses sin beber, por encima de Smoker. Andre le quitó el tapón y se puso a trasegar de lo lindo hasta que Smoker se la arrebató.

—Déjalo tranquilo —le dijo Pork a Smoker.

—¿No fue exactamente eso lo que te dije yo hace una hora, cabronazo? —respondió Smoker.

—Bueno, eso fue antes y te equivocabas, esto es ahora y me asiste la razón. Ni eres consciente de la mitad de lo que haces ni de nada de lo que piensas que haces.

—¿Insinúas que tú sí? —dijo Smoker.

Pork sacudió la cabeza.

—Insinúo que yo tampoco, pero al menos soy consciente de ello.

Andre se rio.

—Un poquito tarde para dártelas de filósofo, tiene huevos la cosa.

—Al menos no me ha dado por la religión —dijo Pork.

Avanzaron dos kilómetros en silencio.

—A ver, ¿cómo crees que se me daría la vida de casado? —le preguntó Smoker al viejo.

—Como el culo —respondió Pork.

—Me duran bastante, a veces dos o tres a la vez.

—Componérselas con varias es más fácil que con una sola.

—Dede —dijo—. Llevamos en serio ya un tiempo.

—Dudo mucho que vayas a dejar de lanzar la caña solo porque ya tengas una trucha en el fardel.

—Mira a Andre.

—Ese no pesca ni un resfriado. Lo han embaucado.

Pork tomó un desvío y dio media vuelta de regreso a la ciudad.

—Pon la calefacción —dijo.

—Yo estoy que me aso —le dijo Smoker.

Como iba en medio, era a quien le quedaba más a mano el calentador.

—Hay más ovejas en el rebaño.

—Pero la única que llega al mando soy yo.

Pork se ladeó hacia el mando y lo giró. La camioneta dio un bandazo y una bocanada de aire caliente se precipitó sobre el regazo de Smoker. El anciano le brindó una sonrisa burlona. Ni bien había pasado un minuto cuando el motor se puso a resollar. Pork golpeteó los indicadores del cuadro de instrumentos como si fuesen a corregirse solos.

—No tendrías que haberla encendido —dijo Smoker.

—La calefacción no consume gasolina —dijo Pork.

Se metieron a sacudidas en la cuneta. De debajo del asiento, Pork sacó a la luz una garrafa de plástico con la parte superior serrada a la altura del mango. Se puso a caminar hacia el pueblo y la gasolinera sin decir ni mu, dejando a su paso nubes de vaho.

Smoker y Andre lo dejaron ir y se acurrucaron en la cabina al abrigo del viento. Por las rejillas del calentador salía aire frío y

Smoker apagó el motor para no gastar batería. El cristal de las ventanillas no tardó en escarcharse y Andre dibujó una huella de oso y el signo de la paz en la capa blanca. El rastro de una pata de pollo dentro de un círculo, les decía Pork cuando eran pequeños. Andre cogió el whisky, abrió la puerta de la camioneta y salió a la carretera.

—¡Con que vaya uno solo a por gasolina va que chuta! —gritó Smoker.

Andre lo ignoró. Smoker lo alcanzó a medio trote. Andre bebía como un energúmeno. Los coches pasaban, ninguno con Pork ni con nadie lo bastante generoso para rescatarlos del frío. Andre y Smoker marcharon durante media hora hasta dar con la pendiente que llevaba a la calle de Claire. Juntos rodearon el dúplex por un callejón. Andre se detuvo debajo de una pícea y le indicó a Smoker que hiciese lo mismo. El tupido árbol apestaba a ginebra. A sus pies el suelo estaba helado y pelado. Andre sacudió el brazo entre el dosel de ramas hasta que cayeron una silla de jardín y un saco de dormir.

—Por la mañana vas a estar pajarito —dijo Smoker.

—No me digas —dijo Andre.

Desde aquel punto de observación, podían contemplar el apartamento sin ser vistos. Smoker reconoció a Claire en el ventanal de la fachada, inclinada mientras levantaba el dobladillo del vestido de novia con la máquina de coser. Andre le dio un buen tiento a la botella y Smoker lo imitó, a su debido turno, para combatir el frío. Al cabo de un rato, Claire se levantó, se acercó con toda calma a la ventana y estiró los brazos. Alzó una mano y un pie, como un setter al localizar una presa. Súbitamente, proyectó una cadera hacia delante, la otra hacia atrás, y se puso a girar sobre sí misma. Los giros se fueron ralentizando, dejó caer la mano como una ola lenta y cuando estuvo a la altura de la otra hizo que ambas se desplegasen a lo largo de su cintura, como envolviéndola. En su semblante había una expresión que Smoker solo había visto en niños.

Entonces Dede se levantó del sofá que daba la espalda a la ventana.

Extendió su propio vestido. Smoker no tenía ni idea de que fuera a encontrarse allí, aunque le pareció de lo más natural. La vio reírse e intentar imitar los giros de Claire. Solo era capaz de realizar media rotación. Era bella como un gato salvaje y casi igual de intratable. Sus vaqueros ceñidos y la camiseta ajustada dirigían la atención a lo obvio, pero sus tentativas de girar sobre sí misma manifestaban cierta ineptitud, hasta que Claire la agarró del codo, la impulsó y logró que completase una espiral tambaleante.

—Claire es la única chica que he visto desnuda —dijo Andre.

Smoker negó con la cabeza.

—Aquella animadora histérica que te colé en la habitación de la residencia de estudiantes. Que yo recuerde, estaba como Dios la trajo al mundo.

—Porque le quitaste la manta y la obligaste a perseguirte.

—Para disfrute de ambos —dijo Smoker.

Andre dio otro trago.

—Para vanagloriarte.

Smoker soltó una carcajada.

—¿De verdad no has visto a ninguna otra mujer en bolas? —preguntó.

El cielo violáceo se había rendido al negro. Smoker reunió un puñado de guijarros y se puso a lanzarlos, la nieve gris los engullía sin ruido. Andre tomó aliento y contuvo la respiración hasta que no pudo más, luego volvió a inhalar e hizo lo mismo. El rostro hinchado y los ojos vacíos. En el parque, cuando eran críos, Smoker y él se entretenían hiperventilando hasta perder el conocimiento, y ahora Smoker se dio cuenta de que los pensamientos de Andre se estaban arremolinando.

—Le preocupa que quiera tanto estar con alguien como para conformarme con cualquiera —dijo.

—¿Y es así?

—Es lo que le preocupa. Está un poco a verlas venir.

—Eso no lo sabes.

—Cierto —dijo Andre—. Es una suposición de ignorante. No estoy muy ducho en la materia.

—No me jodas, tú eres el único de la familia con algo de formación —le dijo Smoker—. Cuentas con todos los putos sentimientos que se precisan.

—Y tú con todos los polvos.

—Están sobrevalorados.

—Muchas noches me hubiese gustado descubrirlo por mí mismo.

—Te lo cambio, si quieres —respondió Smoker.

Andre sacudió la cabeza.

—Ya no.

Se metió otro lingotazo, suspiró y, sin pensárselo, se metió otro más. Smoker lo vio encogerse en la silla y fijar la mirada en la raíz retorcida del árbol y las acículas descompuestas que la encorsetaban, como si focalizando toda su atención en esa minúscula porción de tierra fuese a liberar virutas de alcohol, como con un taladro.

—¿Por qué no te limitas a hacer gárgaras o a dar sorbitos? Total, el viejo no va a enterarse.

—Tú sí —dijo Andre.

Su prominente arco superciliar le encapotó los ojos y se quedó dormido. Smoker se puso a meditar sobre sí mismo y su talento para desguazar mujeres. Carecía de talento para sanar, y no tenía ningún interés en adquirirlo. La ternura lo irritaba y a todas las mujeres con las que se acostaba las dejaba enseguida que se

vistieran y supuraran como una llaga abierta hasta que lo abandonaban por otro, convencidas de que el problema residía en ellas. Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y volvió a abrirlos. El cielo era un fluido estrellado, con olas que rompían por encima de su cabeza, como si él fuese un pez en el fondo de un lago estudiando los confines del universo.

Una hora más tarde, Smoker oyó el carraspeo de la camioneta de Pork. El anciano lo había adivinado. Smoker le indicó que se dirigiese al callejón para no delatar el campamento de Andre. Pork dejó la pick-up al ralentí y se bajó.

—Esa mujer, Myrna, bebe los vientos por ti —le dijo Pork—. Imagino que podrías aprovecharte de eso para que sea indulgente con tu hermano. Yo la he invitado a un par de cubatas para ir allanando el terreno. Ya estaba casi pedo.

—Pues con el novio ya son dos —respondió Smoker.

—Lo espabilamos.

Entre los dos apuntalaron a Andre contra el contenedor de basura. Resbaló por el metal hasta acabar tendido sobre la grava helada.

Pork se dirigió a él:

—¿Hambriento de hembra, hijo?

Andre se rio y se puso a batir brazos y piernas.

—Un ángel de grava —dijo.

Se quedaron un rato en silencio.

—¿Dónde está Claire? —preguntó Andre.

—Esta noche no requiere de tus servicios —dijo Pork.

—Tengo que mear —dijo Andre.

Smoker le separó las piernas para equilibrarlo y lo alzó pegado al metal blanco del contenedor.

—Mea —dijo Smoker.

Andre trasteó con la bragueta. Sin suerte.

—Por el amor de Dios. Se va a mear encima —dijo Pork.

Smoker se agachó, le desabotonó los vaqueros, le bajó la cremallera y le estiró los calzoncillos hasta liberarle el pene. Un chorro de pis trazó un arco a la luz de la luna y salpicó la grava.

Pork sacudió la cabeza.

—Julandrones —murmuró—. He criado a un par de julandrones.

Smoker se destrozó un nudillo contra la prótesis dental de Pork. El anciano acabó en el suelo, a cuatro patas. Smoker se situó a su lado, frotándose la mano dolorida. La sangre de la boca de Pork encharcaba la nieve.

—Una vez me dijiste que el que se come el primer puñetazo tiene todas las papeletas para comerse el segundo —le advirtió Smoker.

—Parece que eso es lo único que se te ha quedado de todo lo que te enseñé.

—Se me ha quedado todo, me cago en la puta.

Andre se rio y volvió a resbalarse por el contenedor hasta el suelo, con el pene goteante.

—¿Me vas a soltar otro? —preguntó Pork.

—Puede.

—No creo que vayas a pegar a un hombre derribado.

Pork se arrastró hasta Andre y le alzó el mentón. Le giró la cara para tenerlo de frente. La gente dormida solía adquirir un aire inocente, pero Andre solo se daba un aire a sí mismo. Pork le apartó el pelo de los ojos. Smoker vio el estropicio que había ocasionado en la cara de su padre. Juntos transportaron a Andre hasta la silla de jardín y lo enfundaron en el saco de dormir, luego cerraron la

cremallera y lo abotonaron, de tal manera que solo quedase expuesta al frío su cara. Smoker dio con un leño partido de alerce y lo usó de cuña para ladearlo, como hacen los padres para evitar que los bebés se ahoguen al quedarse bocabajo.

—Tú sabes que puedes ligarte a cualquier extraña cuando te dé la gana. Tu hermano no tiene esa suerte.

—Y Myrna es el remedio para eso, ¿no?

—Yo no digo que sea una cura. Se trata de hacer una buena obra, eso es todo.

—Se trata de regalarle lo que querríamos para nosotros.

—Nosotros, dice. ¡Se me planta ahí como un puto príncipe y lo suelta así, tan campante!

Pork escupió. La grava despedía una luz fría.

Pork prendió una cerilla y se encendió un cigarrillo, luego acercó otro al extremo ardiente y se lo pasó a Smoker. Fumaron un rato sin decir nada. Smoker se dirigió a la camioneta para entrar en calor. Pork optó por quedarse con Andre. En la pick-up Smoker se calentó las manos hasta que dejaron de dolerle. Pasaron un par de coches susurrando y desaparecieron al momento, entonces Smoker comprendió que era un egoísta y un hermano lamentable, y que ni se planteaba hacer nada al respecto. Pisó el embrague y metió la marcha atrás. Las luces de la camioneta se vertieron sobre su hermano dormido y la espalda y la cabeza de Pork, luego se desprendió de ellos. Smoker se preguntó si Dede dormiría con él esa noche. Encontrarlo en casa cuando llegara le resultaría chocante. Se la imaginó cerrando la puerta y parpadeando al descubrir el bulto en la cama. En la habitación haría frío y se desnudaría a toda prisa para deslizarse bajo las sábanas y amoldar el cuerpo al suyo para apropiarse de su calor. Ella se dormiría y él se despertaría, solo, con nada más que la respiración de esa mujer, los susurros del viento y los crujidos de las paredes, como si la tapa de un ataúd estuviese a punto de cerrarse sobre él.

Al día siguiente, Claire y Andre se casaron. Andre se plantó ante el altar con Pork y Smoker al lado, de punta en blanco y medio borrachos. Nadie preguntó por el labio partido de Pork. La recepción tuvo lugar en la taberna de Eddie «el Loco». Como regalo de boda, Eddie les convidó con una cena de pavo, más diez dólares en monedas para la gramola. Andre y Claire entrelazaron las manos y pincharon sus canciones favoritas. La luz de la máquina los hizo resplandecer. Cuando el disco cayó y los altavoces sisearon, comenzó a sonar la primera canción y Andre posó una mano en la parte baja de la espalda de Claire, la agarró de la mano con la otra y se pusieron a bailar. Andre abría y cerraba la boca, y Smoker se fijó en que el cabello de Claire se revolvía al contacto de su aliento. Estaba cantando. Ella lo besó y él entreabrió los labios y le susurró cosas sin importancia que luego ninguno de los dos recordaría.

Dede tiró de la mano de Smoker y él la siguió hasta la pista de baile. En la otra punta de la barra estaban Pork y Peg, sentados en mesas distintas. Pork se había desabotonado la chaqueta y la camisa empapada se le pegaba al cuerpo en las zonas donde el sudor había calado. Sus rostros lucían amarillentos y enfermos. Peg asentía, como dando la razón a una voz que solo ella oía. Pork alzó su vaso hacia Andre. Andre asintió. Dede contuvo el aliento, sorprendida cuando Smoker la atrajo contra su pecho.

9

ÉXODO

Agosto 1991

En la cabaña de Harold, Andre removía las brasas de la chimenea. Las que aún no se habían convertido en ceniza palpitaban bajo el flujo del regulador de tiro. La fajina estaba apilada en una caja de manzanas situada a un extremo del hogar. Otra caja, más grande, ensamblada con trozos de contrachapado y tablas, contenía leños partidos en dos y en cuatro. Andre no tenía demasiado frío, pero le agradaba sentir el tacto del aire caliente.

Harold y Smoker daban cuenta de sus cervezas.

—Creo que he dejado de sangrar —dijo Smoker.

—Felicidades —replicó Harold.

Calvin despegó los ojos de los cuadritos del mantel que parecía estar estudiando y los miró iracundo.

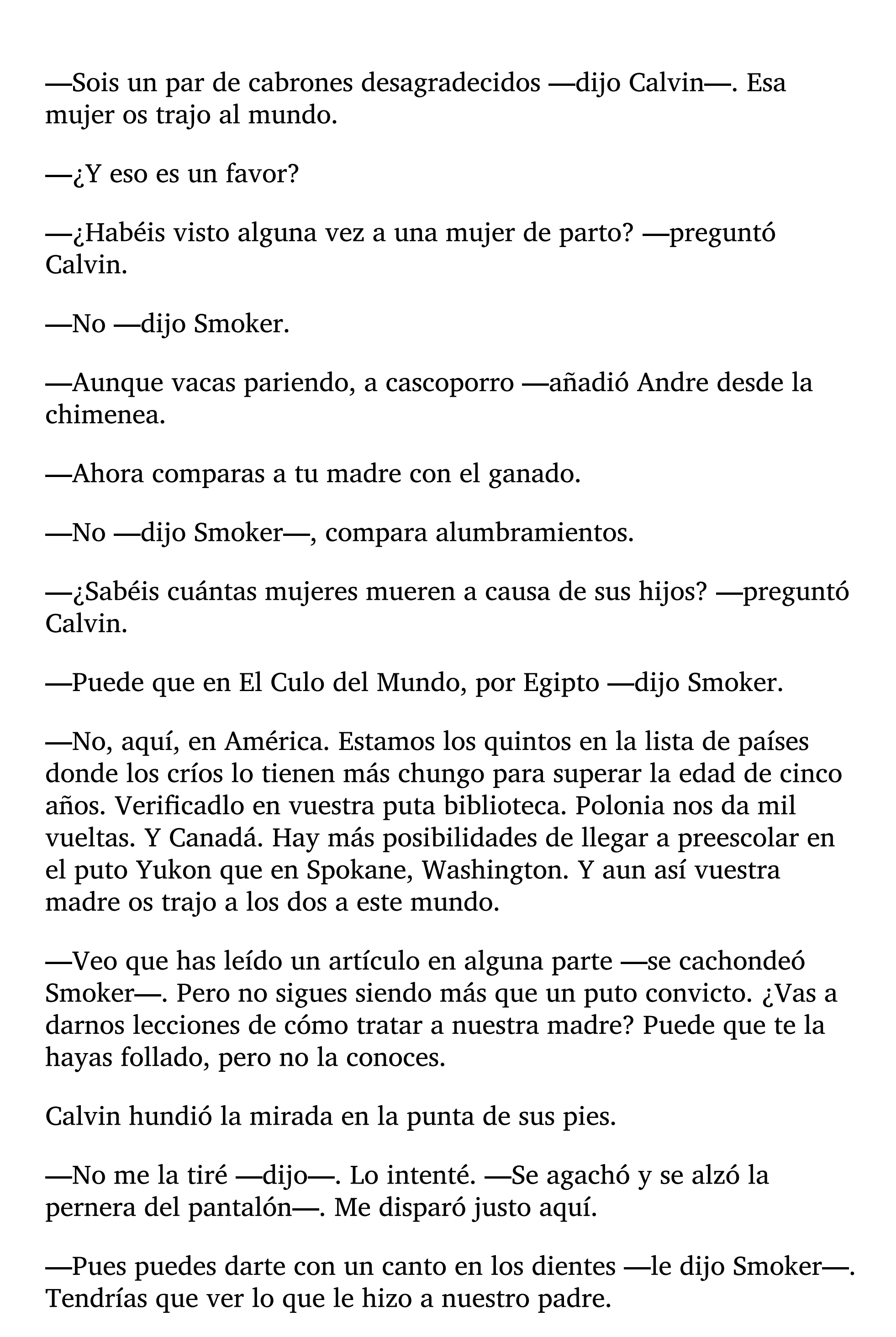
—Me follé a vuestra madre —dijo.

Smoker se rio.

—Vaya novedad, uno más para la larga lista de tíos que se ha pasado por la piedra.

—¿Eso os incluye a ti y a tu hermano?

—Somos librepensadores, pero ni de cerca tan liberados.



—Sois un par de cabrones desagradecidos —dijo Calvin—. Esa mujer os trajo al mundo.

—¿Y eso es un favor?

—¿Habéis visto alguna vez a una mujer de parto? —preguntó Calvin.

—No —dijo Smoker.

—Aunque vacas pariendo, a cascoporro —añadió Andre desde la chimenea.

—Ahora comparas a tu madre con el ganado.

—No —dijo Smoker—, compara alumbramientos.

—¿Sabéis cuántas mujeres mueren a causa de sus hijos? —preguntó Calvin.

—Puede que en El Culo del Mundo, por Egipto —dijo Smoker.

—No, aquí, en América. Estamos los quintos en la lista de países donde los críos lo tienen más chungo para superar la edad de cinco años. Verificadlo en vuestra puta biblioteca. Polonia nos da mil vueltas. Y Canadá. Hay más posibilidades de llegar a preescolar en el puto Yukon que en Spokane, Washington. Y aun así vuestra madre os trajo a los dos a este mundo.

—Veo que has leído un artículo en alguna parte —se cachondeó Smoker—. Pero no sigues siendo más que un puto convicto. ¿Vas a darnos lecciones de cómo tratar a nuestra madre? Puede que te la hayas follado, pero no la conoces.

Calvin hundió la mirada en la punta de sus pies.

—No me la tiré —dijo—. Lo intenté. —Se agachó y se alzó la pernera del pantalón—. Me disparó justo aquí.

—Pues puedes darte con un canto en los dientes —le dijo Smoker—. Tendrías que ver lo que le hizo a nuestro padre.

—Le vi la cicatriz de la cesárea —dijo Calvin—. Vosotros también os podéis dar con un canto en los dientes.

—Cierra ya el pico, Calvin —dijo Harold—. Sexo. Sexo, sexo y más sexo. Desgarros, cicatrices, sangre y… Eres un auténtico azote.

—¿La gente en general o yo? —preguntó Calvin.

—Tú.

—Yo no soy más que un ser humano.

—Eres un animal.

—Eso también.

—No puedes ser las dos cosas —dijo Harold.

—Te equivocas. Lo que no puedo es no serlo. Ni tú, papaíto.

La voz de Calvin se había vuelto querellante. El hombre estaba convencido de lo que decía.

—¡Con esto claro que puedo! —Harold alzó la Biblia y le dio un manotazo a la cubierta.

—Puedes esgrimir Moby Dick o Ricitos de oro y argumentar exactamente lo mismo.

—No has leído ninguno de los dos —dijo Harold.

—Falso —respondió Calvin—. Falso, falso y más que falso. En la cárcel había biblioteca y mogollón de libros. Me leí esos tres y los tres son lo mismo.

—¿Estás comparando la palabra de Dios con la del hombre?

—¿Vas a follarte a la niñita de estos? —preguntó Calvin.

—¿De qué estás hablando?

—Ya me has oído, padre.

—No.

—¿Nunca?

—Nunca.

—Por la pasta. ¿Y si no hubiera pasta de por medio? ¿Y si estos dos mierdas nunca se hubiesen presentado aquí? ¿Y si les sudara todo la polla, como tú te creías?

Harold no respondió.

—¿Y a la chica de los Thompson con la que está jugando al dominó?

—Pero si no es más que una cría —dijo Harold.

—En algún momento dejará de serlo.

—Cuando lleguemos a ese río, cruzaremos ese puente.

—¿Prefieres que sangre antes? Pero si te viene ya sangradita, ¿te la follarías?

Harold suspiró.

—Hay que procrear. De lo contrario los pecadores se reproducirán más rápido que nosotros.

—No —dijo Calvin—. No hay que hacerlo. Ese es el mayor de los pecados. ¿Quién necesita más gente como nosotros?

—¿Preferirías no haber nacido?

—Eso te habría venido de perlas, ¿eh? ¿Fue así como te tiraste a mamá? ¿La estuviste acechando como un buitre, trazando círculos en el aire, a la espera de la sangre? —Calvin sacudió la cabeza—. Hice la cuenta de los cojones. Ella apenas tenía quince cuando yo nací. Lo que significa que no tendría más de catorce años y medio cuando te la llevaste a la cama, y eso solo si la jodienda funcionó a la primera. ¿Tú qué tendrías? ¿Treinta?

—Está muerta —dijo Harold.

—¿Qué pasó? —preguntó Andre.

—Accidente de coche.

Calvin meneó la cabeza.

—En una carretera completamente recta. A mediodía. Según se sale de Sherman Ridge. Ninguna marca de frenos. El coche iba lo bastante rápido como para llevarse por delante el guardarraíl. Yo tenía seis años. Ella no llegó a cumplir los veintidós. —Miró a su padre.

—Mira el carrerón que llevas hasta ahora. Poco rédito le habrías dado a la pobre. Quizá vio el futuro.

Calvin guardó silencio.

—Y quizá yo tenga más suerte con otro útero —añadió Harold.

Calvin se rio.

—Lamento que mi madre no estuviese a la altura.

—Yo también —dijo Harold.

—Era una chiquilla, con sangre o sin sangre —dijo Calvin.

—Igual que María. Pero tú no eres Dios.

Smoker se levantó y Andre hizo lo mismo.

—Con vuestra pequeña no —les dijo Harold—. Necesitamos el dinero. —Señaló con la barbilla el saco de Smoker—. Nadie la ha tocado.

Calvin se rio.

—¿Y fue a mí al que encerraron?

Andre procuró ignorarlos. Avivó el fuego y vio cómo prendía y humeaba la madera fresca, al rato brotaron las llamas. La resina

restalló, crepitó y proyectó chispas sobre el hogar que él extinguió con el tacón de la bota.

LAMENTACIONES

Diciembre 1984-marzo 1985

Andre se casó con Claire cinco días antes de Nochebuena. La iglesia, emperifollada de arriba abajo con adornos navideños, producía muy buen efecto y las flores de pascua campaban a sus anchas. Antes de la recepción, Dede dejó a Bird con Vera y el evento degeneró en una cogorza colectiva. Andre, a lo bombero, cargó con Claire, que había bebido hasta perder el conocimiento, hasta el cuatro por cuatro de Pork. Este salió marcha atrás. Claire iba con la boca y la mejilla aplastadas contra el cristal de la ventanilla, aparte de un ojo ciego.

A los dos días, Smoker dejó la fábrica de postes y, por solidaridad, Peg abandonó su trabajo temporal en la tienda de baratijas, quedando solo Andre con empleo, pero, como las clases se habían interrumpido por las vacaciones, no tuvo que seguir su ejemplo. Sin trabajo, la familia pudo entregarse en exclusiva a la parranda. Los lugareños pasaban por delante de la ventana de la taberna, apurados por el viento y el frío, con los gorros de lana atornillados a la cabeza. Las calles heladas resplandecían como plata pulida y los compradores y los niños que iban a su aire acortaban los pasos para evitar la desgracia. Andre avistó a tres alumnos suyos, un chico y dos chicas. Se preguntó si lo reconocerían con la que llevaba encima, el equivalente a un año de alcohol trasegado en menos de una semana. Sentía que el hombre con el que Claire se había casado cedía el paso al hombre vapuleado por los años que precedían a su encuentro. Barajó la idea de llamarla, pero, en el estado deplorable en que se encontraba, le daba miedo que ella no lo recordara y, al oírlo, se diese cuenta de la caraja que llevaba.

Para Nochebuena, la cuenta del cortejo nupcial había engrosado tanto que Eddie les cerró el grifo, pero cuando Andre abrió la puerta del domicilio conyugal, Claire había metido sus cosas en cajas y se había largado. Desde ese momento, dejó de beber. De

hecho, no hizo gran cosa aparte de dar clase, ver la tele y evitar a Claire en los pasillos.

Al cabo de aproximadamente un mes, Peg sorprendió a casi todo el mundo volviendo al rancho con Pork, al menos a tiempo parcial. Almohazó a los caballos y vagó por la propiedad en una pick-up sin parachoques. Pork la engatusó para que lo acompañara a pescar por las tardes. Andre y Smoker se dejaban caer de vez en cuando con una cubeta de pollo del supermercado. Allí nadie hablaba mucho, pero Andre sabía que Peg se había adentrado en un derrotero que le resultaba extraño. En aquellos días frescos, se demoraba por las riberas de grava y se ponía a observar la corriente como si el agua bosquejase imágenes, aunque no fuesen las que esperaba.

En marzo, Andre aguardó en el salón oscuro de la caravana de Peg hasta que los haces de los faros de Smoker lo rociaron. Había quedado con él para llevar a Peg y sus últimas cosas al rancho. Smoker cerró la camioneta de un portazo y la bruma de su aliento se elevó en el aire nocturno. Abrió la puerta de la caravana sin llamar y palpó en busca del interruptor.

—No enciendas —dijo Andre.

—¿Por qué?

—Está muerta.

El suelo estaba abarrotado de chismes: su colección de vasos de chupito, enciclopedias antediluvianas, abrigos de invierno raídos a los que se les salía el acolchado y unas cuantas fotografías y postales. Estaba casi muerta cuando Andre la encontró. No dejó ninguna nota. Las explicaciones, como las palabras de afecto, eran disposiciones a las que había renunciado hacía mucho tiempo.

Smoker hizo un alto a la luz de la ventana y se encendió un cigarrillo.

—Nunca mencionó estar enferma.

—Porque no lo estaba.

—¿Y entonces?

—El viejo 22.

—Dios mío. ¿En la cabeza?

—En el pecho.

—No quiso desfigurarse, me imagino —dijo Smoker—. Espero que estuviese borracha.

—La botella está en la mesita.

Smoker buscó a tientas en la oscuridad, alzó el whisky y bebió.

—Hostia puta, es su garrafa de los días festivos.

El whisky se arremolinó contra el cristal de la botella. Andre acababa de alcanzar el punto en que uno empezaba a apreciar la sobriedad. Smoker se encendió otro cigarrillo. Peg yacía en el sofá, detrás de él. Su rostro surgió y se desvaneció con el destello de la cerilla.

—¿Has llamado al viejo? —preguntó Smoker.

—El teléfono está desconectado. Aún no he informado ni a la policía.

Smoker volvió a beber, luego hizo rodar la botella por el suelo hasta los pies de Andre.

—¿Lo viste venir?

Andre cogió la botella por el cuello y encontró cierto placer al sopesarla. La destapó y olió el whisky. Andre siempre había sido el favorito de su madre. Smoker se imaginaba que por ser el mayor, pero Andre lo veía de otra manera. Smoker era de rasgos angulosos, aparte de un viva la Virgen; las mujeres se desvivían y se pisoteaban por ser su favorita. Tenía un don para hacer creer a la gente que tenía sentimientos, y la perspectiva de ahondar en su corazón era lo que las hacía persistir. Pero su madre sentía atracción por los hombres feos. Abrazaba su mezquindad y sus dientes torcidos como

si fuese una penitencia. Andre era su lastre espiritual. Cerró los ojos, empinó el codo y el efecto del whisky volvió a invadirlo, más fidedigno que cualquier otra cosa en su vida. Le pidió un cigarrillo a Smoker. Smoker golpeteó la cajetilla con el nudillo hasta liberar uno. El humo le aligeró la cabeza.

—¿Llamas tú a la policía o llamo yo? —preguntó Andre.

—Olvídate de la policía.

—Necesitamos un certificado de defunción para el funeral.

—Los funerales cuestan un huevo y la cosa se demoraría hasta la semana que viene. Aparte, ¿quién iba a asistir?

—Tú y yo.

—Tú y yo solo necesitamos una pala.

—No sería legal —dijo Andre.

—Lo que le viene al pelo.

Andre protestó, pero Smoker hizo oídos sordos y, cuando encendió la luz y comenzó a cubrir a Peg con una vieja manta india, Andre le elevó las piernas y la hizo rodar para envolverla. La sangre acumulada le ennegrecía la sudadera. Andre fue al baño a por una toalla y restregó lo que quedó en el suelo, luego ayudó a Smoker a doblar la manta.

Era más difícil de cargar que un borracho del bar. La hicieron pasar por encima de la barandilla del porche y del portón trasero de la camioneta de Smoker. Andre apartó una cadena de tala y un neumático de repuesto para hacer sitio y luego aseguró la manta que envolvía a su madre con cinta americana.

Smoker retrocedió por el camino de entrada, mientras Andre verificaba cómo iba su madre. Llevaba un mechón de cabello gris enganchado en la comisura de los labios. El mes anterior había dejado de luchar con su melena, lo que le confirió la apariencia de una señora de la tercera edad, aunque seguía comportándose como una quinceañera altiva y pendenciera. A quienes la veían por

primera vez les parecía, simplemente, que estaba en las últimas. Solo los habituales sabían lo mucho que había dilapidado y el modo glorioso en que lo había hecho.

Pork acudió a abrir la puerta de la casa del rancho con un rifle apuntándoles a la cintura.

—No son horas de visita. —Dejó el rifle dentro.

—Tenemos malas noticias —dijo Smoker.

—Escúpelas.

—Mamá se ha suicidado.

—Por Dios, sabía que no quería verme ni en pintura. —Se quitó las gafas y se frotó los cercos que le dejaron a ambos lados de la nariz —. Vamos adentro.

—Está en la camioneta —dijo Smoker—. Necesitamos una pala y un buen sitio.

—¿En eso? —Pork señaló la camioneta.

Smoker asintió.

—¿Vas a echarnos una mano?

La luz del camino de entrada iluminaba el rostro de Pork.

—Lo que voy a hacer es daros un consejo —dijo—. Dejadla en su casa. Y que se ocupen de ella los que saben.

—A nadie debería importarle dónde esté enterrada —respondió Smoker.

Pork escupió.

—No la quiero aquí. ¿Me oís? No quiero tener que andar preguntándome bajo qué pila de piedras está enterrada, ni qué puto árbol le está creciendo encima.

—Está muerta —dijo Smoker—. Ya no estamos enfadados con ella.

—Yo sí —resopló Pork—. ¡Y vosotros deberíais estarlo tanto como yo! —gritó—. No pienso dedicar ni un segundo a llorar su muerte. ¿Me habéis entendido?

Agarró el rifle que había dejado junto a la puerta, hizo oscilar el cañón por encima de sus cabezas y abrió fuego.

Smoker y Andre salieron disparados hacia la camioneta. Andre se metió por el lado del conductor y giró la llave de contacto. Cuando se giraron, vieron que Pork apuntaba con la mirilla al cielo que había dejado al descubierto el canalón destrozado. Volvió a apretar el gatillo. El estampido se propagó hasta el río. El anciano estudió la noche, esperando la desaparición de una estrella o un planeta, o quizá una gota de día azul que rezumase de las tinieblas.

—¿No le ha dado a nada? —preguntó Smoker.

Andre encogió los hombros.

—Puede que esa fuese su intención.

Durante una hora, avanzaron por caminos de tierra remontando el río, Andre al volante y Smoker dirigiendo y abriendo las verjas de alambre de espino que delimitaban los terrenos de los distintos ranchos. El ganado mugía y deambulaba hacia las luces con la esperanza de que se tratara del camión de la pitanza. El territorio se abrió y se volvió rocoso en los aledaños del lecho del río. En un tramo accidentado, Andre oyó los bandazos de Peg en la caja de la camioneta.

Andre se detuvo en la cúspide de una loma. Smoker estrenó su segundo paquete de tabaco. Los haces de los faros resaltaban la maleza crecida y amarillenta de la cuneta. Abajo había un corral y una casita como las que se construían para los hombres que trabajaban los pastos en invierno. Llegaban ladridos desde el solar. Andre apagó el motor y el perro se calló. La luna brillaba sobre la curva negra del río. Andre distinguía el sonido de la corriente pese a tener la ventanilla bajada. Se estremeció y se puso a dar palmadas para entrar en calor. Cuando le quedó claro que no iban a poner en

marcha el motor ni la calefacción, rescató unos guantes de la guantera.

—¿Ves la ventana de ahí arriba? —Smoker dio unos golpecitos en el salpicadero y limpió el parabrisas empañado por sus alientos—. La lámpara es una miniatura de uno de esos perros de Disney. Dálmatas. También tiene una colcha de perrillos Disney. ¿Oíste los ladridos cuando subíamos? Ese es de verdad, el perro de la peli.

Andre enarcó una ceja.

—¿Bird?

—Y Dede. Se la alquilé hace un mes. Las visito los fines de semana. Por lo demás, si tengo un regalo o les he hecho una comprita en el súper, se lo dejo en el coche mientras ella está en el curro y la niña en el cole.

Smoker se quedó mirando la planicie que se extendía ante ellos.

—¿Sabes por qué necesito enterrarla esta noche? —preguntó Smoker—. Porque me come el veneno. Y necesito nuevas pautas. —Suspiró—. No es resentimiento. Nunca quise verla muerta. ¿Cómo no va a querer uno a su madre? Seguro que eso va en contra de alguna ley, ¿no?

Se le marcó una arruga en la boca. Era el primer signo de vejez que Andre detectaba en su hermano.

—Es muy posible —dijo Andre—, pero dudo mucho que los que aprobaron esas leyes conociesen a Peg.

Smoker dio una calada hasta que la ceniza ardiente le iluminó la cara. El humo inundó la cabina y se dispersó. En la caja de la pick-up, su madre no era más que una frazada y una mata de pelo agitada por el viento. Viva, a nadie le habría parecido jamás tan insignificante.

Smoker le pasó lo que quedaba de whisky.

Cuando Andre alcanzó la edad de interesarse por esas cosas, hizo un estudio de los pretendientes de su madre. El año que cursaba

segundo de secundaria, una noche, ya tarde, se despertó y se encontró a un amigo de su padre zumbándose a su madre, que estaba a cuatro patas, a la luz del televisor. El hombre se meneaba como un pez en un anzuelo; con los pantalones enganchados a las botas de trabajo a la altura de los tobillos. Su madre llevaba el sujetador subido hasta los hombros y sus pechos se bamboleaban bajo el parpadeo de la tele. Cuando logró por fin centrar la mirada y focalizar a Andre, frunció el ceño como si estuviese considerando algo de capital importancia, y el niño esperó a que se pronunciase, pero ella se limitó a espantarlo con un gesto de la mano antes de que el hombre se percatase de su presencia.

Cuando el hombre se fue y su madre dormía, Andre entró en su habitación. Sus pezones descollaban en el camisón y producían un sonido de estática. Su erección era dolorosa. Ella se despertó y él permaneció a la espera. Ella no dijo nada, se limitó a darse la vuelta, obsequiándole con los huesos de su espalda, sin corazón, sin actividad pulmonar, solo ángulos duros.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó Andre.

—Que te rindes —dijo Smoker.

—¿Por qué?

—Porque no vas a hallar el modo de ponerte de su lado.

Smoker contempló las luces color limón que centelleaban más abajo. Andre recordó que estaban en marzo, y que aún podía nevar.

—Me rindo —dijo Andre.

El camino serpenteaba durante un kilómetro por la cresta antes de virar hacia la casa. Andre emprendió lentamente el descenso de la loma pelada. Iba cambiando de marchas para gestionar la velocidad. Recorrieron en un soplo una senda de ganado. Smoker bajó la ventanilla y disparó al cielo con la Luger. Andre también llevaba su ventanilla bajada y el frío le punzaba la cara. Le lloraban los ojos y sentía que los dientes se le congelaban como piedras.

Dejaron atrás la casa y arrollaron el portón de madera del corral. La luz de los faros inundó por un momento el pequeño granero. A los pocos segundos, el morro de la camioneta se hundió, corcoveó y, de pronto, se vieron en pleno vuelo. Smoker, verde a la luz del cuadro de mandos, sonrió, y su madre pasó volando por encima de la cabina como una diosa pagana.

El impacto contra el agua hizo que Andre saliese proyectado de la cabina. Emergió y pudo hacer pie en el capó. Estiró el brazo para agarrar a su madre, pero solo pudo asir el extremo de la manta, y la corriente se la llevó.

Al otro lado, Smoker se mantenía a flote. Lucía un corte en la mejilla. Andre lo ayudó a encaramarse al capó.

—¿Fallaron los frenos? —preguntó Smoker.

—Se me olvidó pisarlos —dijo Andre. Señaló el cadáver a la deriva.

—Hasta siempre, mamá —dijo Smoker.

Se zambulló en el agua y nadó, Andre hizo lo mismo. Treparon a la orilla y se vaciaron las botas. Andre no recordaba haber tenido nunca tanto frío. La ropa se le pegaba al cuerpo. Vio que Smoker se quitaba los calzoncillos y lo imitó. Corrieron hacia la tenue luz naranja de la ventana superior de la casa. Ahora había más luces encendidas y la silueta de Dede se recortaba en el porche. Estaban demasiado entumecidos para sentir las piedras y los cardos que les acuchillaban los pies, demasiado entumecidos para sentir el viento. Corrían como si les fuese la vida en ello, bajo los ladridos de advertencia del perro.

Andre sabía que había otra manera de rememorar a su madre. En invierno, de pequeños, Smoker y él cortaban leña y despejaban los caminos de entrada de los vecinos, luego guardaban sus ganancias en una garrafa de whisky de dos litros. Peg añadía sus propinas y reducía el consumo de tabaco, lo que no impedía que siguiera hecha un palillo. Una vez a la semana, volvía a casa temprano, después de haberse pasado por el supermercado para comprar nata para

montar y chocolate en polvo. Andre y Smoker volcaban los ahorros sobre la mesa y los contaban mientras ella calentaba la leche. Durante las vacaciones de primavera, hacían girar un clavo sobre un mapa de carreteras y se dirigían hacia donde señalaba la punta al pararse, hasta que se quedaban sin dinero, momento en que daban media vuelta y tiraban de tarjeta de crédito para volver a casa.

10

ÉXODO

Agosto 1991

Andre ocupaba una butaca frente a Smoker al otro lado de la habitación. El fuego persistía en su cabeza y, aunque cerrase los ojos, la luz seguía brillando en sus párpados.

Oyó el arranque de una escúter en el exterior, seguido del zumbido del motor. Ni él ni Smoker dijeron nada. Harold regresó. Los informó de que había mandado a Calvin a por Bird. Harold se unió a Smoker en la mesa y se pusieron a jugar al cribbage[15]. Le dijeron a Andre que se echase una partidita, pero declinó la oferta.

La estancia estaba mal iluminada y las paredes parecían de papel. Los inviernos allí, con las corrientes de aire, tenían que ser mortales. Un grupo electrógeno ronroneaba en alguna parte. Los dos ventiladores oscilantes eran lo único que proveía algo de fresco, aparte del bosque plagado de sombras.

Bajo una ventana había una estantería larga con una lámpara vacilante encima. Libros para colorear, unos cuantos volúmenes de la serie The Boxcar Children (historias sobre unos niños abandonados que viven en un vagón de mercancías), una enciclopedia infantil, Los osos Berenstain y El gato en el sombrero. Una caja de puros llena de ceras hacía las veces de sujetalibros. Al lado se alzaba una pila con varios dibujos coloreados arrancados de los libros. Andre se levantó y los hojeó: dinosaurios, osos panda, un lobo, la langosta de La sirenita, la película de animación de Disney. No sabría decir si eran creación de varios niños o de uno solo y, en tal caso, si se trataría de Bird.

Las horas pasadas al volante, suponía Andre, más el trastorno de la irrupción del amor en su vida y todos los demonios que lo asistían, se habían aliado para desconectarlo. Se sentía como si se hubiese fumado una pipa de marihuana y el aire se estuviese aclarando, pero la bruma aún no se hubiese expandido del todo por su cabeza. Andre odiaba la marihuana. Le forzaba a voltear las piedras de su memoria, rebuscando entre el liquen y la arenilla de hasta la más peregrina evidencia que pudiera testificar en su contra.

Por añadidura, detestaba la memoria. Cada generación contaba con sus referentes nostálgicos. Series de televisión, música, documentales sobre décadas que cualquiera diría que acababan de pasar por el retrovisor, cuando en realidad habían transcurrido lo menos veinte años. A Andre le gustaba la música, lo demás le resultaba indiferente. No le aportaba nada que no supiera, y encima todo solía presentarse bajo un envoltorio que tendía a idealizar unos años que distaban mucho de haber sido románticos.

Aun así, con la edad, esperaba poder revisitar el pasado y compartir historias divertidas con otra gente en quedadas o encuentros imprevistos. Andre se prestaba a esas cosas con la debida diligencia, pero no experimentaba nada que se pareciera, ni lo más remotamente, a la nostalgia. Su primera y más poderosa reacción al jolgorio era la vergüenza. Recordaba, sobre todo, confusión, embriaguez y la sensación de haberse conducido como en una obra de teatro, interpretando papeles escritos para otros, pero que, por lo que fuera, sentía la necesidad imperiosa de bordar. Por eso, incluso antes de que los recuerdos irrumpiesen en su cabeza, les cerraba el grifo. Pero en casos como estos —largos trayectos en coche, tedio—, la mente se le escapaba y no podía acorralarla a tiempo.

El recuerdo de Peg bajándose un copazo se le metió de repente entre ceja y ceja, y le pilló demasiado desprevenido para esquivarlo. Eddie recogiéndole el vaso, lavándolo y pasando un trapo sobre la barra, solo por hacer algo. Echó primero un vistazo a Peg y luego a Smoker y a él mismo, acodados al otro extremo de la barra.

Eddie palmeó la mano de Peg y le devolvió el dinero comprimiéndoselo entre los dedos. Luego se dirigió a ellos.

—Vuestros padres han sido clientes míos desde mucho antes de que

vosotros dos nacierais. Y no me gusta nada cómo los tratáis.

Smoker señaló a Peg con el mentón.

—Tenemos nuestros motivos.

—Me imagino —concedió Eddie.

Se puso a restregar otro vaso.

—Ya ni me acuerdo de la cantidad de veces que se ha presentado Pork por aquí, más ufano que un gallo con tres cojones, para hacerme partícipe de alguna proeza vuestra.

—Recientemente, lo dudo.

—Puede que eso también tenga su motivo —dijo Eddie.

Peg se levantó. Dejó dinero en la barra.

—Razón no les falta —dijo, y desapareció por la puerta.

Smoker bebió. Se imaginó que Eddie lo dejaría estar.

—Vuestra madre también —siguió Eddie—. Cuando uno de vosotros se ponía malo, batallaba con el médico hasta que os daba la medicina. Una vez incluso llegó a las manos. Lo que hiciera falta.

Smoker le dijo a Eddie:

—Lo mismo le daba escupir que tragar.

Eddie sacó el bourbon bueno, el de cincuenta pavos la botella, de debajo de la caja registradora y se llenó medio vaso. Admiró el alcohol a la luz. A los chicos no les ofreció.

—En fin —dijo Eddie, luego bebió e hizo una pausa. El aire lo abandonó, como el suspiro de un amante—. Todas esas historias hacen que me plantee una pregunta.

—No me digas —dijo él.

—¿A partir de qué edad empieza uno a tener la puta culpa de todo

lo que le pasa?

En la partida de cribbage con Harold, Smoker celebró jubilosamente una mano de dieciséis puntos y marcó cada uno al exasperante ritmo del bateador que recorre las bases después de un home-run. Los vítores espabilaron a Andre. Desvió la mirada hacia la partida. Detrás de los jugadores colgaban más obras arrancadas de los libros de colorear. Andre se acercó a la pared. Smoker y Harold siguieron a lo suyo. Aquellos dibujos estaban firmados a vuelapluma con letra de adulto. Algunos con el nombre real de Bird. A Andre le llevó un rato relacionar los dos nombres.

LAMENTACIONES

Marzo 1985

La última mañana de su vida, Peg se pidió dos huevos revueltos y beicon al estilo Kansas City[16]. Wilma, la cocinera que reemplazaba a Eddie por las mañanas cuando este iba a ocuparse de sus diligencias, le tendió el cubilete de los dados. Peg sacó cuatro doses y se ganó el café, aunque lo que Wilma le sirvió en la taza se parecía más a un aceite de motor de treinta grados de viscosidad después de cinco mil kilómetros desde la última pegatina de revisión.

Peg bebió y se hurgó con un palillo los posos que se le quedaron entre los dientes.

—Pensé que lo preferirías fuerte, Peg —dijo Wilma.

—Igual que mis hombres —dijo Peg.

Peg había reclutado al marido de Wilma para que la acompañase a darse un garbeo por el embalse hacía ya unos años, cuando Wilma cocinaba por las noches y le racaneaba con las patatas fritas. El chismorreo llegó a oídos de Wilma, tal y como Peg había previsto. El marido sufrió las consecuencias, pero no hasta el punto de considerar la confesión, lo que, en cualquier caso, no habría solucionado nada.

Peg dejó claro a Wilma que iba a estar pendiente de lo que hiciera con los huevos, desde que los cascara hasta que los vertiera sobre la plancha, y, en cuanto le puso el plato delante, con la cuenta y una tacita de salsa, se los embuchó con voracidad.

—No creo que vuelva a comer tan bien nunca —dijo Peg al acabar —. Lo mejor será que me mate hoy mismo para ahorrarme la

decepción.

—Es un buen día para hacerlo —le dijo Wilma—. Si no te molesta que te sobrevivamos todos.

—Tú a mí no me sobrevives ni con las siete vidas de un gato —dijo Peg.

Peg era capaz de gastar un año de vida en un fin de semana largo. Pero se había cansado de follar. Desde su viaje al sur ya no podía dar con ese segundo pulso, el que le palpitaba entre las piernas desde que tenía doce años. Las pocas veces que lo probó, la cabeza se le abarrotó de algodón y tuvo la sensación de estar zumbándose una mano fláccida. Ni las anfetaminas, ni la metacualona, ni la bebida, ni el tabaco, podían ahuyentar ese entumecimiento. La comida era sustento, el agua no apagaba la sed y los cigarrillos la hacían toser. Nada la hacía disfrutar. No podía haberlo previsto, pero al cabo de un tiempo lo vivió como un alivio; de lo contrario, habría vivido para siempre.

Peg hizo tintinear unas cuantas monedas sobre la barra y luego dejó al lado un par de billetes de un dólar.

—Incineración —dijo Peg—. Diles que te lo dije.

En el exterior, la cruda luz del sol la deslumbraba y condujo por los pueblos que se sucedían por el fondo del valle con la visera bajada. La mitad de Coulee Dam ocupaba territorio de la reserva y la tribu había ensamblado suficientes bloques de hormigón para dar cabida a un par de cientos de máquinas tragaperras y unas cuantas mesas de blackjack. El casino ponía a prueba la paciencia del gobierno, pero convocaba multitudes a todas horas. Peg rodeó el edificio hasta que reconoció la pick-up de Smoker. Abrió la puerta de la camioneta de su hijo y desenfundó la Luger que llevaba bajo el asiento del conductor. Giró el cañón hacia ella. El metal emitía reflejos. Introdujo el dedo meñique en el cañón y luego ocultó la pistola debajo de la sudadera.

En el casino, Smoker deslizaba monedas en la ranura plateada de la máquina, pulsaba botones y luego se ponía a golpetear el cristal de los rodillos. Ganaba lo que se jugaba.

—¿Qué clase de estropicio causaría esto de cerca? —Peg le mostró la pistola.

—Por el amor de Dios, guárdate eso —dijo Smoker—. Me vetarán la entrada de por vida. —Se fijó mejor—. ¿Es la mía?

—Sí.

—No vas a venderla, me da igual lo pelada que estés.

—Tengo dinero en el banco y me va a entrar más. Me han subido la pensión.

Smoker recogió las monedas con sus largos dedos y las volcó en una taza, casi se diría que con cariño.

—¿A quién tienes pensado asesinar?

—A mí —dijo ella.

—Bueno, pues eso te dejará un boquete como un túnel.

—Si fuese una persona normal, llamarías a emergencias —dijo Peg.

—Avísame cuando te vuelvas normal y ya si eso me agenciaré yo un teléfono. —Smoker volvió a la máquina—. Y deja la pistola donde la encontraste.

Ella se marchó y él la ignoró como había hecho la mayor parte de su vida.

En el aparcamiento de profesores, Peg dejó el coche junto a la pick-up de Andre. La ventana abierta del aula se ensombrecía y se aclaraba al paso de la silueta corpulenta de su hijo. Captaba briznas de su voz; zumbaba como una radio puesta a muy poco volumen. Se agazapó bajo la ventana y escuchó. Las risas puntuaban su conversación como en ninguna otra parte. Ante los alumnos, el ingenio, más acusado que el de cualquiera de la familia, se le disparaba y hacía gala de una mente grácil y resolutiva. Los alumnos lo adoraban; había llegado a sus oídos en varios sitios. No

tuvo valor para entrar, además él gastaba un 357, y eso le dejaría un boquete tan espantoso como el de la Luger.

La casa del rancho de Pork estaba vacía. Los tablones laterales habían depuesto su pintura y los que daban a sotavento habían quedado reducidos a astillas. En invierno, las heladas campaban a sus anchas en el interior y Pork tenía que alimentar la estufa sin tregua para mantener una temperatura tolerable. No hacía ni ochenta años, su abuelo había instalado la casa junto al cauce del arroyo porque era donde el condado pretendía que pasara la única carretera y porque su mujer estaba harta de vivir lejos de la gente. El cauce se desbordaba con cada deshielo, como había barruntado, y la casa se habría ido a hacer puñetas si no hubiese puesto cantos de río bajo los cimientos e instalado canalizaciones metálicas de drenaje. En primavera, el suelo trepidaba al paso de la escorrentía, pero no se humedecía ni un solo centímetro de madera de la casa. Pork adolecía de semejantes mañas. Ya fuese aunando fuerzas o por separado, ni él ni los niños podían equipararse a su padre. En dos generaciones, su sangre se había desvirtuado y Peg había sido la causa de esa dilución.

Peg pasó por delante de la mecedora que había comprado Pork para calmar los cólicos de los niños. Había pagado a una anciana para que grabase sus nombres en la barra posterior. Pork dijo en una ocasión que uno se desvelaba en procurar que sus hijos llegasen incólumes al final del día para poder disfrutar de la paz de verlos dormir, y, aunque ella dudaba del rigor de tal sentimiento, reconocía que Pork lo decía en serio. Una vez, al comienzo de su vida de casados, ella aceptó un puesto en el supermercado de la ciudad, pero los horarios la obligaban a volver tarde a casa. Al cabo de una semana, Pork no pudo más y le dijo que renunciara al trabajo. Como ella se negó, él le dejó un ojo a la funerala.

Peg bajó desganadamente al sótano y forzó la tapa del maletín de las armas con un destornillador. El revólver calibre 22 de Pork yacía al fondo. Colgaban hilachas de polvo de la empuñadura y la funda de cuero, pero al liberar el tambor comprobó que chasqueaba y giraba sin dificultad. Redujo la carga de pólvora de un par de balas para no desbaratar la imagen que sus seres queridos

conservarían de ella. Había leído algo acerca de una bella poetisa que se había gaseado a sí misma metiendo la cabeza en un horno, pero los electrodomésticos de ella eran eléctricos. También barajó la idea de estampar el coche contra Rebecca Rock. El ruido sería impresionante, pero nadie lo oiría, y siempre cabía la posibilidad de sobrevivir al impacto, con lo que se vería en una situación mucho peor.

Al dejar atrás el rancho, hizo un alto y le echó un vistazo. La espiguilla, la espuela de caballero latente y la salsola del risco, se vencían para capturar los cinco minutos de sol que habrían perdido de haber brotado erguidas. Al oeste, el arroyo descendía por la brecha que bordeaba el trigal, turbio y espumado con productos químicos agrícolas. Oyó los cascos de un caballo y, al momento, aparecieron frente a ella Pork y su yegua.

Peg no dijo nada. Él tampoco habló, pero desmontó por pura cordialidad. Ella había invertido en él dos tercios de su vida, si bien es cierto que de manera intermitente. Hubo un tiempo en que fue capaz de discernir con cierta precisión los pensamientos de su marido. Pero ahora estaban frente a frente y lo ignoraban todo el uno del otro.

—Tengo un asado al fuego, por si tienes hambre —dijo Pork.

Al ver que no contestaba, se montó en el caballo y reanudó su camino sin saber si ella lo seguía o no. Una vez, Pork la había rastreado durante toda una semana con su vieja camioneta azul. Por aquel entonces ella estaba saliendo con el carnicero. Llevaba la camioneta abarrotada, con un compresor de aire, barriles de abono y una caja de herramientas del tamaño de un armario. Cantaba a la legua, pero el sigilo, en cualquier caso, le traía sin cuidado. No deseaba a Peg del modo en que los hombres desean a las mujeres; la quería como quienes aspiran a ser devorados por su Dios. Por eso se casó con él y, por eso, también se divorció.

Eddie estaba encorvado sobre la plancha de la taberna, removiendo la especialidad de la casa: tallarines caseros con pollo. Las pasadas Navidades, los clientes se juntaron para comprarle una máquina de

hacer pasta, y Eddie lo agradeció de todo corazón, pero al día siguiente fue a la ferretería a cambiar la máquina de manivela por una licuadora. Confiaba en sus propios métodos.

—Hola, querida —dijo.

Siempre estaba solo durante las horas huecas que discurrían entre el desayuno y el almuerzo, y procuraba no convocar a mucha clientela a la hora del almuerzo, no fuera a ser que perdieran sus empleos.

—¿Empiezas temprano o es que vienes de empalmada?

—Ni lo uno ni lo otro, Eddie —dijo ella.

Le sirvió un combinado en un vaso cervecero, tres cuartos de cerveza y el restante con lo que quedaba de una lata de zumo de verduras V8 que sacó de la cámara. Peg le echó un poco de sal y bebió. Los lugareños no llegaban a comprender que, para amanecer y sobrellevar el yugo del libertinaje, Peg necesitaba más energía que la que precisaban las almas ordinarias para vender piezas de repuesto, llevar la contabilidad de una empresa o manejar máquinas, ni que, a cambio de sus denodados esfuerzos, no podía esperar recibir ninguna pensión, ni librar los fines de semana, ni disfrutar de unas vacaciones pagadas. Su vida exigía una fuerza de voluntad tan profunda como la de un héroe épico, aunque sin propósito.

—Eddie, ¿me echarías de menos si ya no estuviera? —preguntó.

—Bueno, nunca te has ido, querida, así que no te sé decir. Lo que sí que te garantizo es que lo notaría —dijo.

—Una respuesta sensata, expresada con sensatez.

—No te me estarás volviendo poeta —dijo él.

—Habló el político.

Eddie asintió.

—Llevar un negocio supone estar todo el puto día de campaña.

Se volvió hacia su sopa, el delantal se le había manchado de caldo y grasa al deshuesar el pollo. Peg se fumó un cigarrillo observando a Eddie a través de la humareda que expulsaba.

—¿Puedes venir un momento? —dijo.

Él avanzó sobre el suelo de baldosas hasta la apertura abatible de la barra.

—Más cerca —dijo ella.

Él levantó el tablón y salió a la sala. Peg le hizo un guiño. Se bajó del taburete, echó el cierre a la puerta de entrada y bajó las persianas, luego se agachó, le desabrochó la bragueta y le liberó la merienda. Su mecanismo flácido se movió, luego ya no. Ella se la sacudió.

Peg se arrodilló y acopló los labios a la carne fría, dando vueltas a la punta con la lengua, como hacía de niña con los caramelos. Oía a Eddie jadear, pero allí abajo no había señales de vida. Se alzó la camiseta por encima de la cabeza y le restregó los pezones por las piernas flacas y desnudas, luego le atrapó el aparejo entre los pechos. Alzó la vista. Eddie tenía el rostro arrasado en lágrimas y hurtaba la mirada como si quisiera persuadirse de que se trataba de una película interpretada por otro.

—No los odio —dijo ella, la bala en su interior le dolía como si se hubiese tragado un yunque.

—¿A quiénes? —preguntó Andre.

—A ninguno —dijo Peg—. Pero tampoco es que me caigan muy bien.

Estaba agotada y cerró los ojos. Sintió que se observaba a sí misma desde el techo, un puto cliché.

15 Cribbage o crib, juego de cartas de origen británico, muy

popular en Estados Unidos. (N. del T.)

16 Lonchas más anchas y carnosas que las tradicionales. (N. del T.)

11

ÉXODO

Agosto 1991

Andre miraba los toscos dibujos coloreados de la pared. Smoker y Harold insertaban, recontaban e intercambiaban clavijas en el tablero de puntuación. Andre apretó un dedo contra uno de los dibujos. El residuo de las ceras era aceitoso y ligeramente perfumado, aunque el aroma no tenía nada que ver con el color.

Seguía divagando. Se vio a sí mismo de niño, lanzando el sedal y el cebo al agua, demorando su lenta inmersión. El anzuelo cebado de su hermano, quien por entonces rondaría los seis años, había ido a dar a una corriente lo bastante impetuosa para arquearle la caña. Al cabo de diez minutos, la suya dio un brinco. Sin pensárselo, tiró y comenzó a recoger cable. Una trucha enorme saltó por encima de la superficie y trató de escupir el anzuelo. Él le dejó sedal suficiente para salvar los escollos y los rabiones, luego comenzó a recuperar paulatinamente lo cedido, en cada vuelta un poco menos.

El pez exhausto emergió unos metros más abajo: la cabeza y la aleta apenas hendían el agua. La extrajo de las aguas profundas y la fue conduciendo hacia el borde de la roca; pesaría, fácilmente, sus buenos cuatro kilos. Cuando la tuvo a mano, se inclinó desde el borde del saliente y le introdujo los dedos en las branquias, pero la trucha se debatió y le soltó un aletazo que le hizo perder el equilibrio. El pez seguía en su mano cuando ambos se zambulleron.

El agua y la caída lo dejaron aturdido. Al moverse, sintió que tenía las piernas muertas. Estiró los brazos para sacarlos del agua, pero volvió a irse a pique. Pensó que llevaba inmerso años, un minuto de

lo más confuso, antes de que sus piernas volviesen a impulsarlo hacia arriba. No entendió por qué se hallaba en el agua hasta que el río devolvió la trucha a la superficie, aún enganchada al cebo. Agarró al pez. Smoker corrió hacia la caña y empezó a rebobinar el carrete para tirar de ellos, pero el sedal se enmarañó.

Él se puso a chapotear con el brazo libre, intentando avanzar. El río lo engulló de nuevo, pero él se retorció y logró emerger para tomar aire. Su padre estaba en un espigón; llegó a vislumbrar su rostro por un instante. El cabello le caía a un lado de la cabeza. Sus ojos surcaban el agua, sin perder la calma, midiendo la distancia. La piel tersa. Brillante con el reflejo del agua. De pronto, un tirón más fuerte volvió a sumergirlo. Abrió los ojos; reinaban la oscuridad y el silencio. El corazón le martilleaba las costillas, los pulmones le ardían y, entonces, respiró agua. Una ligera quietud brotó como un cielo húmedo detrás de su frente, y un olor a calcetines viejos le invadió la nariz y la boca.

Entonces la mano de Pork lo atrapó por el cuello flácido. Expectoró un chorro de agua, escupió y se sofocó hasta recuperar la respiración. Seguía asiendo al pez por las branquias. Lo soltó y Smoker lo recogió como si fuese suyo.

Pork lo apremió para que se metiera en la camioneta y se cubriera con las mantas. Luego arrancó, puso la calefacción al máximo y se desprendió de su propia ropa mojada. El motor del radiador gimió y el aire caliente lo envolvió como, momentos antes, el río. Estiró los dedos de las manos y los pies para comprobar que funcionaban, y sintió un dolor sordo. Apoyó los dedos en el salpicadero, sopesando el estado de sus sentidos, y se descubrió aliviado y decepcionado al constatar que el mundo no había cambiado en absoluto. Confrontó el tiempo que tardaba un segundo en transcurrir, o un minuto, contando mil uno, mil dos, mil tres, con el tiempo que tardaba bajo el agua.

Tras la muerte de Peg, Pork se recluyó en el rancho. Ya ni fumaba ni bebía. Smoker y Andre le hacían la compra y le llevaban novelas del Oeste de Louis L'Amour, y aunque eso hizo que su cuerpo siguiese en marcha, su mente se vio reducida a astillas.

Andre se presentó un día por su cuenta, Smoker había encontrado un trabajo de media jornada podando árboles para el municipio. Pork estaba arrodillado, rastrillando en su huerta. King lo observaba desde la sombra. El oído del perro era ya más que cuestionable, pero sintió las vibraciones del motor de la camioneta y la puerta de la cabina al cerrarse, así que se levantó, artrítico perdido, y se puso a husmear y menear el rabo. Juntos, fueron a reunirse con Pork.

—Buen año para los tomates —dijo Pork—. Nos van a salir por las orejas.

—Y en otoño calabazas —dijo Andre.

Pork asintió.

—¿Tienes tiempo para llevarme a un sitio?

Andre se había acostumbrado a las visitas cortas y, en cuanto se hacía un silencio incómodo, comenzaba a madurar un plan de huida. En la camioneta sería imposible fugarse. Al final, como no se le ocurrió nada oportuno para escaquearse, tuvo que aceptar. Dejaron atrás la agencia de la reserva y Nespelem; una vez fuera de la ciudad, las carreteras asfaltadas escaseaban. Los campos se veían salpicados de ruinas, a veces el revestimiento y los montantes formaban montículos polvorientos a su lado. Parecía un paisaje posapocalíptico. Para Andre aquel territorio seguía siendo más una idea que un lugar físico y, sin un mapa, se las vería y se las desearía. A Pork le estaba empezando a fallar la memoria, pero allí recordaba perfectamente los linderos de cada propiedad y las depresiones que, una vez cada diez años, se llenaban de agua suficiente para abrevar al ganado.

Una señal indicaba una iglesia abandonada que se había inaugurado en 1902 y clausurado en 1959. Pork se bajó de la cabina y se dirigió hacia el cementerio adyacente, cercado con alambre de espino para disuadir al ganado, aunque los tejones y las marmotas lo habían devastado.

—Aquí —dijo.

Era la lápida del abuelo de Andre, sin la extravagancia de las losas

familiares y los iconos gigantes, solo un buen trozo de mármol blanco grabado con su nombre y las fechas.

—Pensé que podría interesarte —dijo Pork.

—¿Seguro que es él?

—No pienso cavar para verificarlo.

Tres meses más tarde, Smoker encontró a Pork atrapado en una cerca de alambre de espino, demacrado y sufriendo alucinaciones. Lo llevaron rápidamente a urgencias, donde los médicos le cosieron las heridas, pero no pudieron remendarle la mente. Pork acabó en la residencia de ancianos del condado, donde se pasaba noche y día farfullando y se negaba a recibir visitas. La mayoría de los residentes le sacaban unos treinta años, pero no era la edad lo que había desterrado el juicio de sus cabezas; cada cual cargaba con lo suyo: reumatismo adquirido por las innúmeras nevadas y deshielos del Chinook; una montaña deforestada; los muertos, en general; en ocasiones, no más que la licorería cerrada los domingos.

Pork dejó de comer a los dos meses de su ingreso y murió dos semanas más tarde. La misa fue en el hogar comunal de la reserva. El pastor interpretó cantos medicinales, luego leyó un pasaje del Evangelio de san Mateo. En el cementerio municipal, bien cuidado y custodiado por un vigilante —a diferencia del pedazo de tierra invadido por la maleza donde yacía el padre de Pork—, los asistentes, primos, tíos, sobrinos y sobrinas que Smoker y Andre llevaban sin ver desde la infancia, se dispusieron en tres filas.

Los portadores izaron el féretro con unas correas y lo dejaron suspendido sobre la tumba abierta. El pastor pronunció una última oración.

—Con esto concluye el servicio —dijo el pastor—. A continuación habrá un ágape en la iglesia.

Un hombrecillo rechoncho con un traje azul hizo girar una manivela. Los asistentes contemplaron el descenso del féretro. Los

portadores arrojaron a la fosa las flores que llevaban en el ojal. Otro hombre se encaramó al tractor. El motor tosió y arrancó. Pero Smoker ya estaba paleando tierra en el hoyo. Había otras dos palas apoyadas contra la caseta del vigilante. Andre se hizo con una y un primo con otra. Algunas familias regresaron a la tumba desde el aparcamiento. Unos cuantos fueron en busca de más herramientas a las camionetas y los maleteros de los coches. Al momento hubo seis hombres deshaciendo la pila de tierra, luego ocho, turnándose con las palas. Terminaron el montículo y apisonaron la superficie. Andre depositó las flores en el suelo.

De regreso al centro comunitario para el velatorio, mientras atravesaban Nespelem camino de la iglesia, Andre percibió el aroma de las cocinas. El estrépito de los televisores por las ventanas abiertas. Los adolescentes hacían carreras con sus coches, con el aire acondicionado y la música a todo trapo, asintiendo como yonquis.

Smoker paró en el Ketch Pen para hacerse con media caja de cervezas. Se oían disparos procedentes del porche trasero de la taberna. Un ganso prematuro impactó contra el tejado como un saco de harina. La camioneta giró a la izquierda y Smoker vio a dos lugareños apoltronados en sus tumbonas con sendas escopetas. Un niño trepaba por el alero para hacerse con el ganso.

LAMENTACIONES

Junio 1986

Andre y Claire renovaron los votos frente a la escuela de enseñanza media. La reportera estipulada por Claire hizo que Andre hincara una rodilla en el suelo y le besara la mano, un gesto que a él jamás se le habría ocurrido, pero, una vez aleccionado, se acercó el dedo del anillo a los labios con suma delicadeza, para que su mujer viese que, si bien carecía de imaginación, de ternura iba más que sobrado.

Decidida esta vez a reemprender el vínculo de un modo más venturoso, Claire arrastró a Andre, de luna de miel, hasta una cabaña desolada en mitad de la ladera del monte Bonaparte. Solo tuvieron que llevar comida, para beber disponían de un manantial. El primer día fue húmedo y sofocante, pero por la noche el cielo se despejó. Enfundados en un saco de dormir doble, Andre le fue señalando los puntos de referencia, los contornos del paisaje, las estrellas y los planetas. Claire sostuvo que cierto punto descolorido en el cielo era Marte. Andre sabía que, para ser Marte, no se hallaba en el cuadrante correcto, pero le pareció que no era momento de ponerse tiquismiquis. Empezó a inventarse al tuntún mitos sobre rocas y animales, amoldándolos a la tradición nativa para darles credibilidad y, cuando agotó las historias de los indios, echó mano de Hans Christian Andersen. Ella se quedó dormida antes de que él se cansara de darle gato por liebre y, una vez solo en mitad del silencio, se felicitó a sí mismo por haber logrado conducir airosamente el matrimonio a un nuevo día.

Smoker había sido testigo en varias ocasiones de cómo los recién casados renunciaban a los amigos y la familia en beneficio de las butacas reclinables y la televisión, y se inquietó lo bastante como

para insistirles en que comiesen con él los miércoles. Smoker elegía restaurantes que ostentaban mantelería de encaje y buenos cubiertos, pero en los que el condumio dejaba mucho que desear. Habrían comido mejor y más barato en cualquier tabernucha, pero Smoker se empecinaba en ir a restaurantes donde hubiese que reservar, y se hacía cargo de la cuenta. Al principio, se les unía Dede. Se pedía una ensalada, se hacía acompañar el bourbon de una cerveza con zumo de tomate, y casi ni abría el pico. Un día, Smoker se presentó solo.

—Me he deshecho de ella —anunció.

Andre se rio.

—Tengo una buena razón.

—Ella también.

Smoker se encendió un cigarrillo, miró a su alrededor y lo espachurró en un plato. Llegó la comida. Andre pidió que le calentaran la loncha de jamón que le habían servido tibia. Volvió carbonizada. Smoker lanzó el plato por el pasaplatos. Los cocineros se pusieron a pegar gritos. Smoker empuñó un cuchillo de mesa.

—Voy a desollar a esos cabrones —dijo.

—Con eso no creo —dijo Andre.

Smoker se abalanzó de todas formas hacia la cocina, pero se fijó en una bandeja llena de vasos de agua y cambió de táctica: comenzó a reventarlos contra la rueda de las comandas haciendo que los añicos bañaran a los cocineros. El encargado salió en desbandada hacia la caja. Smoker interpuso un plato entre el hombre y el teléfono.

—Si la bofia comiese aquí, también te montarían un Cristo, me cago en la puta —gritó Smoker.

Andre miró a Claire para garantizarle que su hermano solo estaba forzando un poco la broma, pero ella estaba ocupada vaciando un salero en el suelo.

Cuando Smoker se quedó sin vasos, los tres se lanzaron hacia la

salida. A un kilómetro del apartamento de Claire y Andre, se cruzaron con un coche patrulla que no había considerado necesario activar las luces de emergencia. Los tres concluyeron que la cocina de aquel sitio no debía de contar con el beneplácito de las autoridades.

De vuelta en el apartamento, Andre deshojó una lechuga, Smoker cortó tomates y una cebolla dulce, y Claire coció huevos y cortó fiambre en cuadritos. Comieron ensalada del Chef en el balcón, con los abrigos puestos. Cuando Smoker los dejó al cabo de una hora, Andre y Claire lavaron los platos y ella le preparó un postre de helado. Él quiso saber el motivo. Ella le dijo que la necesidad de buscarle a todo un motivo formaba parte de su proverbial estupidez.

—Tu hermano es muy considerado —dijo Claire.

—¿Por qué lo dices?

—Sabe que entramos a trabajar temprano. Se ha ido a las nueve. ¿No te has fijado?

A comienzos del nuevo año, Claire empezó a consultar los anuncios de casas. Pensó que Andre se desentendía del asunto hasta que, sin consultarlo con ella, compró una para darle una sorpresa. La vivienda estaba al final de una calle de tierra en la que había otras tres moradas semejantes y un complejo de apartamentos para indigentes. Pañales despanzurrados por perros vagabundos decoraban la grava. La tierra compactada del solar desairaba incluso a los dientes de león. La escalinata estaba combada. En las paredes exteriores, lenguas de pintura rosa deslucían el revestimiento de madera. Dentro, la nicotina se adhería a las paredes salvo en las zonas en las que el calor del verano la había hecho sudar en largos goterones parduscos.

La primera noche, Claire oyó en el solar posterior a unos críos blasfemando como marineros, entre ladridos, gimoteos y aullidos de perros. Se puso algodón en los oídos. Pero no había forma humana de sofocar los chillidos de Rose, una niña de cuatro o cinco años, de

cabello rubio y andrajoso, que se pasaba el día vagando de un lado a otro, con la tez pálida como un cielo blanco y una muñeca tan desastrada como ella, para zurrar a los perros fastidiosos.

Al día siguiente, Claire compró pintura y rodillos, y sacó de las cajas unas cuantas sábanas viejas para proteger el piso. Aplicó una capa de pintura y otra de esmalte en cada habitación. Andre colaboró cuando ella lo requiso, aunque sin más empeño que un mero subalterno. Al cabo de un mes, Claire perfiló la última pared, desenmascaró los interruptores y los rodapiés, y reinstaló las cubiertas de las tomas de corriente. Golpeteó las paredes hasta localizar los montantes y fijó clavos para colgar sus fotografías, luego montó unas baldas para colocar los trastos de su infancia y le complació que todo aquello fuera suyo.

Cuando los problemas entre Smoker y Dede se recrudecieron, Smoker, de vez en cuando, se quedaba a pasar la noche con ellos. Llegaba tarde y dormía en el sofá, completamente vestido. Si Andre estaba despierto, sacudía a Claire hasta despertarla y la obligaba a hacer el amor. Se enardecía sabiendo que Smoker podía oírlos y se le iba un poco la mano con ella. En lugar de amilanarse, Claire se ponía a su altura, jadeando y profiriendo bufidos impúdicos. Por las mañanas, tapaba a Smoker con una manta afgana, le dejaba una toalla limpia en el cuarto de baño y programaba la máquina de café para el mediodía.

En octubre, Claire le dijo a Andre que estaba embarazada. Al día siguiente, hizo que le llevaran a domicilio un cargamento de listones de cedro y se puso a fortificar la casa con una valla. Para su sorpresa, los del aserradero hicieron un segundo viaje por la tarde y descargaron tablones planos de cinco centímetros de grueso por diez de ancho. Andre y Smoker montaron el encofrado y mezclaron y vertieron el hormigón para plantar los cimientos de una terraza. Andre trabajaba todas las tardes en la estructura hasta el anochecer.

A la hora de acostarse, Claire consultaba la lista del cuaderno que tenía en la mesita de noche, proponía nombres con Andre y dejaba que le palpara la tripa para que sintiera los movimientos del bebé, pero sabía que aquel furor arcano que transformaba a las mujeres

en madres era intransferible.

Andre siguió afanándose en la terraza, aunque Smoker se desentendió cuando se levantó la veda del uapití en las montañas Blue. Poco después, Claire descubrió a la niña, Rose, sujetando la cinta métrica mientras Andre marcaba el siguiente corte. Andre le daba de comer las sobras del almuerzo y, al final de la tarde, le pagaba con la calderilla que llevara encima. Se convirtió en una secuaz de lo más perseverante y él le dejaba abierta la puerta de la valla a diario, cuando volvía del trabajo.

—¿Me puedes decir qué sentido tiene tener una valla si va a estar la puerta abierta todo el santo día? —le preguntó Claire.

Una semana más tarde, Smoker les atiborró el congelador con los cuartos traseros de un uapití. El primer asado quedó tierno, casi como ternera, sin sabor a caza, muy rico. Claire se reservaba unos minutos por las tardes para preparar raciones de carne, arroz y verduras en platos de papel, para que Smoker se los calentase cuando le apeteciera. El miércoles siguiente Smoker salió de la casa con dos cajas rebosantes.

—¿Se ha cansado de hacerme la comida? —preguntó Smoker.

—¿Trajiste esa carne porque no te gusta cómo cocina?

—La traje para daros las gracias.

—Vamos, que sí —dijo Andre.

Andre siguió con el suelo de la terraza. Rose martilleaba los clavos cortos y le pasaba las herramientas. Un sábado por la tarde, la llevó a pescar en el hielo, capturaron percas y bebieron sidra caliente. Le dijo a Claire que se uniera a la excursión, pero ella objetó que estaba demasiado ocupada con la ropa del bebé y con un facsímil en punto de cruz para el anuncio del nacimiento, de color neutro, en espera de nombre y fecha.

Comenzaron a asistir dos veces por semana, al salir del colegio, a clases de preparación al parto. Andre solía llegar tarde, porque se sentía en la obligación de darle a Rose un sándwich y algo de

dinerillo los días que no podía trabajar en la terraza. Claire practicaba con el instructor del método Lamaze y trataba a Andre de un modo displicente cuando por fin llegaba.

Andre acompañaba a Claire a sus citas con el médico. Leía los resultados de los análisis de alfafetoproteína que indicaban que la espina dorsal del bebé se había desarrollado sin contratiempos y que Claire estaba libre de diabetes gestacional. Juntos escucharon el blando latido de su corazón. La enfermera embadurnó el vientre de Claire con un gel caliente y le puso encima una cosa parecida a una varita mágica hasta que la imagen imprecisa del bebé surgió en un monitor. Les preguntó si alguno de los dos quería saber el sexo. No pudieron decidirse. No es que estuviesen en desacuerdo; simplemente no sabían, no tenían nada en lo que apoyarse para tomar una decisión. La cuestión atormentó profundamente a Andre. Era su primera resolución como padre y temía estrenarse con un paso erróneo que luego no sería capaz de enmendar, condenándose a sí mismo y a la criatura.

A mediados de marzo, el deshielo se presentó antes de tiempo y fundió los restos de hielo y nieve invernal a lo largo de una semana que se hizo eterna. Andre siguió trabajando en la terraza, mano a mano con Rose. Una tarde, Claire se quejó de las dotes culinarias de Andre y le insistió en que fuesen a cenar a la ciudad. Andre dejó un sándwich y cincuenta centavos para la niña sobre la pila de maderos, pero Claire echó el pestillo al salir. Una leve crueldad que no iba dirigida contra la mocosa, sino contra Andre, por dividir sus atenciones.

La cena fue la velada más grata que habían tenido en meses. Se sentaron en el mismo lado del reservado cogidos de la mano. Después, ella le pidió que parase en un aparcamiento oscuro, donde se besaron, se abrazaron y se susurraron cosas como en los primeros días.

Los faros iluminaron el camino de entrada y luego la casa y la valla. Al subir lentamente la rampa del garaje, vieron un bulto encogido contra la puerta metálica. Andre reconoció el abrigo ensangrentado hecho trizas por los perros. Alzó a Rose, la metió en el coche y la llevó a la sala de urgencias del hospital.

A la mañana siguiente, Andre volvió al hospital, pero solo se permitían visitas de familiares. Más adelante, la vio un día al pasar por la parada del autobús, donde esperaba con otros niños. Tenía el rostro estragado de cicatrices y lo miró sin verlo con ojos de piedra, y Andre supo que, aunque llegase a vivir cien años, jamás podría olvidar aquel silencio al que lo sometió la niña desde entonces, un silencio que acabaría infiltrándose en su casa y en su matrimonio, del que ni él ni Claire hablarían.

12

ÉXODO

Agosto 1991

Andre continuaba examinando el dibujo. Entendía que había desarrollado una suerte de fijación por él, vagando por sus colores y sus trazos simples, como si fuesen sus propios pensamientos. Deseaba poder determinar qué diferenciaba la obra de Bird de la del resto. Reconocía que era distinta. Lo que le costaba era verbalizarlo.

Los perros arañaron la puerta y Harold los dejó entrar. Se pasearon en torno al fuego. Uno se acercó a Andre y lo convenció para que le rascase las orejas. Otro rodó junto al fuego y comenzó a lamerse el escroto, imagen que a Andre le hizo evocar un viejo chiste que, con la paliza que llevaba encima, no llegó a recordar del todo.

—Puto Calvin —dijo Harold—. Perdonadme. Yo me encargo.

Harold salió. Smoker observó a Andre atentamente.

En uno de sus últimos momentos de lucidez, Pork puso la escritura del rancho a nombre de sus hijos. Tanto Smoker como Andre pensaron en trasplantar al perro a la ciudad, pero era un perro de campo. En un jardín vallado se sentiría en tierra extraña. Los que arrendaron la finca prometieron hacerse cargo de él, no se les ocurrió mejor opción. Al poco tiempo, al motor de la pick-up de Smoker se le desprendió una biela y le cedió su parte del rancho a Andre a cambio de su cuatro por cuatro, que solo tenía un año.

Cuando se inauguró la temporada de caza, Andre quedó con Smoker y se presentó con una camioneta nueva, recién salida del concesionario.

Andre se echó el rifle al hombro y comenzó a caminar hacia las rocas. Nunca volvía a casa con carne. No era que no tuviese estómago para la sangre; lo que no tenía era la mentalidad; para cazar había que desaprenderse y Andre era incapaz de desatornillarse.

Tras avanzar cerca de un kilómetro, salieron de los trigales y desembocaron en una vaguada que los deshielos de la primavera habían ensanchado. Descansaron en los peñascos que dominaban el rancho. Abajo, una pick-up se detuvo en un claro del camino de grava. Un hombre se apeó por un lado y dos niños se dejaron caer por el otro. Uno de ellos caminaba con firmeza, a paso largo de ganso, como los nazis de los viejos documentales del instituto.

—¿Vienes? —preguntó Andre.

—Sigue tú —dijo Smoker—. Yo creo que bordearé el cañón hasta ese peñasco.

Smoker no perdió de vista el gorro naranja de Andre según iba escalando el risco hasta los corrimientos de esquisto, un punto fulgurante en medio de una estación que había renunciado al color. Envidió las vistas que tendría su hermano desde aquel promontorio. Desde allí arriba, uno podía admirar toda la región. Cazar resultaba complicado; había demasiadas cosas que sortear. Solo con mirar, ya te extraviabas. Al menos él. A saber Andre. Smoker cerró los ojos. El olor de los campos quemados, roturados y oxigenados, persistía a su alrededor. No abrió los ojos hasta que algo removió las piedras. Atendió al ritmo de unos pasos. En el visor del rifle, un ciervo se abrió paso entre las sombras, era solo un dos puntas, pero corpulento después de un buen verano de trigo verde y tardes ociosas. Smoker observó la silueta del animal, luego dejó que se paseara por la hendidura de la pared rocosa. Atirantó las orejas y se detuvo en un par de ocasiones. Se le unieron dos hembras. Dejó que su harén encabezara la marcha. En fila india, avanzaron en zigzag hasta el fondo de la barranca. En cierto momento, la cierva que iba en cabeza echó a trotar. El macho se había volteado hacia la otra

dirección, favoreciéndole solo un tiro en el trasero, lo que acabaría arruinando la carne. Smoker esperó. Un ruido en lo alto de la roca llamó la atención del ciervo. Se volvió. Smoker dio con él en el visor y plantó la mirilla entre sus hombros, pero el ciervo se derrumbó antes de que le diese tiempo a disparar.

Las ciervas salieron en estampida por encima de una cerca de alambre de espino, pero el macho se quedó pateando la tierra y la maleza. Una mancha negra se extendía por su panza. Se desmoronó, luego se alzó penosamente sobre las patas delanteras. Smoker apretó despacio el gatillo. El ciervo cayó de golpe y se quedó inmóvil. Desde lo alto, un niño saltó al aluvión y se deslizó pendiente abajo, era uno de los que había visto salir antes de la pick-up.

—¿Has disparado a mi ciervo?

—Lo derribaste tú —dijo Smoker—. Yo solo lo he rematado para que no se escapara.

Miraron al ciervo al pie de la colina, inerte, con la lengua embadurnada de tierra. Smoker sajó el cartílago de la tráquea con el cuchillo. La garganta abierta emitió vapor. Le pasó el cuchillo al niño y le indicó cómo marcar su placa con el mes y el día antes de perforarle la oreja al ciervo y adherírsela. A los diez minutos, apareció Andre por encima de Smoker. El niño vio que se encontraba en desventaja.

—¿Vamos a compartirlo?

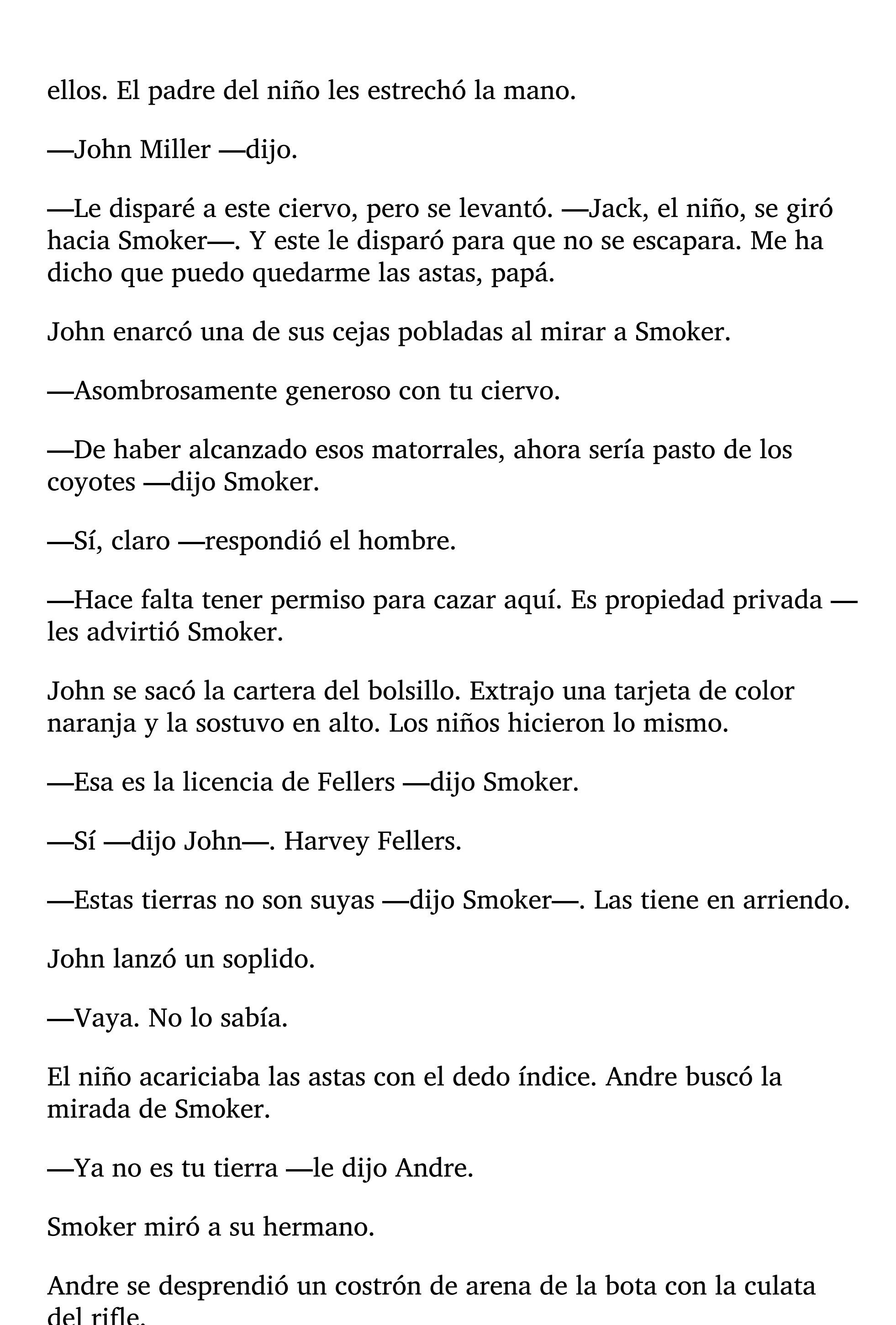
Smoker sonrió.

—¿Qué parte quieres?

—Los cuernos —dijo el niño.

—Creo que podrías convencerme de que renuncie a las astas.

Smoker rajó el vientre del ciervo. El niño hizo rodar las entrañas por el suelo. Smoker separó el hígado y lo volvió a introducir en el tórax vacío. Arrastraron al ciervo hacia la casa hasta que un hombre y un niño más pequeño surgieron en la cima de un risco delante de



ellos. El padre del niño les estrechó la mano.

—John Miller —dijo.

—Le disparé a este ciervo, pero se levantó. —Jack, el niño, se giró hacia Smoker—. Y este le disparó para que no se escapara. Me ha dicho que puedo quedarme las astas, papá.

John enarcó una de sus cejas pobladas al mirar a Smoker.

—Asombrosamente generoso con tu ciervo.

—De haber alcanzado esos matorrales, ahora sería pasto de los coyotes —dijo Smoker.

—Sí, claro —respondió el hombre.

—Hace falta tener permiso para cazar aquí. Es propiedad privada —les advirtió Smoker.

John se sacó la cartera del bolsillo. Extrajo una tarjeta de color naranja y la sostuvo en alto. Los niños hicieron lo mismo.

—Esa es la licencia de Fellers —dijo Smoker.

—Sí —dijo John—. Harvey Fellers.

—Estas tierras no son suyas —dijo Smoker—. Las tiene en arriendo.

John lanzó un soplido.

—Vaya. No lo sabía.

El niño acariciaba las astas con el dedo índice. Andre buscó la mirada de Smoker.

—Ya no es tu tierra —le dijo Andre.

Smoker miró a su hermano.

Andre se desprendió un costrón de arena de la bota con la culata del rifle.

—Es de Fellers. Se la vendí.

Smoker se quedó un rato mirando el paisaje. Nadie se pronunció. Al final, se arrodilló y se pasó otro buen rato mirando al ciervo, luego le dio unas palmaditas en las ancas. Tenía el pellejo encrespado y arremolinado por donde lo habían hecho rodar. Smoker se lo alisó y caviló sobre la muerte del animal: la panza reventada, el hocico dilatado e inundado de olor a pólvora y a su propia sangre. Se imaginó un cerebro enloquecido y desesperado, intentando recordar cómo hacer latir un corazón o llenar de aire un pulmón, un conocimiento de una naturaleza tan inútil y a la vez necesaria que parecía imposible de recordar.

Antes de que cayera el sol, Smoker y Andre recorrieron juntos la cuenca de drenaje del arroyo. Ráfagas de viento frío combaban la parte superior de la maleza. Una fila de ciervas avanzaba hacia los trigales. Smoker contó quince. Los ciervos estaban inquietos y rompían a trotar cada vez que el viento viraba lo bastante como para hacerles llegar su olor. Andre se abotonó el abrigo. Permanecieron un rato en silencio. Smoker tenía las piernas acalambradas por la caminata. Las estiró y le hizo bien sentir cómo se le distendía la rigidez de los músculos. Andre miraba hacia el oeste, al río y la línea iluminada del valle. Arrancó un hierbajo de un montículo de tierra. Lo aplastó con los dientes antes de apoyarse en el hombro de su hermano para levantarse.

—Hicimos un trueque.

—Ya.

—Así que no puedes echarme nada en cara.

—Dejaré que te lo eches en cara tú solito —dijo Smoker.

Reparó en la luna, pálida en el inalterable cielo azul, una fina rodaja de melón como las que servían en los restaurantes. Sintió la sombra de su hermano encima y, al momento, supo que se había ido. Escuchó sus pasos hasta que se perdieron y no quedó otro sonido en la hierba.

—Ni se te ocurra quedarte dormido, me cago en la puta —dijo Smoker—. No estás a lo que hay que estar.

—Estoy listo para entrar en acción —dijo Andre—. Asegúrate de estarlo tú también.

—¿Cómo crees que está yendo la cosa? —preguntó Smoker.

—Como una seda —dijo Andre.

—No sé qué significa eso.

—Ni yo. No va, y punto —dijo Andre—. Cuando llegue Bird ya veremos.

Se quedaron callados un rato.

—¿Cómo haces para ligar? —preguntó Andre.

Smoker encogió los hombros.

—No hay ningún truco —dijo—. Aparte de saludar y de soltar alguna gracieta que te haga quedar como un imbécil, basta con escuchar. Aunque te esté leyendo el listín telefónico. Lo mejor es no saber nada del tema. Así es más fácil hacer preguntas. —Smoker bebió—. Tener labia está sobrevalorado. A una mujer hay que convencerla y la única persona que puede embaucarla es ella misma. Es una manera diferente de hacer matemáticas. Se te dará bien. —Smoker lo miró—. Pero necesitas urgentemente canciones de amor.

—No creo que vayan a tragarse eso.

—Tú no dejes de cantar y ya verás.

—¿Y siendo tú tan cantarín cómo es que Dede se las pira un par de veces al año?

—Lo de retenerlas es otro cantar.

—¿Por eso te follaste a Claire? Querías catar a una de las que no ahuecan el ala.

Smoker guardó silencio.

—Pues ahora ya no es de esas.

—No es ella la que se va —dijo Smoker.

—Presentó los papeles.

—Tú ya no estabas. Puedes reprochárnoslo hasta el día del Juicio, pero no manipules lo que pasó luego. Se quedó contigo. Incluso antes de que pasara lo nuestro tú andabas todo el día de bajona con tu puta soledad. Crucé una línea que no debí cruzar, ella también. Pero eso fue todo, una vez.

—Lógica de criminal, no me vengas con esas. Lo que pasa es que no quieres admitirlo.

—Lo admití en su momento y te lo acabo de volver a admitir. Lo mismo que ella. El problema es que no te basta con eso. Ni ella ni yo podemos retroceder en el tiempo para arreglar las putas cosas. Estamos estancados, y tú también.

—Es que no basta con eso —dijo Andre.

—¿Y qué más quieres? ¿Pegarme? —preguntó Smoker.

—Tampoco bastaría.

—¿Pegarle a ella?

Andre sacudió la cabeza.

—Quiero saber por qué.

Smoker suspiró.

—Pasó, sin más.

Andre volvió a sacudir la cabeza.

—No fue un terremoto, ni un tsunami, ni un designio de Dios. Fue algo que hiciste tú.

—Sí. Ella y yo —dijo Smoker—. Y tienes toda la razón, no fue un designio de Dios. Solo fue algo que hicieron dos personas.

—Que me hicieron a mí.

—Que se hicieron el uno al otro. Hacerte daño no era el puto propósito.

—Los dos sabíais perfectamente que me destrozaría. Dime que no fue culpa tuya y te arranco las putas orejas.

—No tengo excusa —respondió Smoker—. Todo lo que has dicho es cierto. —Hizo una pausa—. Sabes que eres el más listo de todos nosotros, pero cuando agarras el bocado con los dientes no hay Dios que te lo haga soltar, y eso ya no me parece tan inteligente. Fue culpa mía, sí, y de ella. De los dos. Pero tuya también. Por eso te descuadra. No buscas un motivo. Ni siquiera a quien culpar. Lo que quieres es que ella y yo hagamos como que no ha pasado. Yo no soy muy de darle al coco, pero Claire sí. ¿Te crees que ella no le ha estado dando vueltas como tú? Joder, mil veces más. A ella tampoco le cuadra nada, y tú vuelves a estar donde estás.

—Donde tú me has dejado, querrás decir.

Harold regresó no mucho después, sin Calvin.

—No tardará —dijo.

Andre se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Te digo que está al caer —dijo Harold.

—Muy bien —dijo Andre—. Solo voy a echarle un ojo a la camioneta y a que me dé un poco el aire.

—Si alguien se pone a trajinar con ella los perros lo oirán —comentó Harold.

—Soy un agonías —dijo Andre.

Una vez fuera de la casa, vio que el oso se acercaba pesadamente a la ventanilla de la capota. Andre sacó la botella de la cabina, pergeñó un lazo con la cuerda y desbloqueó el portón trasero. En cuanto el oso asomó la cabeza para salir, le enlazó el cuello. Juntos, hombre y animal, treparon el risco que se alzaba detrás de la casa. Sus alientos se condensaban en el aire frío y limpio. A unos cien metros, Andre se detuvo sobre una roca plana. Llevaba el rifle colgado al hombro para equilibrar la balanza si el oso se volvía agresivo, pero todo lo contrario, el animal salvó la distancia que los separaba y posó la cabeza en sus pies, luego se puso panza arriba, como pidiendo que se la rascara. Andre descubrió que llevaba una etiqueta de plástico en la oreja, con cifras y un símbolo de circo. El oso tocó las manos de Andre con las patas para que le hiciera caso. Se dio cuenta de que no tenía garras. También le habían limado los dientes, como a un caballo. Las pasaría canutas hasta para matar una ardilla.

El animal se repantingó entre sus manos. Andre descorchó la botella de whisky de Smoker. El oso volvió a ponerse panza arriba y estiró las cuatro patas. Andre balanceó la botella sobre él. El oso la sujetó entre las patas delanteras y empleó una de atrás para inclinarla. El bourbon fluyó hasta su boca. Tosió, se estremeció y sacó la lengua. Volvió a alzar la botella y el whisky le chorreó en la boca y se desbordó por los lados. Enderezó la botella, parpadeó, se detuvo un instante y la lanzó a los matorrales. El cristal tintineó contra una roca. El oso levantó las patas y soltó un gruñido. Andre comprendió que aquel debía ser uno de sus números circenses, aunque lo del alcohol fuese probablemente una innovación.

En las alturas, la claridad de la luna bastaba para platear los árboles y los afloramientos rocosos, pero las sombras cubrían las zonas del camino de entrada a las que no llegaban las luces exteriores. El terreno duro era azul y, más allá, se extendía el arenal, como olas de tiempos arcaicos. Andre se cantó a sí mismo una nana, luego tarareó otras canciones, fragmentos que recordaba de la radio. El oso se meció al ritmo de las melodías hasta que el petardeo de una escúter comenzó a ascender por el camino.

LAMENTACIONES

Agosto 1987-enero 1988

Un mes después del encontronazo de Rose con los perros, el bebé quiso salir del vientre de Claire, pero se quedó atascado y murió dentro de ella. El tocólogo le practicó una cesárea. Una vez hecha la incisión, sacó al bebé muerto y una enfermera lo pesó y lo midió como habría hecho con uno vivo. Era una niña. El nombre que habían decidido para tal caso era Charlotte. Otra enfermera lo escribió en los certificados de nacimiento y defunción, y le pidió a Andre que los firmara. Luego, un consejero aconfesional les habló en voz baja de funerales y féretros. Depositó un panfleto sudado en la mano de Andre antes de irse. En la portada se veía una pareja cariacontecida de tebeo, sin bocadillos. Para ellos no había nada que pensar ni que decir. Dentro venía una lista de especialistas en duelo.

Claire se quedó otros dos días en el hospital, con Andre a su lado en una butaca reclinable. Vieron la televisión por cable. Las enfermeras la forzaron a ingerir gelatina y patatas con salsa de carne hasta que el médico le dio el alta.

El director de la funeraria metió a Charlotte, estrangulada con el cordón umbilical según el informe del forense, en un ataúd de cedro. Le habían puesto el vestidito que Claire reservaba para el bautizo. Los padres de Claire adquirieron tres parcelas colindantes en el cementerio. Enterraron a Charlotte en la de en medio, con idea de que Claire y Andre, cuando llegase el momento, la escoltasen en su descanso eterno.

Andre ni bien había acabado de hacerse a la idea de que iba a tener un hijo, así que no estaba equipado para afrontar su muerte. El pensamiento era tan inconmensurable que, al igual que el bebé, se le atravesó y se le quedó atascado en la mente, inconcreto y difuso.

A veces creía que había optado por un féretro cerrado a modo de negación. Verla habría cimentado la curva de su mejillita, el bultito de la nariz y el fino cabello negro repeinado hacia atrás como un capo de la mafia, y el recuerdo de esos detalles físicos la habría encadenado a un lugar muy jodido donde jamás querría verla retenida. Otras veces, pensaba que había sido pura cobardía. Al evitar que se le quedara enquistada en la memoria, con su vestidito, el lazo a juego en el pelo y los botines de encaje en los que apenas cabía su dedo meñique, la pérdida sería menos íntima, ya no sería tanto una hija a la que podría haber alzado, abrazado, hablado y escuchado, ya no sería un misterio de carne caliente; en lugar de eso, optó por el concepto de hija, no una hija a la que pudiera olvidar, sino una hija a la que pudiera recordar sin desmoronarse.

Claire no tuvo esa opción y a él le preocupaba que en el cenit de su aflicción, ella también pudiese padecer un dolor físico, tangible, como el que sienten los mutilados en los miembros fantasmas.

No hablaban de su duelo. Las palabras lo reducirían a algo trivial. Al buzón llegaban tarjetas Hallmark y notas con dichos inspiradores a modo de consuelo. Andre las sufría con un silencio furibundo. No se dio a la bebida. Aquello era un tópico tan degradante como las palabras. Se negó a caer en cualquier modelo reconocible de luto o pesar que pudiese equiparar su dolor al de otros y a su hija a otras niñas perdidas.

Claire donó a Goodwill la ropa y las mantas del bebé que le habían ido regalando en las fiestas de bienvenida. Volvió a meter la cuna en su caja y la expidió al orfanato de Spokane. Pintó el cuarto de beis y lo amuebló con los típicos muebles baratos y anodinos que suelen ponerse en las habitaciones para invitados. Selló lo demás en cajas y las desterró a lo alto de un armario. A la semana, sin embargo, se empezó a sentir cada vez más insatisfecha con el resultado y devolvió los muebles, repintó el cuarto de color cáscara de huevo, compró una mecedora y una mesa vieja, y colgó en las paredes fotografías de sus padres y sus abuelos. Al cabo de un mes, pintó un entrepaño y optó por poner cortinas verdes y plantas en las mesitas de noche y la cómoda.

Smoker compró una baraja y un tablero para jugar al cribbage, y, una vez por semana, echaban una partida a tres manos y cenaban

comida para llevar. No es que fuera un gran consuelo para la pareja, pero tampoco lo eran el uno para el otro.

Cuatro meses después, en la hora del recreo, Claire se desmayó. La fiebre, de la que no había dado cuenta a nadie, superaba los treinta y ocho y medio. Se quejaba de calambres en la tripa. Los escalofríos la consumían. A veces, los antibióticos aliviaban los síntomas, pero solo durante uno o dos días, luego reaparecían con más virulencia. Andre agotó sus días de baja por enfermedad cuidándola. Ella empezó a evacuar gránulos purulentos. El médico de cabecera la derivó por fin a un cirujano de Spokane que descubrió que el tocólogo de Claire le había horadado la vejiga al practicarle la cesárea y no se había dado cuenta del estropicio. Hizo falta otra operación para coserle el órgano supurante.

La temperatura de Claire saltó por encima de los cuarenta grados antes de salir del quirófano. Estaba empapada como un caballo después de una dura cabalgada. Las enfermeras le pusieron un drenaje en el costado que despedía un olor agrio. Le dolía tanto que no toleraba el tacto de las sábanas. El médico insistió en mantener la habitación fría para combatir los estafilococos, así que Claire andaba siempre tiritando y con la piel de gallina. La infusión de antibióticos no funcionó. El vientre de Claire, lleno de gases, alcanzó las dimensiones de cuando estaba embarazada. Le falló el corazón en tres ocasiones, haciendo saltar las alarmas de los monitores, lo que inquietó al médico lo suficiente como para hablar con Andre de las limitaciones de la medicina.

Smoker la visitaba dos veces al día. La hacía reír débilmente con sus anécdotas tabernarias, pero ella pedía más morfina y él y Andre, al final, no hacían más que darle palmaditas en las manos. Cuando se quedaba dormida, Smoker se inclinaba para escuchar su cuerpo bajo el ronroneo de la máquina.

—Ya nunca pensaré en la respiración de la misma forma —dijo.

Andre rellenó las tazas de café con el termo.

—Me estoy desprendiendo de ella —dijo.

—¿Y eso qué significa?

—Cuando llego a casa, me meto en una habitación y no salgo hasta que logro deshabitarla de su presencia. Ya casi he terminado con el piso de arriba.

—¿Y puedes abandonarla así, tan fácilmente?

—No es fácil, para nada —dijo Andre.

Más tarde, esa noche, Claire tuvo una pesadilla. Andre se acercó y le susurró al oído para tranquilizarla, hasta que ella le propinó un cabezazo tan vigoroso que le salió un chichón. Abrió los ojos. Escrutó su rostro. Andre comprendió que había relegado a su hija a un lugar pensado únicamente para producirle consuelo y que estaba traicionando a Claire antes incluso de que la muerte moviera ficha. La felicidad estaba sometida a la espera de lo inevitable. Primero fue Charlotte y ahora sería Claire. La pérdida de ambas le permitiría volver a su hábitat natural.

Entonces, a los dos días, la fiebre remitió. Pasados otros diez, le dieron el alta. Y, en una semana, Andre volvía a estar delante de sus alumnos, aunque a la hora del almuerzo tenía que volver a casa para dar de comer a Claire y administrarle sus medicamentos. Por la mañana, ella se incorporaba sobre la almohada para que él la besara, pero Andre se escudaba en el riesgo de contagiarle cualquier cosa del colegio.

Un día llegó y se encontró a Smoker con un taladro eléctrico y una sierra de calar, abriendo la pared del salón.

—¿Ampliando la casa? —preguntó Andre.

—Solo una toma de corriente —dijo.

Debajo de la mesita auxiliar había un agujero perfecto a la espera de la caja de empalmes que impediría que los cables de la lámpara colgasen sobre el radiador. Antes de su enfermedad, Claire había atosigado a Andre para que hiciera la chapuza, pero el trabajo de electricista lo hacía sentirse como un simio resolviendo ecuaciones

de tercer grado.

Al cabo de otra semana, Claire se estiró sobre la voluminosa panza de Andre y se puso a tontear. Al rato, paró. Por la mañana, cuando él se despertó, ella le agarró la mano, se la acercó a las nalgas y se puso a darse azotes con ella.

—No me voy a romper —le dijo.

Por la tarde, Andre estaba tendido en la cama y escuchaba la respiración de Claire a su lado. Desnuda, su columna vertebral se curvaba como una corriente de agua trazando un surco serpenteante por una tierra pálida, y sus omóplatos se erigían como montículos achatados. Andre abrió las manos sobre ella. Con cada inhalación, su piel se alzaba lo bastante como para calentarle las palmas, luego volvía a descender. Bastaría con pedírselo para despertarla, pero parecía que sus manos ni se planteaban esa cuestión.

Smoker siguió dedicándoles los miércoles. A Andre le transmitía las últimas noticias de la taberna y a Claire le llevó un día un cachorro adiestrado de ganadero australiano. El perro dormía en su almohada y miraba a Andre con ojos imperturbables.

La semana siguiente, Smoker preparó unos huevos con salchichas de uapití. Luego Andre lavó los platos. Oyó la risa de Claire. Desde el recibidor, donde nadie podía verlo, Andre contempló la batalla que sostenía el perro con la manga del abrigo de Smoker. Smoker tironeaba lo suficiente para suscitar su gruñido. Junto a ellos, Claire tenía los pies recogidos bajo el cuerpo. Lucía mejor color y la piel de la cara ya no parecía flácida. Cuando el perro se tomó un respiro, Smoker le dio un toquecito a Claire en la muñeca para hacerle creer que representaba un peligro y el perro se abalanzó sobre él y le rasguñó antes de que a Claire le diese tiempo a quitárselo de encima.

Andre se acordó de ellos dos bailando juntos en la taberna la última Nochevieja. Smoker le pidió permiso y Andre se lo concedió gustoso. Una hora antes, su hermano había estado a cargo de los

cubos en el concurso de camisetas mojadas, pero, al bailar con Claire en la sala oscurecida, tenía un aire imponente. Andre lo vivió entonces como un momento agradable, tanto para él, como para Smoker y Claire.

Esa noche Claire lo besó en el cuello y en la frente. Iba en bragas y con una camiseta suya, blanca y con bolsillos, de las que él nunca se ponía. Apartó la sábana y se envolvió en ella. En su mesita de noche había dos filas de fotografías enmarcadas, sobre todo de ellos dos, aunque en una aparecía Smoker exhibiendo una cornamenta de ciervo. Andre dio tal respingo que Claire se quedó inmóvil. Barrió de un manotazo todas las fotos, salvo la de Smoker.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —preguntó ella.

Él la hizo girarse hasta que no pudo verlo. Ella volvió la cabeza para protestar, pero él le castigó las nalgas, la agarró de los pelos y le dirigió la cabeza hacia la fotografía. Le pasó la mano libre por la boca y ella le besó los dedos y se los lamió. Fueron dejando un rastro húmedo hasta llegar a sus pezones. Los músculos de su espalda se crisparon y hundió los hombros contra el pecho de Andre. Él le metió los dedos, luego la penetró con su violenta erección, y la oyó chillar y llorar.

A la mañana siguiente, se fue a trabajar antes del amanecer. Sus alumnos le dieron los buenos días, pero él no les respondió. Les puso unos deberes en la pizarra que no podrían acabar en la hora de clase. Por la ventana, observó el cielo encapotado y, debajo, los coches y los chavales encargados de detener el tráfico para que cruzasen los más pequeños, volviendo de sus guardias matinales. Él estuvo a cargo de eso. Los profesores lo ascendieron a teniente, lo que significaba que tendría a su mando a otros tres. Smoker iba dos cursos por detrás y no asistía a las reuniones matinales, por lo que nunca fue candidato para esas guardias. En una asamblea, hacia el final de curso, el director premió a Andre con una insignia de plata por haber acabado el año con honores. A saber dónde estaría ahora, entre tanto ir y venir de casa de su padre a casa de su madre.

Después de las clases, Claire interceptó a Andre en el hueco de la escalera, sin esperar siquiera a que se cerrase la puerta. Antes de llevárselo a la cama, le ofreció el culo en el sofá y estiró los brazos

hacia atrás para desabrocharle el cinturón. Cuando se dio la vuelta, él estudió los delicados huesos de su cara y no la reconoció.

Al día siguiente, Andre se dedicó a poner exámenes a todas sus clases. Los alumnos lo instaron a que les diese alguna pista, algo que, como norma, solía dispensar, pero aquel día no les concedió ninguna y les dijo que ellos sabían exactamente lo mismo que él. En su hora de descanso, la sala de profesores estaba vacía y se la fundió entera corrigiendo. En la pared, el buzón de Claire acumulaba el correo de un mes, más que nada catálogos y circulares del distrito escolar; le había dado reparo indagar cuando ella se hallaba al borde de la muerte, y más ahora al saber que estaba fuera de peligro. En la etiqueta del buzón se leía el nombre en relieve de ella, seguido del apellido de él. Parecía mal escrito, pero no logró dar con el error.

Se marchó del colegio en cuanto acabó la última clase. La camioneta de Smoker estaba en el camino de entrada de su casa, con el motor al ralentí. Cuando Smoker vio a Andre, puso el freno de mano y bajó de la cabina. Apuró el cigarrillo y se señaló el mentón.

—Lo mejor será que me revientes a hostias hasta que no me pueda levantar.

Andre pasó de largo sin decir nada. Claire estaba en el salón, vestida.

—Mi hermano está ahí fuera.

—Pasa de él.

—Me parece que ya es un poco tarde para eso.

—Es un poco tarde para muchas cosas, joder. —Sacudió la cabeza, luego se la sostuvo con ambas manos y se puso a llorar—. No ha estado bien. —Le costaba recobrar el aliento—. No te vayas —susurró—. Ahora no.

—No me iré —dijo.

—Tengamos otro bebé —dijo Claire.

Andre asintió.

—Claro —dijo—. Otro bebé.

Llenó un vaso alto con el whisky que él mismo había escondido en el armario superior y salió a bebérselo. Claire no lo siguió. Al norte se alzaban las montañas de la reserva y las tierras que atravesaba el río. Se sentó a contemplarlas. Más tarde, las estrellas se dieron cita en lo alto. Parpadeó hasta que los ojos se le enturbiaron demasiado, dejándolo ciego y espabilado hasta que, al final, se venció. Por la mañana, la luz lo sorprendió y, por un momento, fue incapaz de recordar qué demonios hacía allí.

13

ÉXODO

Agosto 1991

Bird iba con los brazos anudados a la cintura de Calvin, que dejó atrás la camioneta con la capota y siguió hasta la casa. Si la niña reconoció el vehículo, no lo acusó. Calvin frenó la escúter con los pies y la apuntaló con el caballete. La ayudó a bajarse y ella se agarró a su mano. Calvin silbó y Smoker y Harold se apresuraron a salir al porche. El farol de la pared los destacaba con nitidez. Andre levantó el rifle y miró por el visor. Calvin estaba frente a los otros, de espaldas a él. Bird, sin embargo, corrió hacia Harold por los peldaños hasta que reconoció a Smoker junto a él.

—Métete en la camioneta, cielo —dijo Smoker—. Nos volvemos a casa.

Ella humilló la cabeza. Harold desapareció en el interior y regresó con su libro de colorear y un bote lleno de ceras. Se los ofreció, pero la niña los rechazó con un gesto de la cabeza.

Smoker le tendió la mano buena y Bird se la cogió. Renqueó hacia la camioneta, con la niña a la zaga, sin quitarle ojo a la pernera ensangrentada. De súbito, Calvin la agarró de la otra mano y tiró. Bird bailoteó sobre las puntas de los pies para no partirse en dos.

—¡La pasta! —gritó Calvin.

Tiró con las dos manos. Smoker estuvo a punto de perder pie, pero aguantó. El dinero estaba en una bolsa de deporte, detrás del asiento de la camioneta. Andre aguardó a que Smoker se lo

indicara. Los apuntó con la mirilla.

—¡Calvin! —gritó Harold.

Calvin soltó a la niña, pero se adelantó hacia Smoker y le incrustó la culata del rifle en la nariz. Bird salió corriendo hacia la camioneta.

Calvin fulminó con la mirada a Smoker.

—¿Dónde está tu hermano?

—Ni idea —respondió Smoker. Se miró la camisa salpicada de sangre.

En lo alto de la roca, Andre observaba la escena por el visor del rifle. Se desentendió del oso hasta que oyó un revuelo en los matorrales y chasquidos de ramas. La densa maleza que cubría la pendiente se estremeció hasta abajo. Los perros empezaron a despotricar. Andre alzó el rifle y disparó tres veces, levantando la tierra frente a sus patas y haciendo que se batieran en retirada hacia la oscuridad del bosque.

El oso se arrastró hasta la luz, rugió, luego se inclinó y cagó. Bird lo miraba todo por la ventanilla de la camioneta. Smoker echó mano al cinto en busca de su pistola. Andre tuvo a Calvin a tiro en el momento en que le soltó un segundo culatazo a su hermano en la oreja. Apretó el gatillo. La gorra de Calvin salió volando. Su cráneo salpicó a Smoker de sangre y hueso.

Harold apartó el pelo ensangrentado de los ojos de Calvin.

—Nunca os hemos hecho nada. ¡Nada! —gritó Harold.

—Largo de aquí —le advirtió Andre.

Harold se tambaleó en las sombras de camino al granero. Descolgó una bicicleta de su soporte y huyó de la luz pedaleando; Andre lo dejó ir.

Smoker, roto por varios sitios, avanzó a trompicones hacia la camioneta. El oso berreó y le tocó con la pata el bulto de la sien.

Smoker y Andre arrastraron el cadáver de Calvin hasta la capota. El oso los siguió y se subió bajo la mirada atenta de Bird. En la cabina, Smoker se taponó la nariz con servilletas y se aplicó otro vendaje en el culo. Para lo del dedo no había remedio. Bird le acarició la mano. Andre se puso al volante. El oso desconcertado se asomaba a las ventanillas y Calvin daba tumbos sobre la estrechez del suelo en cada curva.

La camioneta forcejeó sobre el camino abrupto y giró en cuanto Andre creyó descubrir una vía más transitada. Ignoraba por qué Smoker había decidido no soltar el dinero. Quizá pensó que podía hacerse con las dos cosas; quizá estaba cansado de negociar con lo que no era suyo; o quizá, simplemente, se le fue la olla.

LAMENTACIONES

Enero 1988

La luz que entraba por la ventana de la habitación de su hermano, con las cortinas medio corridas, alumbraba el rostro de Smoker. El resto permanecía en las sombras, como en las películas.

—Pareces un dios griego —dijo Claire.

Estaba desnuda bajo las sábanas. Smoker se había puesto los calzoncillos.

—¿Cuál?

Claire miró al techo un momento.

—Yo diría que Apolo —dijo ella.

—¿Se tiraba a su cuñada?

Ella suspiró.

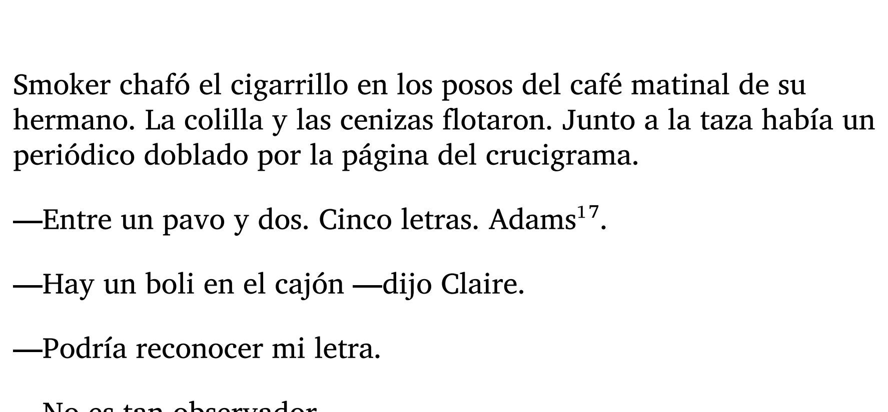
—Esa gente se tiraba hasta a sus hermanas.

—Soy yo, lo veo.

Smoker recuperó el tabaco de su camisa, que estaba tirada en el suelo, y se encendió un cigarrillo, luego expulsó una bocanada de humo.

—¿Y él qué dios sería?

—Hefesto —dijo ella—. Su madre lo arrojó del monte Olimpo al nacer y lo dejó tullido. Solo valía para trabajar. Fue el que hizo la armadura de Aquiles.



Smoker chafó el cigarrillo en los posos del café matinal de su hermano. La colilla y las cenizas flotaron. Junto a la taza había un periódico doblado por la página del crucigrama.

—Entre un pavo y dos. Cinco letras. Adams[17].

—Hay un boli en el cajón —dijo Claire.

—Podría reconocer mi letra.

—No es tan observador.

—Eso es un poco cruel por tu parte, ¿no te parece? —dijo.

—Lo que me parece es que los dos tenemos derecho a mostrarnos algo críticos con tu hermano.

Claire se incorporó sobre la almohada desvelando un seno más bien pequeño, el pezón pardo y ordinario, como el resto de ella.

Smoker escribió la palabra.

—No soy ninguna estúpida y no confundo la verdad con la fantasía —dijo Claire—. Esto —palmoteó la cama— no ha sido amor. No tienes por qué espantarme con una lista de las virtudes de mi marido.

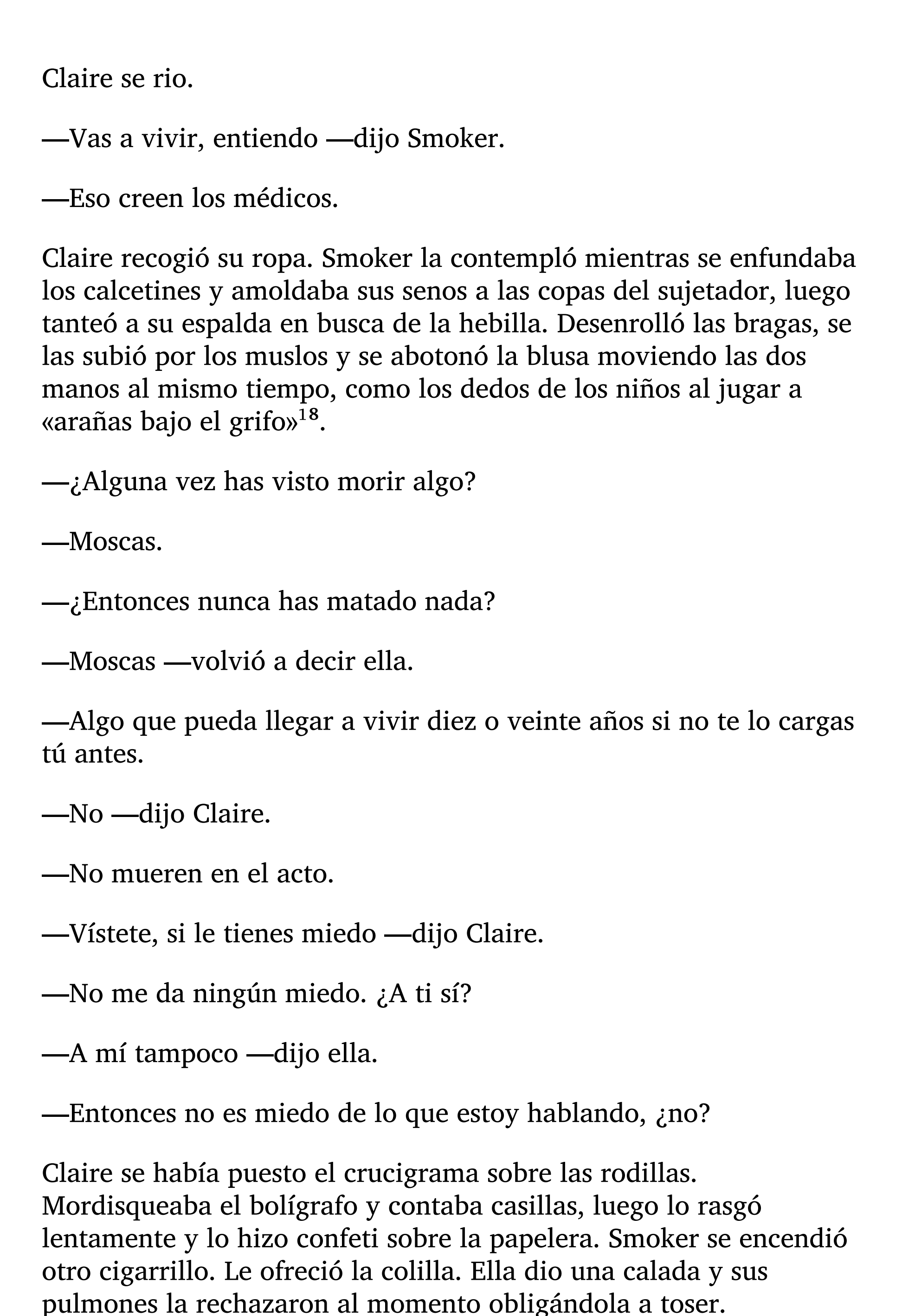
—¿La verdad? ¿Eso es lo que quieres? —preguntó Smoker—. Pues la verdad es que ni me habría fijado en ti de no haberte casado con él.

—Cualquiera diría que esa sería más bien la razón principal para no haberlo hecho —dijo ella.

—Yo no soy cualquiera.

Smoker estudiaba el crucigrama y golpeteaba el periódico con el bolígrafo. En la mesita de noche de Claire había una fila de botes de pastillas y un vaso de agua medio vacío.

—¿Estás mejor? —preguntó él.



Claire se rio.

—Vas a vivir, entiendo —dijo Smoker.

—Eso creen los médicos.

Claire recogió su ropa. Smoker la contempló mientras se enfundaba los calcetines y amoldaba sus senos a las copas del sujetador, luego tanteó a su espalda en busca de la hebilla. Desenrolló las bragas, se las subió por los muslos y se abotonó la blusa moviendo las dos manos al mismo tiempo, como los dedos de los niños al jugar a «arañas bajo el grifo»[18].

—¿Alguna vez has visto morir algo?

—Moscas.

—¿Entonces nunca has matado nada?

—Moscas —volvió a decir ella.

—Algo que pueda llegar a vivir diez o veinte años si no te lo cargas tú antes.

—No —dijo Claire.

—No mueren en el acto.

—Vístete, si le tienes miedo —dijo Claire.

—No me da ningún miedo. ¿A ti sí?

—A mí tampoco —dijo ella.

—Entonces no es miedo de lo que estoy hablando, ¿no?

Claire se había puesto el crucigrama sobre las rodillas. Mordisqueaba el bolígrafo y contaba casillas, luego lo rasgó lentamente y lo hizo confeti sobre la papelera. Smoker se encendió otro cigarrillo. Le ofreció la colilla. Ella dio una calada y sus pulmones la rechazaron al momento obligándola a toser.

—¿Y se puede saber por qué le has dado una calada? —preguntó

Smoker.

Claire no respondió. Los no fumadores se pensaban que el tabaco resolvía algo en las personas que fumaban, cuando en realidad es una invitación a todo lo contrario.

—De diez, soy capaz de meterle ocho balas de siete milímetros a un ciervo o un uapití en el corazón. Se lo reviento. Pero siguen respirando y pataleando, se debaten por seguir vivos.

—Eres un embustero —dijo Claire.

—Y que lo digas —admitió Smoker—. Pero déjame seguir intentándolo. Estábamos con el ciervo o el uapití, pataleando y soltando espumarajos por la boca.

—¿Se puede saber a dónde quieres llegar con esa historia?

—El animal nunca ha estado más vivo que cuando se está muriendo.

—¿Así es como ves esto? —preguntó Claire—. Tú y yo metiéndole un balazo.

Smoker sacudió la cabeza.

—Andre lleva una bala en el vientre desde que nació.

—¿Y entonces?

Smoker se encogió de hombros.

—Lo más humano sería despacharlo.

Claire se rio.

—¿Qué? —preguntó Smoker.

—Tu humanidad.

—¿Piensas que se la estamos metiendo doblada? —preguntó Smoker—. Te tengo calada.

—¿De veras crees que él lo vería así? —preguntó Claire.

—Sin duda.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Porque me consta que no es solo un pobre diablo al que arrojaron una vez de una montaña para pasarse toda la vida currando.

—Eso es injusto.

—¿Para él o para ti?

—Injusto decirlo. Lo dije sin pensar.

—¿Y entonces a cuento de qué lo dijiste? ¿Por qué te desnudaste conmigo?

—Estuvo mal que vinieses —dijo bajando la voz.

—Nadie te ha puesto una pistola en la frente.

—Lo que pretendes es cubrir tu culpabilidad con la mía —dijo Claire.

—Para nada —dijo Smoker—. Él ya arrambla con toda la culpa. Se deja caer un par de veces por semana en el confesionario. Dos avemarías y a seguir funcionando. Siempre he lamentado no poder devolverle el favor.

—¿Y entonces a qué viene esto? —Claire le pegó un manotazo a la cama—. ¿Por qué yo, cuando hay una cola de mujeres que da la vuelta a la manzana derritiéndose por tus atenciones?

—Me temo que yo también estaba un poco hasta las narices.

Smoker podía poner nerviosa a una mujer con solo mirarla, o volverla temeraria. Las más atractivas de la ciudad se desahogaban con él en largas conversaciones sosegadas al cabo de las cuales se sentían siempre en deuda. Al día siguiente, se las podía ver por ahí, todo sonrisas y con prendas ajustadas, y todo el mundo sabía por qué.

—Solo quería tenerlo claro —dijo ella—. Quería saberlo, no hacer suposiciones.

—Bueno, ¿y ya te has aclarado?

—Sí —le dijo Claire—. Pero no como me temía. —Claire miró el cigarrillo que seguía en su mano—. Solo quiero a mi marido.

—Pero te faltó fe.

—Vale, sí —murmuró ella—. Me faltó fe. Pero ya no.

Claire recogió del suelo la camiseta y los calcetines de Smoker y los dejó al lado de sus vaqueros.

—No tardará en llegar —dijo ella—. ¿Quieres que se entere?

—Ya lo sabe —dijo Smoker.

Vio cómo el cigarrillo de ella se descapullaba sobre la alfombra. Como estaba descalzo, lo dejó arder. Fuera, un coche alborotó la grava del camino de entrada. Smoker se pasó la camiseta blanca por la cabeza. Claire le acercó los pantalones y los zapatos.

—Date prisa, por favor —dijo ella—. Te lo pido por favor.

17 John Adams, el segundo presidente de Estados Unidos (1797-1801). Su efigie sale reproducida en una moneda presidencial conmemorativa de un dólar y en unos billetes de dos que dejaron de estar en circulación. (N. del T.)

18 Juego de mesa para preescolares en el que cada jugador cuenta con dos arañas de plástico. El primero que logre subir las dos por la rampa hasta el grifo que hay en lo alto del tablero, gana. (N. del T.)

14

ÉXODO

Agosto 1991

Andre distinguía árboles y trozos de cielo en los haces planos de los faros. Las horas transcurrían. De vez en cuando, miraba atrás por si alguien los seguía, pero no vio ninguna luz. Llegaron al final del camino poco antes del amanecer. Un arroyo discurría apacible ante ellos, con arena en ambas orillas. Era su cauce estival, angosto y claro, sobre un lecho de grava y poco más de medio metro de profundidad. Andre y Smoker se apearon y bebieron a morro, luego encontraron una taza de poliestireno entre la basura del suelo de la cabina y se la llenaron a Bird. Andre extrajo un puñado de aspirinas del bote y Bird se las dio a Smoker, que las tomó a lengüetazos de su mano, como un animal. La niña no había dicho nada desde que dejaron atrás la montaña y Andre se preguntó si habría renunciado a hablar para siempre. Smoker le dio unas palmaditas en la cabeza y ella lo miró con unos ojos llenos de incertidumbre.

No les quedaba más remedio que cruzar el arroyo. Andre instaló los cubos de bloqueo para desconectar las ruedas delanteras y activó la tracción a las cuatro ruedas. El agua salpicaba la calandra. Andre la oía chocar contra el metal del chasis. Abrió la puerta para asegurarse de que el tubo de escape no se sumergiera. El motor tosió, entonces Andre hundió el pie en el acelerador y el coche brincó para ganar un terreno más elevado. Salieron por la orilla opuesta a unos cincuenta metros al sur porque la camioneta acabó virando en esa dirección, luego se bambolearon a lo largo de una brecha más o menos practicable hasta acceder a un prado y, más allá, a un camino que rodeaba una montaña e iba a dar a otro que

los condujo de vuelta al asfalto. Smoker dormía. Bird iba contando las respiraciones; Andre le miró la boca por el espejo. La radio emitía canciones de los años cincuenta y sesenta.

Unas horas más tarde, Smoker preguntó:

—¿A qué día estamos?

—A hoy —dijo Andre.

Se sorprendió a sí mismo en el espejo retrovisor. Era su cara la que le devolvía la mirada, no la de un cruel desconocido.

Ya no sabía cómo erigir una reflexión que no incluyese el remordimiento, y su hermano, aunque se le diera de vicio hacerle calvos a la muerte, gestionaba esos asuntos simplemente pasando de ellos. Andre sabía que la tierra continuaría girando. En el caso hipotético de que un día se parase de pronto y comenzase a rotar en sentido inverso, lo mismo podría accederse a una suerte de olvido. Se vio a sí mismo escupiendo whisky en un vaso, devolviéndolo a la botella bajo la barra, los aparatos del hospital que succionaron las últimas gotas de veneno del cuerpo de Claire y los médicos suministrándole medicina al bebé hasta convertirlo en sangre y fluido y luego nada. Se vio a sí mismo desencontrándose con Claire, incluso desligándose de su hermano, el óvulo de su madre y el semen de su padre desacoplándose hasta dejar la página en blanco y él en disposición de situar a cada cual en el lugar que le correspondía, a salvo.

La carretera serpenteó entre una vieja fortificación de la caballería y una zona de acampada, donde el río Spokane concurría con el embalse. Luego volvió a ascender hacia nuevos trigales, los ranchos de la reserva, donde el suelo cultivable resistía encorsetado entre rocas y barrancas de las que se alzaban rodales de pinos demasiado tupidos para obtener beneficio de su tala. Dejaron atrás Fruitland —tres casas y una gasolinera abandonada— y se metieron por un camino de grava dejado de la mano de Dios que ascendía paralelo al lecho de un río hasta alcanzar un llano. Andre destrabó un portón enrejado y reanudó la marcha por un sendero de tierra lleno de baches pegado a los trigales. El cielo se había entintado de azul y la temperatura había subido. Pararon detrás de un bloque de basalto y

de un majestuoso pino ponderosa. Al anochecer, Smoker y él arrastraron a Calvin durante un kilómetro hasta llegar a un repecho baldío. Allí, en el suelo blando, cavaron una tumba de dos metros de profundidad, y lo enterraron.

Andre dio con un tractor con las llaves puestas, hábito bastante frecuente entre buena parte de los granjeros. Lo puso en marcha y elevó el cultivador para no enturbiar los surcos del campo. Al llegar al pie de la tumba, dejó caer las rejas del cultivador y devolvió a la tierra su diseño concéntrico pasando dos veces por encima, sabiendo que era la conciencia, y no el sentido común, la que le había impelido a dar una segunda pasada, y que ni con mil pasadas llegaría a redimir esa fracción de su mente.

El sol de la tarde se derramaba por el recodo del río cuando regresaron a la camioneta y los tres, Smoker, Bird y él, desandaron el camino y pusieron rumbo al nordeste hasta el ferri de Gifford, cruzaron Inchelium hasta meterse de lleno en las montañas Okanogan y, ya en la reserva, volvieron, por fin, al valle.

Smoker se despertó al cabo de ochenta kilómetros.

—A saber cuándo saldremos de esto, si es que salimos —dijo Andre.

—En la puta vida.

—Eso me temo —convino Andre.

Dejaron pasar otros diez kilómetros.

—¿No te ha dado nunca por pensar que Penny se suicidó? —preguntó Andre.

—¿Qué cojones te lleva a decir una cosa así?

—¿Qué te dijo justo antes? —preguntó Andre.

—No pienso volver sobre eso.

—¿Que odiaba las aguas profundas?

—Al final se vio que su odio no era infundado —dijo Smoker.

—Una cría habría dicho más bien que le daban miedo. El odio es más para el brócoli o la hora de irse a la cama.

—A lo mejor el odio era lo que le quedaba más a mano.

—Puede ser —concedió Andre.

Siguieron avanzando en el gris de la mañana. Una cierva y dos cervatillos los miraron desde el arcén. Andre se preguntó si el oso los habría visto.

—Unos días antes, me dijo que me odiaba —dijo Andre.

—Bueno, por algo sería.

—Le compré helado. Lo cogió, me miró y me dijo: «Te odio». Luego se zampó una cucharada y dijo que a ti también te odiaba. Y a Pork y a Peg. Y siguió dale que te pego con el helado. Le pregunté por qué, pero ella se limitó a devolverme la tarrina vacía y a seguir viendo la tele.

—Joder, era la única de la familia a la que todo Dios complacía, sin darle respiro. Se podría pensar que era consciente de tener los días contados, lo mismo que nosotros, y que por eso la colmábamos de amor.

Andre tomó una curva y aceleró.

—Por mucho que fuera la niña de nuestros ojos, no tenía por qué vernos de la misma manera. A ti te sobra experiencia en eso de que la gente se desviva por ti y pasar de todo.

Smoker enfureció.

—Va, tú sigue dándome leña, si con eso te vas a sentir mejor.

—Odiaba el agua porque el agua se la iba a acabar tragando. Puede que sintiera lo mismo con respecto a su familia.

Smoker sacó la pistola de debajo del asiento.

—Te juro que como no dejes en este mismo instante de dar por culo, te meto un tiro donde más duela.

Andre señaló con la barbilla a la niña que dormía entre ellos.

—¿Sabes lo que estoy sugiriendo?

—Sí —dijo Smoker.

—Bien.

—Y no me gusta un pelo.

—No esperaba otra cosa.

Andre surcó el trigo y las rocas en silencio hasta llegar a la ciudad, donde aparcó la camioneta frente a su domicilio conyugal.

15

ÉXODO

Agosto-septiembre 1991

A las tres de la madrugada, Andre llamó al timbre hasta que Claire acudió a abrir. Bird estaba a su lado, en el porche.

—Lo mejor será que firme esos papeles —dijo Andre.

Claire parpadeó.

—¿Ya has vuelto?

—No por mucho tiempo, así que más vale que los firme cuanto antes.

—¿No crees que deberíamos hablarlo un poco? —dijo Claire. Andre sacudió la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Claire.

—La cosa ha ido mal.

—¿Mal cómo?

—La policía vendrá a verte. Si te cuento más, tendrás que mentirles o decirles lo que quieren saber. Y sé que les mentirías.

Claire miró a Bird.

—¿Te la quedarías? —preguntó Andre.

—¿Y Smoker?

—En la camioneta.

—¿Y Dede qué dice?

Andre se encogió de hombros. Claire se agachó para retirarle un pelo de la frente a la niña.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Claire.

—Para siempre —dijo Andre.

—Vale —dijo Claire.

Andre entrechocó los zapatos.

—Dile a Reynolds que redacte esos papeles —dijo—. Y ya de paso los de la niña.

A los tres días, pasada la medianoche, Andre volvió a presentarse en casa de Claire. Aparcó junto al depósito de agua de Almira, a los pies de un sauce que hurtaba la camioneta a la vista, y luego hizo a pie los tres kilómetros que lo separaban de la casa. Desde la penumbra, observó a Claire y a Bird en el sofá. Claire estaba leyendo, reconoció el balanceo de su cuerpo al ritmo de las palabras. La niña no perdía hilo. Cuando Claire la acostó, Andre silbó. Claire distinguió la brasa de su cigarrillo y el humo detrás del árbol. Abrió la puerta. Sobre la mesa había varios documentos que él firmó, falsificando el nombre de su hermano donde correspondía. Claire le sacó un envase de aluminio con las sobras de un asado, patatas, pan de molde y un envase de salami. También había encontrado su botella y la había añadido al lote. Entonces Bird apareció en la puerta del dormitorio.

Miró a Andre y parpadeó.

—¿Puedo dormir contigo, Claire?

—Claro que sí, cariño —dijo Claire.

La niña se coló corriendo en la habitación de Claire. Andre oyó los muelles de la cama. Miró a Claire y le acarició la mano.

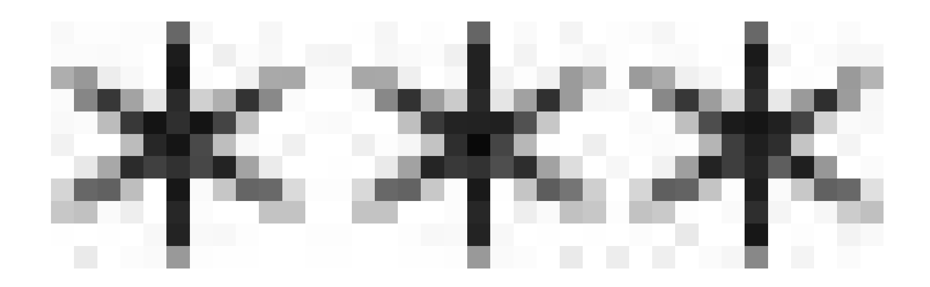
Claire lo acompañó al porche. Él impidió que encendiera la luz.

—No sabes dónde estamos —dijo Andre—. Cuando vengan, no te compliques. Les cuentas la verdad. Si te presionan, les dices que solo hablarás en presencia de tu abogado. Le he dejado algo de dinero a Reynolds. Si la cosa se pone fea hará falta más, lo conseguiré.

—¿Y qué pasa con el instituto?

—Se acabó para mí. No es lo que quería, pero así son las cosas.

Oyó el chasquido de la puerta mosquitera al cerrarse detrás de ella, luego cargó con la comida y la botella hasta la camioneta.



Andre aparcó delante de la casa, pero no había rastro de Smoker, el oso y King por ninguna parte. Al día siguiente, aguardó hasta el anochecer y se dirigió a pie hacia el manantial. En un sauce desaliñado trató de identificar huellas de su paso. Al no dar con nada, se abrió camino entre la maleza más tupida, con la comida en la mochila. Desenganchó una verja de alambre de espino y se desvió a través de los campos de alfalfa. El aire seco retenía el aroma de la artemisa, un olor más tenaz que el de las cosas con sed de lluvia. Le sobresaltó un ruido que se acercaba por la maleza baja. De pronto, irrumpió King, con el pelo enmarañado y la lengua fuera. El perro le hocicó la pierna. Andre lo acarició.

Cerca de un kilómetro más adelante, Andre lanzó una llamada de

coyote y esperó la respuesta. Una pequeña fogata ardía dentro de un círculo de piedras donde Smoker se había asado un conejo escuálido con un espetón. Había usado madera verde, que soltaba mucho humo y ardía a regañadientes. El oso, a unos cuantos pasos, se manoseaba los ojos.

—Más papeo —dijo Andre.

King gimoteó y se tendió junto a los tobillos de Smoker. Smoker desprendió un trozo de grasa y cartílago del asado y lo repartió entre el perro y el oso. Devoraron vorazmente sus pedazos y se quedaron mirándose el uno al otro. El oso gimoteó y King lo rodeó para volver a tumbarse a los pies de Smoker.

—¿Han hecho buenas migas? —preguntó Andre.

—Al menos se toleran —dijo Smoker.

Andre destaponó el bourbon y le ofreció la botella. Smoker bebió y se la devolvió. Andre alzó la mano abierta para rechazarla.

—¿Sigues en el dique seco? —preguntó Smoker.

—Eso me temo —dijo Andre.

Smoker dejó el envase de aluminio delante de King. El perro lo limpió a lengüetazos.

—También hay para hacer sándwiches —dijo Andre.

Smoker le hizo un sándwich al oso para que hubiera equidad entre los animales. Andre encendió un cigarrillo y le lanzó el paquete. El brazo de Smoker descansaba sobre un montículo cubierto de hierba. Seguía teniendo el dedo torcido y la nariz deformada por un bulto que la parroquia habitual de los bares identificaría como un rasgo de carácter. El perdigonazo en el culo le otorgaría cierta rigidez al andar que él no dudaría en incorporar a su temperamento.

—Hiciste bien —le dijo Smoker—. Aunque, joder, me habría gustado hablarlo con Birdy.

Se quedaron un rato en silencio, fumando. Andre tendido en el

suelo. El cielo encapotado se adhería al valle en volutas grises. Las aves se callaron y los coyotes consumaron sus chillidos nocturnos. El oso roncaba. Andre se acordó de cuando aquella tierra les pertenecía.

—Ojalá llueva —dijo Andre al fin.

Smoker se rio.

—Mírate. Un pagano rezando por el diluvio.

Esa noche, Smoker, el oso y King se durmieron, pero Andre, pese a estar agotado, se quedó despierto, con la mente fluida y vacilante al borde de la inconsciencia. Dormir era confiar, y no estaba muy seguro de tener valor suficiente para eso.

Epílogo

ÉXODO

Octubre 1991

Smoker no vio el socavón; tan sencillo como eso. La capota de la pick-up desapareció por la brecha provocada ocho meses atrás por los deshielos de la primavera, seguida de la cabina con ellos dentro. Smoker siguió maniobrando mientras se precipitaban pendiente abajo. A mitad de la caída, Andre salió despedido por una ventanilla. Smoker giró la cabeza para ver qué suerte había corrido su hermano, pero con las vueltas de campana le fue imposible.

El portón trasero acabó en la copa de un árbol y la calandra en tierra. Smoker se impulsó para separarse de la columna de dirección y examinó la abolladura que había dejado con el cráneo en el parabrisas. La luz irisada que se retorcía por la telaraña de grietas le dio dolor de cabeza. Se bamboleó hacia la puerta abierta y se desplomó sobre la pinocha que cubría el suelo.

—¿Estás bien? —gritó Andre desde más arriba.

Smoker hizo inventario. El cristal le había mellado la frente, que sangraba copiosamente, pero se le curaría pronto. Intentó ponerse de pie, pero el tobillo no pudo soportar su peso. El calcetín desgarrado estaba lleno de sangre. Tenía un corte profundo y se le veía el hueso.

—¡Saldré de esta! —voceó.

—¿Puedes subir a por mí?

—¡Mejor déjate resbalar! ¡Es más fácil que trepar hasta allí!

—¡Se me ha salido el hueso de la pierna! —gritó Andre.

—¡Creo que tu pierna gana a mi pie! —respondió Smoker.

Consiguió un palo y remontó cojeando la pendiente. El tobillo le palpitaba y sentía que la respiración le desgarraba por dentro, así que se limitó a inhalar bocanadas cortas y rápidas, lo que hizo que se le enturbiara la cabeza y se le nublara la visión. Hizo un alto para respirar hondo y recuperar fuelle, y fue como si una costilla le perforase el pulmón. Se había parado en el hueco que había al pie de un árbol, pero se demoró tanto que, al final, su mente enturbiada no fue capaz de recordar por qué se había detenido, ni por qué debía continuar ni, en caso de existir un motivo, qué dirección tomar.

—¿Vienes o qué? —gritó Andre.

En lo alto de un árbol, a unos tres metros del suelo, Smoker vio una mancha sanguinolenta. Trepó hacia la voz de su hermano y dio con él unos metros más arriba, encorvado contra un alerce, sin zapatos. Las dos mitades del fémur le atravesaban los vaqueros. La piel le brillaba y estaba tiritando. Smoker desenfundó el cuchillo de caza y rasgó la pernera. La sangre le había pegado la tela a la piel y no pudo evitar hacerle un corte con la hoja. Al ver que ni se inmutaba, Smoker le ordenó que moviese los dedos del pie. No pudo.

—Prueba con el otro —dijo Smoker.

Respondieron. Smoker le remangó la pernera hasta el gemelo. Los dos extremos del hueso fracturado habían formado una depresión al brotar. Una herida orillada de grasa y músculo rojo y tembloroso. La sangre borboteaba en medio de la cavidad y se desbordaba, entonces paraba un instante hasta volver a brotar con el siguiente latido.

Smoker se quitó la sudadera doblado de dolor por las costillas dañadas. La enlazó a la pierna, la anudó y apretó con fuerza para frenar la hemorragia.

—Un torniquete podría hacer que perdiese la pierna.

—Hace un rato parecía que te habías quedado paralítico. Así que si solo pierdes una pierna, ya puedes estar contento.

—¿Pinta tan mal? —preguntó Andre.

—No es leche precisamente lo que estás soltando a chorros.

Smoker aseguró el nudo. Pero el corazón de Andre continuó bombeando sangre por la herida. Smoker partió una rama baja. Amarró ambos extremos a las mangas de la sudadera y comenzó a girarla para hacer torsión y apretar al máximo el torniquete. El sangrado siguió.

—Coge un palo más grande —dijo Andre.

Smoker negó con la cabeza.

—No es la presión, es el músculo que amortigua la arteria.

Smoker había visto ennegrecerse el suelo bajo los ciervos y los osos que había matado; siempre se quedaba escuchando hasta que se desangraban del todo. Se preguntó si acabaría viendo morir a su hermano de la misma forma. Le presionó la yugular con los dedos. Su pulso era rápido pero firme. El miedo le había hecho palidecer. No tardaría en entrar en estado de shock.

A Smoker se le había desbaratado el tobillo en la subida, así que tuvo que plantarse horizontalmente en el suelo y dejarse rodar por la pendiente. La tierra dura y las piedras le dieron una buena tunda, y las piñas le desgarraron la camiseta y la espalda. Extendió los brazos para orientar la bajada hacia la pick-up.

Bajo el asiento, encontró el serrucho. Lo limpió contra el tronco de un árbol, se hizo con otro palo para usarlo de bastón y trastabilló de vuelta al lugar donde lo esperaba su hermano.

—No mires —dijo Smoker.

—Es mi pierna, creo que me interesa ver lo que pasa con ella.

Smoker empezó a serrar. La carne se abrió. Con cada acometida, Smoker sentía que el aliento lo desgarraba. Más tajo de piel y grasa. La envoltura del músculo se resistió a la hoja, pero, una vez atravesada, los dientes del serrucho se hundieron con suavidad y separaron el tejido como si fuese mantequilla. El único estorbo fueron los tendones, que chasquearon y reventaron bajo la hoja.

Cuando iba ya casi por la mitad, Smoker llegó a la fuente de la hemorragia. La arteria se meneaba como una lombriz. Smoker la agarró y apretó el extremo para obstruirla. También se había hecho con una goma elástica al ir a por el serrucho y, en el camino de vuelta, había arrancado y descortezado una ramita verde. Ahora seccionó limpiamente la arteria con la navaja, tiró del extremo flácido para embutirle la rama todo lo posible sin ocasionar daños y aseguró el tapón con la goma elástica. Una vez hecho, se recostó contra el tronco del árbol y vomitó.

—Ni siquiera estábamos bebiendo —dijo Smoker—. Borracho nunca me la he pegado.

—Puede que nos lo hayamos estado buscando—respondió Andre.

Smoker escupió y se aclaró la garganta.

—Estamos a tomar por culo de todas partes —dijo.

—Y me da a mí que yo a pie no llego a ningún sitio.

—Lo veo difícil.

—¿Y tú?

Smoker se encogió de hombros.

—No estoy, ni por asomo, tan jodido como tú, pero tampoco me veo participando en las Olimpiadas.

—Bueno, lo mejor sería que lo intentaras —dijo Andre.

Smoker sacudió la cabeza.

—No quiero dejarte solo.

—Eso es muy amable por tu parte, pero aquí nos haremos viejos esperando el próximo autobús.

—No me jodas, como si no lo hubiera pensado.

Andre no dijo nada, se quedó mirando fijamente la ruina de su pierna. Intuía que serían casi las cuatro de la tarde. El cielo estaba azul y ardiente. Los mosquitos planeaban alrededor de su cara. Los espantó a manotazos.

—¿Es peor que un resacón? —preguntó Smoker.

Andre negó con la cabeza.

—Las resacas te hacen sentir culpable. Esto no duele tanto como debería. Resulta hasta interesante, si te digo la verdad.

Al rato, Smoker se sentó y se llevó una mano al pecho. Había empalidecido y tenía la piel húmeda de sudor. Andre vio que le costaba respirar. Smoker volvió a tenderse en la pendiente y se durmió cabeza abajo. Andre pensó que en esa posición acabaría con un dolor de cabeza de mil demonios. Iba a advertírselo, pero se quedó frito. Cuando se despertó, Smoker ni respiraba ni tenía pulso.

Andre se quedó mirando el crepúsculo y el avance de la noche. El cielo parecía al alcance de la mano. En algún lugar había oído que lo más asombroso del espacio era la inmensa cantidad de nada que contenía, pero esa noche daba la impresión de poder albergar todo lo que se le presumía. Anheló no ser más que un grano de sal, una diminuta centella que sobrevolara las grandes paredes rocosas, las praderas doradas, los pinos, los alerces, los olmos y los abedules de corteza blanca que bordeaban las quebradas. Se sintió transportado por una sensación de ligereza. Se le contrajo el estómago. Vomitó y al momento se encontró mejor. Oyó cómo la sangre fluía y rezumaba de su cuerpo hasta que el corazón perdió brío, y se murió.

Pasó un mes antes de que unos cazadores diesen con ellos. Los coyotes y las urracas se habían dado un buen festín. Sus rostros eran un amasijo de carne irreconocible y de no haber sido por lo que llevaban en las carteras nadie los habría reconocido nunca.

Agradecimientos

Muchas gracias a la gente que sigue, por ayudarme a meter en vereda a estos perros callejeros: Nicole Aragi, Sean McDonald y toda la gente de MCD/FSG, Jeff Sanford, Charles McIntyre, Chris Offutt, Max Phillips, Desi Koehler, Elizabeth McCracken, John Whalen, Bob Ganahl, Jim Preston, Darren Nelson, a las bibliotecas del condado de Stevens y el Centro para el Libro de Washington, así como a mi familia.

DIRTY WORKS

Est. 2014

dirtyworkseditorial.com